



P R E S E N T A C I Ó N

JORGE DURAND ■

B O N A N Z A S

MIGUEL J. HERNÁNDEZ MADRID ■

Migración y estrés. Una frontera vital de la salud física y mental en las movilidades México-Estados Unidos

PATRICIA ARIAS ■

Las emigrantes y la estrategia del retorno a México

KATHARINE M. DONATO, MELISSA STAINBACK
Y SHAWN MALIA KANAIAUPUNI ■

Migración y salud en México: Resultados para San Luis Potosí

RUBÉN HERNÁNDEZ-LEÓN ■

Reestructuración industrial y migración metropolitana de México a Estados Unidos. El caso de Monterrey

B R E C H A S

LAWRENCE DOUBLAS TAYLOR HANSEN ■

La colonización con extranjeros en el norte de México. El caso de los mormones, los boers y los menonitas

E N S A Y E S

FULVIA CARRETO LEZAMA ■

La libertad y otros rasgos en *Rayuela*, de Cortázar, y en *La vida exagerada de Martín Romaña*, de Alfredo Bryce Echenique

Carlos Yusti ■

Humorada y absurdo en Julio Cortázar

B O C A M I N A

Francisco Rangel ■

Ritual racional: cultura, coordinación y conocimiento común

Beatriz Carolina Crisorio ■

Australia y Canadá: ¿potencias medias o hegemonías frustradas? Una visión desde México

P O R T A F O L I O G R Á F I C O HERMES LEÓN NAVA ■ FOTOGRAFÍA

a m a l g a m a

JULIO CÉSAR PARISSI ■

■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa





EL COLEGIO
DE SAN LUIS

PRESIDENTE

- Tomás Calvillo Unna

SECRETARIA ACADÉMICA

- Ma. Isabel Monroy

SECRETARIA GENERAL

- Lydia Torre



REVISTA DE

El Colegio
de San Luis

VETÁS

año VI • número 16 • enero-abril de 2004

DIRECTOR

- Antonio Aguilera Ontiveros

CONSEJO EDITORIAL

- Luis Aboites
- Tomás Calvillo Unna
- Mario Cerutti
- José Antonio Crespo
- Jorge Durand
- Guadalupe González
- Luis González y González
- Mervyn Lang
- Jordi Maluquer de Motes
- Javier Sicilia
- Valentina Torres-Septién
- Eric Van Young

EDITORA

- Adriana del Río Koerber

COMITÉ TÉCNICO

- Ma. Isabel Monroy
- Alejandro R. Roque

COORDINADOR DE BONANZAS

- Jorge Durand

DISEÑO DE MAQUETA Y PORTADA

- Yolanda Pérez Sandoval

La *Revista de El Colegio de San Luis, Vetás*, es una publicación cuatrimestral de El Colegio de San Luis, A.C., Instituto de Investigación del Sistema SEP-CONACYT, enero-abril de 2004. Los derechos de reproducción de los textos aquí publicados están reservados por la *Revista de El Colegio de San Luis, Vetás*, D.R. Toda colaboración o correspondencia deberá dirigirse a *Revista de El Colegio de San Luis, Vetás*, Parque de Macul 155, Frac. Colinas del Parque, 78299 San Luis Potosí, S. L. P., México. Tel.: (444) 8 11 01 01. Correo electrónico: vetas@colsan.edu.mx. La opinión expresada en los artículos firmados es responsabilidad del autor. ISSN: 1665-899X



P R E S E N T A C I Ó N

JORGE DURAND ■ 5

B O N A N Z A S

MIGUEL J. HERNÁNDEZ MADRID ■ 9

Migración y estrés. Una frontera vital de la salud física y mental en las movilidades México-Estados Unidos

PATRICIA ARIAS ■ 31

Las emigrantes y la estrategia del retorno a México

KATHARINE M. DONATO,
MELISSA STAINBACK y
SHAWN MALIA KANAIAUPUNI ■ 47

Migración y salud en México: Resultados para San Luis Potosí

RUBÉN HERNÁNDEZ-LEÓN ■ 77

Reestructuración industrial y migración metropolitana de México a Estados Unidos. El caso de Monterrey

B R E C H A S

LAWRENCE DOUGLAS TAYLOR HANSEN ■ 107

La colonización con extranjeros en el norte de México. El caso de los mormones, los boers y los menonitas

E N S A Y E S

FULVIA CARRETO LEZAMA ■ 138

La libertad y otros rasgos en *Rayuela*, de Cortázar, y en *La vida exagerada de Martín Romaña*, de Alfredo Bryce Echenique

CARLOS YUSTI ■ 151

Humorada y absurdo en Julio Cortázar

B O C A M I N A

FRANCISCO RANGEL ■ 155

Ritual racional: cultura, coordinación y conocimiento común

BEATRIZ CAROLINA CRISORIO ■ 160

Australia y Canadá: ¿potencias medias o hegemonías frustradas? Una visión desde México

P O R T A F O L I O G R Á F I C O HERMES LEÓN NAVA ■ FOTOGRAFÍA

amalgam

JULIO CÉSAR PARISSI ■ 169

a

■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa ■ narrativa



PRESENTACIÓN

JORGE DURAND

Durante el siglo xx el fenómeno migratorio entre México y Estados Unidos se caracterizó por ser un proceso marcadamente regional. A la triada de Jalisco, Michoacán y Guanajuato se sumaban estados con menor población, pero no con menor tradición migratoria, como Zacatecas, San Luis Potosí y Durango.

El siglo xxi dejó atrás esta realidad y esta percepción. El fenómeno se convirtió en un proceso de dimensiones nacionales, tanto por los nuevos lugares de origen como por los de destino.

Como quiera, la región histórica sigue siendo un laboratorio privilegiado de análisis, donde la antigüedad y la difusión del fenómeno le permiten llevar a cabo estudios que no son factibles en los lugares donde emerge el fenómeno. En esta región de vasta tradición migratoria se enfocan tres de los artículos que ofrece en esta ocasión la revista *Vetas*. Uno centra su análisis en Michoacán, el

▪ otro en Jalisco y el tercero en San Luis Potosí. El cuarto artículo escapa a la región histórica y se ubica en el ámbito fronterizo, concretamente en Nuevo León.

▪ Dos artículos tratan sobre el controvertido tema de la relación entre migración y salud. El otro par incursiona en una característica clave de los fenómenos migratorios entre países vecinos, la circularidad y el retorno.

▪ El artículo de Katharine Donato, “Migración y salud en México: Resultados para San Luis Potosí”, se sustenta en largos años de trabajo de campo y recolección de información cuantitativa sobre el fenómeno migratorio y las condiciones de la salud en una decena de comunidades potosinas. En esta ocasión la autora resume sus principales hallazgos sobre el tema, partiendo de la hipótesis que las remesas influyen positivamente en la salud de las familias migrantes.

Por su parte, Miguel Hernández Madrid en su artículo “Migración y estrés. Una frontera vital de la salud física y mental en las movilidades México Estados Unidos” parte de una posición distinta a la de Donato, al comprobar altos niveles de estrés entre los migrantes mexicanos que trabajan en Estados Unidos y que regresan a México. Hernández, quien ha trabajado ampliamente el tema de migración y religión y ha examinado el tema de la “sanación”, se interroga en este artículo por las tensiones psicológicas a las que se ven sometidos los migrantes y sus familias. El estudio, fundamentado principalmente en datos de campo, aborda un tema poco conocido y desarrollado en los lugares de origen de la migración mexicana.

Patricia Arias, en su artículo “Las emigrantes y la estrategia de retorno a México”, aborda un tema poco desarrollado en la literatura migratoria relacionada con los estudios de género. Por lo general, se afirma que las mujeres son poco propensas a regresar, sin embargo el trabajo de campo a profundidad pone en evidencia numerosos casos de retorno femenino construidos a partir de múltiples, pequeñas y recurrentes decisiones. No se trata de algo improvisado, el retorno femenino se construye a través del tiempo y de largas y complejas deliberaciones familiares donde la mujer juega un rol fundamental.

El amplio conocimiento de Patricia Arias sobre los procesos de industrialización rural le permite conectar el tema del retorno femenino con casos exitosos de mujeres que pasan de ser trabajadoras migrantes en el extranjero a empresarias exitosas en sus localidades de origen.

En otra región migratoria, la frontera, Rubén Hernández-León analiza, en su artículo “Reestructuración industrial y migración metropolitana de México a Estados Unidos. El caso de Monterrey”, las causas que generaron los procesos emigratorios de obreros manufactureros de la ciudad industrial de Monterrey. A diferencia de la mayoría de los migrantes de la región histórica, que son de origen rural, en el caso estudiado se reseña la migración obrera y ciudadina en un contexto de reestructuración industrial. Monterrey, ciudad que tradicionalmente recibía intensos flujos migratorios internos, en la década del noventa empezó a expulsar trabajadores especializados al área de Houston, Texas, formando un verdadero circuito migratorio.

Hernández, uno de los pocos investigadores que trabaja el tema migratorio en Nuevo León, pone en evidencia la complejidad y heterogeneidad del fenómeno migratorio actual, en que además de los factores obrero, industrial y ciudadano hay que incluir en el análisis el contexto fronterizo.

Estos cuatro artículos de la sección Bonanzas de la *Revista de El Colegio de San Luis, Vetas*, son un aporte original y novedoso al estudio de la problemática migratoria de nuestro país, que estoy seguro de que será de interés para un público amplio de lectores.

Por otro lado, sin abandonar el fenómeno migratorio, pero ahora hacia México, en la sección Brechas, Lawrence Taylor analiza el proceso de colonización del norte de México a través de grupos inmigrantes extranjeros, el cual fue propiciado por el gobierno de México durante el porfiriato y el periodo posterior a la Revolución.

Ya en otro tenor y como refresco a tanta migración, en la sección Ensayes, Fulvia Carreto nos muestra la libertad que tiene el literato para manifestar mundos e ideas alternativas a través de la interpretación del mismo concepto en dos famosas novelas: *Rayuela* de Cortázar y *La vida exagerada de Martín Romaña* de Alfredo Bryce Echenique. Por su parte, Carlos Yusti hace lo mismo para el humor y el absurdo en la obra de Julio Cortázar.

En la sección Bocamina, Francisco Rangel nos devuelve de nuevo a la lógica científica y a uno de sus siempre eternos temas, el conflicto teórico entre racionalidad y cultura

a través de la reseña del excelente libro de Michael Suk-Young Chwe, *Rational Ritual: Culture, Coordination and Common Knowledge*. Por su parte, Beatriz Carolina Crisorio nos lleva a otra esfera de las ciencias políticas, las relaciones internacionales, a través de la reseña del libro de María Cristina Rosas, *Australia y Canadá: ¿potencias medias o hegemonías frustradas? Una visión desde México*.

En el Portafolio Gráfico se publican algunas fotografías de Hermes León Nava, quien presenta a los personajes, aunque quizá comunes, siempre protagonistas del plano, en situaciones cotidianas, en composiciones bien instrumentadas. En Amalgama se publican narraciones de Julio César Parissi, uruguayo de nacimiento y bonaerense, quizá por azares de la vida, desde hace ya muchos años. Julio César Parissi inquiere con curiosidad en el lado encubierto de las acciones diarias de sus personajes, llevando al lector a una zona poco confiable; ahí es donde reside la riqueza de sus narraciones.

Por último, *Vetas* expresa su agradecimiento a Jorge Gómez Jiménez, editor de la revista en línea *Letralia*, *Tierra de Letras*, por haber difundido la invitación que *Vetas* hizo a escritores que han colaborado en *Letralia*.

Migración y estrés. Una frontera vital
de la salud física y mental en las movi-
lidades
México-Estados Unidos



Migration and Stress. A Vital Mental Health
Frontier for Social Subjects
Involved in Migration

B O N A N Z A S

Las secuelas de la migración en la vida emocional y en la salud de los miembros de la familia de los migrantes radicados en el país de origen, es un fenómeno al que no se le ha prestado la importancia requerida en las investigaciones sobre las movi- lidades de mexicanos a Estados Unidos. Entre los sujetos sociales involucrados en los circuitos migratorios, la adopción y reproducción de patrones sociales y culturales que modifican los roles de género en las unidades domésticas, los hábitos de consumo, las expectativas sobre los posibles proyectos de vida entre los jóvenes, las conductas psicológicas y las prácticas sexuales provocan conflictos internos en los grupos familiares y situaciones de riesgo e incertidumbre que son factores de estrés. El estrés, definido como una situación nerviosa prolongada que puede alterar ciertas funciones del organismo, es susceptible de analizarse en una perspectiva social como un problema de relación entre la persona y el medio que es percibido por el individuo como amenazador para su bienestar y ante el cual su capacidad de respuesta se encuentra limitada. En este artículo se explora la relación entre estrés y migración en algunos escenarios del estado de Michoacán, teniendo como fuentes de referencia un patrimonio de investigaciones de corte etnográfico realizadas en El Colegio de Michoacán y las observaciones de campo del autor.

The effects of migration on the emotional life and the health of those family members of migrants who remain behind to live in the country of origin is a phenomenon that has not received the attention it merits in research on the movement of Mexicans to the United States. Among social subjects involved in migratory circuits, the adoption and reproduction of social and cultural patterns that modify household units in terms of their gender roles, consumption habits, expectations related to possible life projects among the young, psychological conduct and sexual practices trigger internal conflicts and situations of risk and uncertainty within family groups, all of which are factors that generate stress. Stress, defined as a prolonged nervous condition that has the capacity to alter certain functions of the organism, is susceptible to analysis from a social perspective when it is conceived of as a problem of the relationships between individuals and their surroundings which they perceive as threatening to their well-being, and in the face of which their ability to respond is constrained. This article explores the relationship between stress and migration in certain settings in the state of Michoacán, based on sources of information that include a collection of accumulated ethnographic studies carried out at El Colegio de Michoacán and the author's own field observations.

Migración y estrés.
Una frontera vital
de la salud física y mental
en las moviidades
México-Estados Unidos

En este artículo pretendemos identificar algunos escenarios en que se producen situaciones que afectan la salud mental de los emigrantes mexicanos que van a Estados Unidos y de los familiares relacionados con ellos, siguiendo la pista al estrés como uno de los principales factores de síndromes psicósomáticos.¹

La relación entre migración y salud mental es un tema con una larga tradición de estudios académicos en Estados Unidos por la importancia histórica que este país ha tenido en la recepción de diversos contingentes de inmigrantes, procedentes de varias partes del mundo. A reserva de contar con un estado de esta cuestión, es factible inferir de balances recientes el predominio de dos teorías que relacionan los desórdenes mentales con la migración.² Una atribuye a la migración el papel de detonante de los problemas de salud mental que estaban presentes en los individuos antes de realizarla. La otra postula que la migración produce acumulación de estrés y, en la medida que el individuo no encuentra los medios efec-

*El Colegio de Michoacán, Centro de Estudios Rurales. Correo electrónico: miguelh@colmich.edu.mx

¹ De acuerdo con el significado original que le dio Hipócrates, *síndrome* indica "un complejo de síntomas, cada uno de los cuales no manifiesta un significado especial, sino que junto con los otros, refiere a un cuadro clínico reconocible" (Galimberti, 2002:1019). Entendemos *síntoma* como un fenómeno subjetivo que percibe el paciente y que después se decodifica, a diferencia del *signo*, que es un fenómeno objetivo que el examinador asume como indicador de un proceso patológico (Galimberti, 2002:1021).

² Véase Al-Issa, 1996; Al-Issa y Tousignant, 1997; Gailly y Ben Driss, 1997. La apreciación del balance referido se apoya también en la revisión de los trabajos que sobre el tema de migración y estrés fueron presentados en el 131 Congreso Anual de la American Public Health Association, celebrado en San Francisco, California, en noviembre de 2003.

tivos para adaptarse al medio, deriva problemas de somatización.³ Otro enfoque complementario, desarrollado por la sociología norteamericana de la primera mitad del siglo XX, es el estudio de los problemas de adaptación e integración de los emigrantes en la sociedad receptora, que ve en el cambio social un factor estructural de la emigración y fuente de incertidumbre, ansiedad y extrañeza.⁴

Sin duda, el peso del patrimonio de estas investigaciones realizadas en Estados Unidos ha influido en la definición del problema de migración y salud mental que reconoce en el estrés una variable clave para explicar la acumulación e intensidad de eventos que producen crisis en la salud mental de los individuos. Pero, como bien lo propuso Ferdinand Saussure, “el punto de vista crea el objeto”, y en este sentido cabe preguntarnos si del otro lado del espejo tenemos perspectivas complementarias y contrastantes del fenómeno que, en el caso de la emigración mexicana, proporcionen un balance plural de la cuestión.

A primera vista habría que reconocer la poca importancia que se le ha otorgado al tema en las investigaciones de las ciencias sociales en México. La salud mental por sí misma ha sido objeto de estudio de la antropología médica en el contexto de los procesos de aculturación y formación de la personalidad (Aguirre Beltrán, 1986; Menéndez, 1997); de la sociología, al estudiar los estragos de la modernidad en la conducta de los trabajadores rurales y urbanos (Astorga, 1985); y en los últimos 15 años, de las especialidades psicoterapéuticas que han abordado los problemas de los exilados políticos y de sus familiares procedentes de países del Cono Sur y Centroamérica (Botinelli, 1999). La revisión de recientes estados de la cuestión sobre investigaciones que en México han tratado el tema de la emigración de mexicanos a Estados Unidos no contempla trabajos específicos sobre la relación entre migración y salud mental.⁵

³ La somatización es, según la terminología médica occidental, “la manera en que las emociones reprimidas y los conflictos intrapsíquicos se convierten en síntomas físicos que encubren la expresión de las emociones” (Al-Issa, 1996:20).

⁴ La escuela de sociología más representativa que llevó al terreno de la investigación empírica estos planteamientos fue la Escuela de Ecología Urbana de Chicago. Aunque su objeto de estudio no fue propiamente la migración y salud mental, varios de sus trabajos contribuyeron a identificar las problemáticas psicosociales de los inmigrantes en los asentamientos que construyeron como parte de la dinámica de crecimiento urbano de Chicago. Véase Park, Burgess y McKenzie, *The City* (1925); Louis Wirth, *The Ghetto* (1928), y la recopilación de trabajos selectos de este autor realizada por Albert J. Reiss, en *Louis Wirth on Cities and Social Life* (1964).

⁵ Véase Gustavo López, *Diáspora Michoacana* (2003). Una excepción es el proyecto reciente de Rosa María Aguilera, “Salud mental y migración: una propuesta binacional”. Protocolo de investigación (2003).

El tema comenzó a ser motivo de interés entre algunos investigadores que observamos en trabajo de campo la presencia recurrente de síntomas de estrés asociados a malestares somáticos entre familiares de inmigrantes, en especial en las esposas e hijos menores de edad. Se trata, pues, de una línea de investigación que en primer lugar entrelaza las secuelas de la emigración masculina con la migración de retorno. Partiendo del reconocimiento de estos hechos, nos interesa examinar desde una perspectiva amplia del proceso migratorio qué otras aristas de la salud mental están implicadas en la movilidad de personas, objetos, información y expectativas que configuran situaciones de estrés, ante las cuales las reacciones resolutivas no se reducen a la adaptación o integración a un modo de vida determinado, sino más bien a la reconstrucción de un orden de vida cotidiano.

Motivados por este planteamiento, en lo que resta del artículo se argumentarán las características de un problema empírico, cuyo punto de partida es la hipótesis de que la migración de mexicanos a Estados Unidos se ha constituido en una coyuntura vital para los actores implicados, y en consecuencia genera situaciones estresantes con grados de complejidad que rebasan el acontecer inmediato. No está de más aclarar que, si bien nuestro acercamiento al fenómeno parte de una lectura sociológica, somos conscientes del esfuerzo pluridisciplinario que exige construir un objeto de estudio con diversos grados de complejidad.⁶

■ Salud mental y estrés en los estudios migratorios

La definición más elemental de estrés es la de una estimulación nerviosa excesiva que puede afectar ciertas funciones del organismo humano (Galimberti, 2002:453). El acento de esta definición está en los estímulos físicos, psíquicos y cognitivos que desequilibran la salud del organismo. En los años 70, en el prolífico acervo de investigaciones sobre este fenómeno se identificaron como causas los problemas relacionados con el ritmo de la vida social moderna (por ejemplo, el desempleo, la erosión de las relaciones sociales íntimas, la presión de tiempo, la multiplicidad de actividades y responsabilidades en la vida cotidiana), así como las formas en que

⁶ La información de campo y bibliográfica en que se sustenta este trabajo corresponde a la fase exploratoria del proyecto de investigación *Estudio de las relaciones entre salud-enfermedad y terapias de sanación en espacios sociales de migración*, coordinado por el autor del artículo en El Colegio de Michoacán (www.colmich.edu.mx).

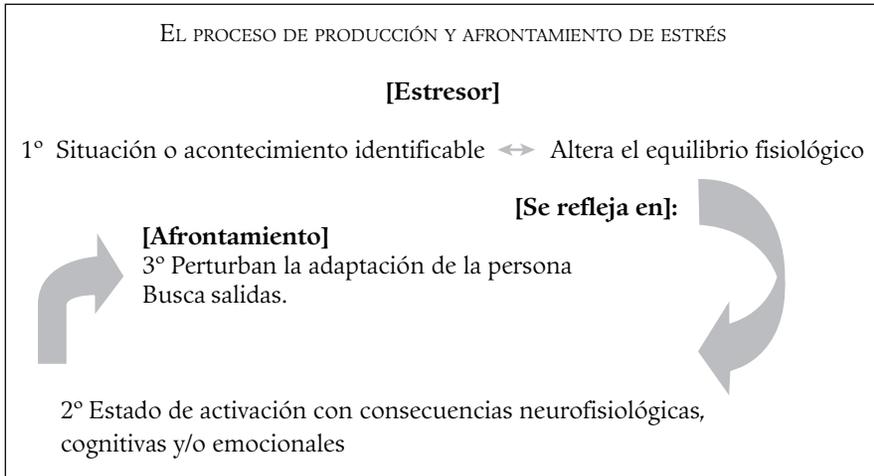
los sucesos vitales significativos en determinada edad o etapa del ciclo biológico y social afectan a los individuos (por ejemplo, el ingreso a la escuela, el matrimonio, las separaciones y pérdidas de seres queridos, el envejecimiento). Debido a que fue en el dominio académico de la medicina psiquiátrica y de la psicología clínica donde se hizo el mayor número de investigaciones, los síntomas del estrés fueron diagnosticados principalmente en las áreas físicas y mentales (por ejemplo, alteraciones en el ritmo cardiaco y de respiración, infecciones recurrentes, irritabilidad, ansiedad, depresión, histeria).

En los últimos 20 años, otros trabajos con un enfoque sociopsicológico destacaron el origen social de los trastornos de salud mental que no se explican por el carácter psicótico y se distribuyen diferencialmente entre los grupos sociales (Álvaro *et al.*, 1992). En esta área del conocimiento, el estrés fue tratado desde una perspectiva novedosa que, sin negar el carácter endógeno de las enfermedades mentales, puso atención en las relaciones entre la clase social, el género, la situación laboral y la salud mental; en las respuestas adaptativas ante las demandas estresantes del medio; en las capacidades de los sujetos para construir significados sociales alternativos y transformar las condiciones estresantes.

El estrés no es en sí una enfermedad, sino la forma en que se perciben las situaciones o acontecimientos de que deriva un desequilibrio fisiológico y psicológico del organismo. En otras palabras, se trata de un fenómeno sintomático de la relación entre la persona y un medio que es percibido como amenazador para su bienestar y frente al cual la capacidad de respuesta del individuo se encuentra limitada.

Esta noción de estrés tiene como marco de referencia los trabajos de Richard S. Lazarus (1998) en que se define la interrelación de varios indicadores en el proceso de estresamiento. El primero de estos indicadores es la percepción del individuo de situaciones o acontecimientos amenazantes llamados “estresores”; su grado de intensidad, riesgo y duración dependerá de diversas variables atribuibles al sujeto, a su entorno sociocultural y a sus capacidades de respuesta. Una situación que es estresante para una persona puede no serlo para otra. El segundo indicador es la manifestación de desequilibrios en el organismo con consecuencias neurofisiológicas, emocionales y cognitivas. En función de la acumulación del estrés y de la falta de acciones efectivas para contrarrestarlo, de este desequilibrio derivan disturbios mentales (depresión, histeria, ansiedad, por mencionar algunos de los principales) y/o

somáticos. Finalmente está la respuesta del sujeto ante el estrés, la cual es definida con el término “afrontamiento”, que consiste en “aquellos esfuerzos cognitivos y conductuales constantemente cambiantes que se desarrollan para manejar las demandas específicas externas y/o internas que son evaluadas como excedentes o desbordantes de los recursos del individuo” (Rodríguez-Marín, 1992:105).



La popularización del modelo anterior en manuales de autoayuda, del tipo “hágalo usted mismo”, ha contribuido a percibir el estrés en el ámbito del conocimiento del sentido común como un mal necesario de la vida moderna atribuible a casi cualquier situación cotidiana en la que se ejerza presión sobre el precario equilibrio emocional de los individuos, basado en el apego o la aversión a los objetos y personas. En la medida que conozcamos no sólo las expresiones inmediatas del estrés, sino también los procesos que convergen al relacionar lo que en el modelo de Lazarus es la situación-la reacción-el afrontamiento, se podrán proponer conclusiones respecto a si el estrés es o no es una manera nueva de nombrar algo que ha existido antes de la modernización, y también si se trata de un fenómeno atribuible a la conducta y personalidad del individuo. Pero no es en este tipo de discusión en el que nos interesa ubicar las reflexiones siguientes, sino en la lectura de una perspectiva de corta o larga duración, según se vea, sobre la construcción social de la experiencia migratoria que va fijando expectativas y sentidos a las ac-

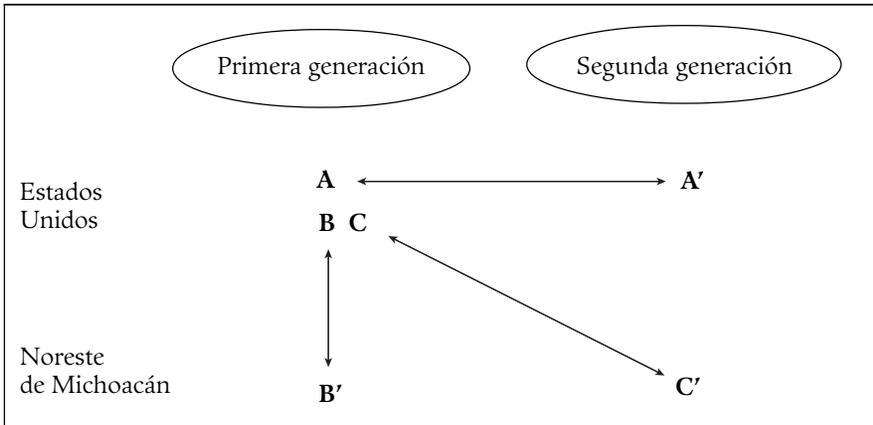
ciones y decisiones de los actores. Para ello los indicadores del modelo de Lazarus orientarán nuestro análisis.

■ La migración como coyuntura vital y fuente de estrés

Los teóricos sociales de la vida cotidiana (Schutz, Berger y Luckmann, Heller, Lefebvre, Giddens) coinciden en definir el estatus de “realidad suprema” en comparación con la realidad ontológica, porque es en la dimensión de la cotidianidad donde se construyen y objetivan los conocimientos y significados subjetivos del sentido común.⁷ A la luz de los trabajos que en los terruños del occidente de Michoacán (de donde proceden algunos de los flujos de emigrantes con mayor antigüedad) han examinado asuntos como la socialización intergeneracional, los cambios en los patrones de identidad de género y la recomposición de la organización familiar, cobra mayor fuerza la idea de que la migración se ha convertido en una coyuntura vital de sus realidades cotidianas. El concepto de “coyuntura vital”, acuñado por Jeniffer Johnson-Hanks (2002), propone analizar desde un punto de vista etnográfico la articulación de las situaciones y acontecimientos que desempeñan una función de transición significativa en la biografía de una persona. A diferencia de la noción de “suceso vital”, que se refiere a los acontecimientos convencionales coincidentes con etapas de ciclos biológicos y sociales (nacimiento, matrimonio, concepción, muerte), la “coyuntura vital” se refiere a eventos contingentes en su origen y dirección, que alimentan expectativas, decisiones y virajes en el sentido que tomará la vida de las personas.⁸ A continuación examinaremos algunas situaciones en las que se muestra cómo ciertas representaciones de la migración tienen un papel estresante en la medida que se configuran como una coyuntura vital.

⁷ Esta manera de expresar el procesamiento del conocimiento corresponde a la perspectiva fenomenológica desarrollada en los trabajos de Alfred Schutz y de Peter L. Berger y Thomas Luckmann (1991:37). Agnes Heller plantea la objetivación del conocimiento en la vida cotidiana desde la perspectiva que György Lukács la ubicó como parte del problema de la producción de la “conciencia en sí” y “conciencia para sí”. Para Heller la realidad de la vida cotidiana es la del hombre *concreto* que lucha por su reproducción social ante la *dureza del mundo* (Heller,1977:19).

⁸ En su investigación sobre las representaciones sociales del trabajo en la vejez, Rosario Conejo (2001) muestra cómo muchas de estas coyunturas vitales percibidas en las historias de vida individuales se intersecan con procesos económicos y políticos a escalas nacional y regional que explican el sentido de las decisiones y expectativas de las personas en un contexto histórico compartido.



El dilema del retorno $A \leftrightarrow A'$

De qué me sirve el dinero
 si estoy como prisionero
 dentro de esta gran nación.
 Cuando me acuerdo hasta lloro
 que aunque la jaula sea de oro
 no deja de ser prisión.

(“La jaula de oro”, cantan
 Los Tigres del Norte, 1985)⁹

La literatura, testimonios y relatos de las peripecias de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos ha creado un sitio común de problemas que parecen relativizar su gravedad a causa de repetirse y diluirse intergeneracionalmente en las anécdotas de sus protagonistas. El desconocimiento del idioma inglés y sus secuelas que obstaculizan el entendimiento y la comunicación con los estadounidenses, la incertidumbre de la obtención y conservación de trabajo, la discriminación étnica y racial, las condiciones de pobreza en la vivienda, las dificultades para acceder y pagar servicios de salud y educación forman en conjunto un cuadro compartido por casi cualquier emigrante que se va “al norte”. Desde el punto de vista del

⁹ Epígrafe en Víctor M. Espinosa, *El dilema del retorno* (1998:15).

“sentido común”, estos problemas son tratados en sus discursos como desafíos circunstanciales que “se viven y aceptan” en aras de ganar dólares y mejorar sus posiciones socioeconómicas.¹⁰ Por sí mismos tales desafíos son indicadores de estrés, que dependiendo de su intensidad, acumulación y maneras de afrontarlo pueden ocasionar diversos problemas de salud mental como la depresión, la indolencia y la locura, asociados con la adquisición de patrones de adicción de alcohol y drogas (Durand, 1994:307; Caetano y Medina, 1988).

Pero más allá del diagnóstico inmediato de los síntomas estresantes, es necesario problematizar las nociones previas que determinan su explicación, y una vía para hacerlo es interrogarnos sobre las construcciones socioculturales que soportan determinadas representaciones de la migración. En el escenario que hemos esquematizado con la relación $A \leftrightarrow A'$ se aprecia un fenómeno que Víctor Espinosa (1998) llamó el dilema del retorno para expresar la contradicción entre el deseo de retornar a México, abrigado por la primera generación de inmigrantes (los padres), y la resistencia a realizarlo por la segunda generación (los hijos), sobre todo cuando los segundos se socializaron en Estados Unidos desde temprana edad.

El dilema del retorno va más allá de una relación intergeneracional de fuerzas entre deseo y resistencia; es, principalmente, la construcción de una representación social que mitifica “lo que quedó atrás”, viviendo como “realidad” este apego idealizado sin aceptar que el presente real contradice las posibilidades de realizarlo. Empíricamente las situaciones concretas de este dilema tienen por supuesto varios matices.¹¹

Si nos quedamos con la impresión de que el dilema del retorno es una construcción cultural exclusiva de los inmigrantes mexicanos, haríamos una interpretación errónea y descontextualizada de la problemática que lo genera. En otro

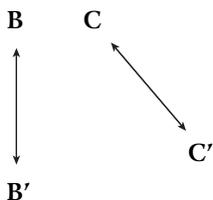
¹⁰ Una veta interesante de las investigaciones sobre migrantes es la recuperación y difusión de sus testimonios captados en entrevistas y trabajos etnográficos. Al respecto véase los clásicos trabajos de Manuel Gamio (1969, 2002), las compilaciones a cargo de Álvaro Ochoa (1998) y de Jorge Durand (1991, 1996, 2002).

¹¹ En la misma investigación de Espinosa (1998) se muestra que la resistencia a retornar es sostenida por uno de los cónyuges de la primera generación ante la intención del marido de regresar al terruño mexicano, una vez que tuvieron éxito en el negocio familiar logrado en California. Otro caso es el de la fuerte tensión que viven los niños y adolescentes de familias de emigrantes mexicanos en Estados Unidos para adaptarse a sus entornos barriales y escolares, en donde es patente el proceso de desarraigo espacial y temporal del que provenían y la desorientación en sus referentes de identidad (López, 1999 y 2000; Olmedo, 1999; López y Stanton-Salazar, 2001).

escenario de la migración, el que viven en México los exilados políticos o desplazados, el dilema del retorno tiene mayor intensidad estresante en lo que algunos terapeutas reconocen como la transmisión intergeneracional de secretos, mitos y rituales familiares. Quienes se vieron obligados a abandonar su país para sobrevivir frente a una escalada de violencia política o exterminio “experimentan emociones contradictorias, donde el júbilo por estar libres y a salvo en otro territorio, se une al recuerdo por lo perdido y puede surgir un sentimiento de traición para los que quedaron en el lugar de origen, o por estar vivo” (Engorón y Núñez, 1994:53). La transmisión intergeneracional es, en este contexto, la herencia a los hijos (o a los miembros de otras generaciones no necesariamente emparentadas) de temores, secretos, silencio de temores, vergüenzas o culpas que forman un sentimiento, donde los hijos se sienten obligados a cumplir los deseos y tareas que sus progenitores no pudieron realizar.

El afrontamiento de esta situación puede ocasionar una superación de la misma cuando se aprende a vivir entre dos culturas; aunque la mayoría de las veces este aprendizaje no se logra por una integración en el entorno cultural dominante, y el mismo proceso es fuente de tensión y resistencia (Botinelli, 1999; Parris, 1983). Las posibilidades de afrontamiento mencionadas no dependen sólo del individuo, es decir, no están sujetas exclusivamente a su voluntad. La generación de políticas públicas bilaterales que contemplen en los países receptores condiciones favorables para la integración laboral y social de los emigrantes interviene también en el proceso de afrontamiento del estrés. Pero bien sabemos que la producción y realización de este tipo de políticas bilaterales es un asunto polémico por sus implicaciones en el acceso y uso de servicios de salud y educación, por mencionar algunos de los más trillados (Mármora, 2002:156-161). En el caso de los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos, la historia de la definición de acuerdos bilaterales ha sido un terreno de disputa, complicidades e indiferencias en las distintas etapas de este proceso (Durand, 2003). Considerar este contexto en la comprensión de las experiencias diferenciales de los inmigrantes para aprender a “vivir entre dos culturas” será un ángulo importante de observación de las situaciones estresantes que hay detrás del dilema del retorno.

La liminalidad migratoria



Los atributos de la liminalidad o de las personas liminales (“gentes de umbral”) son necesariamente ambiguos, ya que esta condición y estas personas eluden o se escapan del sistema de clasificaciones que normalmente establecen las situaciones y posiciones en el espacio cultural.

Victor W. Turner (1988:102)

Anthony Giddens sostiene, en un ensayo que examina las fuentes de la modernidad, que la dislocación entre espacio y lugar fomenta las relaciones entre los “ausentes” localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara a cara. Este tipo de relaciones “fantasmagóricas” provoca, en lo local, la penetración de influencias sociales generadas a distancia, haciéndolas parecer producto de las relaciones visibles (Giddens, 1997:30).

La propuesta de Giddens viene al caso para reflexionar sobre la reconfiguración espacial de las relaciones sociales que la migración introdujo en los terruños,¹² que afectó, entre otras cosas, la organización familiar, los referentes normativos de estatus social y las expectativas de vida. Hasta años muy recientes las investigaciones sobre migración prestaron atención a este tipo de cambios en las escalas del terruño y la región, y así descubrieron las transformaciones que la movilización de experiencias, conocimientos y objetos estaba generando en las

¹² A lo largo de este artículo hemos aplicado la noción de “terruño” en apego al significado que Luis González y González le otorgó al microespacio en que coincide su apropiación territorial con las relaciones sociales cara a cara que establecen entre sí sus habitantes. En *Invitación a la microhistoria* (1973), don Luis, para definir *terruño*, propone los términos “matria” o “patria chica”, que “es la realización de la grande [la patria], es la unidad tribal culturalmente autónoma y económicamente autosuficiente, es el pueblo entendido como conjunto de familias ligadas al suelo [...] es el pequeño mundo de relaciones personales y sin intermediario” (1973:27).

relaciones de género, las cuales no se limitaban al cambio en la esfera de la reproducción cultural, sino que trascendían a las esferas de negociación de las relaciones de dominación entre hombres y mujeres, adultos y niños, en ámbitos de la realidad cotidiana como la familia, la educación, la sexualidad y el trabajo (Mummert, 1988, 1999, 2003; D'Aubeterre, 2000; Díaz, 2000; Woo, 2002).

El enfoque transnacional ha alentado una lectura optimista de estos cambios al interpretarlos como indicadores de la reconstrucción de identidades en la conformación de un nuevo espacio social que rebasa las fronteras territoriales. Nuestro punto de vista al respecto es que resultaría prematura una conclusión sobre el rumbo que toman estas identidades a la luz de las experiencias que los actores sociales construyen en sus movibilidades, condicionados por sus diferencias socioeconómicas, étnicas y de género, por mencionar las más recurrentes. El dilema que en el mito del retorno se presenta ante la incógnita de ubicar a dónde se pertenece, si “allá” (lo local), si “acá” (el país huésped), o se es a la vez de “allá” y de “acá” (Tarrius, 2000:41), se extiende también entre los familiares y paisanos del terruño que, no por causas volitivas, sino por las dinámicas estructurantes de la migración se vieron envueltos en la dislocación del tiempo espacio de la modernidad. Su condición identitaria no es clara, pues las instituciones tradicionales que la sustentaban se están erosionando y, en todo caso, lo que ensayan es el reacomodo de sus identidades a través de identificaciones variantes que entrelazan sus costumbres con nuevos conocimientos, experiencias y negociaciones de creencias.¹³ En este sentido, se trata de una condición “liminal” o de “umbral”, según el significado que le otorga Victor Turner en el epígrafe con que se introdujo esta sección.

Retomando el hilo de nuestro argumento sobre el papel que desempeña la emigración en la producción de estrés, las reflexiones anteriores tienen como puntos de referencias varios síntomas de desajuste social y emocional causados por influencias culturales generadas a distancia, pero difícilmente percibidas como tales debido a la necesidad de reivindicar, aunque sea virtualmente, la presencia de los ausentes. A continuación examinaremos algunos escenarios.

El flujo representado por $B \leftrightarrow B'$ podría ejemplificar una relación a distancia entre el marido emigrante con su compañera o esposa que reside en el terruño.

¹³ Un ejemplo de negociación de las creencias religiosas es el fenómeno de la conversión y movilidad de los emigrantes entre diferentes Iglesias y denominaciones protestantes y paraprotestantes (Hernández, 2002).

Los trabajos de Gail Mummert, entre otros, han evidenciado la transformación de los roles de las mujeres en la familia y unidades domésticas debido a la emigración masculina, aunque también por la movilidad ocupacional de ellas al participar como fuerza de trabajo asalariada en la región del valle de Zamora, Michoacán. Entre estos nuevos roles está la responsabilidad de dirigir la unidad doméstica en ausencia del varón, con todo lo que implica para la administración del patrimonio familiar, la educación de los hijos y otro tipo de decisiones necesarias para su funcionamiento. Sin embargo, esta situación de dirección femenina es precaria en la medida que el “ausente” sigue controlando a distancia el sentido de esta administración al proveer el dinero para el gasto, incidir en las decisiones de la esposa dando “la última palabra” (incluso en situaciones cotidianas que son dominio del sentido común, como la compra de ropa o golosinas a los hijos). En este contexto se observa un fenómeno de negociación entre los cónyuges, la “negociación de las diferencias”, que en algunos casos ha rebasado el escenario doméstico para llevarlo al proceso mismo de formación de la pareja.

Pero en la óptica de la salud mental estos procesos no están exentos de tensiones emocionales con repercusiones psicósomáticas. Diferentes investigadores en el Bajío zamorano hemos registrado en nuestros trabajos de campo información que da cuenta de las constantes situaciones de estrés al que se ven sometidas las mujeres vinculadas a la migración. Las lumbalgias, cefaleas, hipertensión, nerviosismo, cambios de carácter, cansancio crónico y migrañas son padecimientos comunes entre mujeres de diferentes edades que, en opinión del personal médico que participa en las investigaciones mencionadas, tienen una alta probabilidad de estar relacionados con el estrés, el miedo y la ansiedad que cotidianamente viven las mujeres con un marido migrante (López, 2003b).

La ausencia del marido representa también un factor de riesgo para sus esposas en el terreno de la sexualidad. Los problemas de violencia sexual provocados por el acoso y vigilancia a las mujeres de los ausentes de parte de los varones que permanecen en las localidades es tan sólo una faceta de su vulnerabilidad. También es frecuente que los maridos regresen de Estados Unidos con nuevos conocimientos acerca de las prácticas sexuales y quieran compartirlas con sus esposas. Se ha averiguado que algunas de ellas lo aceptan de manera natural y sin problemas, pero para otras representa un conflicto para sus creencias e ideas (López, 2003b). Si a esto agregamos el problema epidemiológico por VIH, que algunos varones

transmiten a sus parejas (Bronffman y Minello, 1992; Fernández, 1998; Hernández, 1997), perfilaremos un escenario complicado de deterioro de la salud física y mental en los terruños.

Los hijos de las parejas antes descritas también son vulnerables a las secuelas de la migración. En la relación intergeneracional representada en el esquema por $C \leftrightarrow C'$ se observan desequilibrios emocionales entre los niños debido a la ausencia del padre. Leticia Díaz, en su investigación sobre la socialización infantil en un pueblo de emigrantes del noroeste de Michoacán, da cuenta de la incertidumbre que permea en la formación de la personalidad e identidad social de los hijos de emigrantes (Díaz, 2002). Las reacciones emocionales que los niños menores de cinco años experimentan cuando el progenitor irrumpe en el espacio familiar después de un largo periodo de ausencia durante el cual la relación de apego emocional es más sólida con la madre se expresan en berrinches, gripas, falta de apetito y mojadadas nocturnas de la cama. Con el retorno del padre al norte, la conducta del niño parece recuperar su “comportamiento normal”, aunque, en opinión de los maestros de escuela, no está del todo asentado, pues durante la estancia del padre en el hogar y en un lapso largo posterior a su partida es cuando se intensifican los problemas de conducta de los niños.

Los niños y jóvenes de las localidades de emigrantes enfrentan otro tipo de estresor que culturalmente es producido por la construcción del “deseo” de tener un estilo de vida ideal en Estados Unidos. Leticia Díaz ha mostrado también el papel importante que en este proceso desempeñan los videos, fotografías y relatos familiares en que se representa el lado exitoso de la migración (Díaz, 2002; 2003). El consumo de objetos comerciales, los símbolos del poder adquisitivo y las imágenes de progreso contribuyen en la construcción de una percepción de la migración que, comparada con las expectativas de vida en el terruño, resulta más alentadora su realización. Las entrevistas y dibujos proyectivos realizados con niños varones de entre ocho y 12 años matizan las representaciones del deseo: tener una camioneta pick up, casarse con una “gringa”, tener ropa americana, comprar una casa con aparatos electrodomésticos de todo tipo para hacer parrilladas e invitar a todos los amigos y parientes. Los videos tomados en las fiestas de cumpleaños de los primos, donde abundan los regalos y viandas, los de las parrilladas, los paseos en parques, de los interiores de las viviendas forman un acervo de imágenes que mitifican la vida del inmigrante en Estados Unidos. El mito, en este

caso, se refiere a “una serie de imágenes bien integradas y compartidas, ubicadas en una zona intermedia donde la realidad y la historia se mezclan con la fantasía, construyendo una nueva realidad que responde a las necesidades emocionales humanas” (Engorón y Núñez, 1994:66).

La migración al norte se perfila como una meta en la vida, y entre los adolescentes tiene la función de un acontecimiento vital que marca el ritual para volverse hombres. Las presiones emocionales en torno a la realización del rito de paso representado por el cruce de la frontera se viven como retos, aunque ya estando en la frontera las cosas cambian drásticamente. Para aquellos que no cuentan con redes familiares y recursos que amortigüen los riesgos para cruzar la línea, esta aventura tiene costos elevados y muchos jóvenes después de varias deportaciones quedan varados en las ciudades fronterizas exponiéndose a los peligros de las adicciones y su reclutamiento en las redes de las economías delincuenciales (Hernández, 2000b). Lo paradójico del caso es que estas experiencias se diluyen ante el poder de las imágenes míticas, y las “anécdotas” de la frontera son erradicadas al momento de realizar un balance de los riesgos que implica el paso del norte.

■ Conclusiones

Los migrantes mexicanos y sus familias, como muchos otros que viven esta experiencia en otras partes del mundo, no son una página en blanco cuando inician su carrera hacia Estados Unidos; además de sus equipajes, llevan consigo las emociones, visiones de mundo, padecimientos y sufrimientos, expectativas y estereotipos forjados en su vida, que seguramente serán materia prima de encuentros y desencuentros en su itinerario hacia y dentro del país receptor. Varios de los autores de los trabajos citados en este artículo han corroborado que el estrés acumulado en las experiencias y las condiciones de vida del inmigrante, así como los problemas de salud mental generados en su lugar de origen antes de emigrar, explican las crisis emocionales y somáticas de las que pueden derivar situaciones psicopatológicas durante su estancia en el país receptor.

Pero, en la medida que el proceso migratorio implica no sólo a quienes se movilizan, sino también a quienes se quedan y mantienen relaciones estrechas con los ausentes, el problema de la salud mental exige ampliar los horizontes de observa-

ción y el ensayo de hipótesis de trabajo encaminadas a comprender su complejidad. En este artículo hemos pretendido abrir una brecha dirigiendo la atención al papel de las relaciones sociales tejidas en torno a la migración y de sus representaciones sociales como fuentes de estrés, ponderando la perspectiva intergeneracional. Con el fin de buscar y encontrar otros ángulos de lectura del problema de migración y salud mental, el estrés ha fungido como una pista, parecida —valga la analogía— a la que surge en la escena del crimen de una novela policíaca para conducir a la identificación de los actores involucrados, sus motivos, sufrimientos, dislocaciones y estrategias, sin perder de vista que todo esto ocurre en un entorno específico donde tienen sentido sus acciones.

El resultado de estas pesquisas ha sido la delimitación de campos de observación que invitan a reflexionar en que el estrés no es sólo producto de situaciones de inadaptación entre el individuo y un entorno que es percibido como amenaza, sino que hay construcciones socioculturales de fondo que responden a coyunturas vitales en la biografía de las personas y su relación familiar y comunitaria.

Quizá este primer hallazgo motive la realización de investigaciones que integren en la cada vez más nutrida agenda de los estudios migratorios el tema del estrés y la migración. Pero, independientemente de ello, el problema de la salud mental de los emigrantes y sus familias no puede eludir una problemática de fondo que rebasa los tópicos propios de un dominio especializado. Esta problemática fue enunciada, entre otros, por Erich Fromm en 1956 al preguntarse en Estados Unidos si los habitantes del mundo occidental se consideraban mentalmente sanos. Las circunstancias en las que formuló esta pregunta no fueron gratuitas, pues el criterio dominante de salud mental en Norteamérica era que una sociedad es normal en la medida que funciona, y la patología sólo puede definirse en relación con la falta de adaptación del individuo al tipo de vida de su sociedad (Fromm, 1971:18). La pregunta de Fromm criticaba una concepción moderna de lo normal y lo patológico que diluía en el relativismo sociológico la responsabilidad de la sociedad para responder a las necesidades del ser humano.

En el contexto de esta cuestión, nuestra lectura de los problemas de salud mental apunta a reflexionar sobre las dificultades de adaptación de los inmigrantes en medios laborales y culturales con diversos grados de estigmatización; sobre la socialización de las representaciones construidas en torno a una serie de símbolos que mitifican el poder adquisitivo, las pautas de consumo y estilos de vida ameri-

canos; sobre la reconfiguración de los roles sociales de los actores que en entornos de ambigüedad y riesgo crean condiciones de vulnerabilidad a sus personas y estabilidad emocional. Comprender a los actores involucrados en la migración, desde estas y otras situaciones no mencionadas, contribuye a esclarecer la complejidad del fenómeno y a mantener una lectura crítica de los parámetros con los cuales se evalúan sus psicopatologías en los países receptores. Si, como señala Erich Fromm, es necesario invertir el criterio de responsabilidad de las sociedades, no para que el individuo se adapte a ellas, sino para que éstas respondan a las necesidades del ser humano, confiamos en que este tipo de reflexiones abrirá campo en la discusión de políticas públicas, investigaciones y programas de salud que traten a los migrantes en su dimensión humana y no únicamente como mano de obra barata, fuente de divisas por sus remesas o de potencial elector en contiendas políticas.

■ Bibliografía

- AGUILERA GUZMÁN, Rosa María (2003), "Salud mental y migración: una propuesta binacional". Protocolo de investigación, México, Dirección de Investigaciones Epidemiológicas y Psicosociales, Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, 8 pp.
- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzalo (1994), *Antropología médica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- AL-ISSA, Ihsan (ed.) (1996), *Handbook of Culture and Mental Illness: An International Perspective*, Connecticut, International University Press.
- y Tousignant, Michel (eds.) (1997), *Ethnicity, Immigration and Psychopathology*, Nueva York, Plenum Press.
- ÁLVARO, José; Torregrosa, José, y Garrido, Alicia (comps.) (1992), *Influencias sociales psicológicas en la salud mental*, Madrid, Siglo XXI.
- ASTORGA L., Enrique (1985), *Mercado de trabajo rural en México. La mercancía humana*, México, Era.
- BEN-SIRA, Zeev (1997), *Inmigration, Stress and Readjustment*, Westport, Connecticut, Praeger.
- BERGER, Peter L., y Thomas Luckmann (1991), *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.

- BOTINELLI, Cristina (1999), "La pertenencia a dos culturas: un aprendizaje para la vida", en Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán/ CIDEM, pp. 317-340.
- BRONFMAN, Mario, y Nelson Minello (1992), *Hábitos sexuales de los migrantes temporales mexicanos a los Estados Unidos de América. Prácticas de riesgo para la infección de VIH*, Informe de investigación, México, El Colegio de México (inédito).
- CAETANO, Raúl, y María Medina M. (1988), "Patrones de consumo de alcohol y problemas asociados en México y en población de origen mexicano que habita en Estados Unidos", *Nueva Antropología*, vol. x, núm. 34, México, pp. 137-155.
- CONEJO N., Rosario (2001), "Representaciones sociales del trabajo en la vejez. Una aproximación al fenómeno entre los trabajadores del cuero-calzado en León, Guanajuato", Trabajo de grado, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, Programa de Doctorado en Ciencias Sociales, especialidad en Estudios Rurales (inédito).
- D'AUBETERRE, María Eugenia (2000), *El pago de la novia. Matrimonio, vida conyugal y prácticas matrimoniales en San Miguel, Acuexcomac, Puebla*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán/ Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- DÍAZ G., Leticia (2000), "'Cuando sea grande me voy p' al norte', Socialización de los niños del poblado de Ucácuaro en el contexto de la migración", Tesis de Maestría en Estudios Rurales, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán (inédita).
- (2002), "Siguiendo los pasos hacia Estados Unidos. Interacción infantil con videos, cartas y fotografías", en Ma. Eugenia Anguiano y Miguel J. Hernández (eds.), *Migración internacional e identidades cambiantes*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán/ El Colegio de la Frontera Norte, pp. 229-250.
- (2003), "Sueños y expectativas de frontera: proceso de socialización de símbolos y significados con contenidos de la migración", en J. Luis Seefóo y Luis Ramírez (eds.), *Estudios michoacanos XI*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, pp. 105-122.
- DURAND, Jorge (coord.) (1991), *Les llueve sobre mojado*, Guadalajara, Jal., ITESO/ Academia Jalisciense de Derechos Humanos.
- (1994), *Más allá de la línea. Patrones migratorios entre México y Estados Unidos*, México, CONACULTA.

- (1996), *El norte es como el mar. Entrevistas a trabajadores migrantes en Estados Unidos*, Guadalajara, Jal., Universidad de Guadalajara.
- (2002), *Rostros y rastros. Entrevistas a trabajadores migrantes en Estados Unidos*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis.
- (2003), Intervención en la primera sesión plenaria del Primer Coloquio Internacional. Migración y Desarrollo: Transnacionalismo y Nuevas Perspectivas de Integración, Zacatecas, Zac., 23 de octubre de 2003 (intervención oral).
- ENGORÓN, Sandra, y Ma. Angélica Núñez (1994), “Transmisión transgeneracional: secretos, mitos y rituales”, en Cristina Bottinelli (coord.), *Migración y salud mental. Manual para promotores y capacitadores*, México, ILEF/ Rädä Barnnen.
- ESPINOSA, Víctor M. (1998), *El dilema del retorno. Migración, género y pertenencia en un contexto transnacional*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán/ El Colegio de Jalisco.
- FERNÁNDEZ R., Guillermo (1998), “Migración y VIH Sida”, Tesis de Maestría en Estudios Rurales, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán (inédita).
- FROMM, Erich (1971), *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, México, Fondo de Cultura Económica.
- GAILLY, Antoine, y Redouane BEN DRISS (1997), “Psychopathology of Immigrants and Cross-Cultural Therapy”, en UGALDE, Antonio y Gilberto Cárdenas (eds.), *Health & Social Services among International Labor Migrants*, Texas, University of Texas Press, pp. 121-130.
- GALIMBERTI, Umberto (2002), *Diccionario de psicología*, México, Siglo XXI.
- GAMIO, Manuel (1969), *El inmigrante mexicano. La historia de su vida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2002), *El inmigrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, México, Secretaría de Gobernación/ U.C. Mexus/ CIESAS/ Porrúa.
- GIDDENS, Anthony (1997), *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis (1973), *Invitación a la microhistoria*, México, SepSetentas.
- HELLER, Agnes (1977), *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península.
- HERNÁNDEZ M., Miguel J. (1997), “Propuesta para una pastoral cristiana de concientización y solidaridad con los emigrantes mexicanos en los tiempos del VIH/ SIDA”, Ponencia presentada en el XXIV Simposio anual de CEHILA, Nuevo México, Universidad Estatal de Nuevo México (inédita).

- (2000), “El proceso de convertirse en creyentes. Identidades de familias testigos de Jehová en un contexto de migración transnacional”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXI, núm.83, verano, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, pp. 67-98.
- (2000b) “Transgresores de fronteras”, *Estudios Jaliscienses*, febrero, núm. 39, Zapopan, Jal., El Colegio de Jalisco, pp. 16-29.
- (2002), “Creyentes religiosos en movimiento. La intersección de búsquedas identitarias entre México y Norteamérica”, en ANGUIANO, Ma. Eugenia y Miguel J. Hernández (eds.), *Migración internacional e identidades cambiantes*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / El Colegio de la Frontera Norte, pp. 189-204.
- JOHNSON-HANKS, Jennifer (2002), “On the Limits of Life Stages in Ethnography: Toward a Theory of Vital Conjunctions”, *American Anthropologist*, 104(3), American Anthropological Association, pp. 865-880.
- LAZARUS, Richard S. (1998), *Fifty Years of the Research and Theory of R.S. Lazarus. An Analysis of Historical and Prennial Issues*, Nueva Jersey, LEA.
- LÓPEZ, David, y Ricardo N. Stanton-Salazar (2001), “Mexican Americans: A Second Generation in Risk”, en Rubén G. Rumbaut y Alejandro Portes (eds.), *Ethnicities. Children of Immigrants in America*, Berkeley, University of California Press / Rissell Sage Foundation, pp. 57-90.
- LÓPEZ C., Gustavo (ed.) (1999), “La educación en la experiencia migratoria de niños migrantes”, en Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / CIDEM, pp. 359-374.
- (2000), “Richard y sus amigos. Sociometría de las relaciones en la escuela: Michoacán y Chicago”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXI, núm. 83, verano, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, pp.119-138.
- (2003), *Diáspora michoacana*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán / Unidos Michoacán.
- (2003b), “Análisis social de las implicaciones de la migración masculina en los cambios de comportamiento, padecimiento de enfermedades emocionales y de salud”, Protocolo de proyecto de investigación, Zamora, Mich., Centro de Estudios Rurales de El Colegio de Michoacán. (Documento de trabajo.)
- LÓPEZ, Gustavo; Leticia Díaz y Héctor Hernández (2003), “Una hojeada a la migración: bibliografía anotada sobre estudios migratorios en Michoacán”, en Gustavo López C. (ed.), *Diáspora michoacana*, Zamora, Mich., El Colegio de

- Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán / Unidos Michoacán, pp. 437-476.
- MÁRMORA, Lelio (2002), *Las políticas de migraciones internacionales*, Barcelona, Paidós.
- MENÉNDEZ, Eduardo (1997), “Holísticos y especializados: los usos futuros de la antropología”, *Nueva Antropología*, vol. XVI, núm. 52, México, UAM / IGV Editores, 1997, pp. 9-37.
- MUMMERT, Gail (1988), “Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van”, en Thomas Calvo y Gustavo López (coords.), *Movimientos de población en el occidente de México*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / CEMCA, pp. 281-298.
- (1999), “Juntos o despartados’: migración transnacional y la fundación del hogar”, en Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / CIDEM, pp. 451-474.
- (2003), “Dilemas familiares en un Michoacán de migrantes”, en Gustavo López C. (ed.), *Diáspora michoacana*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / Gobierno del Estado de Michoacán / Unidos Michoacán, pp. 113-146.
- OCHOA S., Álvaro (ed.) (1998), *Viajes de michoacanos al norte*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / Instituto Michoacano de Cultura.
- OLMEDO, Irma (1999), “La negociación entre dos culturas: adaptación y resistencia de latinas con respecto a la educación de sus hijos en Chicago”, en Gail Mummert (ed.), *Fronteras fragmentadas*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / CIDEM, pp. 341-358.
- PARK, Robert E.; Ernest W. BURGESS y R. D. McKENZIE (1925), *The City*, Chicago, University of Chicago Press.
- PARRIS, Ronald G. (coord.) (1983), *Vivir entre dos culturas. La situación sociocultural de los trabajadores migrantes y sus familias*, Barcelona, Serbal / UNESCO.
- REISS, Albert J. (comp.) (1964), *Louis Wirth. On Cities and Social Life. Selected Papers*, Chicago, University of Chicago Press.
- RODRÍGUEZ-MARÍN, Jesús (1992), “Estrategias de afrontamiento y salud mental”, en José Álvaro et al. (comps.), *Influencias sociales y psicológicas en la salud mental*, Madrid, Siglo XXI, pp. 103-120.
- SUÁREZ-OROZCO, Marcelo M. (1997), “The Cultural Psychology of Immigration”, en Antonio Ugalde y Gilberto Cárdenas (eds.), *Health & Social Services among International Labor Migrants*, Texas, University of Texas Press, pp. 131-149.

- TARRIUS, Alain (2000), "Leer, describir, interpretar. Las circulaciones migratorias: conveniencia de la noción de territorio circulatorio. Los nuevos hábitos de la identidad", *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXI, núm. 83, verano, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán, pp.38-66.
- TURNER, Víctor W. (1988), *El proceso ritual. Estructura y antiestructura*, Madrid, Taurus.
- URRUTIA-ROJAS, Ximena, y RODRÍGUEZ, Nestor (1997), "Potentially Traumatic Events among Unaccompanied Migrant Children from Central America", en Antonio Ugalde y Gilberto Cárdenas (eds.), *Health & Social Services among International Labor Migrants*, Texas, University of Texas Press, pp. 151-170.
- WIRTH, Louis (1928), *The Ghetto*, Chicago, University of Chicago Press.
- WOO, Ofelia (2002), "Mujeres y familias migrantes mexicanas en Estados Unidos", en Ma. Eugenia Anguiano y Miguel J. Hernández (eds.), *Migración internacional e identidades cambiantes*, Zamora, Mich., El Colegio de Michoacán / El Colegio de la Frontera Norte, pp. 251-268.



B O N A N Z A S

- Los estudios migratorios son imprecisos respecto a los factores que empujan el retorno de los migrantes a México. Se han privilegiado razones de índole económica en la toma de esa decisión crucial, buscando establecer una relación plausible entre la inversión migrante y las condiciones económicas locales, lo que en más de una ocasión ha llevado a poner en duda la eficacia y hasta la racionalidad económica de los migrantes. En este artículo se sugiere que el retorno, entendido como una estrategia cultural socialmente construida por los migrantes, puede ayudar a entender las inversiones económicas como parte de un proyecto que se construía y consolidaba a través de múltiples y pequeñas decisiones a lo largo del tiempo y no como un evento aislado, en ocasiones incluso inexplicable. El retorno entendido como construcción permite, nos parece, incorporar otros factores y dinámicas, sobre todo de índole social, en la definición del momento del retorno. El artículo da cuenta de la existencia de ese proceso de construcción social del retorno, elaborado a partir de acciones, decisiones y negociaciones familiares arduas y complejas, donde la mujer tuvo una participación activa y decisiva. Estrategia del retorno en la que ella encontró además la posibilidad de transformarse de trabajadora en empresaria. Con todo, esto no fue siempre así. Parecería que fue sobre todo una segunda generación de migrantes femeninas la que mejor contribuyó a perfilar la estrategia del retorno.*
- *Migration studies have not been clear about the factors that make migrants return to Mexico.*
 - *The main reasons given have been of an economic type, attempting to establish a plausible relation between local economic conditions and the investments made by returning migrants, which has led on several occasions to the creation of doubts about the migrants' effectiveness and even of their economic sense.*
 - *In this article it is suggested that once their return is understood as a socially constructed cultural strategy, the migrants' economic investments can be seen as part of a project, that was built up and consolidated over an extended period of time by means of many small decisions, rather than as an isolated, at times frankly inexplicable, event. Understanding the return as a construction would seem to allow other factors and dynamics, especially of a social type, to be incorporated in any definition of the moment.*
 - *An account is provided of the social construction of this process of return, through the actions, decisions and complicated negotiations in the family, where the participation of women was crucial. The return strategy allowed women to transform themselves from being employees to being entrepreneurs, though not at first, as there is evidence that it was the second generation of female migrants who contributed most to shaping the return strategy.*

Las emigrantes y la estrategia del retorno a México¹

A las muchas incertidumbres que definen la vida rural actual se ha sumado una nueva incógnita: el destino de los hijos ausentes, como Susana. Ella, como tantas otras muchachas de la sierra del Tigre, Jalisco, salió de su tierra, recién casada con un emigrado, a vivir a Miami, Florida. Eso sucedió hace diez años. Hoy, ella, Felipe —su esposo— y Arnulfo —su hermano— han formado una comunidad de vida y trabajo que les ha permitido a los tres permanecer de manera regular en el mercado laboral en el otro lado. A pesar del esfuerzo desplegado a lo largo de una década, ellos no han anunciado y, menos aún, puesto en marcha alguno de los mecanismos que, se sabía, iniciaban el esperado proceso de regreso al terruño. Esto preocupa a los padres de Susana, antiguos migrantes que, como tantos otros, conocen y comparten lo que llegó a ser una auténtica estrategia del retorno que, sin embargo, hoy se advierte en extremo dislocada. La certeza del regreso a México, avalada en la estrategia cultural del retorno, ha dado paso a un escenario de incertidumbre social respecto al destino de los emigrados de este tiempo, de los que se encuentran en la actualidad en Estados Unidos.

* Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: parias@megared.net.mx

¹ Este trabajo se basa en los materiales recopilados para el proyecto “Las empresarias que nos heredan las crisis”, auspiciado por el PIEM-El Colegio de México, a quien agradezco el apoyo económico y, desde luego, también académico de Florinda Riquer. Las entrevistas se realizaron en San José de Gracia, Michoacán, Concepción de Buenos Aires, Tonalá y Zapotlanejo, Jalisco, e Irapuato y San José Iturbide, Guanajuato.

Y es que para los emigrantes de las décadas 1960-1980 la estrategia del retorno llegó a ser un fenómeno socialmente pautado y reconocible. Se trataba, a fin de cuentas, de una estrategia acuñada con gran dificultad y afinada mediante el análisis minucioso de las experiencias exitosas y frustradas de las familias que convivían en los barrios, campamentos, lugares de trabajo donde se congregaban los emigrantes en el otro lado: Los Ángeles, Chicago, las zonas rurales de California y Texas.

De este modo, podemos decir que la estrategia del retorno se convirtió en un patrón de comportamiento, hecho de mecanismos y signos socialmente identificables para la gente de muchas microrregiones del occidente de México en ese largo periodo de la migración mexicana que sucedió a la etapa bracera: la fase indocumentada. En esos veintidós años que transcurrieron de 1964 a 1986 la emigración mexicana volvió a ser, como antes de los convenios braceros, de tipo familiar, es decir, a incluir a mujeres y niños (Durand, 1996). De acuerdo con los datos del MMP-1996, durante los convenios braceros la migración de mujeres fue del orden de 6.2 por ciento, porcentaje que se incrementó a 24.3 en la etapa indocumentada. Al mismo tiempo, más de la mitad (51.3 por ciento) de las emigradas, legales e ilegales, de ese tiempo se integró al mercado de trabajo en Estados Unidos (Durand, 1996).

No obstante esa presencia femenina creciente y laboralmente vigorosa en el proceso migratorio, los estudios suelen hacer hincapié en los recursos e inversiones de un miembro de la familia, por lo regular el padre, para establecer el tipo y nivel de ingreso en Estados Unidos y para definir el ritmo y rumbo del retorno a México (López, 1986; Massey *et al.*, 1987; Orozco, 1992). Sin embargo, parecería que un factor crucial de la estrategia del retorno era también la participación femenina, tanto en lo relativo al trabajo remunerado de tipo formal como en los esfuerzos y proyectos alternativos de generación de ingresos familiares. De esa combinación de quehaceres e ingresos dependía en buena medida la posibilidad de llegar al momento del retorno con los ahorros necesarios para echar a andar, en México, los proyectos largamente elaborados en Estados Unidos.

En general, los estudios migratorios suelen ser imprecisos acerca de los factores que empujaban el retorno definitivo a México. De manera más o menos explícita se han privilegiado los elementos de índole económica en la toma de esa decisión crucial. Y allí siempre han quedado zonas oscuras. Por lo regular, se ha

tratado de establecer una relación plausible entre la inversión migrante y las condiciones económicas locales, lo que en más de una ocasión ha llevado a poner en duda la eficacia y hasta la racionalidad económica de los migrantes: se ha mencionado el exceso de gasto destinado al consumo, a los bienes suntuarios, a la inversión inmobiliaria, en vez de inversiones productivas en las actividades que se suponen tradicionales y en apariencia vigentes del mundo rural (Dinerman, 1988; López, 1986; Wiest, 1983). Esa visión ha sido criticada con tino por Durand, Parrado y Massey (1996).

Pero quizá hay algo más. Señalar que el retorno formaba parte de una estrategia cultural socialmente construida por los migrantes puede ayudar a entender las inversiones económicas como parte de un proyecto que se construía y consolidaba mediante múltiples y pequeñas decisiones a lo largo del tiempo y no como un evento aislado, en ocasiones incluso inexplicable. El retorno entendido como construcción permite, nos parece, incorporar otros factores y dinámicas, sobre todo de índole social, en la definición del momento del retorno.

Desde luego que no en todos los casos la estrategia resultó exitosa. Tampoco se puede hablar de unidades domésticas que hayan compartido una racionalidad económica única, indiscutible e invariable a través del tiempo y los acontecimientos. En verdad, hay muchos ejemplos que muestran exactamente lo contrario. La tesis de Víctor Espinosa (1996) ofrece un ejemplo dramático de la dificultad de concretar un proyecto familiar de retorno. Como quiera, unos y otros dan cuenta de la existencia de ese proceso de construcción social del retorno, elaborado a partir de acciones, decisiones y negociaciones familiares arduas y complejas, en que la mujer tuvo una participación activa y decisiva. Estrategia del retorno que fue, muchas veces, la ocasión para ellas de transformarse de trabajadoras en empresarias. Con todo, esto no fue siempre así. Parecería que fue sobre todo una segunda generación de mujeres inmigrantes en Estados Unidos la que mejor contribuyó a perfilar la estrategia del retorno.

■ Las primeras emigrantes indocumentadas

En la segunda mitad de la década de 1960, con la ruptura del patrón migratorio bracero, es decir, masculino, juvenil y de retorno forzado, se abrió la puerta a la

migración femenina a Estados Unidos por una doble vía: por una parte, a través de la reunificación familiar que impulsó el desplazamiento de esposas e hijas, muchas de las cuales, a través de parientes, paisanas y vecinas, se incorporaron a los empleos tradicionales como la agricultura, pero también a los nuevos mercados de trabajo que se abrían sobre todo en las ciudades estadounidenses en los servicios, la manufactura, el comercio (Durand, 1996).

Por otra parte, se suscitó un tipo especial de migración femenina que dejó escasa huella en la literatura, pero que caló hondo en la condición migrante: la mujer rural casada sola que había quedado viuda, había sido abandonada, o el marido, por diferentes razones, estaba incapacitado para trabajar o encargarse de la familia. En el mundo rural de la época se dejaba sentir la crisis irremediable de las actividades agropecuarias y no se advertían aún las señales de quehaceres distintos que permitieran la supervivencia de los vecinos en su tierra, de tal modo que resultaba muy difícil para una mujer sola y con hijos salir adelante en su localidad. Las historias de vida recogidas en localidades de Guanajuato, Jalisco y Michoacán dan cuenta de los esfuerzos imposibles de esas mujeres por encontrar empleo, por mantener la parcela en operación, de los conflictos con familiares de los esposos que casi siempre lograron apropiarse de las parcelas ejidales, animales y pequeñas propiedades que ellas habían trabajado. La precariedad social y legal, es decir, la ausencia casi total de la mujer de los registros formales y de las previsiones conyugales, hizo facilísimo el despojo que las orilló a irse, que las convirtió en emigrantes. El camino de la migración femenina se definió de acuerdo con el rumbo que había seguido su familia, lo que en la región occidental del país significaba el desplazamiento a campos y ciudades de Estados Unidos.

Ese tipo de mujer emigrante compartía varias características: por lo regular tenía varios, a veces muchos, hijos, a los que dejó “encargados” con algún familiar; ella se fue sola, pero como parte de una red migratoria que le permitió llegar de manera directa a Estados Unidos, conseguir alojamiento y encontrar empleo. Su carrera laboral era contra el tiempo: tenía que conseguir trabajo e iniciar un hogar para regresar a México a buscar a sus hijos. De allí que esa generación de mujeres haya buscado empleo estable, aunque no fuera bien pagado y, si era posible, en zonas urbanas, para facilitar la educación de los hijos que iban a llegar. Esto puede explicar quizá la existencia de una mayor proporción de mujeres en Chicago y en la ciudad-casino de Reno: 7.6 por ciento de mujeres y 6.4 por ciento de hombres;

2.7 por ciento de mujeres y 1.8 por ciento de hombres, respectivamente (Durand, 1996).

Aunque solían iniciarse en el empleo agrícola —actividad que congregaba a la mayor parte de los emigrantes— y el trabajo doméstico, ellas preferían el quehacer manufacturero, es decir, la calidad de obreras, que les garantizaba una mayor estabilidad laboral y el acceso a servicios sociales. En el periodo 1965-1986, el trabajo industrial ocupó el segundo lugar, 10.7 por ciento, entre las opciones ocupacionales de las emigrantes, sólo después de la agricultura (MMP-1996).

Pronto, muchas de ellas demostraron ser al mismo tiempo buenas trabajadoras y muy fieles con la empresa, de modo que establecieron relaciones estrechas con patrones y mayordomos que, en muchos casos, las apoyaron para el logro de su prioridad vital: reunirse con sus hijos lo más pronto posible. Con todo, la separación solía durar entre uno y tres años. Una vez asegurados el trabajo y un lugar para vivir, ellas regresaron a México, en ocasiones por única vez en su vida, a recoger a sus hijos, a quienes lograron pasar al otro lado en episodios que se convirtieron en leyendas familiares.

A partir de la reunificación familiar, el comportamiento personal y laboral femenino de esa época fue casi un modelo, un ejemplo del que presumen hijos y conocidos: mujeres que no se volvieron a casar, que se caracterizaron por una alta estabilidad laboral, que fueron muy trabajadoras y leales con las empresas donde trabajaron sin cesar y sin chistar. Eso significó, al mismo tiempo, que ellas mantuvieron un bajísimo perfil de participación laboral, sindical y, en general, de vida social. Para ellas no había prioridades personales: se trataba de asegurar la permanencia en el otro lado y de formar a sus hijos. De acuerdo con los datos de MMP-1996, la migración femenina era más duradera que la de los hombres: en el periodo 1965-1986 más de una tercera parte de las mujeres, 35.4 por ciento, permaneció por más de cinco años consecutivos en Estados Unidos, en tanto que sólo 15.3 por ciento de los hombres se comportó de esa manera.

Por lo regular, hijos e hijas estudiaron más o menos hasta los 15 años y comenzaron a trabajar de manera doblemente ilegal: por condición migratoria y por edad. Los patrones los aceptaban así como una manera de ayudarlos —desde luego también de pagarles poco— y en la práctica ese fue un mecanismo eficaz para conseguir papeles que legalizaran su estancia en el otro lado. Con documentos en mano y con el ahorro de todos fue posible comprar una casa en Estados Unidos, hacerse de

lotes en el lugar de origen en México o en alguna ciudad cercana al terruño de origen.

En general, puede decirse que en la jerarquía de prioridades de la mujer emigrante de esa época, de esa generación, el retorno no ocupó un lugar importante más allá de la añoranza. Con los años, su objetivo fue seguir en la empresa hasta obtener la jubilación y en ese momento, de acuerdo con la ubicación de los hijos, decidir el lugar de su propio destino. Así, hoy suelen encontrarse en los pueblos viejecitas jubiladas, cuyos últimos años trascurren en un ir y venir entre ambos países, visitando hijos, viendo crecer nietos.

La imagen social que heredó y difundió ese tipo de emigrante fue la de una mujer laboralmente muy trabajadora, pero siempre en calidad de asalariada; socialmente muy responsable, pero siempre subordinada a la dinámica familiar, es decir, sin un proyecto personal de retorno; de una integración funcional y cultural mínima, pero al mismo tiempo eficaz en el otro lado. Muchas de las empresarias de hoy son hijas de esas mujeres que, a pesar de todo, aportaron elementos clave para la siguiente generación de inmigrantes.

■ La estrategia del retorno

El escenario de las hijas de familias o madres emigrantes resultó, desde luego, muy distinto al de sus progenitoras: ellas, que llegaron pequeñas a Estados Unidos, pudieron ir algún tiempo a la escuela, aprendieron mal que bien a manejarse en inglés, tuvieron que trabajar desde chicas, conocieron de cerca la discriminación laboral y racial, crecieron en barrios donde había compatriotas de distintos lugares de la república, aunque de parecida condición, es decir, donde casi todos pensaban en volver a México y entre todos acuñaban, con buenas y malas experiencias, los mecanismos de la cultura del retorno.

Un buen ejemplo es el de Lucía. Ella es originaria de una pequeña localidad ranchera del estado de Aguascalientes, y emigró con su madre y siete hermanos a Los Ángeles en 1969. Tenía quince años. Su madre, que había emigrado tres años antes, era obrera en una empresa electrónica, y allí entró a trabajar Lucía. En esa empresa permaneció doce años, es decir, casi hasta el momento de regresar a México. En las noches, después de salir de la fábrica, Lucía estudiaba inglés en una acade-

mia. Allí conoció a Fermín, su marido. Fermín había salido de trece años de San José de Gracia, Michoacán, primero a la ciudad de México y después a Los Ángeles. Él trabajaba en un restaurante.

Se casaron cuando Lucía tenía diecinueve años, y ella siguió en la fábrica, él en el restaurante. Poco después, al constatar que con los salarios respectivos sería imposible ahorrar para el retorno que ambos juzgaban necesario, empezaron su primera aventura de trabajo independiente en Estados Unidos sin dejar desde luego sus respectivos empleos. Se asociaron con un puertorriqueño en una cafetería, pero la sociedad no funcionó. Lucía, a la salida de la fábrica y durante los fines de semana, quería ayudar a Fermín, pero el puertorriqueño no la dejaba. Para él, se trataba de un negocio entre Fermín y él, que debían manejar entre ambos, no de una empresa con ayuda familiar no pagada. De hecho, la esposa del puertorriqueño no colaboraba en la cafetería. Como nunca pudieron coincidir, se separaron.

La experiencia les enseñó dos cosas a Lucía y Fermín: uno, que con un trabajo común extra era posible generar ahorros importantes y, dos, que era mejor tratar con compatriotas. Se asociaron entonces con una pareja de León, Guanajuato, para instalar una zapatería donde iban a vender calzado de esa ciudad, donde el socio, como buen leonés, tenía parientes zapateros. Andaban en busca de local en un *shopping center* cuando les ofrecieron en venta una tienda de discos. Aunque no conocían ese negocio, estaba barato y se los traspasaron con todo el equipo. Sobre la marcha aprendieron a vender discos, y cuando se separaron de los de León ya tenían los recursos y conocimientos para instalarse de manera independiente. Y lo hicieron. La combinación de salarios para vivir y ganancias para invertir les permitió comprar la casa donde vivían en Estados Unidos, dos carros y varios terrenos en San José de Gracia.

En verdad, no les quedaba otra alternativa que trabajar así, ya que pensaban seriamente en el retorno a México. Tenían cuatro hijos que comenzaban a ir a la escuela y constataban, en la experiencia de otras familias, que ese momento era el definitivo: si los niños traspasaban el umbral de la primaria en Estados Unidos, ya no querían regresar a México, se educaban y actuaban como gringos. Marta sobre todo era muy sensible a esa cuestión que, ella veía, era motivo de tensión y conflictos interminables en las familias inmigrantes de su entorno. Fermín, por su parte, ya estaba cansado de vivir separado de su familia. Sin mayor discusión, se decidió que

el retorno sería a San José de Gracia, la tierra de Fermín. Seguramente fue una decisión acertada, porque San José era una sociedad más dinámica que el pueblo de Lucía. Pero en esto quizá subyace una regla residencial más general: las parejas de diferente lugar de origen que se formaban en Estados Unidos solían regresar a la tierra del marido.

Decidido el retorno, pusieron en venta la tienda de discos, la casa y uno de los carros. Con ese dinero regresaron a San José. Con todo, el retorno fue complicado y costoso. Pasaron seis meses antes de decidir el tipo de negocio que podían instalar porque Fermín no quería seguir en lo del restaurante, a pesar de que esa era, a fin de cuentas, la actividad que mejor conocía. Lo que sí tenían claro era que el dinero ahorrado por distintas vías iba a ser para el negocio y no para construir la casa. El dinero para la vivienda tenía que salir, insistía Lucía, del negocio que instalaran, no de los ahorros. En Los Ángeles habían conocido numerosos casos de emigrantes que al llegar a México no resistían la tentación de vender lo que habían acumulado y usar ese ahorro para hacerse la gran casa, con lo cual, al poco tiempo, debían regresar a trabajar a Estados Unidos. Al final, Fermín aceptó su destino e instalaron lo que fue el primer restaurante que hubo en San José y el pionero en instalarse a pie de carretera; algo inimaginable en ese momento, pero que se convirtió en un modelo infinitamente imitado en esa microrregión de la Sierra del Tigre. Fermín y Lucía fueron pioneros en otro sentido. Hasta ese momento, la participación femenina en los negocios, aunque existía, se juzgaba esporádica, complementaria, fruto de la casualidad más que de la voluntad femenina, de tal modo que con facilidad podía ser omitida por la sociedad rural. A partir de la presencia activa y decisiva de Lucía en el restaurante la sociedad local tuvo que empezar a aceptar la visibilidad de la mujer en la vida económica. Desde luego que Lucía no fue la primera ni la única en hacer la diferencia entre la esposa que “ayuda” y la esposa como auténtica socia de los negocios, pero su quehacer nutrió y apoyó la corriente de cambio femenino que se suscitó a partir de la década de los ochenta en muchas microrregiones rurales de México.

El caso de Lucía y Fermín, aunque ejemplar, no es exclusivo. En verdad, varias mujeres rurales o de ciudades pequeñas que hoy comparten, a veces encabezan, empresas familiares en el occidente de México tienen trayectorias similares. A partir de ellas podemos hablar de una estrategia del retorno construida con base en tres principios básicos.

En primer lugar, del empleo asalariado estable de ambos cónyuges en Estados Unidos. Por lo regular, las mujeres en cuestión apenas dejaron de trabajar cuando nacieron sus hijos, que quedaron a cargo de alguna pariente llegada incluso ex profeso de México para esa tarea. Las mujeres no dudaban ni escatimaban en pagar el pasaje y el cruce fronterizo de alguna hermana o prima con tal de regresar a trabajar a la mayor brevedad posible.

En segundo lugar, de una combinación de actividades formales e informales en Estados Unidos. El empleo asalariado en empresas más o menos reconocidas daba acceso a salarios y servicios sociales, lo que era crucial cuando los hijos eran pequeños. El trabajo en actividades independientes generaba ganancias que se transformaban en ahorros. A ellas dedicaban las familias y en especial las mujeres buena parte de su tiempo “libre”, después de la salida del trabajo, en los días de descanso de cada quien, los fines de semana de todos. En verdad, solía establecerse una compleja organización doméstica para mantener la actividad independiente de pequeñas tiendas, venta de comida y artículos diversos, locales en tianguis domingueros, elaboración de productos especiales que sólo las mexicanas sabían hacer. La combinación de ambas actividades era lo que permitía hacer distintas y sucesivas inversiones a lo largo del tiempo.

En tercer lugar, las inversiones en ambos lados de la frontera. De acuerdo con los recursos económicos y culturales de los inmigrantes, lo más accesible para ellos en Estados Unidos era la compra de una casa a crédito. Esto permitía algo muy simple, pero muy valorado por la gente de la región occidental del país: no gastar en renta y hacer de la vivienda una inversión a largo plazo. En muchos casos esa inversión tuvo la ventaja adicional de que con el paso del tiempo y los cambios urbanos las casas se revalorizaron o hubo modificaciones en el uso del suelo que les permitieron venderlas a muy buen precio.

En este lado de la frontera, una de las inversiones más conocidas y comentadas de los emigrantes ha sido la compra de lotes y casas en su localidad de origen o en la ciudad más cercana de su microrregión (Cabrales, 1995). De hecho, los emigrantes parecería haber tenido mucho que ver en el incremento del precio del suelo urbano y rústico a veces mucho más allá de lo que ameritaba la urbanización o la calidad del suelo para usos productivos como en los Altos de Jalisco (Cabrales, 1995).

Pero, como muestra el ejemplo de Lucía y Fermín, la compra de sucesivos terrenos puede ser vista como la forma de inversión económica y socialmente más

accesible a los emigrantes como parte de una estrategia a largo plazo y no como un fin en sí mismo. Es decir, no se trataba de que ellos pensarán quedarse de modo indefinido con esos lotes o no supieran qué hacer con el dinero; era simplemente la manera más factible de utilizar y capitalizar con presteza el ahorro que se generaba poco a poco en Estados Unidos. En la práctica esta resultó además una buena manera de diversificar las inversiones, diversificación que mostró sus virtudes a la hora de vender para un propósito mayor: lotes distintos en ubicaciones diferentes resultaron más fáciles y rápidos de vender, de conseguir liquidez. Incluso sirvieron como parte de pago para iniciar o concluir tratos comerciales.

Esa estrategia del retorno tenía sentido en un horizonte temporal bien delimitado, en verdad muy acotado: entre diez y doce años, es decir, mientras los hijos estaban pequeños y eran los padres quienes podían tomar decisiones sobre el futuro y la ubicación de la familia. En ese sentido, la estrategia del retorno requería llegar a ese momento crucial con la mayor cantidad de recursos económicos, aunque estuvieran dispersos en el espacio, pero sobre todo en el tiempo adecuado y con el mayor nivel de consenso conyugal y familiar.

El ejemplo de Inés y Manuel apunta en ese mismo sentido. Ellos migraron juntos, muy jóvenes y recién casados, desde Tepatitlán, su tierra de origen en Jalisco, hasta Los Ángeles, California. Muy pronto se dieron cuenta de que Inés era una estupenda empresaria, a la que se le ocurrían mil negocios en Estados Unidos; Manuel, por su parte, era un excelente trabajador y un compañero solidario de todas las iniciativas de su mujer. El trabajaba en una fábrica mientras Inés estudiaba y hacía y deshacía empresas, casi todas con éxito, y criaba a sus seis hijos. Al momento del retorno, cuando el hijo mayor tenía trece años, tenían dos casas en Estados Unidos, camioneta y carro, casas y muchos terrenos en Tepatitlán. Para organizar el regreso, Manuel renunció a su empleo, vendieron una de las casas en Estados Unidos y él se trasladó a Tepatitlán para vender varias propiedades y así comprar un pequeño centro comercial donde iban a instalar diferentes negocios y a rentar los locales que no utilizaran. En ese momento, Inés tenía un taller de maquila de ropa en Los Ángeles donde le iba muy bien, tanto que no se resignaba a dejarlo; una y otra vez pospuso la decisión de venderlo con alguna buena explicación: un contrato importante, un gran pedido impostergable, la necesidad de acreditar el taller para venderlo a mejor precio. Como los boxeadores, pero por distintas razones, Inés no supo retirarse a tiempo. Cuando de veras quiso hacerlo

ya era demasiado tarde. Los hijos mayores, que habían dejado de estudiar, no estaban dispuestos a irse a vivir a Tapatitlán, ni siquiera a Guadalajara, y a Inés le preocupaba dejarlos solos y sin trabajo en Estados Unidos. Los pequeños, en cambio, ya se habían acostumbrado a vivir en México, donde los habían mandado con los abuelos.

Allí se rompió la estrategia del retorno. A partir de ese momento, Inés y Manuel tuvieron que aceptar que no podrían regresar a México, pero tampoco están contentos en Estados Unidos, como antes. Ellos reconocen que han perdido la capacidad de organizar su vida, que ahora más bien reaccionan a las vicisitudes familiares que se suceden sin cesar en ambos lados de la frontera.

■ Conclusiones

En síntesis, puede decirse que la estrategia del retorno fue una construcción cultural que correspondió a la situación que predominó hasta mediados de la década de 1980: migración indocumentada que dejaba pocos resquicios, escasas oportunidades a la permanencia e integración en Estados Unidos, de tal modo que los emigrantes compartían el deseo y la voluntad de regresar a sus localidades en México. La precariedad de las condiciones locales y la dificultad para acceder a recursos formales de préstamo en México hacían necesario, en verdad imprescindible, para los emigrantes crear por sí mismos las condiciones de su retorno: ahorro para generar actividades que les dieran trabajo, ingresos, ganancias. Con el tiempo, la estrategia del retorno se reafirmó en el desafecto de los emigrantes por la cultura norteamericana, sobre todo en lo que tocaba a la crianza y educación de los hijos en el otro lado. Ese desafecto cultural fue el que le puso fecha al retorno.

En todo ese proceso de construcción de la estrategia del retorno la mujer tuvo un lugar central en un doble sentido: como generadora de ingresos en forma de salario y, sobre todo, de ganancias a través de las actividades informales que eran las que permitían hacer ahorros y organizar inversiones. Pero no sólo eso. Aunque ellas no lo reconocen así, es evidente que en muchos casos eran ellas quienes tenían los recursos, las relaciones y la capacidad para sacar adelante la actividad empresarial, y eran los maridos quienes las ayudaban en la gestión de los negocios que creaban por cuenta propia. Así fue en Estados Unidos y así sucedió

más tarde en las actividades y establecimientos que crearon en México. Sin embargo, hasta hoy, ellas insisten en que se trata de empresas familiares en que su participación ha sido más el resultado de la necesidad y la colaboración familiares que de su habilidad personal.

Como quiera que sea, su capacidad laboral, empresarial y su tenacidad para organizar y sacar adelante la estrategia del retorno contrastan con su comportamiento doméstico en dos sentidos al menos. Ellas, como sus antecesoras, aceptaron sin mayor discusión dos compromisos conyugales tradicionales: el número de hijos, aunque eso significara mantener durante años una complicadísima logística doméstica, y el retorno al lugar de origen de los maridos, aunque esto acarrearía el distanciamiento de su familia en Estados Unidos y en México.

Así, puede decirse que esas mujeres forman parte de una generación de transición. De un lado, eran hijas o herederas culturales de esa primera generación de emigrantes trabajadoras, de las cuales retomaron su voluntad y capacidad de trabajo, su compromiso irrenunciable con el futuro de sus hijos. Del otro lado, fue la generación que frente a la discriminación, la ilegalidad y sobre todo ante la amenaza de la disrupción familiar en el otro lado, de la disgregación de intereses de maridos e hijos, creó mecanismos que le permitieran mantener objetivos comunes que reforzaran el compromiso colectivo de los distintos miembros de la unidad doméstica.

En ese sentido, la estrategia del retorno puede ser vista como un mecanismo no sólo para hacer posible el regreso a México, sino también como una manera de fortalecer la unidad doméstica en lucha contra las tendencias de desintegración de la familia mexicana en Estados Unidos. De allí quizá que la aceptación femenina de las normas tradicionales en los ámbitos de la reproducción y la residencia puede ser vista como parte de una negociación en que las mujeres estuvieron dispuestas a mantener ciertas normas tradicionales a cambio de que los hombres mantuvieran también la vigencia de otras reglas y compromisos: trabajo y ahorro para la familia, mantenimiento del propósito de regresar a México. A fin de cuentas, como dicen ellas, “siempre hay que darle su lugar al marido”. Fue en ese proceso, en esa dinámica, donde varias de ellas descubrieron y pusieron en marcha sus habilidades empresariales. Tanto fue así que las continuaron en México.

Hoy la situación ha cambiado de manera drástica. A partir de la puesta en marcha del Acta de Reforma y Control de Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés), que transformó para siempre el escenario de la migración mexicana, pare-

ce haberse roto, o al menos trastocado, la estrategia del retorno. Esto se advierte en la disminución de inversiones en México, pero también en la inestabilidad de las remesas que envían los inmigrantes a su tierra, a su familia. Los trabajadores documentados por el IRCA han comenzado a hacer inversiones en Estados Unidos como parte de las oportunidades y obligaciones de su nueva condición migratoria. Los indocumentados, cada vez peor pagados y más perseguidos, cuentan con menos recursos y deben permanecer más tiempo —y, por lo tanto, gastar en el otro lado— ante la amenaza de no poder volver a ingresar a Estados Unidos. Eso significa que se ha roto al menos uno de los mecanismos clave de la estrategia del retorno: las inversiones simultáneas en ambos lados de la frontera.

Esto no significa que haya cesado la actividad empresarial de las inmigrantes. Al contrario. La legalización obtenida por IRCA ha tendido a favorecer los quehaceres empresariales de muchas mujeres en el otro lado y, al mismo tiempo, ha llevado al reforzamiento de vínculos con las comunidades de origen o las ciudades fronterizas. Las actividades manufactureras, comerciales y de servicio de nuevo cuño en que participan las inmigrantes legales requieren de redes comerciales y de mano de obra que mantienen la vigencia de las relaciones en ambos lados de la frontera. Falta saber si esto redundará en la emergencia de nuevos tipos de empresas de mujeres, quizá menos familiares y más individuales, y sobre todo conocer la manera en que esto se enmarca en viejas o nuevas estrategias de vida y destino.

■ Bibliografía

- CABRALES, Felipe (1994), “Los rancheros y la engorda de las tierras flacas”, en Esteban Barragán *et al.*, *Ranchos y sociedades rancheras*, Zamora, El Colegio de Michoacán-CEMCA-ORSTOM, pp. 301-325.
- DINERMAN, Ina (1988), “El impacto agrario de la migración en Huecorio”, *Relaciones*, vol. IV, núm. 15, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp.29-52.
- DURAND, Jorge (1996), “La migración femenina a Estados Unidos”, Documento de Trabajo.
- , Emilio A. Parrado y Douglas S. Massey (1996), “Migradollars and Development: A Reconsideration of the Mexican Case”, *International Migration Review*, vol. 39, Summer, pp. 423-444.

- ESPINOSA, Víctor (1998), *El dilema del retorno. Migración, género y pertenencia en un contexto transnacional*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- LÓPEZ CASTRO, Gustavo (1986), *La casa dividida*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- MMP-1996. Filadelfia, Penn, USA. Population Studies Center y Universidad de Guadalajara (www.pop.upenn.edu/mexmig).
- MASSEY, Douglas S. *et al.* (1990), *Return to Aztlan*, University of California Press.
- OROZCO, Juan Luis (1992), *El negocio de los ilegales. Ganancias para quién*, Guadalajara, ITESO, Instituto Libre de Filosofía.
- WIEST, Raymond (1983), "La dependencia externa y la perpetuación de la migración temporal a los Estados Unidos", *Relaciones*, vol. IV, núm. 15, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 53-87.



B O N A N Z A S

Aunque el estudio de la migración mexicana ha tenido una historia larga en las ciencias sociales, poco se sabe acerca de sus consecuencias en la salud. Dos posturas teóricas parecen especialmente relevantes. La primera trata de explicar por qué el estado de salud del mexicano que vive en Estados Unidos empeora conforme prolonga su estancia en ese país; la segunda tiene el fin de responder cómo las redes sociales mejoran la salud de los migrantes y no migrantes porque ofrecen a los individuos y a las comunidades acceso a mayores recursos económicos y sociales. Estas dos posturas representan la principal razón del Proyecto Salud y Migración, un nuevo y sostenido esfuerzo por recoger datos en los lugares de origen mexicanos y los de destino que permitan observar cómo migración y salud se revelan como procesos ligados. Hasta la fecha, hemos utilizado estos datos para obtener respuestas a variadas preguntas relacionadas con estos procesos. En el artículo se describen los principales resultados de este proyecto. En el futuro se continuará con este trabajo y se invitará a investigadores interesados a que utilicen estos datos para entender mejor las complejidades insertas en la relación salud-migración.

Although the study of Mexican migration has had a long history in the social sciences, far less is known about its consequences for health. Two theoretical issues seem especially relevant. The first addresses explanations for why the health status of u. s. Mexicans worsens with longer U.S.-residence, and the second asks whether and how social networks improve migrant and nonmigrant health by offering individuals and communities access to greater economic and social resources. These two issues represent the original rationale for the Health and Migration Project, a new, longitudinal data collection effort in Mexican origins and destinations that permits us to observe how the migration-health relationship unfolds as inter-linked processes. To date, we have used these data to ask a variety of questions related to these processes. In the present paper, we describe our principal findings from this project. In the future, we will continue this work and invite interested researchers to use these data to better understand the complexities embedded in the health-migration relationship.

K A T H A R I N E M. D O N A T O
M E L I S S A S T A I N B A C K
S H A W N M A L I A K A N A I A U P U N I

Migración y salud en México: Resultados para San Luis Potosí¹

Si bien el estudio de la migración en México tiene una larga historia en las ciencias sociales, poco se sabe de sus repercusiones en la salud. A pesar de la atención que le han dispensado los académicos y los promotores de políticas públicas, quienes han examinado las causas de la misma y sus efectos económicos en los puntos de destino en Estados Unidos, poco se han ocupado de los efectos que tiene en la salud de los mexicanos. Para llenar esta laguna, en 1996 iniciamos el proyecto de salud y migración en San Luis Potosí. A partir de entonces, nuestros intereses comunes en asuntos tales como migración, análisis de redes, género y salud nos han llevado a concentrarnos en dos cuestiones teóricas.

La primera es sustantiva y deriva de los estudios epidemiológicos y de otros tipos que documentan la manera en que declinan las condiciones de salud de los mexicano-estadounidenses: en el corto plazo, conforme su estancia en Estados Unidos se prolonga, y, en el largo plazo, en las generaciones sucesivas de niños mexicanos nacidos en ese país. Considerados tanto los mexicanos nacidos en Estados Unidos como los nacidos en el extranjero, este resultado ha llevado a algunos a proponer la siguiente explicación: que, en un principio, los factores culturales

¹ La realización del presente proyecto fue posible gracias al apoyo económico de las fundaciones William y Flora Hewlett, Rockefeller y Mellon. Agradecemos también a El Colegio de San Luis, A.C., su valiosa y constante cooperación en el proyecto. Los interesados pueden dirigir su correspondencia a Katharine M. Donato, Department of Sociology — MS 28, Rice University, 6100 Main Street, Houston TX 77005, o a kmd@rice.edu. La traducción del inglés al español de este artículo fue hecha por Rafael Becerra Rojo.

reducen los efectos deletéreos que las malas condiciones económicas causan a la salud de los mexicanos; pero que, con el paso del tiempo, conforme los mexicanos adoptan los estilos de vida estadounidenses, las formas de conducta protectoras adquiridas en su país de origen se erosionan y su salud empeora (Guendelman *et al.*, 1990; Guendelman y Abrams, 1995; Scribner, 1996). Otros han argumentado que las ventajas de los mexicanos nacidos en México se deben a la migración selectiva, ya porque los individuos sanos son los que más comúnmente emigran, ya porque normalmente los enfermos suelen regresar a México (Palloni y Arias, 2004). Por desgracia, debido a las limitaciones de la información existente, pocos estudios han sido capaces de probar empíricamente tales explicaciones.

La otra cuestión es si las redes sociales mejoran la salud de los migrantes y de los no migrantes al proporcionar a individuos y comunidades mayor acceso a importantes recursos sociales y económicos, y de qué manera llevan esto a cabo. Partimos de las bases establecidas por los antropólogos mexicanos que encontraron que las redes familiares y de parentesco constituyen fuentes fundamentales para la seguridad y el apoyo mutuo de las comunidades (Lomnitz, 1977; Logan, 1981). Las redes familiares y de coterráneos también pueden ofrecer oportunidades de trabajo y recursos económicos a los inmigrantes mexicanos recién llegados a Estados Unidos. En este contexto, las redes sociales pueden incluso proveer a los migrantes de información relacionada con las maneras de obtener servicios de salud y medicinas a bajo precio en ciudades fronterizas como Tijuana. Las redes sociales pueden también beneficiar a individuos no migrantes (o ex migrantes) que viven en comunidades mexicanas, especialmente en lugares donde la migración está bien establecida, porque ésta puede alterar las estructuras originarias de intercambio social y apoyo mutuo y/o proporcionar nueva información relacionada con estándares de vida alternativos. Además, los vínculos sociales pueden acarrear mejoras a la salud y a la economía de las comunidades mexicanas en el largo plazo, conforme los migrantes envían a éstas los dólares que han obtenido con su trabajo (Kanaiaupuni y Donato, 1999). Por lo tanto, pretendemos mejorar la comprensión de las formas en que las redes sociales afectan la salud de los mexicanos, con lo que habrá de enriquecerse el concepto teórico de capital social al identificar sus consecuencias con mucha mayor especificidad que en el pasado.

Estas dos cuestiones constituyen las bases del presente proyecto. Su puesta en operación requería, sin embargo, un nuevo esfuerzo en la recopilación de datos

relacionados con los puntos de origen y destino de los mexicanos. En conjunto, la nueva información binacional debe contener suficientes observaciones a fin de procurar análisis cuantitativos y, al mismo tiempo, ser lo suficientemente detallada para brindar una comprensión penetrante de las relaciones entre salud y migración. Asimismo, dicha información debe incluir datos acerca de las familias en diferentes momentos, ya que sólo disponiendo de información diacrónica podremos estudiar la manera en que se desarrollan las relaciones entre salud y migración como procesos interrelacionados.

A la fecha, la información procedente del Proyecto de Salud y Migración (PSM [HMP, por sus siglas en inglés]) nos ha permitido formular una serie de preguntas relacionadas con estos procesos. A diferencia de otros conjuntos de datos, la información proporcionada por el PSM nos ha permitido examinar los efectos de la migración en una extensa variedad de indicadores de la salud, tanto objetivos como subjetivos. También nos ha permitido medir de un modo directo la estructura de las redes sociales, la fortaleza de los vínculos y los recursos recibidos dentro de las mismas, así como medir su efecto en la salud de los mexicanos. Paralelamente, hemos utilizado la información para examinar la forma en que el género influye en los efectos migratorios causados a la salud infantil, la manera en que la migración afecta la mortalidad infantil y de la niñez, y evaluar si la migración es un proceso selectivo y cómo funciona éste. El presente trabajo constituye la primera fase de una serie de publicaciones relacionadas con el proyecto y sugiere que los movimientos migratorios tienen importantes efectos en la salud, tanto en sus puntos de destino estadounidenses como en sus puntos de origen mexicanos.

Describimos aquí los principales resultados arrojados por el proyecto, en el entendido de que continuaremos con él en el futuro por lo que desde hoy invitamos a los investigadores interesados a utilizar esta información para una mejor comprensión de las complejidades involucradas en las relaciones entre salud y migración.

■ Antecedentes

Las teorías existentes acerca de la asimilación de los inmigrantes pronostican que el tiempo que éstos pasen en Estados Unidos seguramente redundará en un mejoramiento de su bienestar (Neidert y Farley, 1985). Ya sea en escolaridad o en salud, la

permanencia prolongada en Estados Unidos conducirá a mejores resultados que la permanencia breve. En la práctica, sin embargo, éste no es el caso. Estudios recientes han revelado que tras largos periodos de residencia en Estados Unidos, los inmigrantes muestran peor desempeño en la escuela, su alimentación es escasa en nutrientes, experimentan más complicaciones durante el embarazo y más enfermedades crónicas (Scribner y Dwyer, 1989; Kao y Tienda, 1995; Guendelman e English, 1995; Suárez-Orozco y Suárez-Orozco, 1995; Singh y Yu, 1996; Singh y Siahpush, 2002).

Las condiciones actuales de los barrios pobres en que muchos inmigrantes habitan al principio de su estancia en Estados Unidos son parte del problema. A pesar de la tendencia generalizada de los inmigrantes a habitar en áreas suburbanas (Alba *et al.*, 1999), un número creciente de los mismos reside en los barrios pobres y marginados de Estados Unidos. En este contexto, los inmigrantes tienen contacto diario con segmentos de población pobres y minoritarios y con las instituciones que les sirven. Por numerosas razones, tras una larga permanencia en estos vecindarios, los inmigrantes pueden experimentar poca —y aun decreciente— movilidad en relación con sus logros educativos, apego al mercado laboral, y estado de salud en general (Ogbu, 1974; Portes y Zhou, 1993; Portes, 1995; Perlmann y Waldinger, 1997; Rumbaut, 1997).

Además del contexto socioeconómico, algunos expertos de las ciencias sociales creen que la orientación cultural afecta el comportamiento de los inmigrantes. El apoyo social, en particular, es un factor clave que, se piensa, contribuye a mantener los aspectos de la cultura mexicana que producen buenos nacimientos. Estudios previos indican que los mexicanos tienden a participar en grandes redes de parentesco y que muestran altos índices de intercambio con familiares y de visita a los mismos, patrones que son reforzados cuando hay gran proximidad con los parientes (Mindel, 1980; Keefe, 1984). Sherraden y Barrera (1996a), informan que, entre los inmigrantes mexicanos de segunda generación, el apoyo familiar condujo a resultados positivos del embarazo cuando se mantuvieron buenas relaciones en el curso del tiempo. Las madres, en especial aquellas que vivían cerca de una hija embarazada, promovían las conductas saludables (como la dieta prenatal y la nutrición) durante el embarazo mediante la ayuda concreta, el apoyo emocional y una legítima fuente de conocimiento acerca de dicha experiencia (Sherraden y Barrera, 1996b).



Si bien la mayor parte de los estudios se centran en las consecuencias positivas del capital y las redes sociales, trabajos recientes distinguen entre los efectos positivos y negativos (véase Portes, 1998). El apoyo familiar, por ejemplo, no siempre es beneficioso, sobre todo si se percibe como inadecuado (Cramer y McDonald, 1996). Algunos estudios sugieren que las redes familiares de los mexicanos proveen más frecuentemente apoyo emocional que ayuda material o instrumental (Vega, 1990; Golding y Burnam, 1990; Griffith y Villavicencio, 1985).

Debido a que los mexicanos reciben la influencia de las creencias, del comportamiento y las experiencias de las personas que los rodean, viven en un particular ambiente cultural que puede empeorar o promover su estado general de salud. Sostenemos que este ambiente está representado sobre todo por la estructura y organización de sus redes sociales, y que éstas, junto con la vida en la comunidad, el cuidado del hogar y los factores individuales, inciden en la salud de los migrantes tanto en México como en Estados Unidos. Para las familias de pocos recursos y para los recién llegados a Estados Unidos, los vínculos con México pueden ser importantes para el buen estado mental y físico de niños y adultos. Por lo tanto, en un principio, los fuertes vínculos de las redes sociales pueden acrecentar la salud de los nuevos inmigrantes, pero, con el paso del tiempo, pueden adquirir menos relevancia conforme las relaciones se debilitan y son sustituidas por los vínculos establecidos en los lugares de destino estadounidenses.

Además de la explicación que destaca la manera en que la orientación cultural de los inmigrantes preserva comportamientos saludables que con el tiempo pierden su fuerza tras una larga residencia en Estados Unidos (Cabral *et al.*, 1990; Guendelman y Abrams, 1995), otra explicación antagónica hace referencia a la migración selectiva. Comúnmente conocida como la “hipótesis del inmigrante saludable” —según la cual los inmigrantes conforman un grupo de personas especialmente sanas que ya desde el principio de sus vidas tenían más posibilidades de emigrar a Estados Unidos que las menos sanas—, ha recibido cierto apoyo en estudios recientes. Por ejemplo, un estudio revela que la calidad de los partos de puertorriqueñas —en especial entre aquellas que habían llegado recientemente a Estados Unidos— se explicaba en parte por un proceso de migración selectiva que propiciaba que emigraran los individuos más sanos en lugar de los menos sanos (Landale *et al.*, 2000). Otro estudio documenta que la mayor mortalidad de los migrantes mexicanos nacidos fuera de Estados Unidos es resultado de la alta

propensión mostrada por los menos sanos de regresar a México (Palloni y Arias, 2004).

■ Información del Proyecto de Salud y Migración

Dado que nuestro interés primario era examinar el grado en que salud y migración son procesos interrelacionados, el principal objetivo de nuestro esfuerzo al recoger los datos fue reunir información diacrónica de las comunidades de origen y destino. Esto permite examinar los resultados en salud de familias de no migrantes que viven en México, de familias mexicanas cuyos paterfamilias emigraron a Estados Unidos en algún momento, y de familias de migrantes que en la actualidad residen en este país. Si bien el acopio de información que abarque a estos tres grupos no se hace con frecuencia en las ciencias sociales, es de primera importancia porque permite establecer comparaciones entre el estado de salud de los mexicanos que hoy residen en Estados Unidos y el de las familias de no migrantes o de migrantes que han regresado a México. Sólo mediante estas comparaciones podrán evaluarse las explicaciones discordantes que dan cuenta de los paradójicos resultados en salud antes descritos.

Para obtener dicha información, diseñamos y pusimos en operación la Encuesta sobre Salud y Migración (ESM [HMS, por sus siglas en inglés]; véase www.mexmah.com). La ESM inquiriere a las mujeres entrevistadas acerca de sus historias matrimoniales, de trabajo y fertilidad, así como acerca de sus redes sociales, los apoyos que reciben y los gastos familiares. También contiene información relacionada con la salud de otros niños y adultos e incluye historias de los nacimientos ocurridos en los seis años anteriores al levantamiento de la encuesta, mortalidad infantil, inmunización, amamantamiento, utilización y puntos de vista sobre los servicios de salud, y salud prenatal. Finalmente, la ESM incluye la etnoencuesta utilizada por el Proyecto de Migración Mexicana (PMM [MMP, por sus siglas en inglés]), y, por lo tanto, contiene información relacionada con la migración, el trabajo y la adquisición de capital por parte de los miembros de la familia (<http://mmp.opr.princeton.edu/>).²

² También reunimos información antropométrica (estatura y peso) de madres e hijos en los hogares de cuatro comunidades encuestadas en 1996, 1999 y 2000.

Ya en 1996 pusimos en operación la ESM en once comunidades del estado de San Luis Potosí y dos de Estados Unidos. Las comunidades mexicanas representan diversos tipos de condiciones climáticas (de muy secas a húmedas), composición poblacional (mestizos e indios), y niveles de desarrollo económico (en que la producción oscila entre el trabajo en la granja y la manufactura y los servicios, en áreas que van de los pequeños ranchos a las grandes ciudades). A ocho de las once comunidades se les encuestó en cuatro paneles: 1996, 1998, 1999 y 2000, mientras que a las comunidades restantes se les encuestó en cuando menos dos paneles.

En cada comunidad realizamos entrevistas con la “señora” del hogar, que regularmente era la esposa del jefe de familia o, en algunos casos (cerca de dos por ciento), ella misma la cabeza de la familia. En cinco de las comunidades mexicanas hicimos un muestreo al azar de aproximadamente 200 hogares.³ En las restantes comunidades más pequeñas consideramos a toda la población de los diferentes hogares. En conjunto, nuestra muestra mexicana es representativa de los hogares que existían en estas comunidades durante los años en que se levantó la encuesta.

Para complementar la información sobre los mexicanos escogimos dos barrios ubicados en Estados Unidos como marcos de muestreo, uno en la gran área urbana de Houston, Texas (encuestado en 1996 y 2000), y otro en San Diego, California (encuestado solamente en 1997). Las personas encuestadas informaron que ambos barrios son importantes puntos de destino para los inmigrantes de San Luis Potosí. Hicimos el acopio de información a partir de hogares escogidos al azar en ambas áreas. En cada uno de ellos empezamos por definir los vecindarios (utilizando información censal por manzanas) que contenían altas concentraciones de extranjeros y de origen mexicano. Como la información censal resultaba relativamente obsoleta para el tiempo en que levantamos las encuestas, pasamos varios días caminando por los vecindarios, definiendo y redefiniendo sus límites. Este proceso fue especialmente importante en Houston, una ciudad carente de legislación por zonas. Como resultado de esto, definimos nuestros vecindarios a fin de excluir ciertos grupos de manzanas en las que estaban situados establecimientos comerciales relativamente grandes (por norma en las orillas de nuestra área veci-

³ En estas comunidades realizamos un muestreo al azar de conformidad con un marco que contenía a todos los hogares de cada comunidad. El marco de la muestra fue desarrollado a partir de un censo que llevamos a cabo. Antes de iniciar el acopio de datos, caminamos por las calles y colonias de cada comunidad, anotamos todos los hogares en una lista maestra, la cual se convirtió en el marco de nuestra muestra.

nal). Una vez establecidos los límites y definiciones de cada vecindario, elaboramos una lista de los domicilios familiares en el vecindario y escogimos al azar los que integrarían nuestra muestra.

Una ventaja de la operación de muestreo realizada en Estados Unidos es que las dos áreas son muy diferentes entre sí. La de San Diego está integrada por población relativamente joven, con muchos niños, pocos son propietarios de la casa que habitan y muchos son inmigrantes mexicanos recién llegados. El área vecinal de Houston está más establecida, es más vieja, con pocos inmigrantes mexicanos recién llegados, con más propietarios de su vivienda y más hogares que cuentan con la presencia de ambos padres. En la medida que otras áreas de destino de inmigrantes comparten las mismas características, pensamos que nuestra muestra es representativa de estas áreas.

En total recopilamos información de aproximadamente 1 750 hogares en 11 comunidades mexicanas entre 1996 y 2002, y de 262 hogares en dos comunidades estadounidenses entre 1996 y 2000. Los índices de respuesta fueron muy altos durante los cuatro ciclos de acopio de información, con un promedio mayor de 90 por ciento. La eficacia para relocalizar los hogares del primer panel fue buena entre 1996 y 1998, y mejoró a lo largo del periodo de acopio de datos 1996-2002. Entre 1996 y 1998, por ejemplo, aproximadamente 73 por ciento de los hogares originales volvieron a ser entrevistados. La relocalización de hogares fue muy exitosa tras el esfuerzo realizado en 2002, cuando aproximadamente 80 por ciento de los hogares entrevistados en los primeros ciclos fueron entrevistados de nueva cuenta.

■ La migración en las comunidades objeto de la muestra

El cuadro 1 describe los atributos de los migrantes en cada una de las 13 comunidades de la muestra. Las comunidades mexicanas están organizadas de acuerdo con las tres regiones principales del estado, Altiplano, Zona Media y Huasteca, y Estados Unidos de América. En dos columnas adicionales se presentan estos atributos para cada conjunto de comunidades: las dos ubicadas en Estados Unidos (véase la última columna) y las 11 comunidades mexicanas (véase la columna anterior a la antepenúltima). Si se revisan primero estas dos columnas compendiosas, podrá observarse que mientras en todos los hogares estadounidenses cuando me-

CUADRO 1 CARACTERÍSTICAS MIGRATORIAS DE LAS COMUNIDADES DE LA MUESTRA

	Comunidades por región													
	Altiplano			Zona Media			Huasteca			Estados Unidos				
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	Total EUA	
Número de hogares	138	175	183	97	139	91	170	93	201	106	531	112	146	258
% de hogares con padre o esposa migrante	42.4	39.4	48.5	78.5	53.4	56.8	26.2	48.3	26.9	9.9	41.1	100.0	100.0	100.0
<i>Hogares de migrantes:</i>														
Año inicial de migración	1942	1942	1920	1916	1918	1946	1945	1948	1936	1950	1916	1918	1945	1918
Experiencia promedio en EUA (en meses)	24.3	21.2	43.3	30.1	26.1	21.9	21.4	18.8	16.2	8.7	25.9	202.2	128.6	156.6
% de remesas recibidas	44.7	62.0	30.4	68.1	36.1	42.5	21.4	37.4	15.2	11.3	35.3	—	—	—
<i>Padres migrantes: (N)</i>	53	62	81	73	67	46	40	41	51	6	520	54	105	159
% de padres con experiencia en EUA	50.5	44.3	58.0	88.0	57.3	59.7	29.0	48.8	32.1	7.1	46.1	77.1	96.3	88.8
Año del primer viaje (promedio)	1977	1978	1969	1964	1973	1977	1974	1976	1976	1968	1973	1976	1983	1980
Experiencia en EUA (promedio en meses)	46.0	47.2	80.0	69.2	54.4	41.3	42.3	38.8	31.0	13.0	52.7	204.6	148.6	168.7
<i>Madres migrantes: (N)</i>	7	8	13	7	10	4	5	6	6	2	81	69	106	215
% de madres con experiencia en EUA	6.7	5.7	9.3	8.4	8.5	5.2	3.6	7.1	3.8	2.4	6.3	98.6	97.3	98.6
Año del primer viaje (promedio)	1986	1986	1968	1973	1983	1978	1978	1980	1982	1984	1979	1918	1986	1983
Experiencia en EUA (promedio en meses)	45.2	35.4	68.2	45.8	11.1	20.0	15.6	14.6	17.4	14.0	33.8	207.1	114.3	149.5
Número de hogares	138	175	183	97	139	91	170	93	201	106	1393	112	146	258

Nota: "N" significa que los porcentajes registrados son menores que el número total de los hogares encuestados debido a la falta de información.



nos uno de los padres había migrado, 41 por ciento de los hogares mexicanos contaba con un jefe de familia o su esposa que informaba haber emigrado a Estados Unidos. A pesar de la considerable diversidad de las comunidades, es interesante que la duración de la larga y sostenida historia de las relaciones migratorias entre México y Estados Unidos se revela en la fecha del primer viaje a Estados Unidos que todos los migrantes reportaron: para las comunidades mexicanas, 1916; para las ubicadas en Estados Unidos, 1918. En contraste, la sustancial heterogeneidad de las comunidades respecto de otros atributos migratorios ilustra las diferencias de los estadios migratorios en que se encuentran las comunidades de origen. Por ejemplo, en todos los hogares de origen mexicano se reportó un promedio de 26 meses de experiencia en Estados Unidos, pero, en una comunidad de la Huasteca, los padres informaron de sólo nueve meses, y en otra comunidad de la Zona Media, los padres migrantes promediaron 43 meses. Asimismo, si bien 35 por ciento de todos los hogares mexicanos informaron haber recibido remesas, el monto de las mismas por hogar varió considerablemente en cada comunidad. Aproximadamente 68 por ciento de los hogares de una comunidad de la Zona Media informaron haber recibido remesas en comparación con el 11 por ciento recibido en una comunidad de la Huasteca. En promedio, la recepción de remesas fue más común en los hogares de la Zona Media que en los de la Huasteca.

Diferencias similares en los estadios migratorios de las comunidades son sugeridas por las características de los padres y madres que migraron. Aunque 46 por ciento de todos los hogares mexicanos informaron tener padres con experiencia migratoria a Estados Unidos, en una comunidad de la Zona Media 88 por ciento de los padres tenían experiencia migratoria a dicho país. Y de nuevo, en contraste, sólo siete por ciento de los padres en una comunidad de la Huasteca tenían esa experiencia. De hecho, cuando menos la mitad de los hogares en todas las comunidades de la Zona Media y el Altiplano informaron que tenían experiencia migratoria a Estados Unidos. Su mayor experiencia se deduce también de los primeros viajes a Estados Unidos, efectuados tempranamente, y de las largas estadías en ese país, sobre todo si estos datos se comparan con el promedio de los mostrados por todas las comunidades mexicanas. Además, estos patrones eran aproximadamente comparables en el caso de las mujeres, si bien éstas viajaron en mucho menor medida a Estados Unidos. En conjunto mostraban flujos migratorios más antiguos y maduros en las comunidades del Altiplano y la Zona Media que en los de

la Huasteca, donde la migración empieza más tarde, menos hogares dependen de las remesas y pocas mujeres participan en el proceso.

■ La relación salud-migración entre las mujeres y los niños mexicanos

Iniciamos con un análisis descriptivo de la relación salud-migración para mujeres y niños en los hogares de nuestra muestra. El cuadro 2 describe las condiciones de salud de las madres y los hijos según la condición migratoria de los padres. Aquí también presentamos en conjunto los atributos de las dos comunidades estado-unidenses consideradas (véase la última columna) y de las 11 comunidades mexicanas (véase la columna anterior a la antepenúltima). Al comparar estas dos columnas, observamos que madres e hijos que residen actualmente en hogares de migrantes en Estados Unidos informaron gozar de mejor estado de salud y no padecer de enfermedades recientemente. En comparación con las mujeres de hogares mexicanos, las madres migrantes que en la actualidad viven en Estados Unidos informaron gozar de mejor estado de salud, padecer menos enfermedades recientemente y menor número de embarazos que las mujeres de hogares pertenecientes a migraciones anteriores o de no migrantes. En relación con estos hogares, aquellos con unos cuantos años de experiencia migratoria en Estados Unidos eran menos proclives a parir hijos de bajo peso, ya fuesen actuales migrantes en Estados Unidos o lo hubiesen sido en el pasado.

Diferencias significativas de salud debido a la condición migratoria aparecen también en los niños. Por ejemplo, si residían en Estados Unidos tenían más probabilidades de gozar de buena salud. Sin embargo, en comparación con los hogares de no migrantes, los niños en hogares de migrantes tenían ligeramente más probabilidades de informar acerca de una enfermedad reciente. Los niños pertenecientes a hogares de actuales migrantes tenían menos probabilidades de contar con una madre fumadora durante su embarazo y también de convertirse en fumadores pasivos de adultos fumadores en el hogar durante ese periodo. Los niños con experiencia migratoria, en especial aquellos que vivían en hogares de migrantes actuales, promediaron un peso ligeramente mayor al nacer, y tenían menos probabilidades de nacer con bajo peso que los pertenecientes a hogares de no migrantes. Por último, aquellos que vivían con padres migrantes con menos de cinco años de

CUADRO 2 ESTADO DE SALUD DE MADRES E HIJOS SEGÚN SU CONDICIÓN MIGRATORIA

	Hogares mexicanos Experiencia en EUA			Hogares en EUA Experiencia en EUA			
	Ninguno	< = 4 años	5 + años	Total MEX	< = 4 años	5 + años	Total EUA
Panel A: Estado de salud de la madre:							
Estado general de salud:							
% Muy bueno	2.6	1.6	2.3	2.3	7.4	8.4**	8.7
% Bueno	36.2	33.1	39.8	35.9	48.2	48.4**	45.6
Enfermedad en los últimos 15 días:							
% sin enfermedad	57.5	59.1	55.1	58.4	85.2**	71.1**	71.9
% con enfermedad 10 días o más	27.3	23.2	26.9	25.7	7.4**	10.5**	10.3
Características del embarazo:							
Núm. total de embarazos	5.7	5.5	5.1*	5.6	3.0**	3.7**	3.6
Características del parto:¹							
% de niños con bajo peso al nacer	13.8	7.8**	14.3	12.9	4.3*	8.8	8.1
Número de observaciones	761	442	89	1393	27	191	258
Porcentaje	50.4	29.3	5.9	—	1.8	12.6	—
Panel B: Estado de salud de los niños:							
Estado general de salud:							
% Muy bueno	3.7	3.5	7.0	4.3	16.7**	37.4**	35.8
% Bueno	54.3	53.2	42.1*	53.6	52.8	45.8**	44.4
Enfermedad en los últimos 15 días:							
% sin enfermedad	76.2	65.0**	70.0	72.1	63.9*	67.1**	67.6
% con enfermedad menos de 10 días	18.5	27.2**	28.3*	22.0	27.8	24.9*	24.7
% Con enfermedad 10 días o más	5.3	7.8	1.7*	5.9	8.3	8.0	7.7
Características del embarazo:²							
% la madre fumó durante el embarazo	6.8	3.5*	1.9**	5.2	0.0**	2.8**	2.2
% otros miembros del hogar fumaron	24.1	22.4	14.8*	22.6	21.9	15.9**	18.1
% con problemas graves	5.8	9.0*	5.2	7.3	2.9	4.7	5.4
Características del primer año de vida:							
Peso al nacer (promedio en libras)	7.2	7.4*	7.5	7.3	7.7*	7.5*	7.5
% con bajo peso al nacer	11.7	6.9*	11.1	10.9	3.0**	8.0	7.1
% de amamantados	77.7	78.0	83.3	77.7	91.2**	78.6	78.1
% con enfermedad el primer año	37.2	45.5**	46.9	41.3	41.9	49.2*	47.4
Número de observaciones	495	304	60	958	38	249	317
Porcentaje	43.2	26.5	5.2	—	3.3	21.7	—

Nota: los asteriscos denotan diferencias significativas entre hogares mexicanos sin experiencia migratoria y hogares con experiencia migratoria, **p < .05 y *p < .10. 1 Las preguntas relacionadas con el parto se hicieron sólo a madres cuyos hijos nacieron después de 1989 y se registraron para sus dos últimos partos (N = 716).

2 Las preguntas sobre embarazo y parto se hicieron únicamente en relación con niños nacidos después de 1989 que estuvieron en los dos últimos partos (N = 1102).

experiencia migratoria en Estados Unidos tenían más probabilidades de haber sido amamantados, si bien los que contaban con estancias más prolongadas tenían menos probabilidades de haber sido alimentados de esta manera en comparación con los hijos de hogares de no migrantes. Las estancias de corta duración se relacionaban con el reporte de enfermedades ocurridas en el primer año de vida.

■ Programa analítico

Hasta la fecha, nuestro interés en las relaciones entre salud y migración ha producido algunos trabajos de importancia. El primero, que utiliza el único indicador de salud del Proyecto de Migración Mexicana, se publicó en *Demography* en 1999 (véase Kanaiaupuni y Donato, 1999). En este trabajo examinamos los efectos de las remesas procedentes de Estados Unidos y de la intensidad e institucionalización en los puntos de origen de los migrantes sobre la mortalidad infantil. Los resultados sugieren que los efectos de migración sobre la salud se desarrollan con el tiempo. En sus etapas iniciales, la migración trastornó a familias y comunidades, pero, con el paso del tiempo, facilitó la supervivencia de los hogares conforme se convirtió en parte de las instituciones locales y de la vida de las comunidades. Por lo tanto, los riesgos de mortalidad infantil no se relacionaban con la migración de manera lineal y predecible. La supervivencia de los infantes empeoraba considerablemente cuando las comunidades estaban en las primeras etapas de migración y, por lo tanto, de la red de remesas de dinero enviadas desde Estados Unidos. Sin embargo, conforme la migración creció en las comunidades de origen, benefició la salud de las familias mexicanas y mejoró la longevidad infantil. En conjunto, los resultados obtenidos en los diferentes niveles demuestran que 1) la salud infantil se relaciona con la etapa del proceso migratorio en que se encuentran las comunidades, y que 2) los atributos sociales y económicos de la migración a final de cuentas mejoran la supervivencia infantil.

Más adelante se describen los resultados que arrojaron otros dos trabajos. Para éstos usamos información de la ESM correspondiente a las muestras representativas que se realizaron en 1996 y 1998 en los hogares de diez comunidades de San Luis Potosí. Si bien nuestro interés primordial es ilustrar el grado en que salud y migración constituyen procesos interrelacionados, empezamos por describir un

texto que examina los efectos de las redes sociales y de apoyo en la salud de los niños mexicanos. En seguida describimos los análisis que se ocupan de la manera en que el género afecta la relación entre migración y la salud del niño. Por lo tanto, el objetivo de nuestro primer ciclo de textos consistía en examinar la forma en que las redes sociales y de apoyo afectan la salud de los niños mexicanos, y luego en examinar la manera en que el género nos ayuda a entender los efectos de la migración en la salud. En el último artículo documentamos los resultados en salud de la niñez comparándolos con los de las familias de no migrantes que viven en México, de familias mexicanas cuyos padres fueron migrantes en algún tiempo, y de familias de migrantes que viven actualmente en Estados Unidos.

Los efectos del capital social: redes sociales, apoyo social y salud. Nuestra discusión de los efectos positivos y negativos del capital social se basan en los trabajos de Portes, Bordieu y otros (véase Portes, 1998). El capital social deriva de la estructura de las relaciones sociales: “[...] para poseer capital social, una persona debe estar relacionada con otros, y son esos otros [...] quienes constituyen de hecho la fuente de su ventaja” (Portes, 1998:7). El capital social puede acrecentar los resultados si opera como una fuente positiva de control social que promueve la solidaridad social y el apoyo familiar, o que genera beneficios procedentes de personas ajenas a la familia. Si bien las ciencias sociales no lo destacan suficientemente, el capital social puede resultar negativo y mermar la cohesión de grupo si promueve la exclusión de los otros, los reclamos excesivos a los miembros de ciertos grupos, la restricción de la libertad individual, y las normas que ayudan a mantener a los grupos vulnerables en su lugar.

Utilizamos esta conceptualización de las consecuencias positivas y negativas del capital social para motivar la elaboración de un artículo que surja del presente proyecto. Al examinar la estructura de las redes personales, de los vínculos que éstas implican y de los recursos que las mismas contienen, investigamos de modo sistemático y empírico las formas en que las redes y el apoyo afectan la salud. Otros trabajos han destacado la manera en que las redes inciden en los procesos migratorios internacionales. Aquellas personas que habían emigrado con anterioridad, y que cuentan con vínculos familiares, de parentesco o con compatriotas, generan nuevos arribos a destinos específicos en Estados Unidos y, por lo tanto, son de suma importancia para el desarrollo y la conservación de los enclaves étnicos (Nee, 1991; Portes y Stepick, 1993; Zhou, 1992). Los vínculos de los migrantes

con sus comunidades de origen los proveen de información y ayuda que reducen subsecuentemente los costos de la migración e incrementan el regreso de los nuevos migrantes, lo cual genera un proceso migratorio autosostenible (Massey *et al.*, 1987).

Una limitación enorme de trabajos anteriores sobre redes sociales y migración es que la mayoría se centra en los vínculos individuales de los migrantes, con lo cual se destacan los elementos relacionados con el parentesco (véase Massey y Espinosa, 1997). Esta perspectiva ha analizado de manera típica los efectos de la presencia y la cantidad de vínculos familiares de los migrantes que se encuentran en Estados Unidos, absteniéndose de medir de un modo directo la estructura social, la fuerza de tales vínculos y los recursos que éstos proveen. Contribuimos a esa bibliografía analizando la información de las redes centradas en los vínculos individuales, con el fin de medir la estructura de las redes sociales de los individuos y para determinar cuándo y cómo los resultados en salud están relacionados con la calidad y la cantidad de los recursos existentes gracias a estos vínculos.

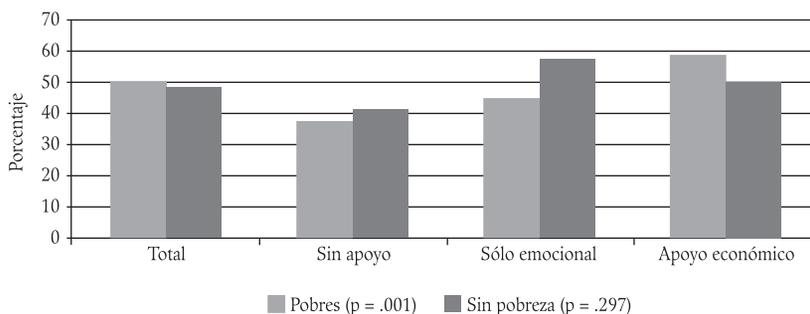
Una segunda limitación de los estudios anteriores es que sólo se centran en las redes de migrantes y excluyen las redes de no migrantes (Kanaiaupuni, 1999). Remediamos este problema mediante el examen de las estructuras de las redes de migrantes y no migrantes. Para ello nos basamos en los primeros estudios realizados por los antropólogos, quienes encontraron que, en México, las redes familiares y de parentesco son fuentes fundamentales de seguridad social y apoyo mutuo (Lomnitz, 1977; Logan, 1981). En estos y otros estudios aparece documentado que los acuerdos sociales de las redes ajenas al parentesco (por ejemplo, el compadrazgo) proveen a las familias de una red de seguridad durante las crisis económicas y situaciones imprevistas mediante el intercambio de favores y obligaciones (Dinerman, 1982). En décadas recientes, los vínculos no familiares han adquirido gran importancia para los hogares que se enfrentan a la “rápida urbanización, por un lado, y a la crisis económica, por otro” (González de la Rocha, 1994, p. 17).

En las décadas recientes del siglo XX, con los cambios económicos y sociales ocurridos en México, se ha intensificado la larga tradición migratoria de mexicanos a Estados Unidos en busca de trabajo (véase Durand y Massey, 1992). Por ejemplo, en algunas comunidades se calcula que más de 90 por ciento de los hombres emigrarán por primera vez a Estados Unidos a los 40 años de edad (Donato *et*

al., 1992a; Donato, 1999).⁴ A resultas de ello, algunos han argumentado que la migración México-Estados Unidos se ha convertido en un proceso institucionalizado y autosostenible (Donato *et al.*, 1992b; Massey *et al.*, 1994; Massey, 1990). En tales áreas con altos niveles de migración a Estados Unidos, los fuertes vínculos y redes de apoyo individuales y comunitarias prestan ayuda a los residentes y mejoran su estado de salud. Por ejemplo, según se ha documentado entre mujeres muy pobres de países en desarrollo (Aymer, 1998; Logan, 1981), en lugares donde es común la emigración masculina, las mujeres no migrantes generan nuevas formas de apoyo social a partir de amigos, familiares y otros residentes (Kanaiaupuni, 1999).

Así, en un artículo que aparecerá próximamente en *Social Forces*, examinamos si las relaciones de intercambio social afectan la salud de los niños en México y de qué manera lo hacen —en especial de aquellos que viven en hogares pobres (Kanaiaupuni *et al.*, 2004). La gráfica 1 ilustra la relación entre salud infantil y grado de apoyo. De manera significativa revela crecientes probabilidades de estado de salud bueno/excelente en hogares económicamente marginados, o pobres, que reciben mayor apoyo social (ningún apoyo, sólo apoyo emocional, apoyo económico); mientras que en el caso de los hogares que no sufren de pobreza esta relación es estadísticamente insignificante.

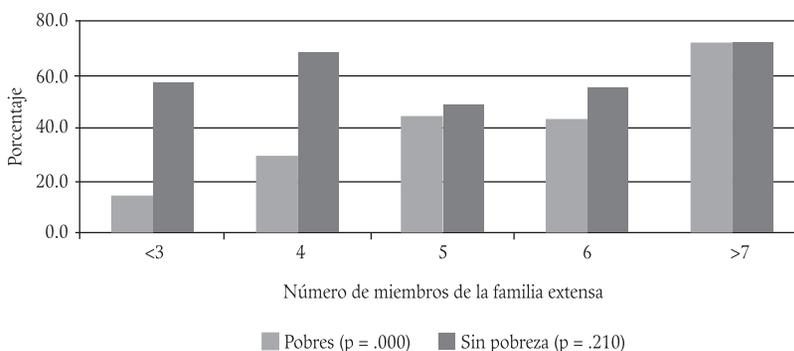
GRÁFICA 1 PORCENTAJE DE NIÑOS CON BUENA/EXCELENTE SALUD POR CANTIDAD DE APOYO SOCIAL RECIBIDO: HOGARES POBRES Y SIN POBREZA



⁴ Desde mediados de los años ochenta ha crecido en México la emigración femenina (Donato 1993; Kanaiaupuni, 2000). A pesar de la presencia creciente de la mujer, el flujo migratorio proveniente de México continúa siendo preferentemente masculino.

En conjunto, estos resultados sugieren que la migración México-Estados Unidos, como proceso institucionalizado y autosostenible, altera la naturaleza de las relaciones de intercambio social en México. Debido a que, en muchas comunidades mexicanas, los jóvenes capaces, que es la principal forma de trabajo productivo, están ausentes durante largos periodos, los residentes de las comunidades se han adaptado mediante el desarrollo de fuertes redes de apoyo que los proveen de una variedad de recursos. La fortaleza de las redes descansa principalmente en la obligación y la frecuencia de uso (además de las expectativas de normatividad) y ambas son reforzadas conforme los migrantes cruzan la frontera siguiendo los pasos de sus padres y sus abuelos. La gráfica 2 muestra algunas evidencias de ello. Estadísticamente muestra mayores probabilidades de apoyo económico conforme aumenta el número de miembros de la familia extensa en los hogares pobres, que era la hipótesis inicial. Contrariamente, en los hogares que no sufren de pobreza, la relación entre familia extensa y apoyo es insignificante. Estos resultados permanecen en modelos de muchas variables que controlan otros factores relevantes, los cuales pueden afectar la salud de los niños en México.

GRÁFICA 2 APOYO ECONÓMICO RECIBIDO POR NÚMERO DE MIEMBROS DE LA FAMILIA EXTENSA: HOGARES POBRES Y SIN POBREZA



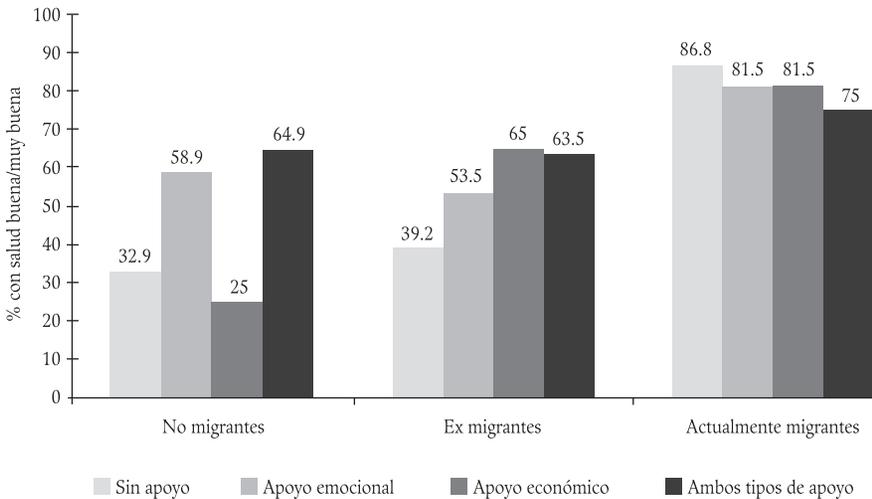
Los resultados de nuestra hipótesis final en este artículo indicaron que las redes sociales y de apoyo mutuo son especialmente importantes para el bienestar de los niños pertenecientes a hogares económicamente marginados. Aunque esperábamos que las familias más pobres tuvieran menor acceso a las redes de apoyo y

buena salud, también esperábamos que los recursos provenientes de la familia extensa repercutieran en mayor medida en la salud de los niños de estas familias, en comparación con los de las familias que no padecen pobreza. La familia extensa protege a las familias pobres de los efectos de la inseguridad económica en una nación que ofrece pocos —o ninguno— programas públicos institucionales para apoyar a las familias durante los periodos de crisis económica o personal.

Al revelar la relación de los acuerdos de las redes sociales ubicadas en los puntos de origen mexicanos con el mejor estado de salud de los niños y mejor apoyo social, los resultados sugieren cómo pueden operar las redes sociales en los hogares de migrantes en Estados Unidos. Por ejemplo, dado que la interacción social es una importante característica que vincula las redes sociales con la salud de la niñez, el contacto frecuente con la familia puede promover la crianza de niños más sanos. Por lo tanto, los hogares de los inmigrantes pobres tienen la posibilidad de proteger la salud de sus familias y sus hijos apoyándose en sus redes familiares para conseguir apoyo social y contacto frecuente. Tras estancias prolongadas en Estados Unidos, sin embargo, los vínculos de los inmigrantes pueden romperse, lo cual conduce al empequeñecimiento de las redes y a la declinación de las visitas, fenómeno que a su vez puede contribuir al deterioro de la salud.

La gráfica 3 permite examinar la relación migración-apoyo-salud. Aquí vemos que el apoyo social recibido protege la salud de los hijos más pequeños en hogares de familias no migrantes o de ex migrantes, pero que tiene un mínimo efecto protector en la salud de los niños de familias actualmente migrantes. Entre los no migrantes, por ejemplo, aproximadamente una tercera parte de las madres que no recibieron apoyo informaron que sus hijos gozaban de buena salud, en comparación con 65 por ciento de los niños cuyos hogares recibieron tanto apoyo emocional como económico. En familias de ex migrantes, 39 por ciento de los niños cuyas madres no recibieron apoyo gozaban de buena salud, en comparación con 63 por ciento de los niños cuyas madres reportaron haber recibido ambos tipos de apoyo. En abierto contraste, las madres en hogares estadounidenses informaron que por lo menos 75 por ciento de sus hijos gozaban de buena salud, con independencia de cuánto apoyo hubieran recibido. Trabajos futuros nos dirán en qué medida estas diferencias de salud infantil relacionadas con la condición migratoria varían con el nivel de pobreza.

GRÁFICA 3 SALUD DEL NIÑO POR APOYO SOCIAL Y CONDICIÓN MIGRATORIA



Estos resultados muestran que el análisis de las redes en sus contextos socioculturales es fundamental para identificar la manera en que dichas redes influyen en la salud y el bienestar. Hemos intentado entender esas relaciones en un contexto mexicano cuyos fundamentos son los valores sociales y las normas de reciprocidad, confianza y compadrazgo para proteger a las familias de la inseguridad emocional y económica. Si bien los resultados son similares en espíritu a los de otros casos estudiados en otros momentos y áreas de México y Estados Unidos, representan sólo un paso en el entendimiento de la compleja interacción entre las redes sociales, el apoyo mutuo y la salud de los mexicanos que residen en ambos lados de la frontera. Desentrañar esta interacción será nuestro objetivo más importante en futuras investigaciones.

Cómo influye el género en los efectos migratorios que determinan la salud de los niños mexicanos. En otros dos artículos hemos usado la información binacional para investigar el papel que desempeñan las diferencias de género en los efectos migratorios que afectan la salud de los niños en tres tipos de familias mexicanas: las de los migrantes que en la actualidad viven en Estados Unidos, las de aquellos que regresaron a México y las de los que no tienen experiencia migratoria (Donato, Kanaiaupuni y Stainback, 2003; Donato, Stainback, Rosenthal y Kanaiaupuni, 2004). Nuestros resultados revelan diferencias de género en los efectos migratorios, in-

cluso después del control ejercido por muchos mediadores potenciales. En los hogares mexicanos donde los padres tenían cuando menos cinco años de experiencia migratoria, tanto los niños como las niñas gozaban de mejor estado de salud que sus contrapartes no migrantes en México, pero las niñas se habían beneficiado más que los niños. Los riesgos de mala salud se relacionan también con distintos efectos en función de la edad. Las niñas mayores eran especialmente penalizadas a causa de su edad, en comparación con las menores de dos años; los niños, por su parte, no experimentaron consecuencias negativas con la edad. Este análisis sugiere que la migración tiene serias, aunque diferentes, consecuencias en la salud de las niñas y los niños mexicanos y mexicano-estadounidenses. Además, proporciona evidencia para dos explicaciones antagónicas de estas diferencias de género: el empoderamiento de la mujer como resultado de la migración a Estados Unidos y la migración selectiva de las familias más sanas.

Por ejemplo, utilizando la información de la ESM examinamos el grado en que los atributos personales de la madre, su autonomía en la toma de decisiones y sus opiniones sobre el empleo, los hijos y la migración difieren de conformidad con la condición migratoria del hogar al que pertenece. Si los más sanos deciden emigrar de México, esperaríamos ver altos índices de empleo y educación entre las mujeres de hogares de migrantes en Estados Unidos que entre las mujeres de hogares de no migrantes o de ex migrantes. Si, no obstante, la desigualdad de género que influye en la salud del niño se relaciona con las preferencias construidas sobre la tradicional jerarquía de los géneros, y la experiencia migratoria a Estados Unidos, que contribuye a modificar la distribución del poder, reduce esta desigualdad, se esperaría que la toma de decisiones en los hogares estadounidenses fuera más igualitaria que en los hogares de mexicanos no migrantes o de migrantes que regresan a México.

El cuadro 3 sugiere diferencias existentes en los atributos de las mujeres, en sus reportes de una toma de decisiones y un cuidado de los hijos más equitativos, y en sus opiniones. Por lo general, a las mujeres que formaban parte de hogares que contaban con padres que habían regresado de Estados Unidos después de, por lo menos, cinco años se les puede describir como aquellas que experimentaban menor flexibilidad en los roles de género. Solían tomar decisiones por sí solas, sin la participación de sus maridos (en gran parte porque regularmente los maridos estaban ausentes del hogar). También solían informar —en mayor medida que

CUADRO 3 ESTADÍSTICAS DESCRIPTIVAS POR CONDICIÓN MIGRATORIA DEL PADRE

	Total de la muestra		Hogares mexicanos Experiencia en EUA 1-4 años		Hogares en EUA Experiencia en EUA 5 + años	
	Ninguno	298	18.7**	5.8	55.2**	7.4
Atributos de la madre	31.7	6.3	58.5	50.0	21.4**	22.8**
% Madres con empleo	45.3	49.8	42.5	69.0**	32.1*	25.4**
Educación (promedio en años)	46.6	49.1	45.0	69.0**	26.9**	34.3**
Toma de decisiones de las mujeres	14.3	12.0	17.5	34.5**	10.7	15.1
Decide por sí misma	39.2	32.1	36.2	25.9	75.0**	63.9**
% de decisión, alimentos	44.0	41.4	46.2	22.4**	64.3**	55.9**
% de decisión, medicinas	47.5	47.3	48.7	24.1**	69.2*	52.3
% de decisión, visitas al médico	61.4	62.7	70.0	63.8	64.3	52.0
% de decisión, gastos del hogar	21.7	16.6	19.0	21.8	44.4**	36.5**
El marido ayuda con los niños	44.1	49.8	46.8	40.0	25.9**	28.1**
Muchas veces	17.0	17.1	20.2	12.7	25.9	15.2
A veces	10.5	11.3	8.9	10.9	3.7*	9.5
Raras veces	6.6	5.2	5.1	14.5**	0.0**	10.7**
Nunca						
Opiniones de las mujeres						
% que aceptan lo siguiente:						
Está mal que las mujeres no tengan más hijos, aun si ya tienen varios, cuando los maridos quieren más	23.0	22.4	30.7	38.5**	14.8	18.6
Una mujer puede llevar una vida feliz y satisfactoria incluso sin contraer matrimonio	23.1	19.8	17.3	21.4	22.2	37.2**
Una mujer puede llevar una vida feliz y satisfactoria sin haber contraído matrimonio y sin haber tenido hijos	9.6	10.0	3.8**	19.3*	13.8	7.0

Nota: los asteriscos denotan diferencias significativas entre hogares mexicanos sin experiencia migratoria y hogares con experiencia migratoria, **p < .05 y *p < .10.



sus contrapartes en Estados Unidos— que sus maridos no ayudaban en absoluto en el cuidado de los hijos. Al mismo tiempo, la información relacionada con actitudes muestra conflictos de roles. En mayor medida que las mujeres de hogares de no migrantes, solían aceptar que 1) la mujer debe tener más hijos si así lo desea su marido, y 2) la mujer puede ser feliz y estar satisfecha con su vida sin haberse casado y sin haber tenido hijos. En contraste, las mujeres migrantes que residían en Estados Unidos parecían gozar de mayor flexibilidad en los roles de género. Ya fuese por los mejores índices de empleo, por su tendencia a una condición más equitativa en la toma de decisiones, o por defender la idea de que la mujer puede ser feliz y tener una vida satisfactoria sin contraer matrimonio, las mujeres de hogares de migrantes en Estados Unidos son notoriamente diferentes de las mujeres pertenecientes a hogares de no migrantes.

Por lo tanto, los anteriormente descritos efectos migratorios de género que repercuten en la salud de los niños ¿se deben a las formas en que la migración México-Estados Unidos modifica las normas de género que alientan a las familias de inmigrantes a realizar propuestas de género más equitativas y que incidan en la salud de sus hijos, o se deben a la migración selectiva de padres más sanos a los Estados Unidos? A la fecha no contamos con evidencia suficiente para escoger entre estas dos explicaciones. Tal vez los análisis que se realicen en el futuro y que examinen los cambios en las características de los miembros de los hogares de migrantes por condición migratoria arrojen alguna luz sobre estas explicaciones. Mientras tanto, lo que sabemos es que 1) la vida en hogares estadounidenses donde los padres tienen amplia experiencia migratoria y en los que hay una gran flexibilidad en los roles de género beneficia más a las niñas que a los niños; 2) la vida en los hogares de migrantes mexicanos donde los padres tienen limitada experiencia migratoria en Estados Unidos y donde los roles de género son más rígidos mejora la salud de los niños y empeora la de las niñas.

■ Discusión y conclusiones

En conjunto, nuestro análisis contribuye a los estudios existentes que se ocupan de las consecuencias de la migración en la salud. Como algunos han notado, muy a menudo los estudios acerca de la salud de los inmigrantes adolecen de cierta

confusión respecto de cuál grupo es el apropiado para establecerlo como grupo de comparación (Palloni y Morenoff, 2001; Jasso *et al.* 2004). La mayoría de los estudios comparan a los inmigrantes con los nacidos en Estados Unidos (Singh y Siahpush, 2002), mientras que otros comparan a los nacidos en Estados Unidos con los nacidos en Puerto Rico usando información de origen y destino (Landale *et al.*, 2000). Los resultados arriba descritos utilizan también información combinada de puntos de origen y destino, y permiten una comparación no analizada aún en los estudios publicados: la existente entre niños que viven en México y sus padres nunca han emigrado, y tanto de los que viven en hogares de mexicanos que actualmente se encuentran en Estados Unidos como de los que viven con sus padres y ya están de regreso en México. A la fecha, esto ha permitido dos hallazgos: 1) hay beneficios para la salud de los niños —en especial de las niñas— en los hogares que cuentan con padres que actualmente son inmigrantes en Estados Unidos y han permanecido ahí por lo menos cinco años, pero 2) hay una desventaja para las niñas de hogares mexicanos en los que figuran padres que emigraron sólo por breve tiempo en el pasado. Estos resultados se refieren a una población demográficamente diferente de la considerada en estudios anteriores: niños de hasta nueve años de edad y que, tal vez como resultado, contrasta con otros estudios que documentan mejor estado de salud entre inmigrantes adultos recién llegados y sus hijos pequeños en comparación con inmigrantes más establecidos (Landale *et al.*, 2000; Singh y Siahpush, 2002). Por lo tanto, si bien la evidencia de que la salud de los niños mexicanos al nacer es mejor de lo que se esperaba (Palloni y Morenoff, 2001), nosotros documentamos que 1) la duración de la residencia en Estados Unidos se relaciona con las ventajas de salud que presentan los niños mexicanos un poco mayores, y que 2) a pesar de la inclusión de destacadas variables explicativas, el género sigue siendo significativo.

Estos hallazgos exigen nuevos estudios que analicen los efectos específicos de género causados por la migración en la salud de los niños mexicanos de todas las edades, y las diferencias de estos efectos en niños y adultos. La identificación de mecanismos específicos es el siguiente paso obvio y, como muchos ya lo han dicho, para esta tarea se requiere información diacrónica de origen y destino. Esta importante tarea constituye un aspecto de nuestra agenda futura de investigación. Los resultados de nuestro trabajo revelan cómo se relacionan los acuerdos de las redes sociales en los puntos mexicanos de origen con mejores estados de salud de

la niñez y de apoyo social. Como ya se ha dicho, estos resultados permiten que nos hagamos una idea acerca de la forma en que operan las redes sociales en los hogares de migrantes en Estados Unidos, y ya hemos empezado a considerar esta cuestión para futuras investigaciones.

Además, esta información podrá dar respuesta a otras preguntas relacionadas con salud y migración. Por ejemplo, ¿en qué medida las familias de migrantes y no migrantes hacen uso de los servicios médicos y qué tipo de servicios utilizan? ¿Cuánto cuestan estos servicios y en qué medida son cubiertos por el seguro? Además, ¿en qué medida los mexicanos se apoyan en el cuidado y la práctica de la salud informal y qué diferencias se presentan, si es que se presentan, por la condición migratoria? La migración puede afectar también la salud de otros miembros de la familia como los adultos y los ancianos. ¿Cuánto prevalecen los padecimientos crónicos y las limitaciones funcionales entre estas poblaciones? Y ¿cuánto varían los estados de salud objetivos y subjetivos en función de la condición migratoria y/o por la recepción de remesas de dinero procedentes de Estados Unidos? Asimismo, usando una batería de preguntas acerca de las preferencias culturales en torno de la salud, ¿en qué medida difieren las preferencias de las madres de familias de migrantes de las de no migrantes? Finalmente, ¿cuánto se modificaron los indicadores de salud según la condición migratoria entre 1996 y 2002, y qué explicaciones subyacen bajo tales cambios?

A estas y muchas otras preguntas puede responder la información de la ESM. Ya sea que se dirijan a la relación entre salud y migración o planteen preguntas no relacionadas con la salud, como la manera en que se ha modificado el estatus socioeconómico de los hogares mexicanos, esta información representa una oportunidad inigualable para entender las condiciones sociales, económicas y de salud que enfrentaron las familias mexicanas entre 1996 y 2002. Queremos, por lo tanto, alentar a los investigadores para que las utilicen en futuros trabajos.

■ Bibliografía

ALBA, R.D., J.R. Logan, B. Stults, G. Marzan, y W. Zhang (1999), "Immigrants Groups in the Suburbs: A Reexamination of Suburbanization and Spatial Assimilation," *American Sociological Review*, núm. 64, pp. 446-460.



- AYMER, P. (1997), *Uprooted Women : Migrant Domestic in the Caribbean*, Westport, C. T., Praeger.
- CABRAL, H., L.E. Fried, y S. Levenson, (1990), "Foreign-born and US-born Black women: Differences in Health Behaviours and Birth Outcomes," *American Journal of Public Health*, núm. 80, pp. 70-72.
- CRAMER, J.C. y K.B. McDonald (1996), "Kin Support and Family Stress: Two Sides to Early Childbearing and Support Networks", *Human Organization*, núm. 2, pp. 160-169.
- DINERMAN, I. (1982), *Migrants and Stay-at-Homes: A Comparative Study of Rural Migration from Michoacán, México*, La Jolla, Calif., Program in U.S.-Mexican Studies, University of California at San Diego (Monographs in U.S.-Mexican Studies, núm. 5).
- DONATO, K.M. (1999), "A Dynamic View of Mexican Migration to the United States", *Gender Sigues*, vol. 1, núm. 17, pp. 52-75.
- DONATO, K.M., J. Durand, y D.S. Massey (1992a), Stemming the Tide? Assessing the Deterrent Effects of the Immigration Reform and Control Act., *Demography*, vol. 2, núm. 29, pp. 139-57.
- (1992a), Changing Conditions in the U.S. Labor Market: Effects of the Immigration Reform and Control Act of 1986. *Population Research and Policy Review*, núm, 11, pp. 93-115.
- DONATO, K.M. (1993), "Current Trends and Patterns of Female Migration: Evidence from México", *International Migration Review*, vol. 4, núm. 27, pp. 748-772.
- DONATO, K.M., J. Durand y D.S. Massey (1992), "Stemming the Tide? Assessing the Deterrent Effects of the Immigration reform and Control Act", *Demography*, vol. 2, núm. 29, pp. 139-157.
- DONATO, K.M., S.M. Kanaiaupuni, y M. Stainback (2003), "Sex Differences in Child Health: Effects of México-U.S. Migration", *Journal of Comparative Family Studies* (número especial sobre las familias y la desigualdad entre los hijos), E. Fussell y A.H. Gauthier (eds.), verano, pp. 455-477.
- DONATO, K.M., M. Stainback, C.C. Rosenthal, y S.M. Kanaiaupuni (2004), "The Significance of Gender in Explaining the Effects of Migration on Mexican Child Health" (en revisión).
- DURAND, J. y D. Massey (1992), "Mexican Migration to the United States: A Critical Review", *Latin American Research Review*, vol. 2, núm. 27, pp. 3-42.

- GOLDING, J. y A. Burnam (1990), "Stress and Social Supports as Predictors of Depressive Symptoms in Mexican Americans and Non-Hispanic Whites", *Journal of Social and Clinical Psychology*, núm. 9, pp. 268-286.
- GONZÁLEZ de la Rocha, M. (1994), *The Resources of Poverty: Women and Survival in a Mexican City*, Oxford, Blackwell Press.
- GRIFFITH, J. y S. Vallencio (1985), "Relationships among Acculturation, Socio-demographic Characteristics, and Social Supports in Mexican-American Adults", *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, núm. 7, pp. 75-92.
- GUENDELMAN, S. (1995), "Immigrants May Hold Clues to Protecting Health During Pregnancy: Exploring a Paradox", School of Public Health, Division of Health Policy and Administration, University of California at Berkeley (Wellness Lecture Series).
- GUENDELMAN, S., y P. English (1995), "Effect of United States Residence on Birth Outcomes among Mexican Immigrants: An Exploratory Study", *American Journal of Epidemiology*, vol. 9, núm. 142, pp. 30-38.
- GUENDELMAN, S. y B. Abrams (1995), "Dietary Intake among Mexican-American Women: Generational Differences and a Comparison with White Non-Hispanic Women", *American Journal of Public Health*, vol. 1, núm. 85, pp. 2-25.
- GUENDELMAN, S., J.B. Gould, y M. Hudes (1990), "Generational Differences in Perinatal Health among the Mexican American Population: Findings from HHANES, 1982-1984", *American Journal of Public Health*, núm. 80, pp. 61-65.
- IDLER, E., e Y. Benyamini (1997), "Self-Rated Health and Mortality: A Review of Twenty-Seven Community Studies", *Journal of Health and Social Behavior*, núm. 38, pp. 21-37.
- JASSO, G., D.S. Massey, M.R. Rosenzweig, y J. P. Smith (2004), "Immigrant Health-Selectivity and Acculturation", en Norman B. Anderson, Randy A. Bulatao, y Barney Cohen (eds.), *Critical Perspectives on Racial and Ethnic Differences in Health in Late Life*, Washington, D.C., National Academy Press, pp. 227-266.
- KANAIAUPUNI, S.M. (1995), "Women and Migration: Household Organizational Strategies of Mexican Families", tesis de doctorado, Department of Sociology, University of Chicago.
- (2000), "Sustaining Families and Communities: Nonmigrant Women and México-U.S. Migration Processes", Center for Demography and Ecology, University of Wisconsin at Madison (ponencia #2000-13).

- KANAIAUPUNI, S.M. (1999), "Non-Migrant Women and Origin Networks in U.S.-Mexico Migration Processes." Manuscript. University of Wisconsin-Madison.
- KANAIAUPUNI, S.M., y K.M. Donato (1999), "Migradollars and Mortality: The Effects of Migration on Infant Survival in Mexico", *Demography*, vol. 3, núm. 36, pp. 339-353.
- KANAIAUPUNI, S.M., K.M. Donato, T. Thompson Colon y M. Stainback (2004), "Counting on Kin: Social Networks, Social Support and Child Health", *Social Forces* (en preparación).
- KEEFE, S. (1984), "Real and Ideal Extended Families among Mexican-Americans and Anglo-Americans: On the Meaning of Close Family Ties", *Human Organization*, núm. 43, pp. 65-70.
- KAO, Grace and Marta Tienda (1995), "Optimism and Achievement: The Educational Performance of Immigrant Youth", *Social Science Quarterly*, vol. 1, núm. 76, pp.1-19.
- LANDALE, N.S., R.S. Oropesa, y B.K. Gorman (2000), "Migration and Infant Death: Assimilation or Selective Migration among Puerto Ricans?", *American Sociological Review*, núm. 65 (diciembre), pp. 888-909.
- LITWIN, H. (1998), "Social Network Type and Health Status in a National Sample of Elderly Israelis", *Social Science and Medicine*, vols. 4-5, núm. 46, pp. 599-609.
- LOGAN, K. (1981), "Getting by with Less: Economic Strategies of Lower Income Households in Guadalajara", *Urban Anthropology*, vol. 3, núm. 10, pp. 231-246.
- LOMNITZ, L.A. (1977), *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*, Nueva York, Academic Press.
- MASSEY, D. (1990), "The Social and Economic Origins of Immigration", *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 510, pp. 60-72. [Publicado en español, "Los orígenes sociales y económicos de la inmigración", *Boletín. Grupo Parlamentario Inter-Americano Sobre Población y Desarrollo*, vol. 2, núm. 8.]
- MASSEY, D., L. Goldring, y J. Durand (1994), "Continuities in Transnational Migration: An Analysis of Nineteen Mexican Communities", *American Journal of Sociology*, vol. 6, núm. 99, pp. 1492-1533.

- MASSEY, D., R. Alarcón, J. Durand, y H. González (1987), *Return to Aztlán: The Social Process of International Migration from Western México*, Berkeley, University of California Press.
- MASSEY, D., y K. Espinosa (1997), "What's Driving Mexico-U.S. Migration? A Theoretical, Empirical and Policy Analysis", *American Journal of Sociology*, vol. 4, núm. 102.
- MENJIVAR, Cecilia (2000), *Fragmented Ties: Salvadoran Immigrant Networks in America*, Berkeley, University of California Press.
- MINDEL, C.H. (1980), "Extended Familism among Urban Mexican Americans, Anglos and Blacks", *Hispanic Journal of Behavioral Sciences*, núm. 2, pp. 21-34.
- NEE, V. (1991), *Social Exchange and Political Process*, Nueva York, N.Y., Garland Press.
- NEIDERT, L.J., y Farley R. (1985), "Assimilation in the United States: An Analysis of Ethnic and Generation Differences in Status and Achievement", *American Sociological Review*, núm. 50, pp. 840-850.
- OGBU, J.U. (1974), *The Next Generation: An Ethnography of Education in an Urban Neighborhood*, Nueva York, N.Y., Academic Press.
- PALLONI, A., y J. Morenoff (2001), "Interpreting the Paradoxical in the Hispanic Paradox: Demographic and Epidemiological Approaches", *Annals of the New York Academy of Sciences*, núm. 954, pp. 140-174.
- PALLONI, A., y E. Arias (2004) "Paradox Lost: Explaining the Hispanic Adult Mortality Advantage", *Demography*, vol. 3, núm. 41, pp. 385-415.
- PERLMANN, J., y R. Waldinger (1997), "Second generation Decline? Children of Immigrants, Past and Present—A Reconsideration", *International Migration Review*, vol. 4, núm. 31.
- PORTES, A. 1998. "Social Capital: Its Origins and Applications in Modern Sociology." *Annual Review of Sociology*, núm. 24, pp. 1-24.
- PORTES, Alejandro, y Min Zhou (1993), "The New Second Generation: Segmented Assimilation and Its Variants", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, núm. 530 (noviembre), pp. 74-96.
- PORTES, A., y A. Stepick (1993), *City on the Edge: The Transformation of Miami*, Miami, Fl., Longitude Books.
- ROSCELLE, A. (1995), *No More Kin: Exploring Race, Class and Gender in Family Networks*, Thousand Oaks, Calif., Sage Publications.

- RUMBAUT, R. (1997), "Assimilation and its Discontents: Between Rhetoric and Reality", *International Migration Review*, vol. 4, núm. 31, pp. 923-960.
- SCRIBNER, R. (1996), "A Paradox as Paradigm: The Health Outcomes of Mexican-Americans", *American Journal of Public Health*, núm. 86, pp. 303-305.
- SCRIBNER, R. y J.H. Dwyer (1989), "Acculturation and Low Birthweight among Latinos in the Hispanic HANES", *American Journal of Public Health*, núm. 79, pp. 1263-1267.
- SHERRADEN, M.S., y R.E. Barrera (1996a), "Family Support and Birth Outcomes among Second-Generation Mexican Immigrants", *Social Service Review*, vol. 4, núm. 71, pp. 607-633.
- (1996b), "Maternal Support and Cultural Influences among Mexican Immigrant Mothers", *Journal of Contemporary Human Services*, núm. 77, pp. 298-313.
- SINGH, G.K., y S.M. Yu (1996), "Adverse Pregnancy Outcomes: Differences between U.S. and Foreign-born Women in Major U.S. Racial and Ethnic Groups", *American Journal of Public Health*, vol. 6, núm. 86, pp. 837-843.
- SINGH, G.K., y M. Siahpush (2002), "Ethnic-Immigrant Differentials in Health Behaviors, Morbidity, and Cause-Specific Mortality in the United States: Analysis of Two National Data Bases", *Human Biology*, vol. 1, núm. 74, pp. 83-109.
- STANTON-SALAZAR, R. (2001), *Manufacturing Hope & Despair: The School and Kin Support Networks of U.S.-Mexican Youth*, Nueva York, Teachers College Press.
- SUAREZ-OROZCO, M., y C. Suarez-Orozco (1995), "The Cultural Patterning of Achievement Motivation: A Comparison of Mexican, Mexican Immigrant, Mexican American, and Non-Latino White American Students", en R.G. Rumbaut y W.A. Cornelius (eds.), *California's Immigrant Children: Theory, Research and Implications for Educational Policy*, La Jolla, C.A., Center for U.S. Mexican Studies, pp. 161-90.
- VEGA, W. (1990) "Hispanic Families in the 1980's: A Decade of Research", *Journal of Marriage and the Family*, núm. 52, pp. 1015-1024.
- ZHOU, M. (1992), *New York's Chinatown: The Socioeconomic Potential of an Urban Enclave*, Philadelphia, P.A., Temple University Press.

Reestructuración industrial y migración
metropolitana de México a Estados Unidos.
El caso de Monterrey



Industrial restructuring and metropolitan
migration from Mexico to the United States:
The case of Monterrey

B O N A N Z A S

El presente trabajo analiza las causas estructurales de la emigración a Estados Unidos de obreros manufactureros desde el área metropolitana de Monterrey. El planteamiento central de este estudio es que dicha migración es consecuencia de los procesos de reestructuración y modernización industriales y de su impacto en el régimen de regulación de los mercados de trabajo urbanos. La reestructuración industrial ha provocado la erosión del sistema de relaciones laborales que logró arraigar localmente a la clase obrera regiomontana y disminuyó el atractivo de la emigración a Estados Unidos durante más de cinco décadas. Este régimen incluía la estabilidad laboral, movilidad interna en las empresas, así como sistemas de ahorro, pensión y protección social que brindaban seguridad y permitían en los hogares obreros un mínimo de acumulación de capital. Frente al debilitamiento de este sistema, la emigración se ha vuelto parte de la estructura de oportunidades laborales y de reproducción social de los trabajadores industriales y sus familias en un contexto de creciente incertidumbre y riesgo económicos. El observatorio de estudio de la forma en que las unidades domésticas echan mano de la emigración es un barrio obrero con una larga tradición de empleo industrial en el área metropolitana de Monterrey. Datos provenientes de una encuesta de hogares, entrevistas en profundidad, historias de vida y cientos de horas de observación directa y participante muestran un crecimiento dramático del comportamiento migratorio durante los últimos veinte años. El destino principal de este flujo migratorio es la ciudad de Houston, Texas.

This article analyzes the structural causes of migration of manufacturing workers from the Monterrey metropolitan area to the United States. The main argument of the study is that this migration stems from processes of industrial restructuring and their impact on the institutional regime regulating urban labor markets. Industrial restructuring has steadfastly eroded the labor relations system that rooted the Monterrey working class in the local economy—a system that for more than five decades made U.S. migration a less attractive alternative. Such a system included job security, intra-firm mobility as well as savings, pension and social security programs that protected working-class households and allowed them a minimum of capital accumulation. As said system has weakened, migration has become part of the structure of employment and social reproduction opportunities of these industrial workers and their families in a context of growing economic uncertainty and risk. A working-class neighborhood with a long tradition of industrial employment in the Monterrey metropolitan area is the site of observation to study how households make use of migration. Household surveys, in-depth interviews, life histories and hundreds of hours of unobtrusive and participant observation provide data to show a dramatic increase in migration over the last twenty years. The main destination of this flow is the city of Houston, Texas.

Reestructuración industrial y migración metropolitana de México a Estados Unidos. El caso de Monterrey

En los albores del siglo XXI la migración mexicana a Estados Unidos vive un profundo proceso de transformación como fenómeno demográfico y social. Dicha transformación viene ocurriendo tanto en el destino como en el origen de este flujo migratorio. Aunque existe un sinnúmero de evidencias que apoyan esta afirmación, me referiré de modo sucinto a algunas de las más relevantes. Por el lado del destino, los trabajadores mexicanos y sus comunidades están presentes en los más diversos lugares de la Unión Americana: desde los lugares de gran tradición y concentración, como California y Texas, hasta lugares de asentamiento reciente, como Georgia y Kentucky (Hernández León y Zúñiga, 2000). Como se ha planteado en trabajos clave sobre el tema, en Estados Unidos la migración mexicana ya no es un fenómeno social de carácter regional, sino uno con un claro impacto nacional (Durand, Massey y Charvet, 2000; Zúñiga y Hernández León, en prensa).

Aunque la dispersión de las comunidades mexicanas a los rincones más insólitos de Estados Unidos obedece a distintas razones, aducimos una de ellas: el crecimiento explosivo de la población mexicana en aquel país durante la última década del siglo XX. Mientras que en 1990 había unos 4.2 millones de mexicanos en Estados Unidos, para los inicios del nuevo siglo se calculaba que había cerca de 9.8 millones. Esta cifra —que no toma en cuenta a todas las personas con experiencia migratoria que han regresado a México— indica que los movimientos de

* Universidad de California, Los Ángeles. Correo electrónico: rubenhl@soc.ucla.edu

población hacia Estados Unidos tienen un carácter masivo (Durand, 2000). Hoy, se puede decir *grosso modo*, por cada 10 mexicanos que residen en México hay uno que vive en el vecino país del norte.

Dadas estas cifras y proporciones no sorprende del todo que, por el lado del origen, se venga dando una propagación del comportamiento migratorio a localidades y regiones del territorio mexicano con poco contacto con el añejo flujo a Estados Unidos. Durante los años noventa, por ejemplo, se observó un crecimiento extremo de la migración originaria de Veracruz —un estado de la región sureste del país cuya participación en la migración internacional ha sido históricamente mínima—. Así, en la actualidad no es difícil encontrar comunidades de veracruzanos en Texas, Georgia y Maryland (Dunn, Aragonés y Shivers, en prensa; Pérez Monterosas, 1991). Según un reporte reciente del Consejo Nacional de Población, sólo 93 de los 2 443 municipios de México no han recibido remesas del exterior ni tienen habitantes con experiencia migratoria internacional. Según ese mismo reporte, 18 por ciento de los hogares mexicanos reciben remesas o tienen familiares directos en Estados Unidos (Tuirán, Fuentes y Ávila, 2002).

El presente trabajo se centra en una de las dimensiones de la difusión del comportamiento migratorio a contextos sociales y geográficos ignotos: su extensión hacia el ámbito de las grandes ciudades mexicanas. La aparición de las principales ciudades y zonas metropolitanas de México en el mapa migratorio ha ido a contracorriente de la experiencia de estas zonas urbanas hasta los años ochenta. Antes de dicha década, las ciudades de México, Guadalajara y Monterrey bien podían concebirse como diques de la migración internacional; es decir, estos lugares han absorbido y retenido a la mano de obra que se ha incorporado y formado parte de sus mercados laborales (Roberts y Escobar Latapí, 1997). Luego de 20 años de expulsar dicha mano de obra —interna e internacionalmente— se ha comenzado a observar circuitos migratorios intermetropolitanos que unen a la ciudad de México con Nueva York, a Guadalajara con Los Ángeles y Chicago, y a Monterrey con Houston y Atlanta.

En este texto analizamos el caso de un barrio obrero del área metropolitana de Monterrey, y nos proponemos responder a las siguientes preguntas: ¿por qué emigran a Estados Unidos los miembros de hogares de la clase obrera industrial regiomontana? ¿Cuáles son las causas de dicha emigración y cómo operan estas causas en los ámbitos comunitario y microsocioal? Estas preguntas buscan exami-

nar dimensiones básicas de la emigración internacional de origen metropolitano. No sólo se puede afirmar que existen pocos trabajos sobre el tema, sino que además, con la excepción del ya clásico *Return to Aztlan* (Massey *et al.*, 1987), donde se analiza un barrio de Guadalajara, son menos aún los estudios que investigan en profundidad y combinando múltiples metodologías los contextos expulsivos de origen urbano.

Este trabajo está dividido en cinco partes. En la primera se presenta el marco de referencia; en la segunda, una descripción de la metodología del estudio. En seguida se ofrece un bosquejo histórico y sociodemográfico del barrio de Monterrey estudiado. A continuación se examinan datos de una muestra de hogares del barrio con el fin de identificar periodos y patrones migratorios internacionales. Por último, se expone la evidencia empírica que sugiere que los procesos de crisis económica y reestructuración industrial y sus efectos han motivado la incursión de los miembros de la clase obrera calificada en el mercado de trabajo internacional.

■ Marco analítico

En el presente trabajo nos interesa determinar las causas estructurales que generen la emigración internacional desde un contexto social metropolitano como lo es Monterrey. Dejamos para otra ocasión el asunto de la organización social —las redes sociales y su dinámica— que sostiene dicha migración, así como el de las consecuencias de dicho fenómeno. Cabe señalar que los pueblos y zonas rurales de Nuevo León cuentan con una tradición migratoria internacional centenaria y con profundas raíces y contactos con Texas en especial (Zúñiga, 1992). No es este el caso de la ciudad capital del estado, donde hace más de cien años la burguesía comercial se embarcó en un proceso de industrialización, caracterizado por la creación de un mercado de trabajo regional propio que más bien atraía y retenía inmigrantes provenientes del noreste y de Zacatecas y San Luis Potosí (Morat-Torres, 2001). Como afirman algunos historiadores, para construir y sostener este mercado de trabajo, la elite industrial regiomontana no sólo implementó estrategias paternalistas de control laboral, sino además usó su aparato ideológico (los periódicos) para desalentar la emigración a Estados Unidos, comparando de modo indirecto las experiencias de los trabajadores en aquel país con los beneficios del

empleo industrial local (Saragoza, 1998).¹ A pesar de que desde Monterrey se organizaban múltiples contactos comerciales y culturales con el otro lado a finales del siglo XIX y principios del XX, entre éstos no se contaba la expulsión de mano de obra a Estados Unidos (Cerutti, 1992; Peña, 1985).

Estas precisiones históricas y sociales son de suma importancia, ya que si bien nos interesa entender la especificidad causal de la emigración de origen urbano-metropolitano, también reconocemos que cada ciudad tiene características y estructuras que la distinguen de las demás. Estas estructuras e historias particulares median la relación que las ciudades tienen con sus ámbitos regionales y con las economías nacional y global. En la economía regiomontana destacan el predominio histórico de la producción manufacturera, una orientación hacia la fabricación de bienes duraderos y de capital, en especial en la rama metal-mecánica, y a la concentración y centralización de capitales. Estas características se tradujeron en la formación de grandes conglomerados industriales con gran peso sobre el mercado de trabajo metropolitano. Aunque estos rasgos se anunciaban desde las primeras décadas del siglo XX, el patrón de desarrollo de industrialización por sustitución de importaciones (ISI), en que el Estado utilizó medidas proteccionistas y subsidios directos e indirectos para impulsar a las empresas manufactureras nacionales, acentuó el perfil ya descrito.² Así, en 1980, la contribución de la ciudad al producto industrial nacional equivalía a la producción conjunta de Guadalajara, Puebla y Toluca, las tres economías urbano-industriales más importantes del país después de las ciudades de México y Monterrey (Flores, 2000; Garza, 1995).

Por otro lado, el mercado de trabajo regiomontano también se caracterizó por el surgimiento de una clase obrera de calificación alta y media que, concentrada en el sector formal, conformó “una categoría privilegiada en comparación con los otros segmentos proletarios de la población económicamente activa” (Vellinga, 1989:116). Este estatus privilegiado se ha debido a la participación de este segmento de la clase obrera en el entramado institucional y político de lo que algunos

¹ Saragoza (1988) documenta cómo durante los años veinte el periódico *El Porvenir*, vocero de la burguesía regiomontana, contraponía en sus páginas reportajes sobre los emigrantes con notas sobre las actividades recreativas, viajes y fiestas que los dueños de la Cervecería organizaban para sus trabajadores.

² El modelo económico de industrialización por sustitución de importaciones estuvo vigente en México entre 1940 y 1982 aproximadamente.

autores han llamado fordismo periférico (Gutiérrez Garza, 1988; 1990).³ A cambio de su subordinación al Estado y a empresarios en el sistema corporativo, estos trabajadores y sus organizaciones se beneficiaron de salarios que crecieron por encima de la inflación, programas de bienestar, prestaciones y subsidios directos e indirectos al consumo. En 1980, este sueldo indirecto o social constituía 44 por ciento del salario promedio del obrero manufacturero (Cravey, 1997; Gutiérrez Garza, 1988; Rojas y Garza, 1985). El pacto social del fordismo periférico tuvo un profundo sesgo urbano, ya que prácticamente el total de la población rural estuvo excluida del mismo. En el contexto citadino, los sectores especialmente favorecidos fueron los trabajadores fabriles formales y la clase media asalariada; no así los marginados urbanos, los subempleados y el proletariado incorporado en actividades informales, cuyo trabajo más bien subsidiaba de modo indirecto a los sectores ya mencionados.

La tesis que nos interesa sostener aquí es que las causas estructurales de la emigración regiomontana estriban en el impacto que la reestructuración y la modernización industriales han tenido en el mercado de trabajo local, entendido éste no sólo como espacio de oferta y demanda de mano de obra, sino también como una serie de relaciones y prácticas sociales y políticas institucionalizadas que han vinculado de forma específica a trabajadores, empleadores y Estado. Este proceso tiene dos etapas, ambas con consecuencias para la emigración de origen urbano-industrial a Estados Unidos.

La primera se vincula con las crisis económicas que señalan el fin del patrón de desarrollo económico de sustitución de importaciones y el tránsito hacia un nuevo modelo orientado hacia la exportación, con consecuencias devastadoras para Monterrey y su zona metropolitana. Los grandes corporativos regiomontanos respondieron a la crisis de la ISI con la venta y el cierre de plantas, disminuyendo sus niveles de producción y despidiendo a miles de trabajadores. Así, tan sólo entre 1980 y 1988, el número de empleos industriales de esta ciudad se redujo en casi una cuarta parte, lo cual redundó en la pérdida de más de 40 mil puestos de trabajo. Todavía a finales de los años 90 la economía urbana no había recuperado los niveles de empleo alcanzados en 1980 (Flores, 2000).

³ Podríamos caracterizar al fordismo periférico como el pacto social, de institucionalización de relaciones entre clases sociales, correspondiente al modelo de industrialización por sustitución de importaciones.

El caso de Fundidora, empresa que cerró sus puertas en 1986, es emblemático de este proceso. Con el cierre de este símbolo de industrialización regiomontana se perdieron 11 mil empleos directos y cientos indirectos en talleres pequeños y medianos que le suministraban partes y servicios de mantenimiento (Flores, 2000). Una vez despedidos y al no encontrar alternativas similares en el alicaído mercado de trabajo local, muchos de estos obreros acereros de alta calificación se enfilaron hacia Estados Unidos (Hernández-León, 2001). Cabe señalar que en contraste con otras ciudades que tienen una tradición de trabajo informal y artesanal, como Guadalajara, Puebla y León, el poco desarrollado sector informal de Monterrey no tenía la capacidad de absorber la fuerza de trabajo proveniente del mercado laboral formal (Aguilar Barajas, 1993; Pozos Ponce, 1996; Vellinga, 1989).

La segunda etapa está relacionada más estrechamente con el proceso de reestructuración económica y de transición hacia un modelo de industrialización orientado a la exportación. En el marco de la apertura comercial y de búsqueda de estrategias de inserción en la economía mundial, las empresas han adoptado nuevas formas de organización de los procesos productivos, por lo general asociadas con la introducción de sistemas y tecnologías flexibles. Entre las consecuencias de estos cambios, algunos investigadores han señalado el incremento del desempleo, el debilitamiento del control obrero y sindical sobre la organización del trabajo y la transformación global del sistema de relaciones laborales que existió durante el periodo de la ISI y el fordismo periférico (Pozas, 1993). Dicho de otra forma, la modernización industrial, base de la inserción de la economía mexicana en el mercado mundial, no sólo ha desplazado mano de obra, sino también ha generado una transformación del pacto social e institucional que prevalece en el interior de las empresas y en el mercado de trabajo en general.

Así, las nuevas generaciones del proletariado urbano —hijos de los obreros de empresas históricas como Fundidora, Cervecería y La Leona⁴— se encuentran ante un mercado de trabajo dominado por el empleo en los servicios (formales e informales) y la industria maquiladora de exportación. Estas opciones no sólo se caracteri-

⁴ Menos conocida en los ámbitos nacional e internacional que empresas como Fundidora y Cervecería, La Leona ocupa un lugar distinguido en la historia industrial regiomontana como uno de sus primeros establecimientos fabriles en la rama textil. La Leona fue fundada en 1874 y ya para 1889 empleaba a 100 trabajadores. En distintas épocas estos obreros tejedores fueron reclutados de pueblos con tradición textil en Puebla y Coahuila. Sigue funcionando en la actualidad con el nombre de La Nueva Leona (Hernández-León, 2001; Rojas Sandoval, 1997).

zan por sus salarios más bajos, sino por las escasas prestaciones, la inestabilidad laboral y la ausencia de movilidad interna para hacer carrera dentro de una empresa o establecimiento industrial. Contrástese lo anterior con los salarios “familiares” que pagaban muchos de los conglomerados regiomontanos, sus paquetes de prestaciones directas e indirectas —servicios médicos privados, bonos vacacionales, fondos de ahorro y viviendas subsidiadas— y prácticas arraigadas como el empleo de por vida y colocar a los hijos varones en la misma empresa del padre.

Echando mano de la teoría de la nueva economía de la migración —la cual concibe la emigración como una estrategia doméstica de manejo del riesgo, en contextos en los que ni el Estado ni el mercado cumplen ese papel—, podemos afirmar que la reestructuración económica y la modernización industrial han desmantelado el régimen institucional de relaciones laborales que “protegía” a la clase obrera industrial regiomontana y le proporcionaba un mínimo de seguridad frente al desempleo, la vejez, la enfermedad y la incertidumbre económica. Cabe señalar que dicho régimen, mediante sistemas de préstamos, ahorro, bonos y subsidios, permitía a los hogares obreros acumular capital —o su equivalente en especie— para invertirlo en vivienda, educación y consumo. En su ausencia, los miembros de estos hogares han tenido que valerse de la emigración internacional como un recurso más para confrontar los riesgos de la transformación de la economía mexicana.

■ Métodos

Los datos que constituyen la base empírica del presente trabajo están formados por los resultados de una muestra aleatoria y representativa de 169 encuestas de hogar, 20 historias de vida de emigrantes y cientos de horas de observación directa y participante, realizadas en el barrio de La Fama. Como parte de una investigación más amplia, también se llevaron a cabo 40 encuestas de hogar en Houston y cinco historias de vida y observaciones en la sección de esa ciudad donde se concentran las familias e individuos que identifican La Fama como su barrio de origen en el área metropolitana de Monterrey.⁵

⁵ Una descripción detallada de los métodos, técnicas y datos recopilados para este estudio puede consultarse en Hernández-León (2001).

La encuesta en La Fama recogió información demográfica básica sobre los miembros de la unidad doméstica, incluyendo a los hijos del jefe que ya no residían en el hogar. El cuestionario también reconstruyó las historias de residencia de todos los individuos mayores de 15 años con experiencia migratoria interna e internacional. En los casos en que el jefe de hogar o su esposa contasen con experiencia migratoria internacional, se les preguntó acerca de sus redes de apoyo, envío de remesas e incorporación al mercado de trabajo norteamericano. La encuesta también indagó en detalle acerca de las redes del jefe y su esposa por medio de preguntas sobre los antecedentes migratorios de familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo. Asimismo se reconstruyeron las trayectorias laborales de los jefes, incluyendo el autoempleo; finalmente, dos secciones del instrumento se abocaron a documentar las experiencias de dificultad y bienestar económicos en el hogar y planes de emigración a Estados Unidos. La encuesta también incluyó grupos de preguntas abiertas a los entrevistados sobre los motivos de la migración, la decisión de no hacerlo y planes sobre viajes a la Unión Americana. Cabe señalar que los datos cuantitativos presentados en las siguientes secciones provienen exclusivamente de la encuesta en hogares de La Fama, a menos que se identifique otro origen.

Por su parte, los materiales cualitativos —entrevistas y observaciones etnográficas— nos permitieron identificar y rastrear con precisión a los pioneros de la emigración en La Fama, la dinámica de difusión del comportamiento migratorio dentro del barrio y la interacción entre las dimensiones culturales y económicas de este proceso social. Los espacios sociales en que realizamos la parte etnográfica de la investigación incluyeron los hogares del barrio, sus espacios públicos y semipúblicos como los bares, las tiendas, las esquinas y los mercados al aire libre, así como eventos sociales familiares y vecinales como cumpleaños y fiestas navideñas.

■ Caracterización histórica y sociodemográfica de los hogares de La Fama

La selección del barrio de La Fama en Monterrey como observatorio de flujos de origen urbano no fue casual: en busca de hogares de regiomontanos en el principal destino de esta migración en Estados Unidos —la ciudad de Houston, Texas— descubrimos un número elevado de tales casos y una serie de redes familiares,

vecinales y de amistad provenientes de La Fama y de los municipios y colonias del poniente del área metropolitana de Monterrey. Dicho hallazgo hizo de este lugar un sitio idóneo para investigar las causas, la organización social y las consecuencias de la migración internacional en un contexto urbano.

Sin embargo, hay otras razones que hacen de La Fama un lugar de investigación estratégico para los fines de este estudio. Este es un barrio de clase obrera con una historia larga de trabajo industrial, primero en la producción textil y en áreas de producción industrial pesada. De hecho, este distrito bien puede considerarse la cuna de la industrialización neoleonesa, ya que fue ahí, en 1854, donde se estableció la primera de una serie de textileras que marcaron el surgimiento del capitalismo fabril en esa parte del país (Rojas Sandoval, 1997). En la actualidad, el perfil industrial de este barrio es evidente dado el ambiente urbano que lo rodea. El acceso principal a La Fama es a través de un corredor industrial ocupado por empresas del Grupo Monterrey y subsidiarias de compañías transnacionales, instaladas ahí durante el periodo de sustitución de importaciones (1940-1982). De este modo, el barrio constituye un distrito residencial obrero-industrial clásico, donde las viviendas de los trabajadores colindan con la zona fabril de empleo. Como otras secciones del área metropolitana, este distrito ha sido destino de flujos migratorios internos provenientes sobre todo de Zacatecas y San Luis Potosí, estados con una tradición propia de migración a Estados Unidos. Nos interesa hacer notar que este no es un barrio pobre, ni desde el punto de vista socioeconómico ni desde el urbanístico. Datos sobre el equipamiento urbano muestran que prácticamente todos los hogares cuentan con electricidad, drenaje y agua potable conectados a la vivienda. Además, más de dos tercios de las familias son dueñas de sus casas (véase el cuadro 1).

Desde un punto de vista sociodemográfico, La Fama es un barrio viejo. Según el criterio del ciclo de vida, 44 por ciento de los hogares se encuentra en una etapa de dispersión, es decir, los hijos han empezado a dejar la unidad doméstica para formar sus propias familias. Las dos áreas geoestadísticas básicas (AGEB) que cubren La Fama muestran que entre 1990 y 1995 este distrito perdió 583 residentes, mientras que durante el mismo periodo el promedio de habitantes por hogar bajó de 4.7 a 4.4 (véase el cuadro 1). En cambio, 36 por ciento de los hogares se encuentra en una etapa de expansión, con presencia de hijos menores, mientras que 18 por ciento pasa por una fase de consolidación, lo cual indica la incorpora-

ción de hijos aún miembros del hogar al mercado de trabajo. Desde la perspectiva de los arreglos familiares, 60 por ciento de las familias de La Fama tiene una estructura nuclear (padres e hijos); 33 por ciento tiene una estructura compleja, con presencia de familias extensas en sentido plurigeneracional (abuelos y nietos) o lateral (hermanos de los jefes de hogar). El resto de las familias están compuestas de padres (madres) solteros o individuos que viven solos.

CUADRO 1 CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LOS HABITANTES Y CONDICIONES DE LAS VIVIENDAS EN LA FAMA

<i>Población</i>	1990	1995	1997-1999(*)
Mujeres (%)	50	50	47.2
Hombres (%)	50	50	52.8
Edad mediana	22	23	27
Población menor de 14 años (%)	28	25	23.3
Población entre 15 y 64 años (%)	66	68	69.2
Población mayor de 65 años (%)	6	7	7.5
Tasa de alfabetos (mayores de 15 años) (%)	95	96	—
Vivienda			
Promedio de habitantes por hogar	4.7	4.4	4.4
Hogares con drenaje (%)	92	97	98
Hogares con electricidad (%)	99	100	100
Hogares con agua potable (%)	83	90	98
Hogares con techos de materiales permanentes (%)	74	—	—
Hogares con 2-4 recámaras (%)	65	—	—
Hogares habitados por propietarios (%)	62	—	67
Hogares habitados por inquilinos (%)	29	—	21

(*) Encuestas de La Fama con una muestra de 168 hogares.

Fuentes: XI Censo de Población y Vivienda, 1990; Censo de Población, 1995; y Encuesta de hogares de La Fama, 1997-1999.

Más de 40 por ciento de los jefes de hogar en la muestra nacieron en el área metropolitana de Monterrey, mientras que la mayoría proviene de las zonas rurales de Nuevo León y de los estados que por décadas han suministrado al mercado de trabajo regiomontano de mano de obra, San Luis Potosí, Zacatecas, Coahuila y Tamaulipas, y en menor grado Durango y Guanajuato. Sin embargo, el porcentaje real de jefes urbanos se puede captar mejor si consideramos el lugar de origen, es decir, el sitio

donde estos jefes han pasado la etapa formativa, que va de los cinco a los 15 años (véase Balán, Browning y Jelin, 1973). Siguiendo este criterio, la mayoría de los jefes (58.9 por ciento) y sus esposas (53.7 por ciento) son de origen regiomontano, en unos casos por nacimiento y en otros por adopción. Estas formas de clasificar la procedencia de los jefes y jefas de hogar muestran que la migración interna (primordialmente rural-urbana) es una experiencia central para la mayoría de las unidades domésticas de La Fama. Así, más de 60 por ciento de los jefes de hogar y esposas reportan haber realizado movimientos migratorios internos, aunque en muchos casos se haya tratado de un solo viaje para asentarse definitivamente en Monterrey. Estas migraciones internas han sido organizadas, al menos en parte, a través de redes de parentesco y paisanaje que explican el origen común de un buen número de hogares de La Fama y que han creado canales de movilidad y asentamiento entre este barrio y, por ejemplo, Pedregoso, Zacatecas, pero también Santiago, Nuevo León, y Parras, Coahuila.

¿Cuáles son las características de los hogares de La Fama en cuanto empleo? Casi una tercera parte de los jefes de hogar ocupan puestos en la manufactura, básicamente de índole calificada. Los datos subestiman la presencia de ocupaciones industriales calificadas, ya que algunos de los jefes están jubilados, o en el retiro han tomado empleos como vigilantes y veladores. Ejemplos de puestos manufactureros calificados comunes son los de tornero, soldador industrial, mecánicos de mantenimiento y operadores de maquinaria textil y otro tipo de maquinaria pesada. Entre ellos se encuentran algunos que, dados ciertos niveles de calificación y antigüedad alcanzados, han llegado a convertirse en supervisores de producción. Es importante apuntar que las trayectorias laborales de estos individuos muestran una alta estabilidad, ya que muchos de ellos han pasado sus vidas laborales en una o dos empresas, y no es raro encontrar personas con 30 ó 35 años en la misma compañía. Dicha estabilidad no es ningún accidente: este tipo de mercados de trabajo le ofreció a los hombres del proletariado urbano salarios y prestaciones “familiares”, las cuales incluían aguinaldo, bonos de productividad y vacacionales, planes (si bien modestos) de retiro y pensión, servicio médico y vivienda subsidiada.

Las ocupaciones de las esposas de estos jefes de hogar muestran que las mujeres estaban excluidas de los trabajos fabriles calificados y marginalmente empleadas en puestos de baja calificación en la manufactura. La principal vía de

incorporación al mercado de trabajo de estas mujeres ha sido como trabajadoras domésticas y en servicios personales de baja calificación (12.7 por ciento). En suma, los patrones de empleo femenino y masculino reflejan las dimensiones de género del régimen fabril y de la reproducción doméstica característicos del fordismo en general y de su modalidad periférica en particular.⁶

Una breve comparación entre los jefes de hogar y sus esposas, por un lado, y sus hijos e hijas mayores de 15 años, por otro, muestra cambio y continuidad a la vez. Cabe mencionar que algunos de estos hijos no viven en casa y han formado sus propios hogares. Una diferencia obvia es la proporción de hijos nacidos en el área metropolitana de Monterrey: es la doble respecto a la de sus padres. En cuanto al lugar de origen, 90 por ciento de los miembros de la generación de los hijos son regiomontanos, por nacimiento o por adopción. En relación con el empleo, los hombres mantienen el trabajo manufacturero calificado como el nicho ocupacional más importante con incrementos modestos en las categorías de maestros y profesionistas (6.8 por ciento) y de empleados de cuello blanco con calificación (4.8 por ciento). El cambio es más notorio en el caso de las mujeres: han incrementando su participación en el mercado de trabajo, y menos de la mitad se dedica al hogar de tiempo completo —43.6 por ciento—. Esta generación de mujeres tiene ahora presencia en los empleos manufactureros (6.1 por ciento), en los puestos técnicos (6.6 por ciento) y en las ocupaciones de cuello blanco —en todas estas categorías en su variante calificada—.

⁶ Aunque las mujeres estuvieron integradas en el trabajo fabril durante el desarrollo del capitalismo industrial en Europa y Estados Unidos en el siglo XIX y principios del XX, especialmente en la producción textil, en el modelo fordista el trabajo industrial calificado fue concebido como masculino. Así, las mujeres fueron excluidas de la fuerza de trabajo fabril y segregadas a la actividad reproductiva doméstica (Milkman, 1989). Algo similar sucedió en este caso, ya que nuestra investigación documental muestra que las mujeres sí estuvieron presentes en una etapa más temprana como obreras en La Fama. Una tercera parte de los firmantes del acta constitutiva del sindicato de dicha empresa en 1993 eran mujeres. Dado que los capitanes de industria regiomontanos estudiaron en las universidades norteamericanas en la época en que el fordismo se había convertido en el modelo de relaciones obrero-patronales por excelencia, es probable que hayan importado nociones de género similares, aplicándolas a las fábricas bajo su supervisión y diseminándolas al resto de las industrias de la zona (véase Saragoza, 1988). Es probable también que las mujeres hayan sido excluidas de la fábrica en La Fama en los años 50, una vez que se eliminó el trabajo a destajo y se produjo un sistema fordista, aunque este planteamiento es más bien una hipótesis a comprobar.

■ Periodos, patrones y trayectorias de la emigración de La Fama

En la presente sección describimos los patrones migratorios internacionales de los residentes de La Fama e identificamos los periodos, trayectorias y destinos de la emigración. El estudio de dichos patrones nos permite descubrir cómo procesos nacionales y globales, con profundas raíces históricas, operan en el ámbito comunitario. Los datos de la encuesta en La Fama nos permiten hacer una primera afirmación: en este barrio urbano, la emigración internacional no es un evento inusual. En efecto, un tercio de las familias de La Fama (33.1 por ciento) tiene al menos un miembro que cuenta con experiencia migratoria en Estados Unidos. Además, casi 11 por ciento del total de miembros de estos hogares que son mayores de 15 años (n=882) cuenta con al menos un viaje migratorio al otro lado. Echando mano de la clasificación básica de los emigrantes en emigrantes activos e inactivos

CUADRO 2 CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LOS EMIGRANTES DE LA FAMA (N=96)*

	<i>Emigrantes a EU</i>	
	% (n)	
Hombres	71	(68)
Mujeres	29	(28)
Emigrantes activos	64	(61)
Emigrantes inactivos	36	(35)
Lugar de nacimiento		
Monterrey	52	(50)
Región fronteriza**	16	(15)
Región histórica***	32	(31)
Lugar de origen		
Monterrey	70	(67)
Región fronteriza	10	(10)
Región histórica	20	(19)
Migración interna		
Sí	46	(44)
No	54	(52)
Educación mediana (años)	8	
Edad mediana	36	

*Individuos mayores de 15 años. **Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León rural y Baja California. ***San Luis Potosí, Zacatecas, Guanajuato y Durango. Fuente: Encuesta de hogares de La Fama, 1997-1999. Los porcentajes han sido redondeados.

—éstos últimos no habían emprendido viajes a Estados Unidos durante los tres años previos a la encuesta (Massey *et al.*, 1987)— encontramos que 64 por ciento son emigrantes activos, y el resto inactivos.

Distintos indicadores sociodemográficos apuntan hacia el origen urbano de esta emigración diferenciándola de los conocidos flujos de origen rural. En primer lugar, hay una presencia femenina en este flujo mayor a la documentada en los contextos rurales (Jones, 1995; Massey *et al.*, 1987); 30 por ciento de quienes han realizado cuando menos un viaje a Estados Unidos son mujeres (véase el cuadro 3). La información etnográfica recopilada en La Fama y en Houston evidencia que las mujeres emigran al otro lado no sólo como resultado de procesos de reunificación familiar, sino también en calidad de jefas de hogar a cargo de la manutención de sus hijos. Viudez y abandono en la etapa de expansión de la unidad doméstica han obligado a algunas mujeres a echar mano de la migración para satisfacer las necesidades del hogar. Pero también encontramos casos de mujeres que han emigrado con sus parejas y, en algunas situaciones, independientemente de éstas. En el proceso social de la emigración en este barrio urbano, las mujeres también desempeñan un importante papel como fuente de redes y capital social migratorio para los hombres.⁷

En segundo lugar, la mayor parte de emigración observada en La Fama es emprendida por hombres y mujeres urbanos, por nacimiento o por adopción. De hecho, casi 70 por ciento de los emigrantes vivió su etapa formativa en Monterrey. Sin embargo, haber nacido en los estados del corazón migratorio de México —en este caso, las zonas rurales de San Luis Potosí, Zacatecas y Guanajuato— sí parece afectar la probabilidad de emigrar a Estados Unidos: el número de los nacidos en estos estados duplica al de los migrantes de la muestra en general. Dos explicaciones complementarias, que además muestran las múltiples formas en que las ciudades se articulan con la emigración internacional, le dan sentido a este hallazgo: 1) dentro del grupo de emigrantes hay individuos de origen rural que se fueron a la Unión Americana durante la época del programa Bracero y que regresaron a México *antes* de emigrar definitivamente a Monterrey. Para ellos el trabajo en Estados Unidos se

⁷ Hacemos este apunte con propósitos meramente descriptivos. Cómo se origina y desarrolla el capital social migratorio en contextos urbanos es un tema todavía poco estudiado (véase Hernández-León, 1999; Massey *et al.*, 1987). Podemos sugerir aquí, a manera de hipótesis, que dado que la tradición migratoria en esta comunidad es relativamente corta, los emigrantes tienen que echar mano de todo tipo de redes sociales, incluso de aquellas que se transmiten a través de la familia política.

convirtió en un medio para financiar una emigración interna. 2) Un segundo segmento importante está compuesto por emigrantes internos provenientes de los estados de marras, quienes han usado el capital humano y social vinculado con sus orígenes para emprender la ida al otro lado *después* de haberse asentado por muchos años en Monterrey.⁸

Más de 75 por ciento de los emigrantes de La Fama han emprendido un solo viaje migratorio a Estados Unidos, con una duración mediana de 12 meses. Casi 50 por ciento de estos primeros y fundamentales viajes migratorios han ocurrido durante o después de 1987. Como a continuación se expone en detalle, la mayor parte de la migración de La Fama al otro lado ha ocurrido durante los años 80 y 90. Cabe señalar que una tercera parte de los emigrantes internacionales iniciaron su carrera migratoria a partir de 1994, cuando en México comenzaba una nueva crisis económica. Otra característica asociada con el origen urbano-industrial de los emigrantes es la documentación con la que se internan en el vecino país del norte; aunque 46 por ciento carece de documentación alguna, 44 por ciento utiliza visas de turista para cruzar legalmente la frontera. Así, muchos de estos emigrantes no se consideraban *mojados*, categoría social que se asociaba más bien con las estrategias de los emigrantes de origen rural. El acceso de estos emigrantes ciudadanos a este tipo de visas no es accidental: su capacidad de satisfacer los requisitos burocráticos para demostrar ingresos y propiedad están relacionados con su empleo en el sector formal y con el ser dueños de sus viviendas. En este aspecto, el caso de Monterrey presenta rasgos similares al de Tijuana, donde el análisis de datos del Proyecto de Migración Mexicana ha mostrado una alta incidencia de cruces legales gracias al uso de las tarjetas de cruce fronterizo, el mismo tipo de documento que los emigrantes regiomontanos utilizan para pasar al otro lado (Fussell, 2002). En esta y probablemente otras dimensiones, la emigración de Monterrey a Estados Unidos puede concebirse no sólo como urbana, sino también como fronteriza, debido en parte a la propia ubicación geográfica de la ciudad.⁹

⁸ Esto confirma las conclusiones de Massey *et al.* (1987), quienes determinaron que los emigrantes provenientes de Guadalajara hacían uso de redes de origen rural para facilitar sus viajes migratorios a Estados Unidos.

⁹ La comparación entre Monterrey y Tijuana resulta interesante, pero tiene sus límites. El trabajo de Fussell (2002) deja claro que Tijuana tiene la capacidad de atraer y retener inmigrantes internos, en virtud de sus sueldos y nivel de vida altos y del acceso fronterizo a uno de los mercados de trabajo más dinámicos de Estados Unidos, el del sur de California. Monterrey dejó de atraer flujos internos significativos desde la década de los 80 y en la actualidad expulsa mano de obra a Estados Unidos y otras ciudades de la república mexicana. Como se señala más adelante, los emi-

Analicemos ahora la emigración de La Fama al otro lado en función de los periodos que han caracterizado al grueso de la migración contemporánea de México a Estados Unidos. Como señala Durand (1998), estos periodos se definen por modelos, políticas y dinámicas migratorias específicos. Durante el periodo correspondiente al programa Bracero (1942-1964) encontramos pocos emigrantes en La Fama, ya que en esta época la economía industrial regionmontana se encontraba en franca expansión y sus mercados de trabajo atraían mano de obra. Así, sólo 12.4 de los individuos con experiencia en Estados Unidos habían emigrado durante el periodo en cuestión. Su trayectoria migratoria se ligaba con claridad a los patrones del bracerismo: se trataba primordialmente de individuos que emigraron desde una localidad rural en México *directamente* a la Unión Americana para trabajar en actividades agrícolas temporales. Esta emigración internacional no sólo antecedió a la emigración interna a Monterrey, sino que, como señalamos antes, para muchos se convirtió en un recurso para financiar su movilidad rural-urbana. No es extraño encontrar en este grupo a quienes compraron un terreno urbano o construyeron una casa en Monterrey haciendo uso del dinero ganado en el otro lado (véase el cuadro 3).

En el periodo siguiente (1964-1982), identificado por el predominio de la emigración indocumentada (Durand, 1998; Massey, Durand y Malone, 2002), podemos observar una trayectoria migratoria dominante distinta: Monterrey-Estados Unidos-Monterrey, es decir, de viajes directos entre esta ciudad y el otro lado con retornos al punto de partida. Así, 21.6 por ciento de los emigrantes emprendió su ida inicial a Estados Unidos durante este periodo.

La mayor parte de la migración de La Fama al otro lado ocurrió en el periodo 1983-1999, dominado en el ámbito binacional por los impactos del Acta de Reforma y Control de la Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés) de 1986 y por las crisis y transformaciones de la economía mexicana. Así, 66 por ciento del total de viajes iniciales a Estados Unidos ocurrió en esta época. Las trayectorias comunes en este periodo eran dos: Monterrey-Estados Unidos-Monterrey y Monterrey-Estados Unidos. Esta última trayectoria indica que el asentamiento definitivo o por

grantes originarios de Monterrey viajan a destinos ubicados a cientos de kilómetros de la frontera, ya que la región del sur de Texas no sólo ofrece el dinamismo de Houston, sino que cuenta con los niveles de desempleo y pobreza más altos de Estados Unidos. Un análisis de la organización social de la migración en el contexto de la frontera de Texas con México puede encontrarse en Hernández-León, Rodríguez y Hagan (en prensa).

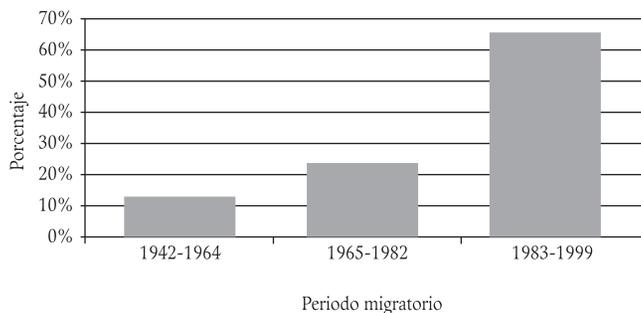
CUADRO 3 CARACTERÍSTICAS DE LOS EMIGRANTES POR PERIODO DE MIGRACIÓN (PRIMER VIAJE A ESTADOS UNIDOS) (*)

	1942-1964	1965-1982	1983-1999
Nacidos en Monterrey (%)	25	29	66
Originarios de Monterrey (%)	33	67	78
Trayectorias principales (%)			
Rural-EU-Rural	33	5	2
Rural-Monterrey-EU-Monterrey	25	10	2
Monterrey-EU-Monterrey	33	52	55
Monterrey-EU	0	0	31
Destino principal: estados (%)			
Texas	82	75	31
California	9	15	31
Destino principal: ciudades-región (%)			
Houston	9	30	52
Dallas-Fort Worth	0	15	8
San Antonio	9	0	7
Valle de Texas	46	10	5

(*) Individuos mayores de 15 años. Fuente: Encuesta de hogares en La Fama, 1997-1999. Los porcentajes han sido redondeados.

largos periodos (más de tres años) se había vuelto parte sobresaliente de esta etapa (la más reciente). Cabe señalar que casi dos terceras partes de los emigrantes que emprenden una primera ida al otro lado nacieron en Monterrey, mientras que casi 80 por ciento son originarios de esta ciudad (véase el cuadro 3 y la gráfica 1).

GRÁFICA 1 DISTRIBUCIÓN DE LA PRIMERA MIGRACIÓN A EU POR PERIODO MIGRATORIO (N = 96)



En cuanto a destinos en Estados Unidos, los datos muestran que Texas ha sido el estado receptor más importante a lo largo del tiempo, lo cual contrasta con el papel cada vez menos relevante de California. Este hecho es coherente con los lazos históricos entre Monterrey y la frontera y el sur de Texas y con la posición geográfica de Nuevo León como estado fronterizo (Arreola, 2003; González Quiroga, 1993; Mora-Torres, 2001). La proximidad geográfica de Texas y la frontera ciertamente reducen el costo de la migración internacional para los regiomontanos. Otro hecho significativo es el ascenso de Houston como destino específico para los emigrantes de La Fama y el declive de otras regiones y ciudades, como el Valle de Texas y San Antonio. La caída del Valle de Texas como destino, por ejemplo, refleja el cambio en los mercados de trabajo en que se incorporan los inmigrantes —de la agricultura a los empleos urbanos que demandan una presencia constante de mano de obra—, así como el origen mismo de los trabajadores, quienes buscan destinos y ocupaciones acordes con sus aspiraciones y características. Desde esta perspectiva, no es extraño que inmigrantes de origen urbano industrial se hayan asentado progresivamente en una ciudad como Houston.

En resumen, a lo largo de los tres periodos los datos muestran un incremento no gradual sino dramático de la incidencia migratoria, la cual se triplicó en 1983-1999 respecto a la etapa anterior. Al mismo tiempo, son cada vez más los emigrantes nacidos y criados en el ámbito urbano, amén de que predominan las trayectorias migratorias que comienzan en la ciudad y no en las localidades rurales de Nuevo León y estados circunvecinos. La tesis de este artículo es que esta evolución requiere de un análisis de los procesos urbanos y económicos causales de esta migración.

■ Reestructuración industrial y emigración internacional

Aunque las raíces históricas de la emigración de La Fama y barrios circunvecinos se remontan a la época previa al Programa Bracero y al periodo de este acuerdo binacional, la mayoría de los viajes migratorios internacionales iniciales identificados en nuestra encuesta tuvieron lugar a partir de 1965.¹⁰ De hecho, *todos* los mo-

¹⁰ Los movimientos migratorios más antiguos documentados en nuestra investigación datan del periodo revolucionario, cuando habitantes de los pueblos de San Pedro Garza García y La Fama, hoy parte del área metropolitana, se refugiaron en Texas huyendo de la leva y la violencia de la guerra civil. Al respecto véase Hernández-León (2001).

vimientos migratorios donde La Fama es en sentido estricto el punto de origen ocurrieron *solamente* a partir de ese año (véase el cuadro 3). Por lo que toca a sus orígenes, fue el reclutamiento de trabajadores manufactureros calificados en Monterrey lo que dio “inicio” a un flujo postBracero y propiamente integrado por emigrantes de origen urbano. El trabajo de campo realizado en esta ciudad y en Houston arrojó evidencias de que a finales de los sesenta y a lo largo de los setenta, compañías industriales californianas y texanas se percataron de que la Sultana del Norte constituía un acervo de mano de obra calificada. Estas empresas empezaron a anunciarse en periódicos locales y a “correr la voz” entre los obreros y supervisores de las grandes fábricas regiomontanas; incluso se instalaron centros de entrevistas y reclutamiento en hoteles de la ciudad. Cabe señalar que, al igual que muchos otros sistemas de contratación, el implementado por estas empresas también estimuló la emigración indocumentada, ya que las compañías animaban a viajar al otro lado aun a aquellos para quienes no había visas disponibles.

Estos pocos obreros calificados contratados fueron empleados como torneeros y soldadores industriales en la fabricación de aviones en California, de maquinaria agrícola en Illinois y en la industria de tecnología petrolera en Texas. Durante la década de los setenta, aprovechando el auge económico de la ciudad de Houston y buscando la cercanía con Monterrey, algunos de ellos emigraron de California e Illinois para concentrarse en Texas. En su calidad de pioneros de este flujo, todos ellos sirvieron más tarde como base para la consolidación de la conexión Monterrey-Houston (Hernández-León, 1997; 2001).

Como hemos señalado en secciones anteriores, los procesos de reestructuración industrial y de los mercados de trabajo urbanos fueron la causa de que la emigración internacional se convirtiese en estrategia y práctica social extendida, es decir, en parte de la estructura de oportunidades laborales y de reproducción social de un número cada vez mayor de hogares obreros en un contexto de creciente incertidumbre y riesgo económicos. Nuestro trabajo de campo en Monterrey muestra que los individuos y sus familias no responden como autómatas a estas nuevas circunstancias sociales. Así, estamos lejos de plantear que a cada crisis económica le sigue una oleada de obreros desempleados que se dirigen a la frontera. La reestructuración de los mercados de trabajo urbano-industriales afecta a las unidades domésticas obreras en formas variadas y complejas. Más que desempleo, por ejemplo, los miembros de estos hogares se ven afectados por experiencias de movilidad

laboral descendente, obstáculos institucionales en la obtención de empleos industriales bien remunerados, degradación en la calidad de sus ocupaciones por la pérdida de prestaciones, inestabilidad en el empleo y despidos de puestos en los que han permanecido por largos periodos. Frente a estas situaciones y antes de considerar la emigración como posibilidad, los trabajadores de La Fama suelen buscar alternativas en los mercados laborales locales y regionales en puestos de menor remuneración o intentan recurrir al autoempleo y las actividades microempresariales. Como se verá más adelante, algunos obreros han empezado a combinar, de acuerdo con lógicas y propósitos precisos, el empleo urbano temporal en Estados Unidos con el trabajo en Monterrey.

Por otro lado, estas experiencias, aun con el impacto en el bienestar inmediato, la reproducción social y la movilidad de largo plazo de los hogares, *no necesariamente* conllevan la emigración internacional. Como los estudios migratorios lo han determinado con claridad, la decisión de emigrar y el comportamiento migratorio están mediados por otro conjunto de factores y recursos, como las redes sociales y la etapa del ciclo de vida de la unidad doméstica. En el resto de la presente sección nos abocaremos a examinar en detalle la evidencia de nuestras entrevistas y encuesta que muestra los nexos entre la reestructuración industrial —en sus dos dimensiones: 1) transformación de las empresas, y 2) de los mercados de trabajo— y la emigración a Estados Unidos.

■ Reestructuración industrial, fordismo periférico y emigración

Para los hogares proletarios de La Fama, la reestructuración industrial ha significado sobre todo el desmantelamiento del fordismo periférico —el modelo de relaciones laborales del ISI—. Este proceso puede ser ilustrado en forma emblemática por la empresa Textiles Monterrey, localizada en el mismo barrio de La Fama, y una de las primeras fábricas mexicanas en implantar un sistema de organización del trabajo y una escala salarial característica del fordismo. En los años cincuenta, este sistema reemplazó al trabajo a destajo. Más importante aún es el hecho de que este sistema, establecido por acuerdo entre dueños, sindicato y gobierno, introdujo una clasificación de operarios, con tareas, carga laboral y salarios definidos. El nuevo sistema, que vino acompañado de nuevas tecnologías que permitían la pro-

ducción de textiles de alta calidad, trajo asimismo prestaciones (salario social) y estabilidad laboral, condiciones que aseguraban la reproducción de los hogares obreros.

A mediados de los años noventa, la empresa comenzó a dismantelar este sistema mediante la eliminación de prestaciones como el bono vacacional, la reducción del aguinaldo de los trabajadores, la eliminación de puestos de trabajo y el cese de la producción. La encuesta de La Fama identificó a trabajadores jóvenes de Textiles que habían decidido emigrar a Estados Unidos como respuesta a la reestructuración. Mientras que sus padres habían laborado durante 30 o más años en la planta, estos operarios habían empezado a abandonar sus puestos. Cabe agregar que para la nueva generación de obreros textiles la reestructuración presentaba dos caras: por un lado, la pérdida de ingresos y poder adquisitivo y, por otro, una cada vez más difícil movilidad interna en la fábrica, dado que en el sistema fordista los mejores salarios estaban estrictamente ligados a ciertas categorías de operarios, y éstas últimas a la antigüedad en la empresa.¹¹

El caso de Javier, trabajador de Textiles seleccionado en la muestra y luego entrevistado en profundidad, resulta paradigmático de los procesos ya analizados. Javier trabajó durante 17 años en la planta, misma donde su padre había laborado por más de 40 años. Aunque Javier nunca fue despedido, vio cómo otros compañeros perdían su empleo y sufrió como otros los recortes en prestaciones y horarios de producción. Frente a esta situación, pidió un permiso sin goce de sueldo a la empresa y viajó hasta Houston para trabajar en la construcción. Antes de irse buscó empleo en las plantas regiomontanas Vitro, Caterpillar y John Deere, todas caracterizadas por pagar salarios y prestaciones atractivos a sus obreros calificados. Pero, al no encontrar respuesta satisfactoria, al final Javier decidió emigrar haciendo uso de sus contactos con amigos y vecinos de La Fama y también de las redes familiares de su esposa. Entre 1997 y 1998, Javier viajó tres veces a Houston y, como preludio a una de esas migraciones, renunció a su puesto

¹¹ La relación entre modernización industrial y migración internacional en el contexto mexicano no es exclusiva de la experiencia de Textiles. En *Return to Aztlan*, Massey et al. (1987) analizan el caso de un pueblo fabril en que la introducción de nuevas tecnologías en los años 50 provocó despidos masivos, lo que dio pie al inicio de una tradición migratoria en ese lugar. Cabe aclarar que aunque La Fama era un pueblo fabril hasta mediados del siglo XX, cuando la vida laboral giraba en torno a una o dos fábricas, hoy en día sus vecinos trabajan en múltiples empresas y no sólo en Textiles Monterrey.

en Textiles. En la entrevista, al reflexionar acerca de cuán atractivo era un trabajo en Textiles para la generación de su padre, Javier afirmó: “ahora todo está cambiando; las cosas que antes tenían valor ya no existen.” Durante los últimos años, Javier ha alternado el trabajo en Estados Unidos con el empleo en las nuevas maquiladoras regiomontanas.

En otro caso identificado por medio de la encuesta y seguido de múltiples entrevistas, Ramón, tornero y supervisor en una fábrica de baterías para auto, también se inició en la migración como resultado de la reestructuración industrial. A principios de los noventa, la empresa en cuestión fue adquirida por uno de los grandes conglomerados regiomontanos, el cual en seguida reorganizó los procesos de producción e introdujo nueva tecnología para computarizar los mismos. Los obreros con mayor antigüedad fueron despedidos, varios departamentos de la planta fueron eliminados y la vieja maquinaria, que ya no era adecuada para el nuevo sistema ni los nuevos productos, fue vendida o simplemente destruida. Este proceso duró dos años, al fin de los cuales Ramón fue despedido. Si bien Ramón encontró trabajo en un pequeño taller de torno, el nuevo salario no le permitía cubrir las necesidades de su familia. Ramón también usó las redes de parentesco de su esposa para emigrar a Houston, donde encontró trabajo en un taller de torno computarizado. Como muchos otros torneros y operarios calificados, él pudo transferir las habilidades adquiridas en el mundo industrial regiomontano al mercado laboral de Houston. Tanto Javier como Ramón utilizan la tarjeta de cruce fronterizo para entrar legalmente a Estados Unidos, aunque trabajan con documentos falsos o prestados.

Reestructuración industrial, inestabilidad en el mercado de trabajo y emigración

La reestructuración industrial también ha traído como consecuencia la pérdida de empleos para miles de obreros calificados en el área metropolitana de Monterrey y en La Fama y sus alrededores. Así, la reestructuración también ha significado el reemplazo de un tipo de puesto, creado bajo el viejo sistema del fordismo periférico, por otros caracterizados por ser empleos en el sector maquilador y en los servicios, primordialmente bajo esquemas de informalidad y precariedad (véase Pozos Ponce, 1996). Para los jefes de hogar en La Fama, la pérdida de puestos en los que

habían estado empleados por 15 ó 20 años ha sido el inicio, no del desempleo, sino de experiencias significativas de inestabilidad laboral y movilidad ocupacional descendente. Para muchos de ellos, estas experiencias son la antesala de la migración a Estados Unidos.

Para estos trabajadores el despido implicó el enfrentamiento con un mercado de trabajo en el que era prácticamente imposible encontrar salarios y prestaciones similares a los perdidos y que correspondieran a sus niveles de calificación y antigüedad. Las prácticas discriminatorias y de control político del sector privado regiomontano, de no contratar trabajadores mayores de 40 años ni personas empleadas previamente en empresas con sindicatos “rojos” (ligados al Partido Revolucionario Institucional), cerraba aún más las posibilidades en el mercado de trabajo local. Las alternativas para los jefes de hogar de La Fama han sido emplearse en los servicios, en sus modalidades formal e informal, y en la manufactura de baja calificación, sectores no sólo definidos por su baja remuneración, sino también por su inestabilidad, es decir, por la falta de contratos o el predominio de contratos temporales y las reducciones frecuentes de personal.

Además de las consecuencias en las trayectorias laborales individuales, es importante entender el impacto que estas circunstancias han tenido en la reproducción y movilidad social de estas familias obreras. La inestabilidad laboral y la movilidad ocupacional descendente han afectado la capacidad de estas familias de planear y realizar inversiones fundamentales como la adquisición de una vivienda y la educación superior de algunos de sus hijos. Debemos enfatizar que estas inversiones, en especial la compra de casa habitación, eran una realidad para las unidades domésticas de La Fama bajo el régimen fordista —a través del Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (INFONAVIT) y esquemas fomentados de modo directo por las empresas—. Esto explica en parte por qué para los obreros regiomontanos, en contraste con habitantes rurales de Nuevo León, la migración a Estados Unidos no desempeñó un papel más importante en los procesos de formación del hogar sino hasta el periodo más reciente.¹²

Estos procesos causales de la migración, con sus variaciones, pueden ser ilustrados por múltiples casos en La Fama. Fernando trabajó durante 15 años en

¹² Para una comparación sistemática entre las migraciones de origen urbano y rural véase el trabajo de Flores, Hernández-León y Massey (2004).

Fundidora Monterrey, y alcanzó el puesto de supervisor de control de calidad. Luego del cierre de esta empresa, Fernando buscó sin éxito un trabajo conmensurable con sus expectativas salariales y experiencia en la metalurgia. Después de un año de estar empleado en la venta de partes para autos, él, su esposa y sus suegros decidieron que emigrara a Houston, donde Fernando tenía un cuñado. En esa ciudad trabajó limpiando mesas durante cinco años, cruzando caminos con muchos ex compañeros de la fábrica. Para cuando regresó a Monterrey, en 1993, Fernando era prácticamente “inelegible” desde el punto de vista de las grandes plantas industriales regiomontanas: tenía más de 40 años y había trabajado en una empresa con sindicato “rojo”. Al momento de la entrevista, Fernando laboraba como taxista y estaba considerando la posibilidad de regresar a Estados Unidos, pero esa vez con su familia. Según sus palabras, para él en Monterrey “no hay futuro”.

Nuestra encuesta también captó casos de hogares en que los jefes se habían adaptado a la nueva situación echando mano de la migración al otro lado y combinando estratégicamente los beneficios del empleo urbano y formal, a los que habían podido acceder con anterioridad, con las diferencias salariales entre México y Estados Unidos. El caso de Alejandro es paradigmático. La pérdida de su puesto como dibujante industrial en un reajuste de personal de la empresa lo inició tanto en el empleo eventual y precario local como en la “carrera” migratoria. Los trabajos que ha conseguido en Monterrey después del despido han sido como chofer particular, supervisor de obras y mensajero. Para pagar y ampliar su casa, conseguida a través del INFONAVIT, y sufragar los costos de una familia joven, Alejandro empezó a trabajar en Houston y luego en Charlotte, Carolina del Norte, en la construcción. Luego de varios viajes a Estados Unidos, Alejandro había ya desarrollado una estrategia consciente de trabajar unos meses en el otro lado y regresar a Monterrey para emplearse en cualquier puesto en el sector formal de la economía, sin importar el salario ni la estabilidad laboral. El propósito era seguir cotizando en el INFONAVIT y mantener el seguro social para él y su familia. Alejandro había “descubierto” una combinación peculiar entre el trabajo urbano formal en México y la informalidad del empleo indocumentado en Estados Unidos para encarar el impacto de la reestructuración industrial en el mundo de la clase obrera regiomontana.

■ Conclusión

La tesis principal de este trabajo es que la reestructuración industrial por la que ha pasado la economía mexicana durante las últimas décadas ha provocado el desarrollo de flujos migratorios a Estados Unidos poco analizados hasta ahora. La relación entre reestructuración y migración no debe ser vista como la de un efecto mecánico y directo. Dicha reestructuración ha transformado la organización de los procesos productivos, el salario directo e indirecto, las avenidas de movilidad interna dentro de las empresas y los vínculos entre antigüedad, calificación y compensación. Asimismo, ha cambiado la dinámica del mercado de trabajo generando una mayor inestabilidad en las relaciones contractuales, de duración y calidad del empleo disponible. En este contexto de cambio fundamental, los hogares obreros de La Fama han comenzado a incorporarse al mercado de trabajo binacional y a entretener la migración internacional en las trayectorias laborales individuales y de reproducción social colectivas. Así, podemos afirmar que las causas de los flujos migratorios que encontramos en este barrio de Monterrey están profundamente vinculadas a la evolución de esta economía urbano-industrial.

Nos interesa señalar aquí que las dinámicas básicas observadas en nuestro estudio de caso no son idiosincráticas de la urbe regiomontana. Por un lado, la historia medular de este artículo es la del impacto de los procesos de modernización urbano-industriales en la fuerza de trabajo, que viéndose desplazada y sobrante busca el acceso a otros mercados laborales, en nuestro caso el internacional. En ese sentido, este caso hace recordar experiencias similares de comunidades fabriles —textileras y acereras— en otros lugares de México, en Estados Unidos y Europa Occidental (Durand, 1986; Massey *et al.*, 1987). En Monterrey, sin embargo, no se trata de la modernización tecnológica de una fábrica, sino de la transformación de toda una economía metropolitana, su mercado de trabajo y su régimen de relaciones laborales. Por otro lado, en el contexto mexicano, la reestructuración industrial parece estar acabando con regímenes institucionales de relaciones laborales similares al descrito aquí —basados en un fordismo periférico— que se desarrollaron en otras ciudades del país con grandes aglomeraciones industriales, cada una con sus características y variantes propias. En todos ellos, la reestructuración ha provocado la incorporación de miembros de la aristocracia de la clase obrera industrial al mercado de trabajo migratorio internacional. Nos referimos a casos, por

ejemplo, como los de Tampico, Monclova y Torreón. En investigaciones en curso, hemos detectado flujos migratorios de obreros petroleros de alta calificación provenientes de la región urbana-industrial de Tampico-Altamira a la ciudad de Atlanta. La presencia de estos obreros calificados también ha sido identificada en los estudios de Donato, Stainback y Bankston (2004) en las zonas costeras de extracción y procesamiento de petróleo de Louisiana.

Dado que las transformaciones de las economías urbano-industriales de México son parte de un proceso de cambio del modelo de desarrollo y de la formas de articulación del país con la economía mundial, cabe preguntarse y tratar de responder en trabajos futuros, cuánto crecerán estos flujos migratorios y qué límites sociológicos tienen su expansión. Las variables a considerar son no sólo la profundidad e impactos específicos de la reestructuración, sino también los tipos de redes sociales que se lleguen a gestar en las ciudades y el desarrollo o no de una cultura de la migración en contextos urbanos.

■ Bibliografía

- ARREOLA, Daniel D. (1993), "Mexico origins of South Texas Mexican Americans, 1930", *Journal of Historical Geography*, 19(1): 48-63.
- AGUILAR BARAJAS, Ismael (1993), "Industria manufacturera en Nuevo León, 1985-1988: Un análisis de su concentración sectorial y territorial", en A. Dávila Flores (ed.), *TLC: Impactos en la Frontera Norte*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 73-99.
- BALÁN, Jorge, Harley L. Browning y Elizabeth Jelin (1973), *Men in a Developing Society: Geographic and Social Mobility in Monterrey, México*, Austin, University of Texas Press.
- CERUTTI, Mario (1992), "Monterrey and its Ambito Regional, 1850-1910: Historical Context and Methodological Recommendations", en Eric Van Young (ed.), *Mexico's Regions: Comparative History and Development*, La Jolla: Center for US-Mexican Studies, UCSD, pp. 145-165.
- CRAVEY, Altha (1997), "The Politics of Reproduction: Households in the Mexican Industrial Transition", *Economic Geography*, 73(2): 166-186.
- DONATO, Katharine M., Melissa Stainback y Carl L. Bankston III (2005), "The Economic Incorporation of Mexican Immigrants in Southern Louisiana: A

- Tale of Two Cities”, en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 76-100.
- DUNN, Tim, Ana María Aragonés y George Shivers (2005), “Recent Mexican Migration to the Rural Delmarva Peninsula: Human Rights vs. Citizenship Rights in a Local Context”, en Víctor Zúñiga y Rubén Hernández-León (eds.), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 155-183.
- DURAND, Jorge (2000), “Tres premisas para entender y explicar la migración México-Estados Unidos”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 83.
- (1998), *Política, modelo y patrón migratorios*, San Luis Potosí, El Colegio de San Luis.
- (1986), *Los obreros de Río Grande*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- , Douglas S. Massey y Fernando Charvet (2000), “The Changing Geography of Mexican Immigration to the United States: 1910-1996”, *Social Science Quarterly*, 81(1): 1-15.
- FLORES, Nadia Y., Rubén Hernández-León y Douglas S. Massey (2004), “Social Capital and Emigration from Rural and Urban Communities”, en Jorge Durand y Douglas S. Massey (eds.), *Crossing the Border: Research from the Mexican Migration Project*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 184-200.
- FLORES, Óscar (2000), *Monterrey Industrial, 1980-2000*, San Pedro Garza García, Nuevo León, Universidad de Monterrey.
- FUSSELL, Elizabeth (2002), “La organización social de la migración en Tijuana”, en María E. Anguiano Téllez y Miguel J. Hernández Madrid (eds.), *Migración Internacional e Identidades Cambiantes*, Zamora, El Colegio de Michoacán y El Colegio de la Frontera Norte, pp. 163-187.
- GARZA, Gustavo (1995), “Crisis industrial, 1980-1988”, en Gustavo Garza (ed.), *Atlas de Monterrey*, Monterrey, Gobierno del Estado de Nuevo León/ UANL/ INSEUR-NL/ COLMEX, pp. 139-145.
- GONZÁLEZ QUIROGA, Miguel A. (1993), “La puerta de México: los comerciantes texanos y el noreste mexicano, 1850-1880”, *Estudios Sociológicos*, 11(31): 209-236.
- GUTIÉRREZ GARZA, Esthela (1990), “La crisis laboral y la flexibilidad del trabajo. México 1983-1988”, en Esthela Gutiérrez Garza (ed.), *Testimonios de la crisis 4. Los saldos del sexenio*, México, Siglo XXI, pp. 178-220.

- (1988), “De la relación salarial monopolista a la flexibilidad del trabajo. México, 1960-1986”, en Esthela Gutiérrez Garza (ed.), *Testimonios de la crisis 2. La crisis del estado de bienestar*, México, Siglo XXI, pp. 129-173.
- HERNÁNDEZ LEÓN, Rubén (2001), *Urban Origin Migration from Mexico to the United States: The Case of the Monterrey Metropolitan Area*, Ph. D. Dissertation, Binghamton University.
- (1999), “¡A la aventura! Jóvenes, pandillas y migración en la conexión Monterrey-Houston”, en Gail Mummert (ed.), *Fronteras Fragmentadas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 115-143.
- (1997), “El circuito migratorio Monterrey-Houston”, *Ciudades*, 35: 26-33.
- , Néstor Rodríguez y Jacqueline Hagan (en prensa), “Impacts of U. S. Immigration Controls on Mexican and Binational Border Worker Families”, en Peter Ward (ed.), *Common Origins, Segmented Futures: The New Mexican Family in Transnational and Border Contexts*, Wilmington, Scholarly Resources.
- y Víctor Zúñiga (2000), “Making Carpet by the Mile: The Emergence of a Mexican Immigrant Community in an Industrial Region of the U.S. Historic South”, *Social Science Quarterly*, 81(1): 49-66.
- JONES, Richard C. (1995), *Ambivalent Journey: U.S. Migration and Economic Mobility in North-Central México*, Tucson y Londres, University of Arizona Press.
- LOMNITZ, Larissa (1976), “Migration and Network in Latin America”, en A. Portes y H. L. Browning (ed.), *Current Perspectives in Latin American Urban Research*, Austin, Tx., University of Texas Press, pp. 133-150.
- (1975), *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI.
- MASSEY, Douglas, Jorge Durand y Nolan Malone (2002), *Beyond Smoke and Mirrors: Mexican Immigration in the Era of Economic Integration*, Nueva York, Russell Sage Foundation.
- MASSEY, Douglas et al. (1987), *Return to Aztlan: The Social Process of International Migration from Western Mexico*, Berkeley, Ca., University of California Press.
- MILKMAN, Ruth (1989), “Rosie the Riveter Revisited: Management’s Postwar Purge of Women Automobile Workers”, en Nelson Lichtenstein y Stephen Meyer (eds.), *On the Line: Essays in the History of Auto Work*, Urbana, University of Illinois Press, pp. 129-152.
- MORA-TORRES, Juan (2001), *The Making of the Mexican Border*, Austin, University of Texas Press.

- PEÑA, Manuel (1985), *The Texas-Mexican Conjunto: History of a Working-Class Music*, Austin, University of Texas Press.
- PÉREZ MONTEROSAS, Mario (2001), “Tejiendo los caminos se construyen los destinos’: redes migratorias de Veracruz a los Estados Unidos”, Ponencia presentada en el Congreso Internacional de la Latin American Studies Association.
- POZAS, María de los Ángeles (1993), *Industrial Restructuring in Mexico*, La Jolla, California, Center for U.S.-Mexican Studies, UCSD.
- POZOS PONCE, Fernando (1996), *Metrópolis en reestructuración: Guadalajara y Monterrey 1980-1989*, Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara.
- ROBERTS, Bryan (1990), “Peasants and Proletarians”, *Annual Review of Sociology*, 16: 353-77.
- (1979), *Cities of Peasants: The Political Economy of Urbanization in the Third World*, Beverly Hills, Cal., Sage.
- y Agustín Escobar Latapí (1997), “Mexican Social and Economic Policy and Emigration”, en Frank D. Bean, Rodolfo O. de la Garza, Bryan R. Roberts y Sidney Weintraub (eds), *At the Crossroads: Mexico and U. S. Immigration Policy*, Lanham, Rowman and Littlefield, pp. 47-78.
- ROJAS SANDOVAL, Javier (1997), *Fábricas pioneras de la industria en Nuevo León*, Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- y Luis Lauro Garza (1985), *La insurgencia en el sindicalismo blanco*, Monterrey, OIDMO.
- SARAGOZA, Alex M. (1988), *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880-1940*, Austin, Texas University Press.
- TUIRÁN, Rodolfo, Carlos Fuentes y José Luis Ávila (2002), *Índice de Intensidad Migratoria México-Estados Unidos, 2000*, México, Consejo Nacional de Población.
- VELLINGA, Menno (1989), *Industrialización, burguesía y clase obrera en México*, México, Siglo XXI.
- ZÚÑIGA, Víctor (1992), “Tradiciones migratorias internacionales y socialización familiar: expectativas migratorias de los alumnos de secundaria de cuatro municipios del norte de Nuevo León”, *Frontera Norte*, 4(7): 45-74.
- y Rubén Hernández-León (eds.) (2005), *New Destinations: Mexican Immigration in the United States*, Nueva York, Russell Sage Foundation.

La colonización con extranjeros en el norte de México. El caso de los mormones, los boers y los menonitas



Foreign colonization in the North of Mexico. The case of Mormons, Boers and Mennonites

B R E C H A S

En el artículo se analizan tres proyectos distintos de establecimiento de colonias de extranjeros en el norte de México durante el porfiriato y el periodo posrevolucionario: los mormones de Estados Unidos, los boers de Sudáfrica y los menonitas de Canadá. Se examinan los orígenes y las características de estos tres grupos de inmigrantes, los motivos de su inmigración a México, así como los resultados de las empresas colonizadoras en cada caso. También se consideran las razones del gobierno mexicano para estimular la colonización con extranjeros y de sus expectativas al respecto.

The article examines three distinct projects concerning the establishment of colonies of foreigners in Mexico's north during the Porfiriato and the post-revolutionary period. It explores the origins and characteristics of these three groups of migrants, their motives for immigrating to Mexico, as well as the results of the colonizing ventures in each case. It also considers the Mexican government's reasons for encouraging colonization with foreigners and of its expectations in this regard.

La colonización con extranjeros en el norte de México. El caso de los mormones, los boers y los menonitas

Durante la primera mitad del siglo XIX en México, la elite gobernante criolla sostenía que la inmigración extranjera ofrecía la mejor opción para promover el desarrollo de la nación. El tema de la inmigración se volvió especialmente importante en los años posteriores a la derrota de este país en la guerra con Estados Unidos (1846-1848) como una posible solución para la colonización de los territorios inmensos y escasamente poblados del norte.

La “colomanía”¹, como el historiador Germán Carrera ha denominado esta obsesión, alcanzó su apogeo durante el porfiriato (1876-1911). El interés por la colonización en general y por la extranjera en particular continuó vigente después del fin de la lucha armada de 1910-1920 como parte del proceso de la reconstrucción nacional bajo la jefatura de la llamada “dinastía sonoreNSE”. Finalmente, durante el gobierno cardenista (1934-1940) se efectuó un viraje radical a esta política al abandonar la antigua preferencia por los inmigrantes extranjeros en favor de mexicanos como elemento fundamental de la colonización.²

En este estudio se analizan tres distintos proyectos de colonización por extranjeros en México durante el porfiriato y el periodo posrevolucionario: de los mormones de Estados Unidos, los boers de Sudáfrica y los menonitas de Canadá.

* El Colegio de la Frontera Norte. Correo electrónico: ltaylor@colef.mx

¹ Germán Carrera, “Sobre la ‘colomanía’”, *Historia Mexicana*, vol. 6, núm. 4 (24), abril-junio de 1957, p. 609.

² Luis Aboites Aguilar, *Norte precario: poblamiento y colonización en México, 1760-1940*, México, El Colegio de México, 1995, pp. 24-25, 113-118 y 243-250.

Estos tres casos son en particular interesantes no sólo por lo que revelan de la política de colonización de México como país receptor, sino también de los motivos de los grupos migrantes para establecerse en este país, así como de las implicaciones y resultados de esta decisión.

Estos tres grupos de migrantes constituían sociedades con carácter en extremo agrario y patriarcal. La religión también era un elemento importante de su identidad como pueblo; aunque para los boers, éste sólo constituía uno de los ingredientes culturales que los definía como grupo, mientras que para los otros dos era el factor central de su identidad. En los tres casos, el proceso de la migración fue semejante, pues se trata de movimientos organizados por grupos de personas, en lugar de una migración de individuos. Los motivos de su inmigración a México también fueron parecidos; su decisión de establecerse en México se debió a que consideraron que permanecer en sus respectivos países de origen representaba un peligro para el mantenimiento de su identidad como grupo. También hay coincidencias en la región que los tres grupos escogieron para ubicar sus colonias —el norte de México y Chihuahua, en particular—, aunque los menonitas se establecieron en varias regiones del país.

Las características de estos grupos como migrantes, junto con otros factores, tuvieron diferentes repercusiones en sus actividades colonizadoras en México. También existían importantes implicaciones de largo alcance en la relación entre el fenómeno de la migración en general y la preservación o modificación de la identidad cultural de los inmigrantes como grupos distintos.

■ Los mormones

El motivo principal de la migración de mormones a México durante el porfiriato fue la búsqueda —entre los más tradicionales y conservadores de este grupo— de un refugio para perpetuar su antiguo estilo de vida y conservar su identidad cultural.

La religión constituía el rasgo cultural fundamental de los mormones como grupo. La Iglesia de Cristo (o Iglesia de Jesucristo de los Últimos Días, como más tarde se le conocería) fue fundada en Fayette, Nueva York, el 6 de abril de 1830, por Joseph Smith hijo. En la misma primavera se publicó el *Libro de Mormón*, que Smith

tradujo de un texto inscrito en unas tablas de oro, con la ayuda, según afirmó, del ángel Moroni, el hijo de Mormón, el autor original. El grupo inicial de creyentes —Smith, Oliver Cowdery, Parley Pratt y Sidney Rigdon— creció con rapidez y para el año siguiente, 1831, la nueva religión contaba con alrededor de mil miembros.³

Smith y sus discípulos establecieron colonias en Independence, Missouri, y Kirtland, Ohio. En 1831, Smith reubicó el centro administrativo de la Iglesia mormona en Kirtland. No obstante, algunos problemas, como la quiebra de un banco mormón, la discordia entre los miembros de la Iglesia y los conflictos entre los mormones y los demás residentes de la región, condujeron al fracaso a esta colonia. Smith y sus partidarios más leales se trasladaron al pueblo de Far West, Missouri, donde se había establecido un grupo de mormones expulsados de Independence, del mismo territorio. Otros ataques contra los mormones en el otoño de 1838 condujeron a su expulsión de Missouri. Smith, junto con unos 15 mil seguidores, estableció un nuevo centro en el pueblo Commerce, Illinois —que rebautizó como Nauvoo—, a la orilla del río Mississippi. Una creciente oposición a los mormones, provocada en parte por la rivalidad económica y por la tendencia de los mormones a votar en conjunto según las órdenes de sus dirigentes, causó su expulsión del estado en 1846. También fue un factor de resentimiento en su contra los rumores de que los mormones habían adoptado la poligamia como parte de sus creencias religiosas.⁴

En abril de 1847, Brigham Young, el sucesor de Smith, encabezó —en cumplimiento de un proyecto ideado por éste— una partida de vanguardia que se dirigía hacia el oeste con el propósito de fundar una nueva colonia “dentro de la cuenca del Gran Lago Salado, o del valle del río Oso”.⁵ En los años siguientes, miles de colonos más llegaron a la Tierra Prometida. Aunque la colonia prosperó, la oposición del gobierno federal a la poligamia continuó hasta 1890, cuando fue prohibida por la Iglesia mormona.⁶

³ William Alexander Linn, *The Story of the Mormons, from the Date of Their Origin to the Year 1901*, Nueva York, 1902 (reimpresión, Nueva York, Russell & Russell, 1963), pp. 23-137; Joseph Smith, *Joseph Smith Tells His Own Story*, Salt Lake City, Deseret News Press, s. f.

⁴ Brigham Henry Roberts, *The Missouri Persecutions*, 1900 (reimpresión, Salt Lake City, Bookcraft, 1965), pp. 54-277.

⁵ Brigham Henry Roberts, *The Mormon Battalion: Its History and Achievements*, Salt Lake City, Utah, Deseret News, 1919, p. 5.

⁶ Leonard J. Arrington, *Great Basin Kingdom: An Economic History of the Latter-day Saints, 1830-1900*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1958, pp. 353-379.

Era difícil, sin embargo, por un decreto poner fin a una costumbre que muchos mormones consideraban sagrada. Por lo tanto, los jefes de los grupos que se resistían a la legislación contra la poligamia hicieron planes y preparativos para mudarse a otro país.

Desde mediados de la década de 1870, algunos de estos líderes habían investigado la posibilidad de establecer nuevas colonias en México.⁷ Aunque el gobierno mexicano quería estimular la inmigración extranjera, no creía conveniente que los estadounidenses fueran considerados como colonos, sobre todo en las áreas fronterizas del norte del país. En los años posteriores a la guerra de 1846-1848, existía la posibilidad de que el gobierno de Estados Unidos realizara nuevos intentos de extender sus territorios en el norte de México.⁸

Los mormones, siendo estadounidenses, podrían ser considerados un posible peligro para la seguridad nacional. No obstante, ciertos cambios en las relaciones entre los dos países y en la actitud del gobierno mexicano hacia los grupos religiosos no católicos abrieron la posibilidad de que les fuera permitido inmigrar a México.

Para la década de 1880, las propuestas para extender el territorio de Estados Unidos hacia el sur habían sido remplazadas en gran parte por otra política cuyo objetivo era promover la penetración económica estadounidense en México. Con el propósito de construir ferrocarriles y abrir así nuevos mercados para los productos agrícolas y mineros del país, mediante generosos subsidios y concesiones, el presidente Porfirio Díaz atrajo a México capital extranjero, principalmente estadounidense. Como parte de su política de atracción de inversiones extranjeras para acelerar el desarrollo económico del país, Díaz también permitió que estadounidenses y otros extranjeros compraran terrenos en los estados del norte y en el territorio de Baja California.⁹

También hubo cierto relajamiento respecto a la religión en general en México durante el porfiriato. Díaz apoyó una política de tolerancia religiosa, tanto hacia

⁷ Blaine Carmon Hardy, "The Mormon Colonies of Northern Mexico: A History, 1885-1912", Tesis de doctorado, Detroit, Mich., Wayne State University, 1963, pp. 71-72.

⁸ John D. P. Fuller, *The Movement for the Acquisition of All Mexico, 1846-1848*, Nueva York, Da Capo Press, 1969, pp. 137-159; Paul F. Lambert, "The All-Mexico Movement", en Odie B. Faulk y Joseph A. Stout, jr. (eds.), *The Mexican War: Changing Interpretations*, Chicago, The Swallow Press, 1973, p. 170.

⁹ James Morton Callahan, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The Macmillan Company, 1932, pp. 331, 409-417 y 501-505.

católicos como hacia protestantes. Su gobierno permitió que los misioneros de las Iglesias protestantes operaran con libertad en México y les prometió que la libertad religiosa sería respetada.¹⁰

Aunque la poligamia no estaba permitida en México, las investigaciones realizadas por los jefes mormones sobre las condiciones en Chihuahua y Sonora —estados en que se contemplaba fundar las nuevas colonias— indicaban que las autoridades mexicanas no harían esfuerzos por que los mormones cumplieran las leyes oficiales.¹¹

John Taylor, el presidente de la Iglesia, nombró una comitiva formada por Moses Thatcher, Alexander F. MacDonald, Christopher Layton, Lot Smith y Jesse N. Smith con la tarea de comprar terrenos adecuados para el establecimiento de colonias agrícolas en las regiones de La Ascensión y Casas Grandes, Chihuahua. La mayoría de los mormones que emigraron a México entre 1885 y 1900 provenía de los asentamientos mormones del este de Arizona.¹² Los migrantes viajaron en carretas, siguiendo una ruta que los condujo por el río San Francisco hasta el río Gila, y de allí a la frontera. Establecieron seis colonias distintas en Chihuahua: Díaz, Dublán, Juárez, Pacheco, García y Chuichupa. Otras dos colonias, Oaxaca y Morelos, fueron formadas en 1892 y 1899, respectivamente, en terrenos adquiridos por el jefe mormón Anthony W. Ivins en la región del río Bavispe, en el noreste de Sonora. Los colonos eran especialmente adeptos en las técnicas de riego para la agricultura, dado que habían tenido considerable experiencia en estos métodos en Utah y otros estados del oeste. Para finales del porfiriato, las ocho colonias contaban con una población de más de cuatro mil miembros.¹³

¹⁰ Karl M. Schmitt, "American Protestant Missionaries and the Díaz Regime in Mexico, 1876-1911", *Journal of Church and State*, vol. 25, núm. 2, primavera de 1983, pp. 88-93; Jean-Pierre Bastian, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1989, pp. 25-32 y 184.

¹¹ Carta del Secretario de Fomento del Gobierno de México a William Alexander Linn, 4 de mayo de 1901, en Linn, *op. cit.*, pp. 614-615; Hardy, "Mormon Colonies", *op. cit.*, pp. 71-72 y 140-144; Richard S. Van Wagoner, *Mormon Polygamy: A History* (Salt Lake City, Utah: Signature Books, 1986), pp. 125-126, 151-152, 161-167 y 170.

¹² James H. McClintock, *Mormon Settlement in Arizona: A Record of Peaceful Conquest of the Desert*, Phoenix, Ariz., Manufacturing Stationers, 1921, pp. 266-274; Blaine Carmon Hardy, "The Trek South: How the Mormons Went to México", en *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 73, núm. 1, julio de 1969, p. 13.

¹³ Hardy, "Mormon Colonies", *op. cit.*, pp. 74-108. En realidad, la colonia Morelos se formaba de dos comunidades: San José y Morelos. Thomas H. Naylor, "The Mormons Colonize Sonora: Early Trials at Colonia Oaxaca", en *Arizona and the West*, vol. 20, núm. 4, invierno de 1978, pp. 329-342.

Además de buscar un lugar en donde pudieran continuar viviendo con sus propias tradiciones y cultura, los mormones también consideraban que las posibilidades para la realización de conversiones se podían ampliar considerablemente. Sus autoridades eclesiásticas se referían con frecuencia a la doctrina mormona según la cual todo el continente de las Américas constituía el Reino de Dios en el Nuevo Mundo.¹⁴ Sea como fuese, la tarea de evangelización en México se mostró difícil, y a lo largo del periodo de su colonización en Chihuahua y Sonora se realizaron pocas conversiones entre los habitantes locales.¹⁵

A los mormones también les urgía migrar debido a los problemas de sobrepoblación en algunas regiones y a la escasez de terrenos cultivables a un precio al alcance del *homesteader* común. En este sentido, formaban una continuación del gran movimiento de “pioneros” hacia los territorios del oeste de Estados Unidos, impulsados por las mismas razones. A los mormones les interesaba establecer colonias en Chihuahua y Sonora por el auge en estos estados derivado del desarrollo del sistema ferroviario a partir de la década de 1880. Las colonias mormonas se encontraban muy cerca de la frontera con Estados Unidos, lo que las hizo aparecer como “enclaves” de este país en México.¹⁶

Las colonias mormonas eran de carácter mixto, es decir, establecidas de modo oficial como tales con colonos extranjeros y mexicanos. En esto se diferenciaron de las colonias fundadas por los boers y menonitas, consideradas más adelante. Al formarse la Mexican Colonization and Agricultural Company, una cooperativa constituida por la Iglesia mormona para facilitar el establecimiento de los colonos mormones en México, una de las condiciones impuestas por el gobierno federal fue que dicha empresa reservara una cuarta parte de los terrenos comprados —20 mil hectáreas— para ser ocupada por colonos mexicanos. En algunos casos, como el de la colonia Juárez, los habitantes eran mexicanos repatriados.¹⁷ En otros casos eran mexicanos que ya se habían convertido al mormonismo en la ciudad de México después de la fundación de

¹⁴ Blaine Carmon Hardy, “Cultural Encystment as a Cause of the Mormon Exodus from Mexico in 1912”, *Pacific Historical Review*, vol. 34, núm. 4, noviembre de 1965, p. 445.

¹⁵ Hardy, “Mormon Colonies”, *op. cit.*, pp. 60-66 y 124; Hardy, “Cultural Encystment”, *op. cit.*, p. 448.

¹⁶ Hardy, “Mormon Colonies”, *op. cit.*, pp. 35-36 y 144-146.

¹⁷ Hardy, «Mormon Colonies”, *op. cit.*, pp. 113 y 124-125; Hardy, “Cultural Encystment”, *op. cit.*, p. 444; Moisés González Navarro, *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, 3 vols., México, El Colegio de México, 1993-1994, II:244-246 y 249.

una misión mormona allí, en 1879. Un grupo de mexicano-mormones procedente de México llegó a las colonias en diciembre de 1886, pero después de algunos meses, la mayoría regresó a la capital. No sólo les fue difícil adaptarse al clima y a las condiciones de vida en el norte, sino además los dos grupos no se llevaban bien entre sí.¹⁸

Con el tiempo, las colonias mormonas de Chihuahua alcanzaron un alto grado de prosperidad. Los mexicanos de las colonias, por su parte, se convirtieron en un grupo de trabajadores asalariados de los estadounidenses. A medida que aumentaban las diferencias en la posición económica de los dos grupos, aumentaba la desconfianza entre ellos.¹⁹

El creciente distanciamiento entre los mormones y mexicanos se debió a otros factores. A pesar del ambiente más tolerante en México para la práctica de su religión, las grandes diferencias entre ésta y el catolicismo también provocaron críticas en su contra por parte de los mexicanos. Los editores de *El Tiempo*, diario católico de la ciudad de México, señalaron que, si bien los mormones eran excelentes agricultores, su práctica de la poligamia chocaba con las enseñanzas de la doctrina cristiana.²⁰

Los mormones, imbuidos con un sentido de superioridad racial y cultural, estaban determinados a importar o llevar con ellos a México los productos y la cultura de su país de origen. Opinaban que el gobierno y el sistema económico estadounidenses eran instrumentos esenciales para el avance de la civilización en todo el mundo. Se enorgullecían de su ciudadanía estadounidense, y muy pocos de ellos se naturalizaron. Despreciaban al pueblo mexicano, al que consideraban perezoso y atrasado. Se oponían a matrimonios entre los miembros de su grupo y los mexicanos, porque relacionaban la idea de “depravación espiritual” con un color de piel más oscuro. También practicaban una especie de segregación no formal en las actividades relacionadas con la enseñanza y los servicios religiosos en las colonias. Todo esto contribuyó a aumentar el aislamiento social y cultural de los mormones en México,²¹ así como al creciente resentimiento contra los mormones entre la población local.

¹⁸ Hardy, “Mormon Colonies”, *op. cit.*, pp. 114-121 y 124-125.

¹⁹ Hardy, “Mormon Colonies”, *op. cit.*, pp. 126-127; Hardy, “Cultural Encystment”, *op. cit.* pp. 442 y 446-447; Jane-Dale Lloyd, *El proceso de modernización capitalista en el noroeste de Chihuahua, 1880-1910*, México, Universidad Iberoamericana, 1987, p. 102.

²⁰ González Navarro, *Los extranjeros en México*, *op. cit.*, II:247.

²¹ Hardy, “Mormon Colonies”, *op. cit.*, pp. 174-183; Hardy, “Cultural Encystment”, *op. cit.*, pp. 447-449.

Durante la revuelta antirreeleccionista de 1910-1911, varios colonos mormones en Chihuahua fueron víctimas de robo de ganado y otros daños a sus propiedades perpetrados por grupos insurrectos. Aunque los mormones poseían armas, querían evitar cualquier enfrentamiento con la tropa rebelde para no provocar represalias. Las depredaciones se volvieron virulentas, en particular durante la revuelta orozquista de 1912. La mayoría de los colonos mormones de Chihuahua y Sonora optó por refugiarse en los pueblos del lado estadounidense de la frontera. Dado que tuvieron que abandonar sus propiedades y la mayor parte de sus posesiones, se vieron obligados a vivir en circunstancias muy precarias.²²

Algunos colonos mormones que se habían refugiado en Estados Unidos regresaron a Chihuahua y Sonora en el otoño de 1912. La mayoría encontró que sus casas habían sido quemadas y sus propiedades estaban en malas condiciones. Dos colonias, Dublán y Juárez, fueron establecidas de nueva cuenta. Las propiedades de los colonos fueron blanco de otros ataques cometidos por los rebeldes villistas en 1915 y 1916. La gran mayoría decidió aprovechar la oferta del gobierno estadounidense de pagar su pasaje hasta la frontera y salir de México.²³

Los colonos que permanecieron en México y sobrevivieron la destrucción provocada por la lucha armada enfrentaron una nueva crisis a mediados de la década de 1930, cuando, al ser aplicada la reforma agraria cardenista, varios de sus terrenos fueron expropiados para formar ejidos. No obstante, después de la Segunda Guerra Mundial, prosperaron a raíz de la diversificación de sus actividades económicas. Al mismo tiempo, sus dirigentes hicieron esfuerzos por eliminar la segregación en sus escuelas y promover la naturalización de sus miembros como ciudadanos.²⁴

²² Informes de los cónsules Alejandro V. Dye y Louis Hostetter al secretario de Estado, varias fechas, en United States, Department of State, Record Group 59, file 812.00, *Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929* (Microcopy 274), National Archives and Records Service, Washington, D. C. (de aquí en adelante citado como NA/RG 59, 812.00, seguido por el número o números de los documentos en cuestión), docs. 4076, 4423, 4621, 5058, 5165 y 5230-1/2; Testimonio del capitán S. H. Veater, en United States, Senate, Committee on Foreign Relations, *Investigation of Mexican Affairs*, 2 vols., Washington, Government Printing Office, 1920, I:1480-1481.

²³ *New York Times*, 11 y 26 de marzo de 1916; "The Mormons of México", *The World's Work*, vol. 31, núm. 5, marzo de 1916, p. 484.

²⁴ Elizabeth Hoel Mills, "The Mormon Colonies in Chihuahua after the 1912 Exodus", *The New Mexico Historical Review*, vol. 29, núm. 4, octubre de 1954, pp. 298-310; Hardy, "Mormon Colonies", *op. cit.*, pp. 171-172 y 183-184.

Hoy muchos de los mormones jóvenes opinan que la vida en Estados Unidos, en los aspectos económico y social, es más atractiva que en las comunidades relativamente aisladas de Chihuahua. Debido a cambios en los reglamentos referentes a la propiedad rural, que favorecen a los pequeños propietarios mexicanos, también les es cada vez más difícil adquirir terrenos. Un tercer factor debilitante son las luchas internas en las familias por la autoridad y el poder que asimismo causan que los hijos busquen otras oportunidades fuera de las colonias.²⁵

Por otro lado, sin embargo, varios mormones ortodoxos y tradicionalistas de Utah y otras regiones de Estados Unidos han optado por inmigrar a Chihuahua en busca de un refugio de un mundo cada vez más violento e inseguro. De esta manera, han ayudado a inyectar nueva vida a las colonias mormonas de México.²⁶

■ Los boers

La historia de los boers se remonta al establecimiento de las factorías holandesas en la región del Cabo de Buena Esperanza, en Sudáfrica, a principios del siglo XVII. Los colonos de origen holandés que se establecieron en esta zona, junto con grupos de refugiados hugonotes (calvinistas franceses) que llegaron durante la segunda mitad del siglo, constituyeron el núcleo original del pueblo que, con el tiempo, se conocería como los boers o *afrikaners*. Estos dos términos, según una definición concisa utilizada por los mismos boers, se refieren a los blancos de Sudáfrica cuya lengua materna es *afrikaans*, derivada del holandés, alemán y francés.²⁷

Durante las últimas décadas del siglo XVIII, un nuevo tipo de colono se había formado en las zonas limítrofes de la colonia del Cabo. Como el historiador sudafricano F. A. Van Jaarsveld ha comentado:

La carreta, el buey, el rifle, el caballo estuvieron vinculados inextricablemente con la vida del granjero, quien era el predecesor de la nación “bóer” o

²⁵ Janet Bennion, *Desert Patriarchy: Mormon and Mennonite Communities in the Chihuahua Valley*, Tucson, Ariz., University of Arizona Press, 2004, pp. 186-187.

²⁶ Bennion, *op. cit.*, pp. 187-188.

²⁷ F. A. Van Jaarsveld, *The Awakening of Afrikaner Nationalism, 1868-1881*, Cape Town, Human & Rousseau, 1961, pp. 10-11; John Fisher, *The Afrikaners*, London, Cassell, 1969, pp. 1-30.

“afrikaner”. El desarrollo de ciertas características, como el individualismo, fue estimulado por la situación del aislamiento en que se encontraban las granjas. Estas personas adquirieron fuertes rasgos de independencia, destreza, testarudez, la determinación para resistir el uso de la fuerza, así como un amor a la libertad y del *veldt* con sus grandes espacios despoblados.²⁸

Existían diferencias lingüísticas y culturales muy marcadas entre estos habitantes de las regiones más alejadas y los boers o *afrikaners* urbanizados del Cabo.

Las aspiraciones nacionalistas de los boers volvieron a manifestarse después de la conquista de la colonia holandesa por los británicos en 1806. Los nuevos gobernantes procedieron a transformar el territorio en parte integrante del imperio británico de ultramar. Esta política incluía la introducción a la región de colonos procedentes de las islas británicas, así como el proceso de implantación de costumbres inglesas en el territorio por todos los medios posibles: la designación de profesores británicos en las escuelas, la sustitución de los clérigos de la Iglesia Reformada Holandesa por sacerdotes presbíteros, etcétera.²⁹

Los boers de las regiones internas de la colonia encontraron mucho más difícil adaptarse a los cambios introducidos por los ingleses que los boers de las áreas urbanizadas del Cabo. La abolición de la esclavitud en los dominios controlados por Gran Bretaña en 1834 fue uno de los factores culminantes en la decisión de los boers que habitaban las áreas poco pobladas del interior de emigrar a otros territorios en el norte y este de la península sudafricana. La llegada de dos grupos de misioneros protestantes evangélicos durante este periodo —de la orden religiosa de los moravos y de la London Missionary Society—, con su predicación en torno a la igualdad de las razas y grupos sociales, constituyó un intenso ataque contra la esclavitud en la región del Cabo. Otros factores decisivos fueron las sequías que se sucedieron durante los primeros años de la década de 1830, así como la escasez de terrenos de cultivo y de pastizales.³⁰

En noviembre de 1835, dos grupos de boers cruzaron el río Orange, se dirigieron hacia el norte y entraron a la región de la meseta alta, que estaba menos

²⁸ Van Jaarsveld, *op. cit.*, p. 11.

²⁹ *Ibid.*, p. 13.

³⁰ Eric Anderson Walker, *The Great Trek*, 4a. ed., London, Adam and Charles Black, 1960, pp. 76-79 y 82-84.

poblada. Durante 1836-1839, entre 10 mil y 12 mil boers siguieron a estos primeros grupos, como parte de un gran movimiento que llegó a ser denominado el Great Trek. Algunos de los *voortrekkers* se asentaron en la región entre los ríos Orange y Vaal, y otros viajaron más hacia el norte, hasta la región del otro lado del río Vaal. Hubo varios conflictos armados entre los boers y los pueblos indígenas en los cuales aquéllos triunfaron. A mediados del siglo XIX, estas regiones se convirtieron en dos repúblicas: el Orange Frij Staat (Orange Free State) y la Zuid-Afrikaansche Republiek (South African Republic), popularmente conocida como la del Transvaal.³¹

No sólo la resistencia de los boers contra el dominio inglés y las diversas guerras del periodo los unieron como un pueblo. Dado que todos eran calvinistas piadosos de la Iglesia Reformada Holandesa, la religión también les dio un sentimiento de unidad. Algunos pertenecían al grupo de los Doppers, quienes se guiaban con base en una interpretación literal de la Biblia y un modo de vida sumamente austera. La Iglesia Reformada Holandesa administraba las escuelas primarias de los boers, su único medio de educación formal; asimismo los sermones de sus *predikants* (reverendos) constituían el único tipo de reuniones entre las comunidades del *veldt*.³²

El descubrimiento de yacimientos de diamantes y oro en las regiones colonizadas por los *voortrekkers* provocó la inmigración en estas zonas de *uitlanders*, o mineros extranjeros, en números cada vez más grandes. La lucha de los boers por detener este flujo y la de la Gran Bretaña por defender lo que definía como los derechos de los *uitlanders* condujeron a la primera guerra anglo-bóer de 1880-1881, en que aquéllos triunfaron. No obstante, un segundo conflicto mucho más prolongado, entre 1899 y 1902, terminó con la derrota completa de las fuerzas boers y la pérdida definitiva de sus aspiraciones de independencia.³³

Varios de los combatientes boers que habían sido encarcelados por los británicos en Santa Elena, Bermudas, Ceilán (Sri Lanka) e India se negaron a aceptar las estipulaciones del tratado de paz, firmado en Vereeniging a finales de mayo de

³¹ John S. Galbraith, *Reluctant Empire: British Policy on the South African Frontier, 1834-1854*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1963, pp. 258-263 y 274-276.

³² Walker, *op. cit.*, pp. 54-58.

³³ Michael Barthorp, *The Anglo-Boer Wars: The British and the Afrikaners, 1815-1902*, Poole, Dorset, Blandford Press, 1987, pp. 19-43; Byron Farwell, *The Great Anglo-Boer War*, Nueva York, Harper & Row Publishers, 1976, pp. 194-234.

1902, que los obligaban a prestar juramento de lealtad al imperio británico. Algunos de estos hombres habían sido *kommandantes* (comandantes) o habían ocupado importantes cargos administrativos en los gobiernos de Transvaal y del Orange Free State. Entre este grupo también había varios granjeros pobres, medieros o personas que habían perdido el derecho de poseer terrenos. En muchas regiones, los combates y las exigencias de las campañas militares habían ocasionado la destrucción de granjas y propiedades. En 1903, una sequía prolongada se agregó a los problemas que tuvieron estos granjeros para recuperarse de las condiciones difíciles provocadas por la lucha.³⁴

Una porción de los boers desplazados por el conflicto se mudó a otras regiones de África, como Angola, Kenia, Zambia y Rodesia (Zimbabwe), mientras que otros fueron a vivir en Europa. Algunos optaron por restablecerse en América. Dos de los jefes boers desterrados que indagaron sobre esta última alternativa fueron los ex *kommandantes* Willem Didrick Snyman y Benjamín Johannes Viljoen.

En abril de 1901, Snyman y su hijo mayor, Gerhardus Cornelius, visitaron al vicepresidente Teodoro Roosevelt en su residencia particular en Oyster Bay, Long Island. Debido a que era de ascendencia holandesa y tenía experiencia personal en el combate, Roosevelt había expresado en varias ocasiones su admiración hacia los boers en su lucha desigual contra un enemigo mucho más fuerte. También estaba dispuesto a hacer todo lo posible para proporcionar asilo a los refugiados boers. Es posible que haya aconsejado a Snyman y a los otros boers emigrados que intentaran buscar terrenos adecuados para la colonización en las regiones escasamente pobladas de Texas y el suroeste, así como en México.³⁵

En octubre de 1902, Snyman, acompañado por dos asesores jurídicos (los abogados Marshall Bond y E. Reeve Merritt, de Nueva York), emprendió un viaje hacia la ciudad de México con el objetivo de plantear ante el gobierno del presi-

³⁴ Denys Reitz, *Commando: A Boer Journal of the Boer War*, Nueva York, Praeger Publishers, 1970, p. 322; Farwell, *op. cit.*, p. 442.

³⁵ Roosevelt a William Wirt Kimball, 9 de enero de 1900; a Walter Gordon Cumming y a John St. Loe Strachey, 27 de enero de 1900; a Frederick Courtney Selous, 7 de febrero de 1900; a William Sheffield Cowles y Cecil Arthur Springs Rice, 2 de marzo de 1900; a Theodore Roosevelt, hijo, 9 de abril de 1901; y a Cecil Arthur Spring Rice, 3 de julio de 1901; en Theodore Roosevelt, *The Letters of Theodore Roosevelt*, Elting E. Morrison (comp.), 8 vols., Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1951, II:1131, 1142-1146, 1175-1177 y 1208-1209; III:47-48 y 107-109; "Viljoen and His Boers in New México", en *Collier's Weekly*, vol. 45, 9 de abril de 1910, p. 14.

dente Díaz un proyecto para el establecimiento de una colonia. Díaz y su secretario de Hacienda, José Ivés Limantour, expresaron interés en el proyecto de Snyman, dado que encajaba bien con sus planes y con la política de colonización y desarrollo de la nación.³⁶

Algunas de las personas que estaban a favor de la inmigración en México argumentaban que era importante estimular la inmigración de personas que podrían trabajar en las áreas rurales en lugar de las ciudades. Uno de los más destacados promotores de esta idea fue el ingeniero Roberto Gayol y Soto (1857-1936), quien opinaba que el gobierno debía reclutar granjeros de regiones como el norte de Italia, de España, de Polonia y de Sudáfrica.³⁷

A finales de 1903, después de visitar algunos terrenos en Michoacán, Sonora y Chihuahua, Snyman, como representante de los boers, firmó un contrato de colonización con el gobierno federal. Éste les ofreció un crédito de 50 mil dólares (cien mil pesos) como anticipo para la compra de 83 mil acres (33 615 hectáreas) en terrenos de la ex hacienda de Santa Rosalía, que había pertenecido a la familia Álvarez. Dicha hacienda se ubicaba en las inmediaciones de Meoqui, en el distrito de Camargo, Chihuahua, en un punto cercano a la confluencia de los ríos Conchos y San Pedro. Snyman también obtuvo un crédito por 150 mil dólares (300 mil pesos) del Banco Agrícola e Hipotecario de México, para lo cual utilizó los terrenos de la hacienda como fianza. Los intereses fueron fijados en seis por ciento anual, con un plazo de 25 años para pagar la totalidad de la deuda. Los boers consiguieron un préstamo adicional de cinco mil dólares (diez mil pesos) de la Compañía del Ferrocarril Central. Snyman, Viljoen y otros de los boers exiliados en Estados Unidos también reunieron algunos fondos por medio de escritos y conferencias sobre la guerra en Sudáfrica.³⁸ Snyman se comprome-

³⁶ González Navarro, *Los extranjeros en México*, op. cit., II:59-71.

³⁷ En 1906, Gayol publicó el estudio titulado *Dos problemas de vital importancia para México: la colonización y el desarrollo de la irrigación*, en el cual explicaba con detalle sus ideas al respecto. Moisés González Navarro, *La colonización en México, 1877-1966*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1960, p. 29; Moisés González Navarro, *Historia moderna de México. IV. El porfiriato: la vida social*, México, Hermes, 1990, p. 163.

³⁸ Contrato celebrado entre el C. General Manuel González Cosío, Secretario de Estado y del Despacho de Fomento, Colonización e Industria, en representación del Ejecutivo Federal, y los Sres. Licenciados Rafael Pardo y Agustín M. Lazo, como apoderados del Sr. Guillermo Didrick Snyman, para el establecimiento de colonias agrícolas en el Estado de Chihuahua, 29 de diciembre de 1903, en *Diario Oficial de la Federación*, 5 de enero de 1904, pp. 55-58; *El Correo de Chihuahua*, 5 y 12 de mayo; y 26 de junio de 1903.

tía a traer 50 familias, o un mínimo de 500 personas, en un plazo de tres años a partir de la fecha en que se firmó el contrato. Los colonos tendrían que pagar los gastos de traslado a la colonia desde sus lugares de origen, así como los costos de la lotificación de sus terrenos. Sin embargo, se permitiría el reparto de los terrenos entre las familias boers que llegaran. Los colonos también estarían exentos del pago de todo tipo de impuesto por un periodo de diez años, con excepción de los impuestos municipales y de timbres. Los inmigrantes también estarían exentos del pago de aranceles para la importación de herramientas agrícolas y de sus pertenencias individuales.

También estaban exentos del servicio militar, a menos que México fuera invadido por las fuerzas de alguna nación extranjera. De acuerdo con el artículo 12 de la Ley de Colonización del 15 de diciembre de 1883, al ocupar los terrenos en Chihuahua, los boers deberían manifestar su deseo de conservar o cambiar su nacionalidad. Se esperaba que los concesionarios o encargados del proyecto de colonización —en este caso Snyman y Viljoen— se encargarían de asegurar que, con el tiempo, todos los colonos se convertirían en ciudadanos mexicanos.³⁹

Una vez que se hubo formalizado la concesión, los colonos boers se dirigieron a Chihuahua. Las familias boers que ya se encontraban en Nueva York y San Luis, Missouri, se trasladaron con sus familias a El Paso. Antes de entrar a México, cada jefe de familia compró en Estados Unidos lo esencial para la operación de una granja: un vagón con herramientas agrícolas, algunos tiros de caballos y una vaca. Entre tanto, Snyman realizó los trámites necesarios para la importación de las herramientas agrícolas, que fueron adquiridas en el este de Estados Unidos e importadas a México por medio de la aduana de Ciudad Juárez. Después de cruzar la frontera, los inmigrantes abordaron el tren del Ferrocarril Central que los llevó a la estación Ortiz. De allí, tuvieron que seguir el camino en carretas hasta la colonia, llamada Humboldt, ubicada a 20 kilómetros al este de la estación ferroviaria.⁴⁰

En un principio, el desconocimiento del idioma español por parte de los boers constituía cierto impedimento para comunicarse con los habitantes locales. Al bajarse de los trenes, los colonos tuvieron que recurrir al uso de señas para

³⁹ Contrato..., *op. cit.*, 29 de diciembre de 1903; *El Paso Herald*, 28 de noviembre de 1903; 11 y 15 de enero de 1904.

⁴⁰ *El Paso Herald*, 26 de junio; 30 de julio; 18 de septiembre de 1903.

llegar al sitio en donde se ubicaban los terrenos de la colonia. No obstante, algunos boers hablaban varios idiomas, habilidad lingüística que les permitió aprender el español con cierta facilidad. Es probable que los jóvenes aprendieran los idiomas mucho más rápido que los de más edad.⁴¹

Los boers retuvieron los servicios de los vaqueros mexicanos que habían trabajado para los antiguos dueños de la hacienda de Santa Rosalía. Varios campesinos mexicanos también se unieron a la fuerza laboral de la colonia. Es probable que éstos fueran, como en el caso de las colonias mormonas, medianeros pobres que trabajaban durante ciertas temporadas como jornaleros agrícolas.⁴²

Después de unos meses, los terrenos se encontraban listos para la siembra del trigo. Durante aquellos días en que los hombres no podían trabajar en los campos por el mal tiempo, se mantenían ocupados en la construcción y el mantenimiento de las casas, los establos y los corrales. Las mujeres, por su parte, se ocupaban del cultivo de los jardines y campos de verduras, así como de alimentar a las aves de corral. En sus ratos libres, tejían prendas de vestir y cobertores para las camas. Es de suponerse que las mujeres también fungían —al igual que en las familias boers de Sudáfrica— como administradoras de los asuntos de la granja, sobre todo cuando sus esposos estaban de viaje. Sus responsabilidades también incluían la supervisión del personal mexicano que ayudaba en las tareas relacionadas con los campos de cultivo y la casa.⁴³

Con el tiempo, otras familias se incorporaron a la colonia. Viljoen, quien había regresado a Sudáfrica por más inmigrantes, partió de Ciudad del Cabo rumbo a México el 4 de noviembre de 1903, con un grupo de diez familias. Henning Van Aswegin, quien estaba comprometido para casarse con la hija de Snyman, llegó en febrero de 1904 con diez familias más. Para la primavera de 1904, a menos de un año de la fundación de la colonia, ésta ya contaba con un total de 37 familias. Las cosechas de trigo del verano de ese año fueron abundantes y, durante un tiempo, la colonia prosperaba.⁴⁴

⁴¹ *El Paso Morning Times*, 30 de mayo de 1911; Dale C. Maluy, "Boer Colonization in the Southwest", *New Mexico Historical Review*, vol. 52, núm. 2 (abril de 1977), p. 100.

⁴² *El Imparcial*, 11 de enero de 1905.

⁴³ *El Correo de Chihuahua*, 23 de julio de 1903; Walker, *op. cit.*, pp. 45-46.

⁴⁴ *El Paso Herald*, 26 de junio; 30 de julio; 28 de noviembre de 1903; *El Correo de Chihuahua*, 5 y 12 de mayo; 23 de julio de 1903; *El País*, 12 de agosto de 1904.

La prosperidad duró poco. Las fuertes lluvias durante el invierno de 1904-1905 provocaron el desbordamiento de los ríos Conchos y San Pedro, que causó la inundación de los terrenos de la colonia. Algunos colonos se vieron obligados a abandonar sus propiedades y mudarse a las regiones mineras de Chihuahua en busca de empleo. En noviembre de 1905, Viljoen viajó hasta El Paso con el fin de examinar algunos sitios en aquella región. Después de inspeccionar un par de propiedades, una en el valle de El Paso y otra hacia el noroeste, en diciembre de 1906 compró dos parcelas, de 304 hectáreas en total, en las cercanías de Chamberino, del valle de La Mesilla, Nuevo México.⁴⁵

La migración de Viljoen y su familia a Estados Unidos también se debió a su preocupación por la imposibilidad de quedarse como dueños legítimos de los terrenos que habían comprado. En parte este problema derivaba de la estipulación del gobierno mexicano de que los inmigrantes boers debían naturalizarse mexicanos para ser reconocidos como titulares de sus propiedades. La posición de los boers como “propietarios” era precaria, dado que todavía no habían liquidado las deudas que habían contraído para la compra de los terrenos. Además, en vista de que a los boers no les agradaba la idea de ser “sujetos” de alguna nación en particular, ni estaban seguros de que pudieran adaptarse con éxito a la región en que habían establecido la colonia, no estaban dispuestos a optar por la ciudadanía mexicana.⁴⁶

Dos años después de la fundación de la colonia de Chamberino, en 1908, entre 20 y 30 familias boers se encontraban establecidas en comunidades ubicadas en los dos lados de la frontera. La colonia Chamberino incluía a Benjamin Viljoen, su padre, Wynand Johannes Viljoen, y el resto de su familia; Gerhardus Adolphus Zacharias Snyman, el hermano del general Snyman, con su familia; así como familias amigas de estos dos grupos. Los colonos boers se convirtieron en prósperos granjeros y ganaderos de la región, sobre todo debido al uso de técnicas de riego. Otras seis familias que habían inmigrado originalmente a Chihuahua con Snyman, se reubicaron en Fabens, Texas, a 50 kilómetros al sureste de El Paso. Sólo el general Snyman y su familia permanecieron en Chihuahua, en el rancho llamado La Regina, que el jefe bóer había comprado en Meoqui, cerca de la colonia original.⁴⁷

⁴⁵ *El Paso Herald*, 24 de noviembre de 1905.

⁴⁶ *El País*, 16 de noviembre de 1905; *El Paso Herald*, 24 de noviembre de 1905.

⁴⁷ *El Paso Herald*, 14 de enero de 1907; *El Paso Morning Times*, 19 de abril de 1911; “Viljoen and His Boers.”, *op. cit.*, p. 13.

La red ferroviaria en la región fronteriza se encontraba lo suficientemente desarrollada para posibilitar las visitas sociales entre los integrantes de las diversas colonias. Por lo general los boers se casaban entre sí, aunque las parejas no siempre se formaban con miembros del mismo grupo étnico. Por ejemplo, dos de los hijos menores de Willem Snyman, Héctor y Henning (Enrique) Snyman, contrajeron nupcias con muchachas mexicanas de la región, Rosaura Valenzuela Reza y Evalina Liceaga. Si bien los boers intentaban mantener la cohesión social y cultural de su grupo étnico, no eran exclusivistas en su trato con las personas que no formaban parte de sus comunidades. De acuerdo con testimonios de la época, eran hospitalarios con los visitantes; también se llevaban bien con sus empleados mexicanos y con los habitantes locales.⁴⁸

Las colonias boers se disolvieron con la muerte de Snyman y Viljoen, los fundadores originales. Al fallecer Snyman, en octubre de 1916, su hijo Héctor, heredero de la granja, vendió la propiedad y se mudó a León, Guanajuato, junto con su esposa y familia.⁴⁹ Después de la muerte de Viljoen, en enero de 1917, la colonia bóer de Chamberino también se desintegró. Los miembros de la familia de Viljoen se trasladaron a California y al norte de Nuevo México para establecer granjas en estas regiones. La familia de Gerhardus Snyman, por su parte, se mudó a Fabens, donde había radicado durante un tiempo antes de llegar a Chamberino. Los demás miembros de la colonia regresaron a Sudáfrica. Los hijos de los migrantes originales pronto abandonaron las granjas de sus padres para buscar otras fuentes de empleo en las ciudades. La depresión económica y la sequía en el campo, ocurridas en la década de los veinte, contribuyeron al abandono de las granjas boers de California y Texas. Finalmente, la pequeña colonia de Fabens también desapareció.⁵⁰

■ Los menonitas

Los menonistas tienen sus orígenes ideológicos en el ala pacifista del movimiento anabaptista, que se inició en Zurich, Suiza, en 1525, encabezado por Ulrich

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 13-14; *El Paso Morning Times*, 24 de diciembre de 1911.

⁴⁹ *El Paso Herald*, 1 de noviembre de 1916.

⁵⁰ *New York Times*, 15 de enero de 1917; "General G.A.Z. Snyman", *The New Mexico Historical Review*, vol. 14, núm. 3, julio de 1939, p. 304.

Zwingli. El nombre de la secta particular del anabaptismo denominada *menists* o menonitas derivó de su líder, el holandés Mennon Simmons (1496-1561), quien se incorporó al movimiento en 1536. Los menonitas se diferenciaron de las demás sectas protestantes que surgieron durante este periodo por sus creencias principales: el bautismo únicamente de adultos después de que éstos hayan aceptado de manera voluntaria los principios de la religión menonita; la separación entre la Iglesia y el Estado; la repudiación del servicio militar, de la participación en los asuntos del gobierno y de prestar juramento de cualquier tipo. Debido a que las personas que se convirtieron al anabaptismo en este periodo tenían raíces culturales alemanas y holandesas, los menonitas desde sus inicios compartieron esta herencia cultural.⁵¹

A causa de la persecución, los menonitas se vieron obligados a refugiarse en las áreas rurales. Se convirtieron en agricultores; sólo de esta manera pudieron sostenerse y conservar su integridad cultural. A mediados del siglo XVI, migraron de los Países Bajos a la región de Danzig, que entonces constituía parte del reino de Polonia. El rey polaco Sigismund II (1548-1572) les concedió el primer *privilegium*, es decir, consideraciones particulares que incluían la libertad para practicar su religión, exención del servicio militar y el derecho de tener escuelas propias en las que el alemán fuera el idioma de enseñanza. Después del primer reparto de Polonia (1772), Prusia adquirió el control sobre la zona. La Iglesia luterana, que predominaba en Prusia, persuadió al nuevo gobierno de que impusiera restricciones a la adquisición de terrenos por los menonitas.⁵²

En 1786, el gobierno imperial ruso envió al agente Georg von Trappe a Danzig con objeto de persuadir a los menonitas de asentarse en la provincia de Ekaterinoslav, en el sur de Ucrania. Para 1804, alrededor de 1 150 familias (seis mil personas) se habían establecido en esta zona. En 1870, sin embargo, el gobierno ruso publicó un decreto que dio fin a la administración de las colonias extranjeras por el Departamento de Tierras de la Corona; en lo sucesivo, formarían parte de la jerarquía

⁵¹ Calvin Wall Redekop, *Mennonite Society*, Baltimore and London, Johns Hopkins University Press, 1989, pp. 3-12, 30-31 y 47-56.

⁵² Horst Penner, "The Anabaptists and Mennonites of East Prussia", en *Mennonite Quarterly Review*, vol. 22 (1948), pp. 212-225; Horst Penner, "West Prussian Mennonites through Four Centuries", *Mennonite Quarterly Review*, vol. 23 (octubre de 1949), pp. 232-245.

gubernamental en general. Los menonitas también estarían sujetos al servicio militar.⁵³

Debido a estas circunstancias, los menonitas empezaron a investigar las posibilidades de establecer nuevas colonias en las Américas. El gobierno estadounidense no quiso negociar ningún contrato particular con grupos de personas para este propósito; las pocas familias que emigraron a Estados Unidos durante este periodo lo hicieron individualmente y por cuenta propia. En cambio, el gobierno de Canadá, que en 1869 había adquirido los territorios del Noroeste de la Compañía de la Bahía Hudson, tenía interés en firmar un arreglo con los menonitas para ayudar en la colonización de las nuevas tierras. Por lo tanto, les otorgó a bajo precio dos “reservas”, que comprendían más de 500 mil hectáreas, ubicadas en los dos lados del río Rojo de la provincia de Manitoba. Entre 1874 y 1880, aproximadamente siete mil menonitas inmigraron a Manitoba. Provenían de cuatro grupos o colonias menonitas distintos del sur de Rusia —Bergthal, Chortitza, Fürstenland y Kleine Gemeinde (pequeña congregación)—. Dado que no se requería mucho capital para establecerse en Canadá, los menonitas que decidieron inmigrar eran entre los más conservadores y más pobres de estos grupos.⁵⁴

Aunque al inicio el gobierno canadiense les concedió la autonomía en educación, con el tiempo el gobierno de Manitoba ejerció una presión creciente para hacerse cargo de los asuntos educativos de la provincia. En conformidad con el Acta de las Escuelas Públicas de Manitoba, aprobada en 1890, todas las escuelas de la entidad fueron colocadas bajo la autoridad del Departamento de Educación de Manitoba. Por medio del Acta de Asistencia a la Escuela, del 10 de marzo de 1916, se decretó que el inglés sería el único idioma de instrucción. En 1919, la comunidad menonita envió al gobierno de Manitoba una última solicitud para

⁵³ Emerich K. Francis, “The Russian Mennonites: From Religion to Ethnic Group”, *American Journal of Sociology*, vol. 54 (septiembre de 1948), pp. 101-107; Emerich K. Francis, “The Mennonite Commonwealth in Russia, 1789-1914: A Sociological Interpretation”, *Mennonite Quarterly Review*, vol. 25 (julio de 1951), pp. 173-182.

⁵⁴ John Lowe, Secretario del Departamento de Agricultura, Ottawa, a William Hespeler, agente de inmigración, 1 de julio de 1872, en Ernst Correll, “Mennonite Immigration into Manitoba”, *Mennonite Historical Review*, vol. 11, núm. 3 (1937), p. 220; Georg Leibbrandt, “The Emigration of the German Mennonites from Russia to the United States and Canada, 1873-1880”, *Mennonite Quarterly Review*, vol. 6, núm. 3 (octubre de 1932), pp. 205-226, y vol. 7, núm. 1 (enero de 1933), pp. 5-41.

que se le concediera el derecho de administrar sus propias escuelas, pero fue rechazada.⁵⁵

Los controles sobre la educación impuestos por el gobierno de Manitoba fueron resentidos sobre todo por el grupo de menonitas conservadores llamados Altkolonier, u Old Colony, que provenían de las colonias rusas de Chortitza y Fürstenland. La mayoría de los Altkolonier habitaban la West Reserve (reserva del oeste). Los menonitas de la East Reserve (reserva del este) siempre fueron vistos por aquéllos como más susceptibles a las ideas e influencias de afuera. Los líderes de los Altkolonier que no estaban dispuestos a aceptar los controles educativos comenzaron a investigar las posibilidades para fundar nuevas colonias en otros países.⁵⁶

Entre tanto, en septiembre de 1920, otro grupo de menonitas Altkolonier, de la región de Hague-Osler, al norte de Saskatoon, Saskatchewan, había hecho contacto con Arturo J. Braniff, cuñado del presidente Álvaro Obregón. Obregón se mostró favorable a la idea, dado que su gobierno, al igual que el del presidente Díaz, deseaba promover la colonización de las áreas escasamente pobladas del norte de México. Le interesaba, sobre todo, atraer a extranjeros para revitalizar la agricultura, que había decaído en extremo durante la década anterior.⁵⁷ Cuando los otros grupos de Altkolonier de Manitoba se dieron cuenta de que ya era inútil buscar un acomodo con el gobierno de la provincia, se unieron, junto con los Altkolonier de Swift Current, Saskatchewan, a los esfuerzos del grupo Hague-Osler para establecer una colonia en México.⁵⁸

Aunque Obregón era reticente al establecimiento de escuelas sectarias y a la enseñanza en alemán, cedió cuando se hizo evidente que los menonitas no aceptarían emigrar a México sin estas garantías. En febrero de 1921 consintió en otorgar-

⁵⁵ Emerich K. Francis, "The Manitoba School Problem", *Mennonite Quarterly Review*, vol. 27, núm. 3 (1953), pp. 211-212; "Memorandum Concerning Mennonite Schools", febrero de 1919, en Calvin Wall Redekop, *The Old Colony Mennonites: Dilemmas of Ethnic Minority Life*, Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press, 1969, pp. 245-250.

⁵⁶ Redekop, *Old Colony*, op. cit., pp. 6-11; Harry Leonard Sawatzky, *They Sought a Country: Mennonite Colonization in Mexico*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1971, pp. 27-35.

⁵⁷ Narciso Bassols Batalla, *El pensamiento político de Alvaro Obregón*, México, Impresiones Modernas, 1967, pp. 132-133; Martina E. Will, "The Old Colony Mennonite Colonization of Chihuahua and the Obregón Administration's Vision for the Nation", tesis de maestría, University of California at San Diego, 1993, pp. 13-32.

⁵⁸ Redekop, *Old Colony*, op. cit., pp. 10-14.

les el *privilegium* tradicional, que se acostumbraba pedir a los gobiernos de los países donde querían inmigrar. El gobierno mexicano también les ofrecía pasajes gratis en los ferrocarriles mexicanos, la libre importación de maquinaria y enseres, así como la libertad de asentarse en sitios seleccionados por ellos.⁵⁹

Como los boers, los menonitas al principio investigaron ofertas de terrenos en otras regiones de México (los estados del noroeste), pero decidieron establecer sus colonias en Chihuahua por haber encontrado terrenos más adecuados en esta región para el tipo de agricultura que habían practicado en Canadá y Rusia. Los menonitas Altkolonier de Manitoba compraron unas 112 mil hectáreas (225 mil acres) de los terrenos de la ex hacienda Bustillos, que pertenecían a los herederos de Carlos Zuloaga, cerca del pueblo de San Antonio de los Arenales (hoy Ciudad Cuauhtémoc), del Distrito de Cusihuiriachic, Chihuahua. Al año siguiente, 1922, otro *privilegium* fue concedido a los Sommerfelder, que abarcaban a todos los grupos conservadores derivados de los Berghthalers. Los Sommerfelder compraron unas seis mil hectáreas (12 mil acres, con la opción de comprar 50 mil más) de terrenos pertenecientes al banquero chihuahuense David S. Russek, uno de los herederos de la ex hacienda Santa Clara, que colindaba con el norte de la hacienda Bustillos. En 1924, un grupo pequeño de los Altkolonier de Hague-Osler compraron 1 500 hectáreas (tres mil acres) en el valle de Guatimapé, cerca de Estación Patos (hoy Nuevo Ideal), Durango.⁶⁰

Para marzo de 1922, unos 5 300 menonitas Altkolonier y Sommerfelder se habían mudado a México. Cinco años después, en 1927, había casi 10 mil menonitas en México.⁶¹ A diferencia de los mormones, los grupos de menonitas Altkolonier

⁵⁹ El "privilegio" concedido por Obregón a los menonitas no era un contrato de colonización, sino una carta firmada por Álvaro Obregón y Antonio I. Villareal, el secretario de Agricultura y Asuntos Económicos, a los representantes de la Old Colony Reinland-Mennonite Church: el reverendo Julius Loeppky, el director Benjamín Goertzen, así como los miembros Cornelius Rempel, Klaas Heide y David Rempel, el 25 de febrero de 1921. En Redekop, *Old Colony*, op. cit., pp. 251-252, así como otras muchas fuentes; *El Universal* [México, D. F.], 16 de marzo de 1922.

⁶⁰ Sawatzky, op. cit., pp. 38-40, 43, 49-52 y 58-61; Will, op. cit., pp. 52-55. A diferencia de los Altkolonier de Manitoba y Swift Current, la mayoría de menonitas del grupo de Hague-Osler permaneció en Canadá. Durante este mismo periodo, la Mennonite Board of Colonization (Junta Menonita de Colonización) facilitó el establecimiento de unos cuantos menonitas provenientes de Estados Unidos y Rusia en distintos lugares en Chihuahua, Durango y Guanajuato. *Ibid.*, p. 29.

⁶¹ Estas cifras son sólo aproximadas debido a que varios menonitas regresaron a Canadá en ese mismo periodo. Cornelius Krahn, "Old Colony Mennonites", en *Mennonite Encyclopedia*, 4 vols., 1955-1959 (reimpresión, Hillsboro,

no practicaban el proselitismo. Por lo tanto, para evitar la reducción del grupo y su posible extinción, dependían fundamentalmente de la capacidad reproductiva de sus miembros. Como resultado, las familias eran grandes, y la población experimentaba, además, un creciente índice de endogamia.⁶²

Durante sus primeros años en Chihuahua, los colonos tuvieron que luchar y adaptar sus antiguos métodos agrícolas al nuevo ambiente. Descubrieron que el suelo era demasiado pedregoso y delgado para el cultivo del trigo, que habían sembrado con éxito en Rusia y Canadá. Tuvieron mejores resultados al experimentar con nuevas variedades de cebada y con algunos cultivos locales como el maíz y el frijol. También aprendieron técnicas empleadas por los agricultores mexicanos. Una de éstas era el uso del palo sembrador para meter los granos de maíz a una suficiente profundidad para aprovechar la humedad del subsuelo. Otra, que los menonitas llamaban *coppicing*, consistía en una serie de procedimientos para obtener el máximo rendimiento del maíz como alimento y como forraje para los animales. Sustituyeron el arado tradicional con *moldboard* (vertedera) por el arado de discos; asimismo, descartaron los grandes caballos belgas en favor de los más resistentes caballos locales.⁶³

Hubo otras maneras en que los menonitas se adaptaron al ambiente geográfico del noroeste de Chihuahua. Comenzaron a utilizar el adobe en lugar de madera para la construcción de edificios y cercas, así como el caliche como material sellador para los techos. También realizaron varios cambios en los estilos arquitectónicos para que sus estructuras y espacios abiertos fueran más adecuados para las condiciones climáticas del norte de México.⁶⁴

Los menonitas se convirtieron en los primeros granjeros en escala grande en una región donde hasta entonces habían predominado la ganadería y la agricultura

Kan., Mennonite Brethren Publishing House, 1969-1973), IV:41-42; Dennis Bixler-Márquez, "German-Spanish Bilingualism in Two Mennonite Communities in México", *Estudios Fronterizos*, vol. 9, núms. 18-19 (enero-abril y mayo-agosto de 1989), p. 98.

⁶² Redekop, *Old Colony*, *op. cit.*, pp. 68-69, 116-117 y 185-190; Sawatzky, *op. cit.*, pp. 298-299.

⁶³ Sawatzky, *op. cit.*, pp. 115-120, 133 y 246.

⁶⁴ En Tamaulipas, este proceso de adaptación ocurrió desde la llegada de los menonitas al estado. Los colonos, por ejemplo, rechazaron el uso del tejado de paja u hojas por considerarlo un lugar de escondite para los insectos y otros bichos. Sawatzky, *op. cit.*, pp. 39, 43-45, 49-50, 61, 110, 115-120, 122-123, 126, 133, 139, 273-279 y 288-289.

ra de subsistencia. Después de una década de su llegada a Chihuahua, ya enviaban furgones de maíz a otras regiones. Surgió, en particular, una creciente demanda de sus productos lácteos (mantequilla y quesos) y de carne. Ciudad Cuauhtémoc y Nuevo Ideal se convirtieron en importantes centros regionales debido a su proximidad a las colonias menonitas.⁶⁵

Para mediados de los sesenta, casi todos los granjeros menonitas habían remplazado los animales de tiro por tractores para cultivar el campo. No obstante, entre los Altkolonier hubo mucha resistencia al uso de llantas neumáticas para estas máquinas. Además, debido a su oposición al uso del transporte mecanizado en general (los Sommerfelder y Kleine Gemeinde no tenían esta restricción), dependían de los mexicanos para la distribución de sus productos. Con la modernización del campo, sobre todo en el norte del país, se quedaron más atrasados en métodos agrícolas que sus contrapartes mexicanos. Este fue en particular el caso de las zonas en que se requería el uso de riego.⁶⁶

En lo cultural, los menonitas permanecieron un tanto aislados del resto de la población. El gobierno mexicano abrigaba la esperanza de que, con el tiempo, se integrarían al resto de la sociedad del país. Sin embargo, no advirtió que los menonitas habían inmigrado a México precisamente para mantener su integridad cultural y religiosa. Al igual que los boers y mormones, en lo cultural se mostraron renuentes a adaptarse a su país de adopción. De la misma manera en que habían rechazado la enseñanza del inglés en sus comunidades de Canadá, se opusieron a la del español en las escuelas que administraban en sus colonias en México. Al igual que los boers y mormones, se oponían a matrimonios entre los miembros de su grupo y los mexicanos.⁶⁷

Después de la lucha armada de 1910-1920, se esperaba que el gobierno federal cumpliría con las expectativas acerca del reparto agrario y la creación de ejidos en Chihuahua. Los mexicanos que trabajaban como medianeros en terrenos de la familia Zuloaga o simplemente vivían como “paracaidistas” en los te-

⁶⁵ Redekop, *Old Colony, op. cit.*, pp. 88-89; Sawatzky, *op. cit.*, pp. 126-127, 140-142 y 207-209.

⁶⁶ Redekop, *Old Colony, op. cit.*, pp. 32-33, 48-49, 89, 122, 126-127, 137, 139-141, 202-203, 209 y 259; Sawatzky, *op. cit.*, pp. 141, 172-173, 208-209, 246-250, 252-254, 298-299 y 323-324.

⁶⁷ Redekop, *Old Colony, op. cit.*, pp. 93-94, 149-150 y 165-166; Sawatzky, *op. cit.*, pp. 323-329.

rrenos que los menonitas compraron se sintieron agraviados por el cambio de propietarios. Muchas personas en Chihuahua, incluyendo al propio gobernador Ignacio Enríquez (1920-1924), simpatizaban con la causa de los agraristas. Aun cuando las tensiones sobre el asunto disminuyeron con la reubicación de los afectados a otras áreas del estado, todavía quedaba cierto resentimiento por lo que se consideraba una imposición del gobierno federal que, en lugar de promover la reforma agraria, la obstaculizaba. Los títulos de propiedad de las colonias menonitas de Chihuahua pertenecían a las compañías formadas por los inmigrantes para tomar posesión de las tierras adquiridas. A los colonos individuales, en cambio, únicamente les entregaron escrituras emitidas por estas compañías, en las cuales se especificaban sus derechos y obligaciones al trabajar los terrenos en cuestión. Algunos mexicanos aseveraban que las propiedades menonitas, debido a esta característica, constituían latifundios y, bajo los términos del Código Agrario de 1934, estaban sujetos a la expropiación por parte del Estado.⁶⁸

El 26 de diciembre de 1924, poco después de que Plutarco Elías Calles había asumido la presidencia, el gobierno decretó la prohibición del ingreso de más menonitas al país.⁶⁹ Al año siguiente, 1925, el gobierno derogó el decreto de 1921 que había otorgado privilegios y exenciones a los colonos menonitas. Se estipulaba que, a partir de entonces, los menonitas que quisieran inmigrar a México tendrían que cumplir con las disposiciones legales aplicables a cualquier extranjero. En 1927, Calles hizo una excepción para un grupo de 2 500 menonitas que se asentó en el valle de Bustillos, Chihuahua.⁷⁰ Sin embargo, en ese mismo año, Fernando Orozco, quien reemplazó a Jesús Antonio Almeida como gobernador de Chihuahua como resultado de un golpe de Estado, decretó leyes discriminatorias en contra de los menonitas y su *privilegium*. Aunque la persecución duró pocos meses, varios colonos decidieron regresar a Canadá.⁷¹

⁶⁸ Redekop, *Old Colony*, *op. cit.*, p. 80; Sawatzky, *op. cit.*, pp. 67-71, 202-203, 224-225 y 324-326; Will, *op. cit.*, pp. 61-74.

⁶⁹ Thomas McEnelly, cónsul estadounidense en Chihuahua, al secretario de Estado, 31 de diciembre de 1924, en NGI RG 59, 812.5561m52/1.

⁷⁰ Moisés T. de la Peña, "Problemas demográficos y agrarios", en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. 2, núms. 3-4, julio-septiembre y octubre-diciembre de 1950, pp. 188 y 266-267.

⁷¹ Sawatzky, *op. cit.*, pp. 134-136. El retiro de sus ahorros por los colonos que salieron, junto con una sequía muy severa en aquel año, amenazaron el futuro de las colonias menonitas en México.

El debate nacionalista en torno al *privilegium* surgió otra vez durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. En mayo de 1935, en un intento de promover la educación secular, Cárdenas ordenó la clausura de las escuelas menonitas. No obstante, en diciembre del mismo año, el presidente decidió respaldar la garantía que Obregón había dado a los menonitas y decretó su reapertura.⁷²

El crecimiento de la población de las colonias menonitas originales, junto con la llegada de otros inmigrantes, aumentó la demanda de terrenos adicionales. Esta presión condujo al establecimiento de colonias en otros estados de México, como Coahuila, Tamaulipas, Zacatecas y Campeche, así como en Belice y Bolivia.⁷³ Para inicios de la década de 1980, la población menonita de México contaba con alrededor de 50 mil miembros; asimismo, la cantidad de terrenos que poseían era más del doble de lo que los grupos fundadores habían adquirido en 1922. Aunque muchos menonitas han optado por regresar a Canadá a lo largo de los años, el número de colonos en México ha seguido aumentando.⁷⁴

La clave para la conservación de la identidad de los menonitas como pueblo en México depende de la disponibilidad de terrenos para su expansión y de la preservación de una unión estrecha entre los miembros de sus respectivas colonias. Desde hace mucho tiempo, a los menonitas que buscan terrenos les ha sido cada vez más difícil conseguirlos cerca de las colonias establecidas; incluso, varios han dejado de ser granjeros y se dedican a otros tipos de trabajo en los pueblos. Debido a los acelerados cambios económicos y sociales, sobre todo durante las últimas décadas, ha sido mayor la integración entre las comunidades urbanas y rurales en el norte. En la sociedad menonita, los jóvenes son quienes se sienten particularmente atraídos por la modernidad y el deseo de abandonar el estilo de vida tradicional de sus padres. Esto, a su vez, constituye el reto principal para el futuro de este grupo de minoría en México.⁷⁵

⁷² Lázaro Cárdenas, "Decreto núm. 6-330, del 19 de diciembre de 1935", en Sawatzky, *op. cit.*, p. 154; Will, *op. cit.*, pp. 103-106.

⁷³ Algunos proyectos fracasaron, como el de un grupo de Altkolonier que intentó establecer una colonia en Estación Agua Nueva, cerca de Saltillo, en 1944. Redekop, *Old Colony, op. cit.*, pp. 22-26, 129-130 y 185-194; Sawatzky, *op. cit.*, pp. 84-86 y 165-191.

⁷⁴ Will, *op. cit.*, p. 108.

⁷⁵ Will, *op. cit.*, pp. 98-100; Bennion, *op. cit.*, pp. 168-169.

■ Conclusiones

Los colonos mormones, boers y menonitas en México compartían una tradición de emigración de un lugar a otro a lo largo de su historia en busca de la seguridad que creían esencial para la conservación de su identidad cultural como pueblo. Los tres grupos escogieron México como país de residencia a raíz de que éste les ofreció una oportunidad de comprar terrenos agrícolas en regiones escasamente pobladas, a un costo bajo. Al mismo tiempo, el gobierno mexicano les aseguraba que conservarían sus prácticas religiosas y tradiciones culturales. El grado de éxito de estas empresas colonizadoras dependía en gran parte de las características de cada grupo. También variaba según la situación y las condiciones que enfrentaron en las regiones seleccionadas para el establecimiento de sus colonias.

Antes de la Revolución, los mormones habían creado varias colonias prósperas y estables, en gran parte debido a su conocimiento y experiencia con las técnicas de riego. Aunque los líderes de los grupos polígamos iniciaron la colonización en México para quedar fuera del alcance de las leyes de Estados Unidos, sus colonias permanecieron vinculadas económica y culturalmente a este país. Dado que constituían una especie de enclave estadounidense en México, se convirtieron en un blanco de la ola de xenofobia que surgió en el transcurso de la lucha. La contienda provocó tanta destrucción y despoblación en las colonias que éstas nunca pudieron recuperarse. Aun así, unos cuantos, con el mismo espíritu “pionero” de sus antepasados y por su amor a la tierra, han seguido viviendo en México; asimismo, han hecho esfuerzos por que sus hijos continúen las tradiciones de la Iglesia y también se integren a la sociedad mexicana.

En cuanto a los resultados de largo plazo, el proyecto colonizador de los boers fue el menos exitoso, debido en parte al relativamente pequeño número de inmigrantes, así como a las inundaciones de 1904-1905, que afectaron el desarrollo de la colonia. Este último factor fue significativo en vista del éxito de la colonia establecida poco después por Viljoen en la región de Mesilla, Nuevo México, con el apoyo, como en el caso de los mormones, de técnicas de riego. La salida de Viljoen y otros boers a Estados Unidos condujo a la fragmentación y dispersión de las colonias boers. Un elemento también importante en la cohesión de los inmigrantes boers como grupo consistió en el liderazgo de sus jefes patriarcales de familia: Snyman y Viljoen. La muerte de estos dos jefes derivó la

dispersión del resto de las familias y el fin de las colonias agrícolas boers. Es notable que, en comparación con los inmigrantes mormones y menonitas, que han luchado por retener sus lazos con la tierra y sus tradiciones agrarias, los boers abandonaron esta conexión durante las primeras décadas del siglo XX. En Estados Unidos esto coincidió con la migración del campo a las ciudades de 1920-1940.

El éxito de las colonias establecidas por los menonitas en Chihuahua y Durango, y en otras áreas de México, no fue obtenido con facilidad. A diferencia de los mormones y boers, los menonitas estaban acostumbrados a la agricultura basada en el cultivo de granos en Europa, Canadá y algunas regiones del norte de Estados Unidos. No tenían experiencia en el cultivo en zonas más áridas ni con las técnicas de riego. Por medio de la perseverancia y de la adaptación de algunos cultivos y métodos agrícolas mexicanos crearon una sólida base productora para el sustento económico de sus colonias. En cuanto a los mercados, sus actividades tenían ciertas limitaciones, dado que los Altkolonier dependían en gran parte de los mexicanos, quienes proporcionaban la infraestructura necesaria para el transporte y la distribución de sus productos.

Debido a sus caracteres religiosos, los mormones y los menonitas —los dos grupos que han perdurado en México de los tres examinados en este estudio— han recurrido a la migración y al asentamiento en zonas subdesarrolladas como una manera de asegurar su integridad e identidad cultural. En el pasado, esta táctica funcionaba mientras existían las condiciones adecuadas. La globalización, junto con el gran aumento de la población mundial y del movimiento de personas a través de las fronteras, van en contra del aislamiento. En el futuro es probable que estos dos grupos experimenten un mayor grado de asimilación por la sociedad mexicana, sin perder, sin embargo, su conciencia como pueblos con su propia historia y misión.

■ Fuentes consultadas

NA/RG 59, United States, Department of State, Record Group 812.00 59, file 812.00, *Records of the Department of State Relating to the Internal Affairs of Mexico, 1910-1929* (Microcopy 274), National Archives and Records Service, Washington, D.C.

- ABOITES AGUILAR, Luis, *Norte precario: poblamiento y colonización en México, 1760-1940*, México, El Colegio de México, 1995.
- ARRINGTON, Leonard J., *Great Basin Kingdom: An Economic History of the Latter-day Saints, 1830-1900*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1958.
- BARTHORP, Michael, *The Anglo-Boer Wars: The British and the Afrikaners, 1815-1902*, Poole, Dorset, Blandford Press, 1987.
- BASSOLS BATALLA, Narciso, *El pensamiento político de Alvaro Obregón*, México, Impresiones Modernas, 1967.
- BASTIAN, Jean-Pierre, *Los disidentes: sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1989.
- BENNION, Janet, *Desert Patriarchy: Mormon and Mennonite Communities in the Chihuahua Valley*, Tucson, Ariz., University of Arizona Press, 2004.
- BIXLER-MÁRQUEZ, Dennis, "German-Spanish Bilingualism in Two Mennonite Communities in México", *Estudios Fronterizos*, vol. 9, núms. 18-19 (enero-abril y mayo-agosto de 1989), pp. 96-111.
- CALLAHAN, James Morton, *American Foreign Policy in Mexican Relations*, Nueva York, The Macmillan Company, 1932.
- CARRERA, Germán, "Sobre la 'colonomanía'", *Historia Mexicana*, vol. 6, núm. 4 (24), abril-junio de 1957, pp. 597-610.
- CORRELL, Ernst, "Mennonite Immigration into Manitoba", *Mennonite Historical Review*, vol. 11, núm. 3 (1937), pp. 196-227.
- FARWELL, Byron, *The Great Anglo-Boer War*, Nueva York, Harper & Row Publishers, 1976.
- FISHER, John. *The Afrikaners*, Londres, Cassell, 1969.
- FRANCIS, Emerich K., "The Manitoba School Problem", *Mennonite Quarterly Review*, vol. 27, núm. 3 (1953), pp. 204-237.
- , "The Mennonite Commonwealth in Russia, 1789-1914: A Sociological Interpretation", *Mennonite Quarterly Review*, vol. 25 (julio de 1951), pp. 173-182.
- , "The Russian Mennonites: From Religion to Ethnic Group", *American Journal of Sociology*, vol. 54 (septiembre de 1948), pp. 101-107.
- FULLER, John D.P. *The Movement for the Acquisition of All Mexico, 1846-1848*, Nueva York, Da Capo Press, 1969.
- GALBRAITH, John S., *Reluctant Empire: British Policy on the South African Frontier, 1834-1854*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1963.

- “General G.A.Z. Snyman”, *New Mexico Historical Review*, vol. 14, núm. 3, julio de 1939, p. 304.
- GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, *La colonización en México, 1877-1910*, México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1960.
- , *Historia moderna de México. Vol. iv. El porfiriato: la vida social*, 5ta. ed., México, Editorial Hermes, 1990.
- , *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero*, 3 vols., México: El Colegio de México, 1993-1994.
- HARDY, Blaine Carmon, *The Mormon Colonies of Northern Mexico: A History, 1885-1912*, tesis de doctorado, Detroit, Mich., Wayne State University, 1963.
- , “Cultural Encystment As a Cause of the Mormon Exodus from Mexico in 1912”, *Pacific Historical Review*, vol. 34, núm. 4, noviembre de 1965, pp. 439-454.
- , “The Trek South: How the Mormons Went to México”, *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 73, núm. 1, julio de 1969, pp. 1-16.
- KRAHN, Cornelius, “Old Colony Mennonites”, en *Mennonite Encyclopedia*, 4 vols., 1955-1959 (reimpresión, Hillsboro, Kan., Mennonite Brethren Publishing Company, 1969-1973), IV:41-42.
- LAMBART, Paul F., “The All-Mexico Movement”, en Odie B. Faulk y Joseph A. Stout, jr. (eds.), *The Mexican War: Changing Interpretations*, Chicago, The Swallow Press, 1973, pp. 163-172.
- LEIBBRANDT, Georg, “The Emigration of the German Mennonites from Russia to the United States and Canada, 1873-1880”, *Mennonite Quarterly Review*, vol. 6, núm. 3 (octubre de 1932), pp. 205-226, y vol. 7, núm. 1 (enero de 1933), pp. 5-41.
- LINN, William Alexander, *The Story of the Mormons, from the Date of Their Origin to the Year 1901*, Nueva York, 1902 (reimpresión, Nueva York, Russell & Russell, 1963).
- LLOYD, Jane-Dale, *El proceso de modernización capitalista en el noroeste de Chihuahua (1880-1910)*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1987.
- MCCCLINTOCK, James H., *Mormon Settlement in Arizona: A Record of Peaceful Conquest of the Desert*, Phoenix, Ariz., Manufacturing Stationers, 1921.
- MALUY, Dale C., “Boer Colonization in the Southwest,” *New Mexico Historical Review*, vol. 52, núm. 2, abril de 1977, pp. 93-110.

- MILLS, Elizabeth Hoel, "The Mormon Colonies in Chihuahua after the 1912 Exodus", *New Mexico Historical Review*, vol. 29, núms. 3-4, julio y octubre de 1954, pp. 165-182 y 290-310.
- NAYLOR, Thomas H., "The Mormons Colonize Sonora: Early Trials at Colonia Oaxaca", *Arizona and the West*, vol. 20, núm. 4 (invierno de 1978), pp. 325-342.
- PEÑA, Moisés T. de la., "Problemas demográficos y agrarios", *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. 2, núms. 3-4, julio-septiembre y octubre-diciembre de 1950, pp. 9-327.
- PENNER, Horst, "The Anabaptists and Mennonites of East Prusia", *Mennonite Quarterly Review*, vol. 22 (1948), pp. 212-225.
- , "West Prussian Mennonites through Four Centuries", *Mennonite Quarterly Review*, vol. 23 (octubre de 1949), pp. 232-245.
- REDEKOP, Calvin Wall, *Mennonite Society*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1989.
- , *The Old Colony Mennonites: Dilemmas of Ethnic Minority Life*, Baltimore, Md., The Johns Hopkins Press, 1969.
- REITZ, Denys, *Commando: A Boer Journal of the Boer War*, Nueva York, Praeger Publishers, 1970.
- ROBERTS, Brigham Henry, *The Missouri Persecutions*, 1900 (reimpresión, Salt Lake City, Bookcraft, 1965).
- , *The Mormon Battalion: Its History and Achievements*, Salt Lake City, Utah, Deseret News, 1919.
- ROOSEVELT, Theodore, *The Letters of Theodore Roosevelt*, Elting E. Morison, ed., 8 vols, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1951.
- SAWATZKY, Harry Leonard, *They Sought a Country: Mennonite Colonization in Mexico*, Berkeley, Cal.: University of California Press, 1971.
- SCHMITT, Karl M., "American Protestant Missionaries and the Díaz Regime in Mexico, 1876-1911", *Journal of Church and State*, vol. 25, núm. 2, primavera de 1983, pp. 253-277.
- SMITH, Joseph, *Joseph Smith Tells His Own Story*, Salt Lake City, Deseret News Press, s.f.
- UNITED STATES, Senate, Committee on Foreign Relations, *Investigation of Mexican Affairs*, 2 vols., Washington, Government Printing Office, 1920.
- VAN JAARSVELD, F. A., *The Awakening of Afrikaner Nationalism, 1868-1881*, Capetown, Human & Rousseau, 1961.

VAN WAGONER, Richard S., *Mormon Polygamy: A History*, Salt Lake City, Utah, Signature Books, 1986.

“Viljoen and His Boers in New México”, en *Collier's Weekly*, vol. 45, 9 de abril de 1910, pp. 13-14.

WALKER, Eric Anderson, *The Great Trek*, 4ta. ed., London: Adam and Charles Black, 1960.

WILL, Martina E., “The Old Colony Mennonite Colonization of Chihuahua and the Obregón Administration’s Vision for the Nation”, Tesis de maestría, University of California at San Diego, 1993.



La libertad y otros rasgos en *Rayuela*,
de Cortázar, y en *La vida
exagerada* de Martín Romaña,
de Alfredo Bryce Echenique

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

▪

Libertad aparente. Libertad aparente del lector de *Rayuela*; libertad aparente de Oliveira, de Martín Romaña; de Julio Cortázar, de Bryce Echenique; libertad aparente de la literatura.

El lector de *Rayuela* puede optar por una de las dos formas de lectura. Una, la del lector-hembra, la novela rollo chino, es la que da comienzo en el capítulo uno y termina en el 56; donde está contenido lo anecdótico. La otra manera de lectura es la que sigue el jugador de una rayuela, a saltos y brinquitos. Aunque Morelli —personaje *alter ego* de Cortázar literato— sugiere que su cometido es hacer una novela que se pueda leer de cualquier forma, y que en ello no sólo no pierda sentido, sino en esta acción libre precisamente adquiera sentido, Cortázar nada más proporciona dos modos de lectura. Tal vez por aquello de que el juego, instancia libertadora del ser humano, debe apegarse a ciertas reglas para que se perpetúe. Un juego sin reglas presupone la aniquilación del mismo juego, presupone el caos. El caos es el no mundo, la imposibilidad de la existencia. Entonces, todo

juego tiene implícito una imposición; si hay apego a las reglas se puede seguir en el juego, se puede seguir en el mundo. Ser ficha y tener fichas propias. Dejar que el mundo anote tantos y ser objeto de anotación.

Cortázar en las notas explicativas de la lectura de *Rayuela* expone las reglas del juego —seguir el tablero—. Bien pudo haber dicho algo como: “en tus manos tienes la antinovela, abórdala por donde tu intuición te permita y termínala también cuando tu intuición te lo dicte”. Pero desde la propuesta de lectura empieza la dialéctica razón-intuición, y Cortázar parece inclinarse por lo lógico; el bagaje occidental del cual reniegan Oliveira y Morelli se asoma aquí mismo, desde este primer momento en que nos dice que vida y literatura sólo pueden ser asumidas y experimentadas desde la aparente libertad que nos brindan los esquemas de pensamiento lógico occidentales. Aun apelando a la filosofía Zen o a la hechicería, nuestra costra mental occidental erige no sólo la novela en cuanto a su estructura, también los movimientos de Oliveira y las reflexiones de Morelli. Atrás de lo que se pretende aniquilar está su propia confirmación anterior a la arremetida. Cortázar se antoja como un pintor que debiera estar parado frente a su tríptico multicolor colgado en la galería, para que cuando llegue el espectador y se detenga ante la obra, señalándola con el índice, le indique a este espectador la ruta de la lectura, los puntos consecutivos en los que debe fijar la mirada para realizar dicha lectura del tríptico. Esta acción supondría, para el artista plástico, el fracaso de la obra, amén del ridículo de estar plantado en la galería. Los supuestos espectadores del tríptico tal vez opinarían que están ante una obra abierta, pero las indicaciones del artista más bien la cerrarían. Los lectores de *Rayuela* sentimos una libertad, pero la imposición de una forma —alternativa— de lectura, equivalente a la imposición de reglas, tener que apegarnos a ellas, nos proporciona la incómoda experiencia de la libertad aparente. E inferimos que Cortázar se hunde en el mar de las limitaciones de las reglas del juego de la literatura y, como al supuesto artista plástico, lo vemos frente a su obra con el índice extendido. Y es que el autor de *Rayuela* es consciente de que el lector posee la costra lógica que pretende arrancarle. Probablemente, si al lector le hubiera dicho “hágalo como se le dé la gana”, nuestra nodriza, la Gran Costumbre, nos ordenaría, con su voz sutil, realizar una lectura de la primera a la página 598. Pero, sin lugar a dudas, más de un lector haría una lectura caprichosa o, bien dicho, libre. Claro que a Cortázar le habría gustado que la intuición guiara la lectura, pero los lectores, así como Oliveira, no hemos accedido a

esa forma de conocimiento —intuitivo—, tan sólo la presentimos; tenemos la sospecha de que existe como modo de aprehensión inmediata.

La libertad aparente de Oliveira es algo que él conoce; sabe que se mueve en ésta para estar en posibilidad de acceder al centro del mandala. Oliveira es consciente de que hay diversas costras que le impiden la iluminación (por decirlo de alguna manera); costras como la lógica y la gran costumbre impiden la síntesis de lo que está del lado de acá y de lo que está del lado de allá. Oliveira sabe que la existencia está configurada por casilleros estancos, tiene la libertad de moverse en estos casilleros (Pola, Gekrepten, el club de la serpiente, las notas publicadas en los periódicos, la poesía, la intuición, el budismo, la lógica, el manicomio, el circo, etcétera), pero no puede salir de éstos; es el ejercicio de una libertad restringida; no puede rebasar los límites. Para un personaje-hembra esta posibilidad de movimiento significaría la absoluta libertad, pero Oliveira, que presiente que debe haber una manera de hacer coincidir lo de acá con lo de allá, sabe que se mueve en una libertad aparente. El mismo hecho de elegir París como la otra parte, como aquello que está más allá del océano, es una elección ejercida desde la libertad aparente. Responde, esta elección, a la costra mental occidental. París, la que bien vale una misa. París la ciudad luz, por ello posible órbita iluminadora (permítaseme el término) para Oliveira buscador del centro. De alguna manera es el París-centro de la cultura, concepto forjado desde la occidentalidad. Es decir, elegir voluntariamente París es una forma de cumplir con los esquemas culturales impuestos; apearse a éstos para efectuar esa “elección voluntaria” devela el hecho de que Oliveira ha caído en esa libertad aparente, pues la elección, en realidad, ha sido una imposición cultural.

Esto mismo le ha pasado al personaje de Bryce Echenique, Martín Romaña, quien voluntariamente ha elegido París para encontrar, de otro modo, su centro. Romaña viaja a París en busca de la consolidación de su vocación de escritor, pero esta elección también ha sido impuesta desde los esquemas occidentales de pensamiento, desde la lectura de Heminway, desde la imagen del París de libertad, de cultura, de contrastes. Es decir, Martín Romaña también cae en esta “elección voluntaria” impuesta por la tradición occidental; en ello, pues, también hay una libertad aparente. Romaña va a una ciudad liberadora e inspiradora a cumplir su verdadera vocación. La elección realizada irá poniendo cercos al personaje; paulatinamente París va perdiendo su aspecto ensoñador y le impone al personaje su

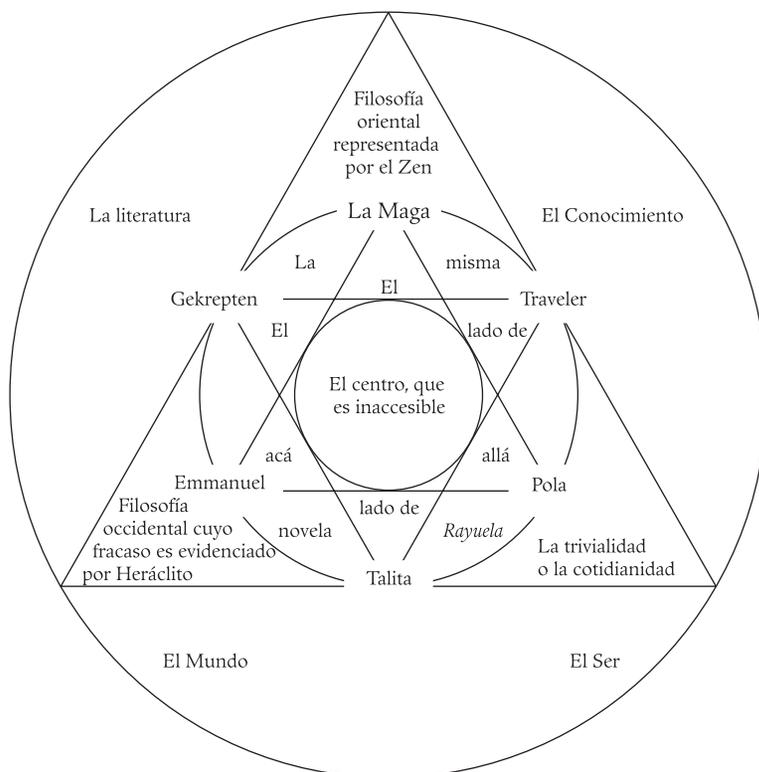
cotidianidad; el ámbito liberador le va mostrando su faceta encarceladora: Martín Romaña sumido en las sesiones de grupo, en las clases en el colejullo, en una vida conyugal que propende cada vez más al fracaso, en una novela del sindicato pesquero. París, tanto para Romaña como para Oliveira, al final no cumple las expectativas ofrecidas por el concepto occidental que de esa ciudad se tenía, la cual fue paradigmática por muchos decenios.

Esto en *Rayuela* es un punto de incidencia con la función misma de la novela: romper con la imagen o con el concepto occidental de centro; París ya no es el centro para Oliveira y, por tanto, es inútil seguir buscando a la Maga en ese lugar; es imposible que en París Oliveira alcance el centro. Los ríos metafísicos, la síntesis, la respuesta que busca el hombre no se hallan en ningún lugar. No obstante, Oliveira continúa buscando a la Maga, aquella que sí está en los ríos metafísicos, pero que no se ha dado cuenta, es más ni se ha cuestionado este asunto (Lida Aronne Amestoy [1972] afirma que la Maga representa la “dimensión codiciada” por Oliveira). Tampoco Buenos Aires, capital del país natal de Oliveira, es el centro, ya que allí tampoco el personaje alcanzará a la Maga, a pesar de que en algún momento la tenga casi al alcance de la mano —en el pasaje de los tablonos como puente—, pero es esposa de su amigo Traveler. Con esto, de paso, Cortázar rompe con el concepto de ciudad como ombligo del mundo; aunque esta “aniquilación” no es fundamental en *Rayuela*. Más allá de esto subyace la puesta en claro de la imposibilidad del ser humano para alcanzar el punto desde el que se logre la síntesis que permita comprender el mundo y comprenderse en el mundo (al fin y al cabo, no hay mundo si no hay quien lo constate como tal, ya lo decía Heidegger).

A los otros personajes de *Rayuela* los sentimos como flotando, como seres inconcretos. Esto se justifica por el hecho de que Cortázar les proporciona una libertad aparente, ya que están condenados, como muchos críticos han afirmado, a trazar figuras; sus movimientos poco a poco van configurando un mandala. Así como Oliveira utiliza a los otros para acceder al centro de la figura, donde como un hechicero comprenda el más allá y el acá, del mismo modo Cortázar utiliza a los personajes para construir eso que se puede calificar como una supraestructura; ésta resulta de la síntesis o “arreglo” que el lector hace de la novela. Aquí me permito trazar el mandala, aunque sé que me coloco en una de las figuras propuestas por *Rayuela*, y estoy en un casillero, tal vez el número 156; quizá otros lectores logren dar el salto y pasar al 158, o tantos posibles. Sé que Cortázar también me está

utilizando para trazar una de las tantas figuras sugeridas por *Rayuela*; entonces, hago ejercicio de mi libertad aparente. Bien, aquí el mandala: El círculo es la novela misma, que no logra cerrarse en la disposición capitular propuesta en el tablero, ya que conduce a una lectura interminable, al perpetuo salto del capítulo o casilla 58 al 131. Si la lectura se apega al orden ascendente de los capítulos se puede suponer que la novela termina en el capítulo 155, el último, aunque esto no supone la terminación de la historia, ya que Oliveira, antihechicero, nunca alcanza el centro, continúa su vida, y con ella su búsqueda. En ambos casos, el círculo cierra al cerrar el libro; el lector cierra el círculo. El triángulo dispuesto fuera de este círculo está conformado por la filosofía oriental, representada por el budismo Zen, postura de pensamiento que también pretende conducir al hombre hacia el centro, pero al proponer el camino del silencio niega la posibilidad de la literatura misma. En la otra punta del triángulo se ubica la filosofía occidental, representada por todos aquellos pensadores que se citan en la novela, pero evidenciando su fracaso a través de Heráclito, quien fue el primero en abordar el problema de la investigación y del hombre que la emprende, asunto en el que está ocupado Oliveira. Heráclito afirmó que los opuestos están unidos, pero nunca conciliados; en este sentido, es una especie de predicador o anticipador del fracaso de Oliveira, quien nunca logra la síntesis, la conciliación de lo que está del lado de allá con lo del lado de acá. Mayor fracaso no podría representar Heráclito, de quien se dice que cubrió su cuerpo con estiércol, y que de esta manera encontró la muerte y no la vivencia corporal del calor (con que quería combatir la hidropesía), una forma de participar físicamente del elemento que, según él, era el principio del mundo: el fuego. En el tercer ángulo de la figura, de este triángulo, colocamos la vida cotidiana, la cual está representada por la aceptación de un trabajo en el circo, una unión conyugal con una mujer por el simple hecho de haber esperado —cual Penélope— a Horacio, la Gran Costumbre, etcétera, y que se inserta en este triángulo porque puede ser un sitio desde el cual se produzca la aprehensión inmediata, ya que, como opina Oliveira, no es posible que estemos aquí para no ser. Dentro del círculo, dos triángulos se cruzan, de tal forma que describen una estrella de David. Estos dos triángulos, a su vez, representan lo que está de este lado de la realidad y lo del más allá; en el caso de *Rayuela* es lo del lado de acá y lo del lado de allá, respectivamente, y si consideramos el lado de allá como París, este triángulo está compuesto por la Maga, Emmanuel la *clocharde* y Pola, tres puntas que parecen aproximar a Oliveira a su

objetivo. El triángulo inverso a este primero, el del lado de acá, considerado como Buenos Aires, se conforma por Traveler, Talita y Gekrepten. En relación con el círculo que, a su vez, encierra esta figura, podemos hacer varias suposiciones: el gran círculo podría ser la literatura misma, el conocimiento, o el mundo, el Ser, u otra cosa que se nos antoje más universal.



Ahora pasemos a la libertad aparente del autor. En el caso de *La vida exagerada de Martín Romaña* parecería que el autor goza de una libertad total —no aparente—, pues la novela es el rollo chino —que no supone ningún juicio valorativo, pues aquí se usa a la manera en que lo hace Cortázar— en el que Bryce Echenique ha dejado que la letra, las palabras, el lenguaje fluyan como un río. Sin embargo, observamos que es muy respetuoso de las reglas que él mismo se ha impuesto. La absoluta ligazón de los capítulos evidencia la restricción de la libertad del escritor.

Cuando el narrador opina que cierto asunto merece una paréntesis y el siguiente capítulo se titula “Un paréntesis” da muestra de que Bryce asume las reglas. Apegarse a estas reglas permite que toda la novela se estructure mediante su propia interacción causal; es decir, en *La vida exagerada de Martín Romaña* todo acto se vincula con otro, con el consecuente, de tal manera que esta interacción causal es el motor de la novela. A veces percibimos que el lenguaje se impone al escritor con su carácter limitador, entonces el narrador emite un “bueno yo me entiendo”. Este recurso viene como anillo al dedo en el humor irónico manejado por Bryce, humor que está dado por los accidentes en el camino de Romaña, pero sobre todo por la gran capacidad del autor de manipular el lenguaje. Mantener a lo largo de toda la novela el tono irónico demuestra que éste es el condicionante principal de la libertad del escritor. En la siguiente cita observamos cómo el manejo del lenguaje está al servicio de la anécdota, y el humor al servicio de la ironía.

Aquí tengo todavía la verdadera foto de mi desembarco. En Dunquerque. No me salva ni lo borrosa que está. No me salva nada. Y pensar que Francisco Zárate la tomó y por ahí debe tener guardado el negativo. Me tiene en sus manos. ¡Qué cara, Dios mío! Bueno, la que tenía esa tarde, me imagino. Estoy con las manos en el bolsillo, parado en cubierta del Allen D. Christensen, pujando de optimismo, y obviamente posando para la inmortalidad, para el álbum de familia, y para mi novia Inés que se me había quedado en Lima. Agréguesele a todo esto un toque de Cristóbal Colón gritando: ¡Tierra, tierra, yo la vi primero!, mientras un estibador me grita: ¡Ya pues oiga, quítese de en medio que no deja pasar (Bryce, 1985:29).

Por otro lado, la aparente libertad de Cortázar se nos presenta con mayor claridad. Cortázar pretende plasmar un asunto que se instala de modo más genuino en la filosofía y en la teoría literaria. Primero, en la filosofía, se preocupa por manifestar la incapacidad del hombre para lograr un acto de conocimiento intuitivo que le permita comprender todo de una buena vez: el Ser, la supresión de oposiciones dialécticas, la existencia, el Absoluto (por eso sugiere un camino vertical, ascendente, para llegar al 10 de la rayuela, que es el Cielo). Este es un asunto que a lo largo de la historia de la humanidad se ha tratado a través de la llamada teoría del conocimiento. Y, por otro lado, respecto a la teoría literaria, Cortázar, mediante

Morelli, emite sus ideas a partir de las cuales se explica y justifica *Rayuela*. Cortázar quiere hacer coincidir estos dos niveles, el literario y el del conocimiento. El literato asume el papel de teórico. La literatura al servicio de la teoría. Cortázar pretende que el asunto del conocimiento esté al servicio de la teoría literaria y viceversa, en una correspondencia mutua. El escritor (Morelli-Cortázar) opina que es necesario presentar las diversas visiones haciendo notar su aparente inconexión y desorden, y que el lector sea quien las vincule, que de esta acción, la de descubrir los hilos, surja la figura reveladora del universo, imponiendo así al lector una transformación, un cambio de actitud; pide un lector-Oliveira. Cortázar nunca deja que el capítulo reflexivo o conceptual caiga muy lejos del capítulo anecdótico con el que se vincula —en la lectura apegada al tablero de direcciones—. A veces la inconexión y el desorden sólo es numérico, como en el caso de los capítulos 110 y 48. Cortázar sugiere que del 110 se pase al 48; en el primero, el 110, aparece, como único contenido del capítulo, una cita de Anais Nin referente al sueño, y en el capítulo 48 narra el pasaje en el que Horacio cree reconocer a la Maga en Talita, hecho que puede ser considerado algo que acontece en algún nivel del sueño, como lo sugiere Anais Nin; quizá sea un acto cognoscitivo de tipo onírico. Así estos dos capítulos conservan su absoluta conexión. Cortázar nunca inserta citas —ya sea de literatos, ya sea notas del periódico, etcétera— que impidan el cumplimiento del propósito de *Rayuela*: crear la antinovela, sugerir una teoría del conocimiento, una hipótesis de creación literaria, hacer coincidir todo esto en una figura “geométrica”, donde sólo reina la categoría espacial; no importa el tiempo que empleó Oliveira en describir las líneas y ángulos de dicha figura. Cortázar, como lo deja ver Morelli, no tiene más que trabajar con el lenguaje, con las palabras cuyo significado, para el propósito del escritor, no transparentan las ideas que se quieren expresar. Limitación del lenguaje a la que todo escritor se enfrenta. *Rayuela* es el ejemplo claro de que las palabras “no sirven” para efectuar la síntesis del mundo, por ello en la novela no se integra lo anecdótico con lo filosófico, o bien Cortázar no dejó que lo anecdótico diera paso a la reflexión filosófica, sino que intentó que la reflexión filosófica fuera la sustentadora de lo anecdótico.

En cambio, Bryce Echenique con base en la anécdota va emitiendo ideas que conducen a la reflexión, la cual no es elaborada por el escritor ni sus personajes, sino por el lector. Cuestiones como la libertad, la búsqueda, el exilio, el nacionalismo y varias más son sutilmente puestas en juego. Para toda novela hay un lector-

hembra y su contrario. *La vida exagerada de Martín Romaña* para algunos puede ser la simple historia de un tipo que no le gustaba molestar. Para otros, la historia de un hombre que se hunde en una crisis existencial que lo lleva a la agudización de una enfermedad y al manicomio los hará ponerse ante sí mismos, y por lo tanto ante el Hombre. Ambos escritores, cada cual a su manera, evidencian que atrás de la normalidad, de la apariencia, de lo trivial, de la hondonada en la cama, de lo literario, existe otro orden; una órbita que incómodamente hace que nos percatemos de nuestra fragmentación.

Esta fragmentación se le devela a Martín Romaña en hechos que encierran situaciones paradójicas; por ejemplo, el protagonista viaja a París para, ya instalado en esa ciudad, comenzar su carrera de escritor. Respondiendo a los factores impuestos por las circunstancias, Martín Romaña inaugura su vocación con una novela que él no quisiera escribir, no sólo porque desconoce el tema, sino además porque responde a intereses ajenos. Como ya he dicho, Romaña se verá fragmentado por los diversos niveles de su cotidianidad. Hay una realidad limitadora, un entorno condicionante, una circunstancia frustrante, pero el protagonista parece resolver de modo fácil el conflicto que esto le provoca, ya que todo vale la pena con tal de no perder a Inés, su luz de donde el sol la toma. En el caso de *Rayuela*, la fragmentación parece atacar desde todos los ángulos. Como afirmo arriba, esta novela tiene como cuestión predominante (en el nivel de las ideas) dar cuenta de que para el hombre es imposible la conciliación de los variados niveles de la realidad. La vinculación de las inconexiones queda en un ámbito fuera de la novela: como compromiso que asume el lector; por eso presentar los estancos de la realidad es importante. Oliveira sólo supone que existe un nivel en el que puede efectuar la conciliación de todo; está convencido de que este nivel es el centro. Oliveira se desplaza por planos definidos aislados, es decir, fragmentados. La cotidianidad, los distintos postulados filosóficos, la intuición son recorridos sin que sea posible tender puentes entre éstos. La misma estructura de la novela es la alegoría de la fragmentación de la realidad, además de lo disparado que nos parecen ciertos capítulos en relación con el postulado de base de la obra, como el caso del capítulo que trata del peligro de que los dientes de un cierre queden incrustados en el prepucio.

Este capítulo de *Rayuela* —el del cierre— evidencia, respecto a *La vida exagerada de Martín Romaña*, dos propósitos distintos de ironía. Concretamente el capítulo del cierre en *Rayuela* parece, juguetonamente, crear una metáfora de lo que

de la cotidianidad “pellizca” al individuo para sacarlo de su alienación, arrancarlo de su distracción, como un llamado de atención para que el sujeto se ocupe de sí mismo de modo alerta. O en el capítulo 41, el de los tablonos como puente entre los departamentos de Horacio y Manú, con ironía, no se deja de transmitir la imposibilidad de acceder al otro lado, aun tendiendo puentes improvisados. Acerca del humor en *Rayuela*, Lida Aronne (1972:28) opina que éste “se vuelve instrumento de denuncia, escape involuntario para la mente demasiado lúcida de Oliveira. En sus mejores momentos no logra borrar el sabor de la angustia con la carcajada, y cuando ésta pasa, aún nos quede el ladrillo negro en la boca del estómago”.

El humor de *La vida exagerada de Martín Romaña* es el tono de la novela, el incitador de la lectura, el movilizador del discurso. Bryce consigue, pese a que la vida de Martín Romaña es exagerada, dejar en los lectores aquello que suelen llamar buen sabor de boca. La ironía y el humor constituyen el mayor mérito de la novela. Retomando las palabras de Lida Aronne, *La vida exagerada de Martín Romaña* es en sí un “mejor momento”; gracias a la maestría de Bryce, la ironía sí logra borrar los sinsabores de los altibajos de Martín Romaña; nos parecen soportables, por ejemplo, las hemorroides del protagonista, aunque las padezca con gran dolor. Sin este tono que Bryce conserva a lo largo de 631 páginas *La vida exagerada de Martín Romaña* no sería sino otra novela-rollo-chino-convencional.

Otros rasgos comunes en *Rayuela* y *La vida exagerada de Martín Romaña* son, primero, la condición de hombres de dos mundos de los personajes de ambas novelas. Martín Romaña constantemente hace referencia a Perú; elabora comparaciones de sistemas de vida y moral, no como si fuesen las voces del ángel y el diablo en la conciencia, sino como una ética de vida. Por alguna razón Romaña siempre encuentra un compatriota en los lugares que visita; entre los miembros del grupo se topa con otros peruanos, la novela que escribe se centra en un sindicato pesquero de Perú, encuentra a un médico peruano que ha tenido un desenvolvimiento profesional destacado en París, pero que en Perú, pese al reconocimiento, seguiría siendo discriminado. Situaciones diversas que permiten a Alfredo Bryce Echenique ir señalando errores y aciertos de ambas partes del mundo. El sentimiento de hombre de dos mundos en Horacio Oliveira se manifiesta en que “el lado de acá” es precisamente Buenos Aires, y “el lado de allá”, París. La búsqueda metafísica de Oliveira se desarrolla geográficamente en estas dos ciudades. Oliveira considera que es necesario regresar a Argentina para continuar en pos del

centro. Martín Romaña, en cambio, permanece en Francia, porque sabe que su búsqueda —el afán de ser escritor— ha sido coartada por las circunstancias en las que se ha visto inmerso y no, como lo presiente Oliveira, por un espacio, no por el punto geográfico en que se encuentre parado. Esto, tal vez, tiene su razón de ser en el hecho de que para Cortázar recorrer el espacio, como si jugara rayuela, es algo que le ha impuesto a Oliveira y al lector; y Martín Romaña se ha instalado en su *sillón voltaire* para emprender el viaje; no es gratuito que el primer capítulo de *La vida exagerada de Martín Romaña* se titule “Punto de partida del cuaderno de navegación en un sillón voltaire”: la novela de Bryce es el viaje sin movimiento. Martín Romaña es el viajero estático por su historia.

La vida exagerada de Martín Romaña es una novela que se gesta como anotaciones en un cuaderno azul; Martín Romaña consigue ser escritor mediante las notas en este cuaderno. Su vida de creador literario había sido abandonada, ya no representaba ninguna promesa para el protagonista, pero al plasmar su biografía en ese cuaderno azul, casi involuntariamente, obtiene su novela. Con esto Bryce logra crear el efecto de una novela que se está desarrollando en nuestras manos, somos partícipes del acto de creación. Algo semejante sucede con *Rayuela*, que se está explicando como novela a través de la *morellianas*. Ambas obras, *Rayuela* y *La vida exagerada de Martín Romaña*, parecen reflejarse a sí mismas en el proceso de convertirse en literatura; Cortázar se hace valer de Morelli para elaborar este reflejo, y Bryce lo obtiene mediante su único agente: Martín Romaña.

Por otra parte, hallamos en Martín Romaña y en Horacio Oliveira una locura involuntaria. Romaña decide volverse loco por momentos, cuando siente que la situación lo conducirá a enfrentamientos consigo mismo o con su realidad. Este personaje determinaba el momento de aparición de su locura y el tiempo de duración de ésta. Ante la inminente partida de Inés, la locura se le escapa de las manos en cuanto a duración e intensidad, pues perder a su *Inés del alma mía* representa una situación que le afectará en exceso; la locura representa una manera de sobrellevar la soledad en la que quedaría hundido después de la despedida en el aeropuerto. La locura tal vez provocaría que Inés permaneciera más tiempo a lado de Martín Romaña, según él; además, abre un ámbito en el que se sentía seguro: el manicomio. Es decir, la locura es una forma de vida posible para el protagonista. Para Oliveira, de *Rayuela*, la locura es una forma de pasar a otro casillero que lo aproxime al nivel o casillero 10. Oliveira acepta el trabajo en el manicomio como

una forma de acceso a esa locura deseada por develadora del Ser. Pero Oliveira sólo se acerca a la locura, hace contacto externo con ésta, tampoco la logra; volverse loco representaría, para el personaje, haber entrado al centro. Además su locura es una locura consciente, no es una locura real, la cual probablemente le habría permitido el acceso al deseado círculo. Cuando Oliveira tiende la trampa de bandejas de agua, hilos y piolines a Traveler, así como el desenlace de este episodio, son los otros quienes consideran que se ha vuelto loco; él conserva la calma y el manejo de la situación. Paradójicamente este deseo de locura, el aproximarse a ésta, la erradica, pues Oliveira, Traveler y Talita pierden el trabajo en el manicomio después de este incidente. Y es un acto rebelde —de Talita— el que marca el alejamiento del manicomio; alejarse del manicomio es alejarse de la locura. Además de que Oliveira la cancela como posibilidad.

Saltando a otro rasgo, en ambas novelas encontramos un grupo: en *Rayuela*, el club de la serpiente; en *La vida exagerada de Martín Romaña*, el grupo simpatizante con el comunismo. El club de la serpiente está compuesto por varios elementos que constantemente hacen gala de su sapiencia; el manejo retórico de las ideas es la carta de admisión al club, en el cual se establece una competencia entre sus miembros, en la que se trata de poner de manifiesto la maestría de la manipulación de esta retórica. Si atendemos al nombre del club, encontramos diversas simbologías; aquí nos remitiremos a la bíblica. Sin la serpiente el hombre nunca habría sido expulsado del paraíso. El conocimiento, en *Rayuela*, es el que ha provocado el alejamiento del centro y de un estadio paradisiaco. Por eso la Maga no encajaba en el club de la serpiente, ya que es la más próxima a ese estado perdido. “La Maga está antes de toda moral. Es el ser primigenio: Eva antes de comer el fruto del bien y del mal. Como el hombre del paraíso la Maga es *una* con todo, no se ha escindido por el pensamiento —es, *no piensa que es*” (Aronne, 1972:67).

Así como el club de la serpiente es un foro en el que sus miembros pueden deslumbrar con sus malabares intelectuales, en el grupo de estudios al que pertenece Romaña se demuestran verbalmente los avances en el estudio de *El capital*. Allí se comprobaban las más firmes convicciones que los llevarían a la acción revolucionaria —cuando regresaran a Perú—. Al grupo pertenecían marxistas del tipo de Mocasines, quien en su patria obtendría un buen puesto en el Estado. Pero a Romaña el grupo sólo le sirve para desviarlo de su vocación y de una vida propia plena; además de que lo aleja afectivamente de Inés, por quien él había ingresado

al grupo. Inés resultó otra Mocasines; se casa con un brasileño con quien se instala en una casona para llevar una vida convencional, del tipo que ella rechazaba en sus tiempos del grupo. A Martín Romaña el amor lo conduce a muchas situaciones igualmente paradójicas; es más, todas las exageraciones de la vida de Romaña son disparadas por el amor que le profesa a Inés.

El amor en *Rayuela* es manejado de una manera muy distinta. Si bien muchos pueden opinar que Oliveira ama a la Maga, ella no es propiamente un personaje, sino que es la alegoría de un estado del ser. Como lo han sugerido algunos críticos, Oliveira no ama a Lucía, sino lo que ella encarna; la Maga es vivencia, intuición, aprehensión inmediata, por ello la Maga pierde el interés en cuanto se le empieza a explicar cualquier asunto, pero puede dejar una hoja en sus puras nervaduras, forma de llegar de manera directa a la esencia. La Maga está más allá de todos los opuestos, por ello Oliveira muestra interés sexual por ella, pues representa el ámbito al cual él quiere acceder (Aronne, 1972). Pero las relaciones sexuales de Oliveira y la Maga son como si cada cual fuera un acorde de dos sinfonías distintas, porque, como ya se ha dicho, a Oliveira se le ha negado el derecho de entrada a la zona “mágica” (Aronne, 1972). Entonces, el amor en *Rayuela* es también un acto que pertenece a la órbita cognoscitiva; es otro casillero más de la realidad parcelada. Además, Oliveira, al igual que los otros personajes que lo rodean, se vale de Lucía para acceder al centro, al no poder hacerlo, el amor también queda cancelado.

El último salto se efectúa para agregar que con seguridad hay muchos más puntos de coincidencia entre estas dos novelas; aquí sólo se ha reflexionado acerca de algunos rasgos relacionados con la libertad, la búsqueda, la fragmentación y la creación literaria en ambas obras.

■ Bibliografía

ARONNE AMESTOY, Lida. 1972. *Cortázar. La novela mandala*. Buenos Aires: Fernando García Cambeiro.

BRYCE ECHENIQUE, Alfredo. 1985. *La vida exagerada de Martín Romaña*. Barcelona: Plaza & Janés Editores.

CORTÁZAR, Julio. 1990. *Rayuela*. México: Alfaguara.

Humorada y absurdo en Julio Cortázar



E N S A Y E S

Por un raro azar no siempre estamos en el lado cómico de la vida, no siempre el absurdo nos empapa la ropa y en contadas oportunidades somos el alma de la fiesta o el hazmerreír en cualquier reunión. Hay gente experta en hacer el ridículo y otras que se quedan haciendo equilibrio en los bordes de la formalidad más caricaturesca. El humorista profesional sabe el momento preciso para arrancarle una carcajada al respetable. El humorista amateur, conformado por la mayoría, no tiene la más mínima noción cuando va a meter pie y provocar la risa a su alrededor.

Hay personas que no tienen sentido del ridículo y asumen posturas engraidamente almidonadas y sin empacho alguno hacen y dicen cuestiones que en verdad eso de “adquirir” es apenas un hilo en ese inmenso tejido de sucesos desproporcionados y cercanos al disparate irrisorio. Otros individuos son parte del sainete de manera forzada. Como aquel general que exclamó: ¡Esto es el colmo!, cuando vinieron a pedirle la mano de su esposa. O la historia de ese agrisado funcionario que salía por la televisión anunciando unas



elecciones el día 28. Su convicción era tal que la gente olfateaba que aquellas elecciones no se llevarían a cabo, como en efecto ocurrió.

El humor no es fácil ni en la vida ni en la literatura. Aquellos que tienen la capacidad de ver las costuras cómicas de la existencia son considerados como bichos raros y en muchos casos hasta personas de cuidado. Los peligrosos no son los humoristas, ni los imitadores, ni los mamadores de gallo (bromistas), sino aquellas personas que no tienen sentido del humor. Lo amenazador es esa gente que se toma todo muy a pecho y con una gravedad de funeraria cinco estrellas. Hay que cuidarse de esos hombres y mujeres que se creen llamados a ser los salvadores de la patria; de esas personas que son unas rocas sujetas con firmeza a sus principios. Para resguardarse de seres así, e incluso para salir ileso de ese engrimiento de almidonada etiqueta, y no contagiarse de estupidez circunspecta, es bueno recordar aquella frase de Groucho Marx: “Esos son mis principios, si no le gustan, los cambiaré”.

Todo esto viene a cuento porque estoy seguro de que Julio Cortázar era un marxista convencido; una marxista de la tendencia Groucho. Y por ello trató de no dejar al margen el humor en sus novelas y cuentos. No por azar escribió:

Pero seamos serios y observemos que el humor, desterrado de nuestras letras contemporáneas (Macedonio, el primer Borges, el primer Nalé, César Bruto, Marechal a ratos, son outsiders escandalosos en nuestro hipódromo literario) representa, mal que les pese a Los tortugones, una constante del espíritu argentino. ¿Por qué diablos hay entre nuestra vida y nuestra literatura una especie de muro de la vergüenza? En el momento de ponerse a trabajar en un cuento o una novela el escritor típico se calza el cuello duro y se sube a lo más alto del ropero. A cuántos conocí que si hubieran escrito como pensaban, inventaban o hablaban en las mesas de café o en las charlas después de un concierto o un match de box, habrían conseguido esa admiración cuya ausencia siguen atribuyendo a las razones deploradas con lágrimas y folletos por las sociedades de escritores: snobismo del público que prefiere a los extranjeros sin mirar lo que tiene en casa, alevosa perversidad de los editores, y no sigamos que va a llorar hasta el nene.

El humor en Cortázar apela al absurdo cotidiano y parece que desde pequeño tuvo atisbos de esa rigurosidad trágica que otorgaban los adultos a cuestiones triviales,

o al menos en una entrevista eso expresó: “Desde pequeño he tenido un gran sentido del humor y me acuerdo que siendo muy niño, tendría ocho o nueve años, me producía un gran asombro que en ciertas conversaciones de los mayores, en circunstancias en que todo hubiera podido arreglarse con una broma, con una respuesta llena de humor, todo el mundo se ponía trágico, todo el mundo se tomaba las cosas por el lado negativo”.

Cortázar no utilizaba el humor para arrancar una sonrisa y quitarle un poco ese rigor mortis a los lectores, sino que veía en el humor esa capacidad humana de trastocar la realidad, de crear una visión de reloj blando del mundo de todos los días o como él escribió: “visión en que las cosas dejan de tener sus funciones establecidas para asumir muchas veces funciones diferentes, funciones inventadas”.

El absurdo como eje humorístico fue la clave de su trabajo literario y él lo ha puntualizado así: “Quiero decir que un claro sentimiento del absurdo nos sitúa mejor y más lúcidamente que la seguridad de raíz kantiana según la cual los fenómenos son mediatizaciones de una realidad inalcanzable pero que de todas maneras les sirve de garantía por un año contra toda rotura”.

Este humor es extraño viniendo de un argentino, y conste que para nada me hago eco de la mala prensa que asegura que los argentinos son pedantes, aunque Borges haya dicho que leyó primero el Quijote en inglés. En tal sentido Cortázar es un escritor argentino nacido en Bruselas y nacionalizado francés. Ya esta ensalada prefigura a un escritor un tanto movido del tópico crítico, del lugar común de la cultura en domingo que busca cudricularlo todo, para que cada cosa ocupe su casilla correspondiente y no ocasione dolor de cabeza alguno.

Con libros como *Historias de cronopios y de famas*, *La vuelta al día en ochenta mundos* (1967), *Último round* (1969) y *Un tal Lucas* Cortázar ensaya un texto misceláneo a medio camino entre la humorada absurda, el ensayo y el relato; textos inclasificables con una buena porción de vitriolo humorístico donde el disparate ilógico, con ciertas manchas de café, nicotina y ternura, tiene rol protagónico.

Historias de cronopios y de famas está dividido en cuatro partes: “Manual de instrucciones”, “Ocupaciones raras”, “Material plástico” e “Historias de cronopios y de famas”; cada una posee unidad temática y todas ellas en conjunto conforman otra unidad, que si bien no es temática sí es conceptual, y para aclarar esto recurro a las siguientes palabras del autor: “Francisco Porrúa que es el asesor de la Editorial Sudamericana y un gran amigo mío, leyó los Cronopios en esa pequeña edi-

ción de mimeógrafo, y me dijo: ‘Me gustaría editar este libro pero es muy flaquito, ¿no tienes otras cosas?’. Entonces yo busqué entre mis papeles y aparecieron las demás partes y me di cuenta de que aunque fueran secciones diferentes en conjunto había una unidad en el libro. En primer lugar una unidad de tipo formal, porque son todos textos cortos. Entonces los ordené y dio un libro de dimensiones normales”. Cortázar utiliza por primera vez el término «cronopio» en 1952, en un breve reseña a un concierto de Louis Armstrong (incluida después en *La vuelta al día en ochenta mundos*) que titula “Louis, enormísimo cronopio”. Él cuenta su encuentro con los cronopios así:

En 1952, yo estaba en París y fui a un concierto en “Les Champs Elisées” de homenaje a Igor Stravinsky. Me sentía muy conmovido viendo a Stravinsky dirigiendo la orquesta y a Jean Cocteau recitando una de las obras. En el entreacto, todo el mundo salió a tomar café. Yo no tuve ganas de salir y me quedé completamente solo en ese inmenso teatro y, de golpe, tuve la sensación de que había en el aire personajes indefinibles, una especie de globos que yo veía de color verde, muy cómicos, muy divertidos y muy amigos, que andaban por ahí circulando. Inmediatamente supe que su nombre era “cronopios”. Empecé a escribir sin saber cómo eran. Luego tomaron un aspecto relativamente humano, con esas conductas especiales de los cronopios, que son un poco la conducta del poeta, del asocial, del hombre que vive un poco al margen de las cosas. Frente a ellos están los famas: grandes gerentes de los bancos, presidentes de las repúblicas, la gente formal que defiende el orden. Las esperanzas son personajes intermedios, que están un poco a mitad del camino, sometidas, según las circunstancias, a las influencias de los famas o de los cronopios.

El humor en Cortázar tiene acordes épicos e irónicos. Un humor sin cortapisas que desgarrar de manera sutil ese manto de velorio que parece asfixiar la vida, que deshace esa atmósfera permanente de protocolo con corbata que domina todos los escenarios de la existencia y en donde muchas veces quedamos desajustados, cómicos sin ese lirismo necesario para salvarnos de situaciones hinchadas y embarazosas. Por eso parece necesario convertirnos en cronopios y caminar por el hielo trágico de la vida hasta escaparnos y no terminar traspillados por el boato y los discursos de orden.

Ritual racional:
cultura, coordinación
y conocimiento común



BOCAMINA

José Ortega y Gasset sugería que si la vida es, en sus elementos básicos, circunstancia y decisión —esto es conjunto de posibilidades y elección entre ellas—, entonces el conocimiento de nuestra circunstancia social dependería, sin excluir el hecho de la decisión, de una profunda comprensión de los motivos de nuestra elección¹. Esta sugerencia suponía la dirección de la conciencia hacia un fin y, por tanto, la búsqueda de un medio apropiado para alcanzarlo.

Seguramente sin proponérselo, en esta premisa, Ortega y Gasset abordó la correspondencia entre las nociones de racionalidad y cultura, nociones que suelen utilizarse para explicar gran parte del comportamiento social y sus procesos, y que hoy parecen debatirse en dos posturas antagónicas: la nula relación entre ellas *versus* la posible conexión entre el acto racional y el cultural.

¹ Francisco Larroyo, *La lógica de las ciencias. Tratamiento sistemático de la lógica simbólica*, México, Editorial Porrúa, 1969, pp. 390-393

Michael Suk-Young Chwe, *Rational Ritual: Culture, Coordination, and Common Knowledge*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 2001, 130 pp., ISBN 0-691-00949-X.

Incluso, mucho antes que Ortega y Gasset, el filósofo griego Platón abordó también el vínculo entre racionalidad y cultura cuando enseñaba que todo acto de la conducta humana se presentaba como disyuntiva, es decir, hacer esto o lo otro. Por esta razón, Platón comparaba la conciencia del hombre con un cochero obligado a poner de acuerdo el trote de dos caballos.² Para Platón, como para Ortega y Gasset, la comprensión de la conducta humana requería del conocimiento de las preferencias individuales, y no sólo del conocimiento del conjunto de posibilidades que se tienen en la vida y la elección entre ellas.

Sin embargo, la distinción entre racionalidad y cultura parece haberse generado cuando los defensores de la racionalidad optaron por una noción del comportamiento social donde las acciones de los miembros de una sociedad están, en grado significativo, orientadas hacia un sistema integrado y único de valores-fines, últimos y comunes a esos miembros.³ Para éstos, la concepción de la racionalidad suponía una determinada estructura de las preferencias individuales y un determinado manejo de las mismas.⁴

A contraparte, los estudiosos de la cultura acusaron que esta visión no incluía ninguna precisión con respecto al contenido y al origen de las preferencias individuales, y atacaron el hecho de que para los defensores de la racionalidad no era necesario saber nada sobre los individuos considerados para formular enunciados sobre su comportamiento. Para los “culturalistas”, la racionalidad no suponía ningún tipo de motivos de la conciencia hacia un fin. Como resultado de esta discrepancia, racionalidad y cultura parecieron situarse en diferentes niveles conceptuales.⁵

En su libro *Rational Ritual: Culture, Coordination and Common Knowledge*, Michael Suk-Young Chwe retoma y cuestiona esta polémica separación entre racionalidad y cultura, y propone que a pesar de que ambas ideas son, a menudo, consideradas como aplicables a esferas completamente diferentes de la actividad humana, existe entre ellas una amplia conexión, llevando este razonamiento más allá de lo que Ortega y Gasset y el propio Platón lo hubieran vislumbrado.

² Alfonso Reyes, *Cartilla moral*, México, Editorial Patria-Alianza Editorial, 1944, pp. 13-16.

³ Talcott Parsons, *La estructura de la acción social*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1968, pp. 874-882.

⁴ Reinhard Zintl, *Comportamiento político y elección racional*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1995, pp. 33-50.

⁵ *Ibid.*, p. 36.

El argumento de Michael Chwe inicia con una concepción sencilla y práctica de la racionalidad en el contexto de los problemas de coordinación, y muestra que el conocimiento común —un concepto adquirido de la teoría de juegos y que es requerido para resolver dichos problemas— está relacionado sustancialmente con cuestiones de intersubjetividad, conocimiento colectivo e identidad de grupo; es decir, el conocimiento común está unido a ciertos aspectos culturales de la circunstancia social.

La explicación de Chwe parte de la observación de individuos aislados que afrontan problemas verdaderos y prácticos de coordinación, y sugiere que superar la perspectiva “de transmisión” de la comunicación (el conocimiento de primer orden) e incluir la perspectiva “ritual” de la comunicación (el conocimiento común) es exactamente lo que se requiere para entender el vínculo racionalidad-cultura.

De acuerdo con Chwe, en algunas situaciones, llamadas “problemas de coordinación”, una persona está dispuesta a participar en una acción conjunta sólo si otros también participan. Esto significa que una persona no sólo participa porque tiene un conjunto de posibilidades y debe seleccionar entre ellas. Tampoco lo hace únicamente por obtener un beneficio, y porque ha encontrado el medio para alcanzarlo. En un problema de coordinación, una persona participa porque también otros lo hacen.

Para Chwe, una manera de coordinación simple consiste en comunicar un mensaje, algo así como “vamos todos a participar”. Sin embargo, este acto refleja únicamente “la perspectiva de transmisión de la comunicación [...] definida por condiciones como la distribución, el envío, la transmisión o la entrega de información a otros” (James Carey, citado en Chwe, 2001). Pero debido a que una persona sólo participará si otras lo hacen, para que el mensaje tenga éxito, cada persona no sólo debe saber sobre el mensaje, cada persona debe saber que otras personas saben sobre él. De hecho, cada persona debe saber que otras personas saben que otras personas saben sobre el mensaje; es decir, el mensaje debe constituirse en “conocimiento común”, esto equivale a incluir, en el acto que se espera sea conjunto, la perspectiva “ritual” de la comunicación, vinculada a condiciones como el compartir, la participación, la asociación, el compañerismo y la posesión de creencias comunes.

Chwe sugiere que para entender cómo las personas resuelven sus problemas de coordinación se deben observar procesos sociales que generan conocimiento común. Los mejores ejemplos resultan los que él llama “rituales públicos”, que se

materializan en ceremonias públicas, reuniones, manifestaciones y eventos de los medios de comunicación (por ejemplo, una protesta ciudadana en contra del gobierno, un acto de campaña electoral, un coloquio académico, una estrategia mercadotécnica en los distintos medios de comunicación).

En este sentido, los rituales públicos pueden entenderse como aquellas prácticas sociales que generan conocimiento común. Para Chwe, un ritual público no sólo consiste en la transmisión de significados de una fuente central a cada miembro de un público; consiste también en permitir a los miembros del público saber lo que los otros miembros de la audiencia saben.

Habitualmente, el discurso ritual está lleno de patrones verbales y es repetitivo. Esto, según Chwe, puede entenderse debido a que el fin del ritual es proporcionar redundancia, lo que hace más probable que un mensaje sea recibido debidamente. Pero también parece importante que los oyentes reconozcan los patrones y la repetición. En términos de generación de conocimiento común, cuando una persona oye que algo se repite, no sólo siente que recibe el mensaje, sino que además esa persona sabe que esa repetición hace más probable que otros hayan oído el mensaje.

En *Rational Ritual*, Chwe propone que para comprender los rituales públicos, se debe entender cómo ellos generan el conocimiento común que la lógica de la racionalidad requiere. Por lo tanto, para entender cómo los individuos racionales resuelven problemas de coordinación, se debe entender los rituales públicos.

La aportación de Chwe a la polémica separación entre racionalidad y cultura es su consideración de que dicha distinción no puede sustentarse fácilmente. Aun cuando la noción de la racionalidad sobre el comportamiento social parece centrarse en el *homo economicus*, racionalmente egoísta y tratando siempre de favorecer sus intereses, y a pesar de que la mayoría de las interpretaciones de las prácticas culturales se enfocan en el “contenido” o el “significando” de la acción, la propuesta principal del libro es que las prácticas sociales deben entenderse, conjuntamente, en términos de racionalidad y cultura.

El método que parece sugerir Michael Chwe consiste en la comprensión de los procesos sociales (económicos, políticos, sociales y culturales), mediante la búsqueda del sentido y significado de una estructura, en la cual los actores sociales comparten un conocimiento común, se coordinan y responden a una finalidad. Por ello titula su libro *Rational Ritual. Culture, coordination and Common Knowledge* (*Ritual racional. Cultura, coordinación y conocimiento común*).

Comprender significa, en el trabajo de Chwe, captar a través de las exteriorizaciones o expresiones de los procesos sociales (conducta, costumbre, lenguaje, rituales, etcétera) —y no sólo a través de su contenido y significado— los motivos, el sentido y los fines humanos que determinan dichos procesos. El comprender implica también descubrir, a través de los productos de un proceso social, cómo éstos se produjeron. En otras palabras, se trata de interpretar los productos del comportamiento social a la luz de las ideas de comunicación, conocimiento común, coordinación y la finalidad. Por ello, la principal interrogante empírica a la que Michael Chwe trata de responder en su libro es ¿cómo coordinan los individuos sus acciones?

Rational Ritual está destinado a los estudiosos de diversas disciplinas. Dentro del cuadro de la interacción humana, abarca nociones de antropología, comunicación, economía, política, sociología y algunas áreas de los estudios culturales. La multiplicación de ejemplos prácticos que aparecen en el libro enriquece la propuesta teórica de Michael Chwe. El trabajo de Michael Chwe tiene importantes referencias, citas y alusiones que constituyen una ventana a la amplia variedad del trabajo realizado en las distintas áreas de la teoría social contemporánea.

Michael Suk-Young Chwe es profesor asociado de Ciencia Política en la Universidad de California, en Los Ángeles (UCLA). Él ha publicado ampliamente sobre la teoría de juegos y sus aplicaciones a la acción colectiva, los derechos de las minorías, las redes sociales, la teoría monetaria y la violencia física.

Operación Tormenta del Desierto contra Iraq, en que “requirió del apoyo logístico y financiero de sus aliados, situación que de nueva cuenta quedó de manifiesto con la cruzada anti-terrorista que promueve tras los atentados del 11 de septiembre de 2001”, lo cual demuestra que “no existen ‘actores invulnerables’ y que a pesar de las enormes capacidades que posee, Estados Unidos puede ser atacado y se le puede causar un gran daño”.

Para el lector desprevenido puede parecer forzada la categoría “potencia media”, y más aceptable la de “potencia regional”. Por lo tanto, la autora introduce el estado actual de la cuestión analizando autores como Donna Lee, Richard Hill, Robert Keohane, Ricardo Sennes, Harvey Summ, Max Otte, Jürgen Greve, Jordi Palou y Gunnar Jervas, para concluir que potencias medias como Australia o Canadá han aplicado la “diplomacia del nicho”, lo cual equivale a decir que ambos países han establecido una agenda con “tópicos susceptibles de ser gestionados por ellos a partir de los recursos de que disponen”, como también asuntos “que no son de interés de las grandes potencias” y que “los países más débiles no pueden impulsar, debido a la carencia de recursos humanos y de materiales que los aqueja”.

Asimismo, se vale del análisis comparativo, y en primer lugar establece un escenario histórico, que nos retrotrae a la diversidad étnica y cultural de los habitantes originarios de ambos países, y sostiene que las denominaciones *naciones* y *pueblos indígenas* usadas en Canadá resultarían forzadas en el escenario australiano. Respecto al tipo de instalación colonial impuesto por Gran Bretaña, si bien tuvieron muchos puntos en común, en particular el deseo de preservar los intereses de la corona británica, en ambas colonias se impusieron los valores de la cultura europea, restringiendo y reprimiendo las manifestaciones y los derechos de los pueblos originarios.

La historia de ambos países tiene aspectos disímiles, comenzando por el juego entre las potencias coloniales. Mientras que en el norte del continente americano, los británicos sintieron directamente la competencia de los asentamientos franceses, tras la guerra de la independencia estadounidense, estos colonos franceses terminaron absorbidos por Gran Bretaña. En Australia la rivalidad no se manifestó de un modo tan contundente. Por otra parte, fue notorio el papel de válvula de escape que Londres le dio a este país oceánico enviando personas con prontuario delictivo que fueron utilizadas como punta de lanza del colonialismo británico en esas latitudes.

Cuando la mirada de María Cristina Rosas entra en el campo de las ciencias políticas, las relaciones internacionales y la geografía, su análisis gana en profundidad. De su pincelada va delineándose una Australia con la población urbana arrinconada en las costas con un interior de clima desértico, alejada de todo y de todos. Más allá se va perfilando un Canadá recorrido por vertientes de agua y un clima extremo y riguroso, demasiado cercano a Estados Unidos. Asimismo, de la lectura surge el contrapunto y las contradicciones en el seno de las dos sociedades, donde las posturas conservadoras intentan hacer prevalecer una visión heroica del imperio británico sin que logren acallar aquellas voces más críticas, dispuestas a revisar el gobierno colonial, la cuestión indígena, el papel del Estado, la política inmigratoria y las alianzas con las grandes potencias.

De todos modos, ambos países están vinculados a los intereses estratégicos y militares de las grandes potencias. Ligados umbilicalmente a Londres, no dejaron de sentir la influencia creciente de Estados Unidos. En Canadá esa vinculación fue muy temprana, mientras que en Australia se comenzó a sentir con intensidad en el siglo XX. Esos lazos coloniales los llevaron a intervenir en la Primera y Segunda guerras mundiales. Sin embargo, esto no las acercó, sino que alimentó una rivalidad que se expresó en varios ámbitos: las relaciones con Washington; la posición frente al *apartheid*, en que Canadá propuso expulsar a Sudáfrica de la Commonwealth y Australia se opuso; la política hacia la región asiática durante la Guerra Fría; o bien las adecuaciones a la nueva arena regional e internacional en la última década. De allí que es tan pertinente la pregunta acerca de si son potencias medias o si en realidad esa denominación enmascara la rivalidad de hegemonías regionales frustradas.

En su deseo de destacarse y de ganar cierta autonomía delineando sus propias políticas exteriores para lograr una mayor proyección en la economía internacional de la cual dependen, además de participar en las principales instituciones económicas y políticas internacionales (FMI, BM, ONU, etcétera) o regionales (APEC, ANZUS), han buscado promover ciertas asociaciones con países que presentan en algún sentido características afines como el Grupo Cains. Este último es una propuesta australiana y funciona como una “asociación de países no muy poderosos” que desde 1986 busca promover la exportación agropecuaria de países como Australia, Argentina, Brasil, Canadá o Nueva Zelanda en los mercados subsidiados y proteccionistas de Estados Unidos y la Unión Europea.

En el caso australiano, Asia y el Pacífico fueron parte del escenario en que los intereses de las superpotencias de la Guerra Fría chocaron. Esa es la clave para analizar la intervención australiana en la guerra de Viet Nam que terminó dividiendo a la sociedad de ese país. También explica por qué, junto a Nueva Zelanda y Estados Unidos, ha integrado el ANZUS desde la segunda posguerra, asociación pensada desde la política de “contención del comunismo” promovida por Washington, propia de la segunda posguerra. Sin embargo, tras la desaparición de la Unión Soviética, el ANZUS se ha transformado, a los ojos de la María Cristina Rosas, en “una entidad muy menor rebasada por la propia dinámica de cooperación en materia militar que el gobierno australiano efectúa con EEUU”, en particular luego de los ataques del 11 de septiembre de 2001, como elemento clave de la política de defensa antimisil y de información estadounidense como la Red Echelon.

Respecto a Japón, como ya dijimos, de ser aliado de Gran Bretaña y por ende de Australia y Canadá en la Primera Guerra Mundial, se tornó su contendiente en la Segunda Guerra y, tras el acercamiento en el marco de la Guerra Fría, hoy es el principal socio comercial de Canberra y el segundo de Ottawa —tras la UE—, como también socio en el selecto club de países más industrializados del Grupo de los Ocho (G8). Asimismo, señala María Cristina Rosas, mientras que en el área se percibe el declive de la Federación de Rusia, se pone de manifiesto el crecimiento de China y de sus ambiciones de pasar de potencia regional a potencia global.

El trabajo no olvida incluir un análisis sobre las relaciones con Jakarta, la cuestión de Timor Oriental, la reciente independencia de este país y el papel que le tocó desempeñar a Australia en el marco de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.

En el caso canadiense, la autora nos recuerda el peso de la vecindad de Estados Unidos, frente a su dependencia cada vez menor de Londres. Asimismo, desde el fin de la Guerra Fría y la puesta en marcha del TLCAN, Canadá ha buscado ampliar su propio margen de maniobra no sólo en el Pacífico, sino también en América Latina y el Caribe.

En cuanto a la relación que ambos países sostienen con la Unión Europea, María Cristina Rosas evita analizar los particulares vínculos con Gran Bretaña, aspecto que requeriría un esfuerzo más vasto, y se centra en los intercambios comerciales.

Al mismo tiempo, analiza la postura de estas naciones frente a asuntos candentes como la utilización de la energía nuclear, sea o no sea para uso pacífico —y el impacto de la posición antinuclear de Nueva Zelanda en el ANZUS—, la protección ambiental y el Protocolo de Kyoto —en que es más clara la posición favorable canadiense que la australiana—, las reclamaciones en la Antártica y la política hacia los países en desarrollo. En este último caso, se señala la predisposición de Canadá de impulsar los estudios canadienses en los últimos años, en particular a partir de la puesta en marcha del TLCAN, buscando reforzar los conocimientos entre Canadá y América Latina, como también los vínculos económicos.

La autora ha hecho un esfuerzo por presentar esta temática tan compleja no sólo de una manera accesible, sino que también deja implícita la idea de Historia Magistra. Su particular visión es un señalamiento para México —pero también para los otros países latinoamericanos y caribeños—, no de “copiar” conductas, sino de inspirar políticas regionales que abonen la autodeterminación regional que ha caído tan estrepitosamente desde la crisis económica internacional de los años 70 y muy particularmente desde la aplicación de los modelos neoliberales desde los 80, y cuyas consecuencias negativas se sienten con el acrecentamiento del endeudamiento externo, la iniquidad social, la corruptela y un hundimiento sin precedentes desde la segunda posguerra. Asimismo cabe señalar que mientras una parte importante de la historiografía argentina se ha centrado en los aspectos comunes del despegue económico de las economías argentina, australiana y canadiense en el último tercio del siglo XIX, buscando una explicación al fracaso argentino, la autora se ha concentrado en descubrir los mecanismos mediante los cuales Australia y Canadá, como “potencias medias”, han buscado desarrollar la “diplomacia del nicho” y cómo podría aprovechar México esta experiencia.

Para concluir, cabe esperar que María Cristina Rosas continúe sus estudios sobre estos dos países, profundizando en las causas que han generado antagonismos o acuerdos entre los sectores económicos internos y los actores sociales de ambas sociedades que los han llevado a alimentar el deseo de constituirse en potencias medias.

Directora: Esthela Gutiérrez Garza

Consejo Editorial: Luis Aguilar Villanueva, Robert Boyer, Dídimo Castillo, Mario Cerutti, Enrique Florescano, Joan Garcés, Gustavo Garza, Pablo González Casanova, Gilberto Guevara Niebla, Sergio Elías Gutiérrez, Michel Löwy, Elia Marúm Espinosa, Juan Carlos Portantiero, Aníbal Quijano, Manuel Ribeiro, Pierre Salama, Humberto Salazar Herrera, Enrique Semo, Gregorio Vidal, René Villarreal

Año 6

Número 16

septiembre-diciembre de 2004

DOSSIER: ARGENTINA, LAS TRES CARAS DE LA MONEDA

Crisis, peronismo, desocupados

Pierre Salama

El péndulo argentino. Del desastre social a la recuperación económica

El reconocido autor e investigador francés dilucida las circunstancias en que se produjo la extraordinaria crisis económica de la Argentina de los años recientes y su posterior proceso de recuperación.

Pierre Salama

Las vías truncas. Dimensiones y tensiones del conflicto de desocupados en Argentina

Una aproximación a las dimensiones de la experiencia de los llamados piqueteros y las tensiones y marcos comunes en la organización y movilización de desocupados.

Maristella Svampa y Sebastián Pereyra

Peronismo: evolución e identidad. Continuidades y rupturas en el imaginario político de tres generaciones

Análisis de la evolución del imaginario político de tres generaciones de peronistas, definidas en función de sus experiencias políticas.

Ania Tizziani

TEORÍA

El problema de gobernar. Hacia un nuevo diseño de gobernabilidad glocal postnacional

El autor analiza las exigencias del estado de derecho, el fortalecimiento de la sociedad civil y el desarrollo de la capacidad de gobernabilidad como apremios de todo buen gobierno.

José G. Vargas

ÁMBITO

Movilidad laboral y género. Apuntes sobre el fenómeno en la zona metropolitana de Monterrey

El autor comparte sus conclusiones en torno a algunos efectos de la reestructuración económica en el devenir laboral de los profesionistas en activo en el gran perímetro conurbado de Monterrey.

Mario Alberto Jurado

MEMORIA VIVA

Los desafíos del marxismo

Contra todo pronóstico, el marxismo no ha muerto. Más podrá mantenerse vivo a condición de que se renueve.

Michel Löwy

Entrevistado por Esthela Gutiérrez Garza

EL TRAYECTO DE LOS DÍAS

De la agenda UNESCO

Leopoldo Zea: el filósofo del entendimiento

Victor Urquidí: conjurar la mala herencia

Mario Nieves

Suscripciones: en México \$ 210.00 (individual), \$ 250.00 (institucional). Números sueltos: \$ 60.00.
América del Norte y El Caribe: USD \$ 51.00. Europa y Sudamérica: USD \$ 70.00. Resto del mundo: USD \$ 89.00.
Avenida Alfonso Reyes 4000, Monterrey, N. L. México, C. P. 64440. Teléfono y fax: (52 81) 8329 4237.
Correo electrónico: trayectorias@ccr.dsi.uanl.mx. Internet: www.uanl.mx/publicaciones/trayectorias/index.html



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM

Familia, Violencia y Derechos de Mujer

La Familia en América Latina. Reflexiones, Interrogantes y Perspectivas.
BERNARDO KUKSBERG

La Mujer y sus Derechos desde la Función Familiar.
ANGELA MARIÁ QUINTERO VELÁZQUEZ

Mujeres Profesionales que Ejercieron en Argentina en el siglo XIX.
AUGUSTA ITATI PALERMO

Prevalencia de Casos de Violencia Familiar contra la Mujer en la etapa de Embarrasato, Parto y Puerperio.
GRACIELA COLOMBO, ROMANA C. INCOUR, MONICA VALLEJO, LUCIANA VENEZIANA, GABRIELA KOLESIAS Y PABLO STROPPIANO

Historia, Democracia y Etnicidad

La Cruz de Argentina. Reflexión sobre la Representación Política y la Democracia.
NARRANA LABRINHO
NICOLÁS PATRICK

Memorias de la Huerta de Salinas Grandes.
MARIÁ HERMINIA BEATRIZ DI LUSCA

Sobre la Construcción y Deconstrucción de lae.
NORBERTO RAUL MENÉNDEZ

Composición Étnica de los Tres Áreas Culturales del Cono Sur Argentino al Comienzo del Siglo XXI.
FRANCISCO LIZCANO FERNÁNDEZ

Convergencias

Tipología General de la Acción en el Retiro de los Motivos de los Migrantes.
RICARDO CONTRERAS SOTO

Las Redes Socioeconómicas en Torno a la Investigación Bioeconómica del Maíz.
ANTONIO ARELLANO HERNÁNDEZ
CLAUDIA ORTEGA PONCE

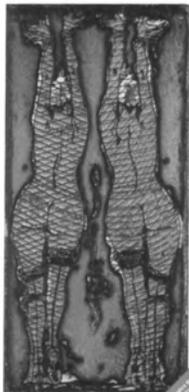
Cultura Escolar en Educación Media para Adultos. Una Tipología de sus Orientaciones.
SILVA BRUSLOVSKY
MARIÁ EUGENIA CABRERA

Representaciones Sociales y Políticas de Consumo del Estado.
ANA CLARA CAMAROTTI
ANA LÍA KORNBILDT

El Desafío de la Educación en Salud como Herramienta de Transformación Social.
GRACIELA ENRIA
CLAUDIO STAFFOLANI

Notas Sociológicas sobre la Cumbia Villera.
Lectura del Drama Social Urbano.
ESTEBAN DE GORÍ





Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM

Género, Conflicto e Indígenas

Ciudadanía, Género y Conflicto en
Pueblos Indígenas
OLGA LUZ RESTREPO

Rutas Narrativas de Mujeres Indígenas en el
Cauca: Territorio, Tradición, Represión
SOCORRO CORRALES CARVAJAL

Palabras y Resistencias de Mujeres del
Putumayo en el Contexto del Conflicto
Armado Colombiano
ALEJANDRA MILLER RESTREPO

Un Territorio Blanco para María Mandinga
MATILDE ELIACH

Familia, Género, Religión y Trabajo

Psicoanálisis y Género. La Subjetividad de
las Diferencias entre los Sexos
MIRIAM GUTIÉRREZ PRIETO

La Iglesia y la Familia: Espacios Significativos
de Educación de las Mujeres en el siglo XIX
MAGNOLIA ARISTIZABAL

Prácticas y Representaciones en Torno a la
Familia, el Género y la Raza. Popayán en
1807

MARIA TERESA PÉREZ H.

Género, Cuestiones Éticas y Formación en
Valores
ANGÉLICA RODRÍGUEZ Y ALVARO DÍAZ

La Consagración S. Subyugación, Sacrificio y
Salvación
SANDRA LÓPEZ

Precarización Ocupacional por Género en
Zona Metropolitana de la Ciudad de Toluca
NORMA BACA TAVIRA Y DIDIMO CASTILLO
FERNÁNDEZ

Género, Poesía y Música

Pablo Neruda y la Mujer
GLORIA CEPEDA VARGAS

Méjido Espinosa o la Metáfora de la Poesía
MARY EDITH MURILLO FERNÁNDEZ

Las Mujeres en las Músicas Populares
PALOMA MUÑOZ



a m a l g a m a

J U L I O C É S A R P A R I S S I

E L D E S T I N O

Subí al andén de la estación Artigas del tren General Urquiza. Casi nunca tomo el tren ahí. La estación Artigas es un lugar donde jamás hay mucha gente. Es la penúltima parada antes de la terminal y son muy pocos los que suben al tren para viajar un trecho tan corto. Yo debo haber ido a ese lugar a lo sumo tres veces en mi vida, cuando mucho. Esta vez lo hice porque pasé a cobrar unos pesos en una empresa que estaba enfrente.

Sólo había una persona esperando el tren y estaba acomodada en el único banco de cemento que tenía el andén. Cuando me acerqué para sentarme vi que se trataba de un hombre mayor, de cuerpo menudo, morocho y con la apariencia de obrero de la construcción. Entre sus pies tenía un bolso trajinado, con mucho roce de polvo y tierra. Imaginé que podría contener un cucharín, una plomada y algún otro elemento de albañilería. Me echó una rápida mirada haciendo una imperceptible inclinación de su cabeza hacia mí a manera de saludo. Suspiró de manera muy suave.

—Qué rutina la vida —dijo.

—Y, sí, pero hay que pelearla —respondí por cortesía—. Si no luchamos nos vamos al hoyo.

Fueron dos frases de compromiso. Son las que se dicen, sobre todo cuando quienes conversan son dos desconocidos.

—Aunque la pelee se va a morir igual —replicó.

—Bueno, no hay que dejarse vencer tan fácil.

—Cuando le llegó la hora, le llegó y ya está.

Nos quedamos callados. Estaba visto, era uno de esos millones de pesimistas. Quizás un tipo golpeado por la vida, sin esperanza en nada. Lo miré bien, y hoy lo puedo describir con todos los detalles, porque ese rostro no es de los que se olvidan: el pelo era negro, escaso, pegado al cráneo, pómulos salientes, nariz chica, piel brillante y oscura surcada por infinitas arrugas, una al lado de la otra, y los ojos, algo hundidos, tenían el tinte del agua estancada y turbia. Parecía que íbamos a quedarnos en silencio hasta la llegada del tren, pero, luego de unos minutos, dijo:

—Yo hago que la gente viva o se muera.

“Loco de mierda”, pensé, “esas cosas no se dicen ni en broma”. Lo miré —una de las suposiciones que cruzaron mis pensamientos era que podía tener un arma y lo decía como advertencia— pero no sentí temor, porque si hay algo a lo que no le temo es a la muerte. El viejo no se movió. Sus manos descansaban sobre los muslos y apenas se levantaban un poco para acompañar sus palabras.

—¿Ah, sí? —dije.

—Claro, yo hago eso —respondió dando la sensación que decía algo demasiado obvio.

—¿Usted maneja la vida de la gente?

—Yo decido cuánto tiempo van a vivir las personas. Usted, ¿cuánto quiere vivir?

—¿Qué? ¿Piensa fijarme una fecha?

—Sí.

Torcí la boca haciendo el gesto de no importarme el tiempo de vida que pudiera llegar a tener.

—Me da lo mismo. Un día, un año, cincuenta años.

—Por ejemplo, ¿no le importaría morir mañana?

La pregunta me tomó de sorpresa y pensé unos segundos antes de contestar.

—Mañana no. Si uno sabe que tiene un plazo de vida limitado, da para pensarlo mejor. Tal vez preferiría tener un poco más de tiempo para terminar cosas pendientes o dejar arreglado algunos asuntos.



—¿Cuánto necesita?

—Un año estaría bien.

—Bueno, si usted lo quiere, fijemos un año. A partir de ahora, digo.

—Si, por supuesto.

Volvió a quedarse callado. Esta vez fui yo el que reinició la charla.

—¿Cómo hace para manejar la muerte de la gente?

—No sé, lo hago. Cuando la persona es temerosa de la muerte yo pongo la fecha, pero si es como usted dejo que ponga ella la fecha. Y ese día se muere.

—¿Cómo la mata?

—Yo no la mato, se muere.

—¿Cómo?

—No sé cómo. Una enfermedad, un accidente, no tengo idea. Yo sólo hago que se muera. Sé que mi tarea puede parecerle aburrida, pero estoy en esto y no me ando preguntando por qué lo hago.

“Qué imbécil es este hombre”, me dije, y delató mi pensamiento una fugaz sonrisa.

—Somos miles de millones de seres humanos. Para hacer el trabajo que dice tiene que estar en muchos lados.

—Estoy.

—Usted está aquí.

—Estoy en todos lados. Sé que no entiende cómo puedo hacerlo, pero lo hago. Se quedó callado. Luego me miró con sus ojos turbios. No parecía desequilibrado ni agresivo. Parecía un viejo bueno.

—¿No me cree?

—Es que si puede hacer eso de estar en todos lados, usted es Dios.

—¿Usted cree en Dios?

—La verdad que no creo. ¿Usted es Dios?

—No, yo no soy Dios.

—Pero ¿por lo menos lo conoce?

—¿A quién? ¿A Dios?

—Sí.

—No, nunca lo vi. No puedo decirle que existe pero tampoco lo puedo negar. Aunque yo no lo vi, es mucha la gente que dice que Dios existe. No soy quien para contradecir a tantos. Además, que Dios exista sólo tiene importancia para los que creen en él.

“Una nueva religión”, pensé. “Pero una religión sin Dios no puede ser. Este tipo está loco”.

—Vamos, seamos lógicos: usted dice que voy a morir dentro de un año y no tengo ninguna prueba que sea cierto. Tal vez acierte, pero ¿qué seguridad tengo que va a ser así?

—¿Qué me pide? ¿Una prueba?

—Por lo menos una prueba.

—¿Para qué quiere una prueba? Con pruebas o sin ellas su plazo ya está fijado.

—Yo también podría decir: “Dentro de un mes usted se muere”. Luego me tomo el tren y no me ve más.

—Don Ricardo se va a morir mañana.

—¿Qué don Ricardo?

—Su vecino.

Me alarmé. La estación Artigas está a más de diez kilómetros de mi casa, a este hombre jamás lo vi en mi vida y dice que don Ricardo, mi vecino que está muy enfermo y que es posible que no pase de esta semana, se va a morir mañana. Lo malo es que puede ser que se muera mañana, como dice este viejo.

—¿Lo conoce a don Ricardo?

—Como a todo el mundo.

—Si usted no es Dios, se le parece mucho.

—Le digo que no soy Dios —insistió el viejo—. ¿Usted sabe qué cosa es Dios?

—No.

—Yo tampoco. Pero no soy tan terminante como usted. Puede ser que exista o que no exista, no lo sé.

—Entonces, ¿usted quién es?

—¿No se dio cuenta?

—No.

—Soy el destino.

“Qué hijo de puta”, pensé. “Me estuvo tomando el pelo desde que me senté”. En ese momento llegó el tren a la estación. Estaba tan concentrado en la charla que no sentí el ruido metálico de su paso y el crujir de los frenos. Me levanté, y como vi que el viejo se quedaba sentado, lo saludé y entré en el vagón.

Busqué un asiento con una sonrisa en los labios, pensando en la manera como ese hombre se había divertido conmigo. “Loco de mierda”, me dije. “Qué viejo loco de mierda”. Al rato, nomás, ya me había olvidado del asunto.

Pero, no lo van a creer lo que les digo: al año justo me morí.

EL LOCUTOR Y LOS FANTASMAS

En Montevideo nadie cree que los muertos vuelvan, pero anoche yo me encontré con un fantasma. Esta vez sí volvió uno. Fue en la radioemisora donde trabajo, y no existe ningún impedimento para que les cuente cómo sucedió. Fue cuando hacía la guardia nocturna, ya finalizando mi horario y amparado del frío de un invierno riguroso que congelaba los vidrios, sin nadie cerca, porque el muchacho de la pecera se había ido a descansar un buen rato luego que dejó al aire un disco compacto. Sólo habría una razón por la cual no debo contarle: la de no parecer un alucinado, algo que no es cierto. Aunque sé, a pesar de lo que digo, que quien lea esta narración buscará ordenarla a su manera y darle otra explicación, tratando de encontrar un significado muy distinto.

Debo aclarar que la llegada de ese fantasma, aparecido de pronto y al que recién vi cuando ya estaba sentado en la silla de enfrente, no me sorprendió. Desde que llegué a esta radio se me dijo que aquí hay fantasmas. Según me contaron, hace unos cuatro o cinco años hubo en esta emisora un horrible incendio y murieron calcinadas varias personas. Si bien en esos años todavía yo no era locutor, de este suceso me enteré por los diarios.

Al cabo de unos meses, restablecido el trabajo en el piso, los que se quedaban haciendo guardia por la noche comentaban que sentían ruidos similares al sonido de voces. Un locutor llegó a afirmar que los papeles y los objetos pequeños cambiaban de lugar en la mesa. Las mujeres de la limpieza nocturna aseguraron ver ráfagas de colores parecidas a figuras transitando por los corredores. Varios sostenían que al entrar a los baños, y antes de encender la luz, sintieron roces del aliento de alguien que se aproximaba a ellos, pero nunca pudieron ver a nadie. A lo largo del tiempo los comentarios sobre esas situaciones fueron creciendo, aunque siempre con diálogos en voz baja, casi vergonzosos. Muchos llegaron a recordar haber visto figuras completas que se presentaban por breves instantes a los

desprevenidos trabajadores en lugares solitarios del edificio. Una señora de la limpieza me confesó que Walter, el cadete, habló con uno y eso me sorprendió tanto que decidí preguntarle al mismo Walter. Era un error de la empleada. A él le habían comentado que alguien había hablado con uno, pero no supo decirme quién fue.

Dentro de la radio no quedaba una sola persona que dudara de la verdad de estos comentarios, y la mayoría deseaba no tener la experiencia de encontrarse con un fantasma, porque a la gente se le hielan las venas de sólo pensar en esa posibilidad. Sin embargo, verlo enfrente de mí fue algo que tomé con calma, y creo que de la sensación de que siempre hubiera esperado un encuentro de este tipo. No sentí ningún temor por dos cosas que debo aclarar: el fantasma no tenía las huellas de su horrible muerte. Su figura era normal aunque espectral. Y en esto radicaba lo segundo: no tenía cara. Tampoco carecía de ella. Puedo decir que este ser inmaterial era una persona común, pero detallar los rasgos de su cara —que los tenía— me resulta imposible. Jamás podré describir cuales eran esas particularidades que hacen que una persona sea diferente a las demás. No puedo explicar por qué. Sólo sé que es así.

En lo sucesivo, cuando volvió a aparecer y llegó acompañado por otros, individualizaba a cada uno sin equivocarme, pero nunca pude definir con palabras sus diferencias. Juzgo que esto es una cualidad de los espectros, y quien no pasó por un trance igual le será difícil entenderlo.

Esa noche, cuando llegó el primero y se sentó, quedé turbado un instante. Recuerdo que iba a juntar mis papeles para ordenar todo antes de irme. Al verlo dejé las hojas sobre la mesa y me quedé observándolo de soslayo, sin atreverme a mirar de frente, dudando si era cierto o no que ese difunto estaba allí, temiendo que ese ser apenas corpóreo era un engaño de mi imaginación por el cansancio de la noche. El hombre no decía nada, sólo se entretenía en mirar mis movimientos. No apoyaba las manos sobre la mesa; descubrí que las tenía colgando a ambos lados de su cuerpo, más allá de donde la mesa me dejaba ver. Parecía distraído. Yo, ignorando su presencia, saqué un cigarrillo y lo encendí. La prohibición de fumar dentro del estudio no la teníamos en cuenta durante esas solitarias horas de la noche. Cuando apagué el encendedor me di cuenta de que esa insignificante llama pudo haber sido el comienzo de la tragedia de ese fantasma que me visitaba. Se me cruzó la idea de que él, al ver el fuego, estaría recordando su muerte, si es

que estos espíritus sin carnes pueden recordar y angustiarse por los recuerdos. No tengo idea cuánto tiempo estuvo ahí, en silencio. Le observé una mirada distraída, pero supongo que no era real esa percepción. Creo que los dos estábamos examinándonos.

A los pocos días de ese encuentro imaginé que varios de la radio pudieron haber pasado por esta situación y el fantasma, en su primera aparición, evaluaba cómo caía su presencia. No dudo que fueron muchos los que, luego de esta experiencia, dejaron su puesto en la empresa aduciendo motivos laborales por no atreverse a contar la verdad. Yo, que los esperé sin saber con certidumbre si alguna vez los vería o no, sentí tranquilidad. Es casi seguro que él notó esta actitud de mi parte. En algún instante que no pude precisar el espectro se disipó sin que yo me diera cuenta. Luego me quedé solo un rato muy largo, esperando que el muchacho de la pecera volviera de su corto descanso. Después me fui, pasándole la posta al locutor de la mañana. Me fui sin decir nada.

Siempre surgía en las charlas habituales entre mis compañeros de trabajo el recuerdo de los fantasmas. Algunos, antes de dejar su tarea, ya entrada la noche, se despedían diciendo: “Saludo a los fantasmas”. Otros agregaban: “Si tenés miedo, pedí cambio de turno. Por los fantasmas, digo”. Yo no conocí a ninguno de los muertos en el incendio de la radio, por lo tanto no estaba condicionado por el recuerdo de aquellas personas. Este que apareció la primera noche no me recordaba a nadie. Y así también pasó cuando, unas noches después, volvió acompañado por otros fantasmas. Más adelante vino con otros y creo que al poco tiempo pude conocer a todos los que se fueron de este mundo en aquel incendio. En las primeras visitas no hablaban, pero con el correr del tiempo empezaron a tomar confianza y a moverse a mi alrededor. Siempre llegaban en los momentos en que no había nadie más que yo en ese lugar. Se dieron cuenta de que en mí encontraron un observador discreto y, más adelante, un interlocutor natural para los diálogos que se sucedieron en las visitas posteriores. Así empecé a conocer las historias de cada uno, aunque nunca pude identificarlos con los nombres que tenían en vida. Sólo me ofrecieron datos sobre su pasado y las situaciones que vivieron con sus seres cercanos. Entre todas las historias que fueron desgranando estos aparecidos me conmovió mucho la de uno de ellos, quizás el más joven de los fantasmas. Era una triste historia de amor con una chica a la que había desposado un año antes de morir.

—Se llama María Eugenia —dijo un día hablándome de ella.

Sentí un golpecito en el pecho. Ese nombre —por supuesto, común y corriente— me llegó más que otros comentarios del pobre muchacho, porque yo conocía a una mujer con ese nombre.

—Ella quedó en la tierra —le dije—. Ustedes viven en dos mundos que no se tocan. ¿Se siente dolor aunque no se tenga carne para sufrir?

El muchachito me miró con ojos de muerto triste.

—Es que la sigo amando.

—¿Es posible? —pregunté, incrédulo, suponiendo que alguien que traspasó los límites de la vida sabría qué responder.

—No lo sé —contestó. Y luego añadió—: No sé si es posible. Pero, me pasa.

Se sucedieron muchas noches con la compañía de estos seres, siempre en la soledad del estudio. En ocasiones, cuando éramos interrumpidos por la entrada de una persona no prevista, ellos se volvían transparentes como el aire. Si esto ocurría en medio de un diálogo, me dejaban con la palabra en la boca. Con el correr de los días noté que mis compañeros me miraban de arriba a abajo cuando venían a hablarme, estudiándome. Muchos eran aquellos que, en algún momento, me encontraron en diálogo con los fantasmas; otros, que también lo hacían, tal vez habrían recibido comentarios de los primeros. De todas maneras, y a pesar de estas miradas curiosas, nunca tuve el impulso de contarles lo que en realidad pasaba por las noches en el estudio. Yo suponía que no eran cosas que les interesaran a ellos y, además, no quería alarmarlos. Uno nunca sabe los temores que pueden despertar en la gente estos sucesos.

Además del caso del joven fantasma atravesado de amor por su mujer viva, había otros motivos que preocupaban a cada uno de estos seres. Era evidente que la paz de la muerte no es tan real como se supone. Por lo menos, estos muertos no la tenían. Un espectro de edad avanzada —alguien que fue un maestro de locutores, según me enteré luego— vagaba atormentado por la reciente muerte de su madre. Se supone que si la muerte separa, la muerte debería unir. Pero este fantasma sufría al no poder hallar a su madre en esa área infinita que es el reino intangible de los muertos. Ninguna de las certezas de los vivos con respecto a ese mundo le servían. No era verdad que los espacios estaban demarcados y que el alma de un muerto podía ser guiada hacia el alma del otro; era falso que todos se encontrarán en el más allá. En este mundo que estaba conociendo eso no ocurría. Por su



desconsuelo comprobé que la misma anarquía y desorden de la tierra se repetía en ese otro espacio, y lo peor es que estos espíritus deberán sufrir los desencuentros toda la eternidad. Eran un hijo y una madre que, en forma mutua, se habían extraviado por dos veces. Como almas nacidas con nuestra religiosidad, sufrían el dolor de no poder ver uno al otro, junto a la tortura de creer que ese dolor era parte de una culpa no expiada.

Poco a poco los espíritus me tomaron confianza. Uno de ellos me dijo que prestara atención al muchacho que penaba por el amor hacia su mujer. Así lo hice.

—Temo que me olvide —me dijo una noche el joven fantasma.

—Tal vez no —le respondí—. Podría rehacer su vida, pero por eso no tiene que olvidarte.

—¿Y cómo sé que no lo hará? —me replicó. Y sus ojos, turbios y opacos de quien ha muerto hace mucho tiempo, tuvieron, por un instante, un reflejo acuoso—. Rehacer la vida es también olvidarse un poco del pasado. Nunca más podré tenerla conmigo, y no puedo resistir que se recorte el recuerdo que ella tiene de mí, aunque sea en una pequeña parte.

Me quedé en silencio. Él también.

Casi todas las noches recibía la compañía de los espectros. En una, sin que yo le dijera nada, él joven fantasma volvió al mismo tema:

—María Eugenia vive en la zona del Buceo, frente a la playa. ¿Conoce?

—Sí, conozco. Pero ¿qué puedo hacer yo? —le pregunté.

—Haga que no me olvide —respondió, y luego se retiró a un rincón del estudio. No me habló más hasta que, cerca de mi salida, se acercó de nuevo.

—No quiero que María Eugenia rehaga su vida —me dijo antes de desvanecerse sobre la luz verde, esa que indica que el micrófono está cerrado.

Aproveché unos días de licencia en la radio para ir a pasear por la rambla de la playa del Buceo. El fantasma, a lo largo de varias apariciones me fue dando datos sobre María Eugenia. Me dijo que vivía en esa rambla en un edificio de departamentos de amplio retiro, ubicado casi frente a las escalinatas centrales de la playa.

—Aunque toda la rambla tiene palmeras —me aclaró a modo de detalle identificador—, frente a ese edificio hay tres muy juntas, y una santa rita casi al borde de la vereda, recostada a un muro de poca altura. Al costado de la entrada

a los departamentos tiene una gran bajada de autos hacia las cocheras del subsuelo. María Eugenia es casi rubia, de pelo lacio y ojos claros.

Hacia ese lugar fui, a pesar de que las mañanas de este invierno eran las más frías de los últimos años. Sobre el horizonte de la playa se apoyaba un cielo gris, todo un símbolo de la tristeza asentada en un lugar hecho para el estío. “Qué desolada es la costa en invierno”, me decía mientras caminaba sus veredas, “parece un lugar abandonado”. A veces dejaba de caminar y me sentaba en el murito que limita la bajada hacia la arena, metía las manos en los bolsillos y permanecía mirando los departamentos, tratando de descubrir en cuál de ellos estaba María Eugenia. Observaba a quienes salían de allí y los seguía con la mirada hasta que se perdían en la esquina, o se subían a un auto, o tomaban un ómnibus en la parada que tenían enfrente. Cada tanto volvía a caminar y andaba unos cientos de metros hacia un lado y hacia el otro de ese edificio. No sabía bien qué era lo que iba a hacer allí ni cuál era mi misión en ese asunto. Sin embargo, sentía que el fantasma quería que estuviera en ese lugar y, de alguna manera que no alcanzaba precisar, que lograra que su ex mujer no rehiciera su vida jamás y permaneciera fiel a su recuerdo para siempre.

Dentro de mí, con la sinceridad a la que nos obligan los pensamientos, sabía que era imposible que obtuviese semejante cosa. En mi cabeza comenzó a gestarse una estrategia para lograrlo, pero era una idea tan loca que durante mucho tiempo la tuve guardada en un rincón de mis pensamientos. Cuando parecía que mi espera se iba a alargar al infinito, un día vi que salía de ese edificio una chica parecida a la María Eugenia que se había estado formando en mi cabeza durante las últimas semanas. Vestía un abrigo de gamuza forrado de piel de cordero, una prenda que había vuelto a usarse luego de ser relegada por la moda durante lustros. La crudeza de este invierno que estábamos transitando hizo que la memoria de la gente recuperara aquello que había sido tan necesario en las viejas épocas de las duras heladas. La chica calzaba botas acordonadas que le tapaban apenas los tobillos, y un chal de lana rosa color viejo asomaba del cuello levantado del gamulán. Salió de los departamentos con pasos apresurados, como si tratara de acondicionar su cuerpo al frío de la calle. Yo me levanté enseguida, pero luego me quedé parado sin atinar a seguir los pasos de la mujer. Al cabo de unos segundos, decidí a ir tras ella. La seguí. Caminó por la rambla y en la primera esquina subió por la angosta avenida de ese barrio; a las dos cuadras entró en un supermercado. Entré

atrás de ella. Me metí entre las góndolas siguiendo sus pasos, mientras hacía que revisaba los precios de las mercaderías. Mucho tiempo después de este día supe que ella registró mi presencia casi enseguida de entrar al comercio. Pero lo hizo de forma tan sutil que en ese momento no pude darme cuenta. Ese día sólo la seguí; guardé bastante distancia y compré alguna tontería para disimular mi seguimiento. No quise ir detrás de ella en su regreso porque no tenía, todavía, ningún plan de acercarme a María Eugenia.

En esa noche recibí la visita de varios fantasmas, entre ellos el muchacho que seguía enamorado de la joven viuda. Yo esperaba que alguno me dijese qué debería hacer en el futuro o de qué forma podría lograr preservar a la chica del olvido a su esposo muerto. Pero ellos no tenían respuestas, y allí me convencí de que la muerte no hace ni mejores ni peores ni más inteligentes a los hombres. Y no hay manera de que, luego de entregar el cuerpo, nuestro espíritu logre una sabiduría mayor de la que nos acompañó en vida. Intuí lo lógico; debería seguir solo en esta búsqueda por complacer el deseo del muerto. Fue por eso que me instalé casi todos los días frente al edificio de María Eugenia.

No siempre tuve la suerte de verla. Podría decir que las veces que la vi fueron las menos, y en muchas ni siquiera salía a la vereda. Eran visiones fugaces de ella llegando hasta los buzones que estaban detrás de la puerta de amplios vidrios de los departamentos. Hurgaba allí —en ocasiones sacaba algún sobre—, y luego desaparecía por los ascensores. Con el correr de los días fui descubriendo que no tenía un trabajo regular; por lo menos uno que tuviera un horario y que se realizara afuera. Si se mantenía a sí misma, sería por una tarea que podía hacer en su casa, pero también podría subsistir por alguna pensión o por la ayuda de familiares. Esto me molestaba; me perdía la ocasión de tener un acercamiento al salir o al volver de alguna labor.

Tuve dos oportunidades más de estar cerca de ella; la primera la dejé pasar, pero la segunda la aproveché para intentar hablarle con algún pretexto. Estas dos veces fueron en camino al supermercado, como lo había hecho la ocasión anterior. Cerca de ella, entre las góndolas, me pregunté algo en voz alta a modo de consulta a mí mismo con la intención de que ella se sintiera interlocutora de mis palabras. La miré, y logré una respuesta. De ahí en más fui uniendo una frase a la otra, enlazando un tema al otro, con toda la sutileza que me dejaba la ansiedad de tener una charla franca. Mientras hablaba o la escuchaba, no perdí detalle de su

rostro o sus gestos. Tenía una nariz chiquita, algo levantada, la que en estos días lucía enrojecida por el frío, una combinación de colores que le daba más brillo a sus ojos claros; sus labios eran carnosos pero pequeños, y sus dientes frontales se destacaban más que el resto, como si fueran un último vestigio que la niñez hubiera dejado en ese rostro de piel tersa, menudo y ovalado; el cabello lacio, salpicado de lugares platinados y de mechones oscuros, le caía apenas sobre los hombros, y algunas puntas se le metían por debajo de su chal, el mismo que siempre llevaba en sus salidas de compras. El tono de su voz era fresco y suave.

—¿Te ayudo? —le dije, mientras intentaba tomar sus bolsas.

—No, gracias —respondió. Pero yo insistí.

—Permitime que te ayude.

Ella dudó un momento. Lo que yo le ofrecía no era común.

—Te lo agradezco —dijo, mientras cedía y dejaba que yo cargara con todas las bolsas—. Aunque vivo cerca, por esta vez me libro de ese peso.

—Sé donde vivís —le aclaré de entrada—. No pienses mal, pero hace muchos días que estoy por acá viéndote salir y entrar a tu casa. También te seguí al supermercado.

—Lo sé desde el primer día—aclaró ella también—. Y varias veces te vi sentado en la rambla.

Caminábamos rumbo a su casa. No noté en ella ningún signo de inquietud por lo imprevisto de mi presencia. Llegamos a la esquina en donde está instalado, desde hace décadas, un pequeño bar de la cadena Añón, fundado en la época de los mostradores de mármol y las mesas de cedro teñidas de caoba.

—Es temprano —le dije de improviso—. Podríamos tomar un café. ¿Sí?

Ella negó con la cabeza. Luego reafirmó:

—No.

—Van a ser sólo unos minutos.

—No —repitió—. No está bien. Es muy cerca de casa.

—¿Eso te compromete?

—Sí —dijo enseguida, pero luego se desdijo—: No, no es eso; pero no está bien que lo haga.

Llegamos a la esquina y allí me pidió las bolsas.

—Nos despedimos aquí. Gracias, fuiste muy amable.

—¿Puedo verte otro día? —le pregunté.

Ella no me respondió, sólo hizo un gesto indefinido, movió una mano en ademán de saludo y dio media vuelta, encaminándose hacia los departamentos. Yo me quedé en la esquina, mirándola, hasta que se perdió detrás de las puertas vidriadas. Luego caminé hacia arriba de la barranca que lleva a la playa pensando que ya no dejaría más de volver a la rambla para tratar de verla. Si no lo lograba, igual ella iba a estar observándome detrás de alguna de las ventanas del edificio. Eso era suficiente para tener un ronroneo alegre jugueteando debajo de mi pecho cada vez que lo pensaba.

Los días y mis regresos siguieron sucediéndose, y pude acercarme a María Eugenia cada vez que salía. Se hizo costumbre que cargara con sus bolsas hasta la esquina, insistiendo siempre con mi propuesta de encontrarnos en algún lugar a tomar un café. Parecerá pobre esta cosecha amistosa, pero era lo único que se me ocurría porque, en el fondo, no sabía bien qué era lo que debía hacer para complacer al fantasma.

Pero la insistencia tuvo su fruto. Un día se decidió a formalizar una cita en un bar de 18 de Julio. Quedamos en encontrarnos en el Sportman en la tarde de un sábado. El día amaneció frío pero con el cielo limpio de nubes y coloreado de un añil invernal. El centro estaba desierto; todos los montevideanos que se animaron a salir en esta cruda tarde fueron absorbidos por un partido en el estadio Centenario. La ciudad vacía mostraba una desolación igual a la que tienen los seres humanos incapaces de hacer algo con su vida.

Yo estaba sentado en una mesa cuando María Eugenia llegó. Dentro, se alineaban numerosas mesas donde sólo había cuatro o cinco clientes silenciosos o hablando en voz muy baja. Me levanté y rocé con mis labios la mejilla de María Eugenia. Se sentó, y enseguida vino el mozo; pedimos y se volvió a la barra. Esa tarde hablamos mucho, fuimos pasando de tema en tema con la celeridad que da el no tener interés de hablar de eso sino de lo que subyacía en esa charla, disfrazado por esas palabras de compromiso. Hablamos de las cosas que están pasando, de nuestros gustos, de los modestos deseos que perseguimos a diario sin poder alcanzar ninguno, de la gente de esta ciudad y de la ciudad misma. A medida que nos internábamos en el tema de Montevideo, iba encontrando cosas que aún no podía expresar en palabras. Mientras charlaba, mi mirada recorría el interior del bar, se posaba cada tanto en la poca gente que estaba allí, y así, casi sin quererlo, fui viendo algo más que la soledad de ese sábado de invierno.

Reconocí la desolación de una ciudad con frío y nostalgia de otros mundos. Más adelante iba a saber qué era aquello que asomaba tan claro y que yo ni sospechaba.

Se apagó la tarde en un abrir y cerrar de ojos. Salimos del bar presintiendo lo helado de la noche, ella arrebujada en un chal peruano y yo levantándome las solapas del sobretodo. Caminamos muchas cuadras para alargar el encuentro y la charla. Cada tanto nos cruzábamos con pequeños grupos de hinchas que volvían del estadio Centenario, mustios, sintiendo que había llegado otro final más de esa fiesta devaluada por el tiempo y la miseria de esta época. Caminaban como nosotros, lentos, hablando en voz baja, mientras el frío seguía bajando de la bóveda celeste. María Eugenia —quién iba a decirlo—, comenzó un largo monólogo con el cual, sin pedírselo, me relató parte de su vida. Me contó de su adolescencia, del descubrimiento del amor a través de quien luego sería su esposo, del poco tiempo de felicidad y de la tragedia que cambió toda su vida en cuestión de horas. Habló del incendio en la radio, contó detalles que yo no conocía, y habló de él con tanto amor como si aún estuviera caminando por la tierra. Sin que se lo preguntara, ella misma me confió que había cerrado su corazón para otro amor. Sabía de la inutilidad de ese gesto, sabía que eso no traería a su joven esposo de nuevo a la vida, pero era una decisión salida de sus vísceras, imposible de sofocar o torcer. Tal vez fuera el loco amor a un recuerdo o, quizás, una manera de mantener todo el resto de su vida los placeres que gozó en su juventud. Enclaustraba el presente para seguir unida a él en ese grato pasado. Cuando terminó, hablando con torpeza, dije algunas frases que querían significar que entendía todo eso que me explicaba, que lo encontraba maravilloso, que era el triunfo del amor por sobre el tiempo y la muerte. Luego tomamos un taxi y la acerqué a la casa; no quiso que la dejara en la puerta y descendió un par de cuadras antes. Pensé que no la vería más. Lo pensé sin saber por qué.

Esa noche volví a la radio. De nuevo me encontré con todos los fantasmas. Traté de rehuirle al joven que, desde lejos, intentaba hacerme alguna pregunta. Al final, logró lo que quería.

—¿Pudo verla? —me preguntó.

—Sí, la vi. La vi varias veces —le aclaré.

El espectro me miró con desesperación. Quería que yo continuara.

—Te quiere —le dije.



Esa noche salí al frío de la madrugada sintiendo que llevaba más frío adentro de mi pecho que en el aire sereno de la calle desierta. Lo que nunca esperé, luego de conocer a María Eugenia, era que haber logrado cumplir el pedido de ese joven fantasma terminaría doliéndome tanto. Me parecía absurdo lo que estaba pasando, era inexplicable que María Eugenia siguiera prendada de ese ser. Ella existía; él no. Eso hizo aflorar una idea enterrada en las capas más turbias de mi cerebro, algo que con seguridad se vino gestando desde que vi por primera vez a esa chica de pelo lacio y ojos claros, y decidí que podría llevarla a la práctica. Me estaba enamorando de María Eugenia, pero aún no me atrevía a pensarlo con franqueza y claridad. Inventé una explicación: la mejor manera de que María Eugenia fuera para siempre del fantasma era manteniéndome a su lado. Claro, ella no sabía que con eso cumplía un deseo de su esposo muerto. Y la única manera de estar a su lado era confesándole mi amor.

La seguí viendo y me fui enamorando más. Deseé tener una cita y se lo pedí, envolviendo el pedido en una invitación para ir a ver una obra de teatro. A la salida de la función fuimos a tomar algo y sin más le confesé lo que sentía por ella. Sus ojos glaucos me miraban mientras su boca seguía sin abrirse. No sé si había en su mirada desconcierto y compasión. Luego de un largo silencio me dijo cosas que no esperaba oír. Seguía enamorada del fantasma, y eso, según ella, era para siempre. Cuando terminó de hablar ya estábamos en camino a su casa, y sentí el terror al pensar que tal vez fuera esta la última oportunidad de estar con ella.

—¿Puedo seguir viéndote? —le pregunté, ahogado por el miedo de recibir una negativa.

—Sí, ¿por qué no? —dijo ella. Y añadió—: Pero de esto, no hablemos más.

En las semanas siguientes quise acatar esa decisión, pero no pude impedir el amor que sentía por María Eugenia creciera. Comencé a odiar a ese fantasma. Hasta me daba la sensación que su semblante había mejorado, que se le notaba, por decirlo de alguna manera y aunque parezca ridículo, cierta luz de vida en su rostro. Cuando no pude más, volví a insistir con mi deseo frente a María Eugenia; fui rechazado de nuevo, y esta vez sentí de verdad que nunca volvería a verla, que jamás ella aceptaría cruzarse conmigo.

—Es mejor no vernos más —me dijo—. Te aprecio y no quiero que sufras por lo que no puede ser.

Luego de esto, calló y caminó junto a mí a lo largo de incontables minutos. Yo sentía su respiración nerviosa e intuía su deseo de llegar cuanto antes al departamento. La dejé en las cercanías y me fui a vagar por las calles vacías de ese barrio. Caminé con decisión pero sin rumbo, y sin darme cuenta mis pasos me llevaron de nuevo al centro de la ciudad. En mi cabeza iba tomando forma una idea que me alucinaba: empecé a vislumbrar a Montevideo como a una ciudad que vivía para sus muertos, y éstos eran los verdaderos dueños del lugar. Cómo no me di cuenta antes, si los signos estaban en todos lados. Aquellos que volvían, luego de estar varios años en el exterior, siempre se admiraban al ver que las cosas seguían en el mismo lugar; el aire, los sonidos y la gente eran los mismos, y si algo decaía, si algún comercio cerraba al fin de décadas de mantenerse abierto, quedaba su estructura allí, como en un velatorio eterno de esas ruinas. Acá nadie intentaba avizorar el futuro porque sus vidas iban hacia el pasado. Mientras que en cualquier lado el presente es la manera de amasar el futuro, en Montevideo el presente servía para elaborar el pasado, para tener cada jornada aquello que se nos había ido con el día de ayer. La gente no vivía por capricho recordando el pasado; en realidad, la gente era la custodia de ese pasado, y mucho más que eso: la gente custodiaba a sus muertos queridos. Todos los habitantes de esta ciudad vivían mirando hacia atrás, y no lo hacían por reacción al presente, por obstinación o apego a las cosas viejas y a la materia en desuso. Lo hacían procurando no perder ni un poco del recuerdo de esos seres que habían pasado. Pensé: tal vez esos muertos no se habían ido, sino que ellos están por todos lados porque nosotros no los dejamos ir. Y han crecido en número; quizás en el Sportman, al lado de sus pocos parroquianos, los fantasmas de ese lugar paseen entre las mesas; en el estadio estarán sentados sobre el cemento emocionándose con las pasiones añejas y en la cancha aquella gambeta nunca llegó a desdibujarse del todo en la gramilla; rondarán los bares y las viejas pizzerías, oliendo el aroma del café express y el orégano; buscarán, entre escombros y puertas clausuradas, las enormes tiendas de otras épocas. Los fantasmas son los verdaderos dueños de esta ciudad y nos dejan, a nosotros los vivos, un lugar junto a ellos, a la espera que en algún momento también decidamos ser espectros. Ahí me di cuenta de que no podía luchar contra el amor de María Eugenia hacia su esposo; mi pobre condición de ser vivo en esta ciudad de muertos no me lo permitía. Desde ese instante me volví parco con los aparecidos de la radio. Traté de hablarles poco, sólo lo necesario para que supieran que aún

les tenía aprecio y consideración. Sé que ellos notaron el cambio, pero nunca me hicieron ningún comentario. Yo necesitaba tiempo para pensar y entender. Y al final, encontré la salida que buscaba. Hoy estoy seguro de que tengo que morir para que María Eugenia me acepte. Pero no tiene que ser una muerte cualquiera. Debo irme de esta vida como se fue él. Luego veremos a quién de los dos le dedica su vida. Para eso, decidí buscar la manera de crear un incendio en la radio; sé que no tengo mucho tiempo, porque detrás de mí se murmura que estoy un poco raro e intuyo que tienen idea de despedirme pronto. Ya logré, en un par de veces, dejar unos papeles encendidos en rincones discretos del piso, pero hasta ahora fueron descubiertos antes de que el fuego llegara a mayores. Muchos piensan que esto es obra de los fantasmas. Tanto es así que uno de mis compañeros se asustó mucho por esos comentarios y terminó renunciando.

A mí me conviene que tengan esa idea, porque quizás tarde bastante tiempo antes de que pueda lograr un nuevo incendio de la radio, y eso me da más oportunidades para seguir intentándolo sin que sospechen que soy yo.

LA MUERTE ES SUEÑO

Gustavo entró en la cocina y se sentó frente a la taza de café que le había servido su mujer. Promediaba la mañana del domingo, Buenos Aires había amanecido con cielo despejado y el sol cálido de octubre se colaba por las ventanitas que daban al patio trasero. Ana, la esposa, lucía distendida y alegre, como de costumbre.

El desayuno recorría con su aroma tentador toda la cocina y el comedorcito diario. Sin embargo, y desde el momento mismo en que despertó, Gustavo sentía algo extraño en la boca del estómago y no acertaba a definir bien qué era. Anita se le sentó enfrente. Mientras tomaba con ambas manos la taza, lo miró y vio que en los ojos de él flotaba un aire extraño. Los años que llevaba de matrimonio le daban sabiduría para reconocer que cierta cosa no andaba bien en la cabeza de Gustavo.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó.

Gustavo la observó con la mirada de quien vuelve de un corto sueño. Esa pregunta era el gatillo que necesitaba para que emergiera una respuesta al vago y casi transparente dolor que sentía.

—¿Sabés? —comenzó a decir Gustavo—, murió Raúl.

Anita hizo un gesto de molestia sintiendo como si un desecho desagradable hubiera caído sobre la mesa.

—¿Qué Raúl?

—Raúl, el único Raúl, ¿quién va a ser? Raúl Mir —contestó Gustavo sabiendo que respondía algo evidente. Luego movió el cuello hacia ambos lados como si estuviera sacándose una contractura. Su interior le dijo que se había equivocado, porque agregó—: Bueno, no murió.

—Ah, no murió.

Anita torció la comisura de sus labios. Significaba que estaba escuchando una cosa tonta.

—No —volvió a repetir con suavidad Gustavo. Después hizo un largo silencio para dar tiempo a que Anita terminara de beber su café y luego fuera hasta la piletta a lavar la taza, como siempre lo hacía. A su vez, Anita hizo todo con parsimonia para que Gustavo pudiera pensar unas palabras que destrabaran ese diálogo absurdo.

—No creas que te dije porque sí que Raúl murió —dijo Gustavo comenzando a articular una respuesta parecida a una explicación coherente—. En verdad, lo soñé —continuó—, pero fue un sueño tan real que cada vez que lo recuerdo mi mente anda entre que no es verdad y que lo es.

Anita chasqueó la lengua convencida de que las cosas volvían a un carril normal.

—Ah, bueno —suspiró ella—, fue sólo un sueño.

—Pero un sueño distinto, Anita. Todo era muy claro, muy lógico. No había esos cortes repentinos como en un sueño vulgar. Tampoco había cambios caprichosos de lugar ni situaciones disparatadas que hasta cuando estás soñando te das cuenta que es un sueño, ¿sabés?—. Giró la cabeza y se quedó mirando a través de las ventanitas. Siguió—: Todo transcurría como ahora y las palabras que decían los demás no eran lo que uno trata de ponerles a los personajes de los sueños. Cada uno hablaba y se movía por sí mismo. Totalmente real, ¿me entendés?

Anita volvió a sentarse frente a Gustavo.

—¿En ese sueño vos viste que Raúl se moría?

—No, no —se apresuró a corregir Gustavo—, yo no lo vi. En el sueño me enteré que se había muerto.

Gustavo se levantó de la silla. Anita lo notaba cada vez más inquieto.

—Yo no creo en premoniciones, pero este sueño fue tan especial que estoy nervioso desde que me desperté —dijo mientras daba unos cortos pasos alrededor de la mesa. Anita, que sólo atinaba a seguir sus movimientos con la mirada, trató de calmarlo.

—Vení, sentate, no te vuelvas loco por una tontería —dijo con severidad. Y continuó—: Contame lo que te acuerdes de ese bendito sueño.

—Me acuerdo de todo —replicó Gustavo—. Además, fue un sueño muy corto —dijo y aceptó sentarse de nuevo. Respiró fuerte—. Fue así: estoy en casa, me llama por teléfono Laura, llorando a mares. Yo no la veía pero me daba cuenta lloraba así. Me pide que vaya a la casa. Llego. Me dice que Raúl se había ido en su auto a Córdoba —vos sabés que allí tiene la mayor parte de sus clientes—, y le avisan que se despeñó en las sierras. Que no pudo sobrevivir a los golpes. Que ya venía su cuerpo en un avión hacia Buenos Aires. Y nada más. Yo vuelvo a casa, te lo digo, vos te ponés muy mal, llorás, en fin, esas cosas. Luego le avisamos a los conocidos más cercanos y al final quedamos en ir al velorio al otro día, cuando haya llegado el cuerpo.

—¿Y después? —preguntó Anita esperando un remate a todo eso.

—Nada —dijo Gustavo—, después nada. Me desperté.

Anita se quedó callada unos segundos.

—Fue un sueño, Gustavo —dijo al fin.

—Pero tan real —insistió él moviendo la cabeza. Y repitió—: Tan real.

Su mujer salió de la cocina y volvió enseguida con un teléfono inalámbrico en la mano. Extendió la antena al tiempo que se lo ofrecía.

—Tomá. Llamá a la casa de Raúl así te quedás tranquilo.

Gustavo la miró sin hacer el gesto de tomar el aparato.

—¿Te parece?

—Es lo mejor. No quiero que estés así todo el día y me arruines el domingo.

Gustavo titubeó. Tomó el teléfono pero enseguida se lo devolvió.

—No, mejor llamá vos —dijo. Y agregó—: Yo estoy nervioso.

Anita marcó el número y esperó.

—Hola, ¿Laura? —dijo un momento después—. Te habla Anita. ¿Está Raúl? Ah, no está. ¿De viaje? Ah, sí, claro. No, no es por nada. Gustavo quería hablarle. Está

bien, que lo vea cuando vuelva y listo. Un beso—. Separó el aparato de la oreja, bajó la antena y miró a Gustavo—: ¿Ves? No pasó nada. Está trabajando en el interior.

—¿En Córdoba?

—No sé, no me lo dijo.

—Tiene que estar en Córdoba, sí. Quizás ella todavía no recibió la noticia.

—No seas loco, Gustavo, ¿qué noticia?

—Del accidente.

—Estás chiflado.

Gustavo señaló imperativo el aparato.

—Llamá de nuevo.

Anita se resistía en seguirle el tren a algo que le parecía una chiquilina.

—Olvidate del tema, Gustavo.

—No, no, llamá —insistió. Su mujer dudó un momento más y luego oprimió los botones, con desgano. No alcanzó a contestar cuando Gustavo le arrebató el teléfono.

—Hola, Laura, te habla Gustavo. Disculpame la insistencia, pero quisiera saber a dónde fue Raúl—. Hizo un corto silencio—. ¿No fue a Córdoba? Claro, a Santa Fe. No, no, pensé que iba para el lado de Córdoba. Como es el lugar adonde va casi siempre. Está bien, gracias. Lo veo a la vuelta. Chau.

—¿Tranquilo, ahora? —preguntó Anita con un dejo de fastidio.

—Sí —respondió con sequedad Gustavo mientras apoyaba el aparato sobre la mesa.

—Los sueños son sólo sueños. Soñar lo que va a pasar y que eso mismo ocurra, puede ser un simple fruto de la casualidad que se puede dar, qué sé yo, una vez cada mil años —le dijo Anita tratando de cerrar de una vez por todas el tema.

—Puede ser —admitió Gustavo—, sólo que éste tenía mucha fuerza. Te repito, era demasiado real.

—Bah, cuántas veces uno se despierta gritando luego de tener una pesadilla —replicó su mujer.

Gustavo, que ya no encontraba más argumentos para seguir con el asunto se paró, metió sus manos en los bolsillos y se fue al living. Anita se quedó en la cocina empezando a ordenar el trabajo para el almuerzo.

No pasaron ni cinco minutos cuando Gustavo estaba de nuevo en la cocina, parado, apoyando su hombro contra el marco de la puerta. Seguía con las manos en los bolsillos. Anita giró su cabeza sin dejar de trabajar sobre la mesada.

—¿Y ahora qué? —preguntó mirándolo con el rabillo del ojo.

—Hablamos con Laura pero no con Raúl. ¿Qué sabemos de lo que le puede estar pasando a él? —dijo con voz monocorde y apagada.

—Sabemos que no está en Córdoba, como en tu sueño.

—Que no esté en Córdoba no quiere decir nada. Yo soñé su muerte. El lugar es lo de menos.

Anita resopló, con fastidio.

—Eso suena a premonición barata —contestó.

Gustavo seguía con su cuerpo laxo apoyado en el marco.

—Voy sacando el auto.

Anita paró de trabajar.

—¿Qué cosa decís?

—Voy a sacar el auto. Vamos hasta la casa de Raúl.

—¿Y el almuerzo? ¿Quién lo prepara?

—Dejá todo.

Durante el viaje de ida a la casa de Raúl, Gustavo aguantaba, casi sin hablar, los lógicos razonamientos de Anita, que tendían a que éste desistiera de la idea y se ahorraran el bochorno de pasar por locos o simplemente por estúpidos.

Laura los recibió con cierta inquietud y los hizo pasar al living.

—Chicos, no me asusten, ¿qué pasa? —dijo cuando se sentaron.

—Es él —se defendió Anita señalando a Gustavo como quien señala a un niño incorregible.

—Te parecerá tonto, pero tengo que contarte un sueño —comenzó a decir Gustavo. Y le refirió la misma y exacta historia que le había contado un rato antes a Anita. A medida que avanzaba con el relato, el rostro de Laura se ensombrecía.

—¿Cómo me venís a decir esas cosas, Gustavo?

—Perdoname, Laura, no pude aguantarme. Por eso vine y te estoy contando todo esto. Necesito saber en dónde está Raúl ahora.

—Es que no lo sé —dijo Laura y cuando iba a continuar fue interrumpida por Anita.

—¿Conocés los hoteles en donde para Raúl cuando va a Santa Fe?

—Sí, claro —respondió Laura y luego se levantó a buscar una diminuta libretita—. Acá hay varios hoteles, según la localidad en que se encuentre haciendo ventas.

Eligieron uno al azar y llamaron.

—Por ese hotel no pasó todavía, dijeron —explicó Laura luego de colgar.

—Llamá a otro —insistió Gustavo.

Uno tras otro fueron llamando y descartando lugares. Casi tenían agotada la lista de hoteles y no podían ubicar a Raúl.

—¿No habrá ido a Córdoba y vos te confundiste, Laura?

—No, no, me dijo Santa Fe. A Córdoba fue el mes pasado —respondió Laura mientras lo miraba como si sintiera dudas de lo que estaba diciendo—. Sí, a Santa Fe. No me vuelvas loca, Gustavo, ¿cómo no voy a saber?

—Dejemos esto —dijo Anita—, no te molestamos más, Laurita.

Laura tenía los ojos algo empañados.

—Queda uno más —dijo—, pero no veo bien el número.

Anita, con cierta piedad, tomó la libretita.

—Dame —dijo imperativa pero suave. Llamó a ese último número y preguntó. Hubo un silencio angustioso mientras aguardaban. Anita esperaba con las manos crispadas, casi sin respirar. De pronto, su cara se iluminó con una sonrisa.

—Sí, sí, espero —dijo y luego separó un poco el tubo de su cara y tapó el auricular con la mano—. Está allí, llegó anoche —dijo con un tono de voz casi infantil. Todos sonrieron—. Van a buscarlo. No saben si está en el hotel en este momento —volvió a decir.

—Ese vago —dijo jocoso Gustavo—, debe andar mirando minas por ahí.

Se hizo otro nuevo silencio en la comunicación pero esta vez fue tomado sin ansiedad. —¿Hola? —dijo al fin Anita—, ¿Raúl? ¿Sos vos, Raúl?

—Dame, dame —dijo Gustavo estirando las dos manos al teléfono.

—Sí, te habla Anita. No, no es por nada. Una pavada, nomás—. Anita trataba de que Gustavo no le arrebatara el auricular. —No te rías, pero el pelotudo de mi marido soñó que habías tenido un accidente. No sabés lo nervioso que se puso. Desde que se levantó no paró de contarme el sueño.

—Dame, che —insistió Gustavo. Anita seguía hablando.

—¿Laura? Está acá. Te hablo desde tu casa, sí. Está bien, no te preocupes. Bueno, chau, te doy con Gustavo.

Por fin Gustavo le arrebató la comunicación. Sonreía como un niño.

—Hola, ¿Raúl? —dijo casi gritando y se quedó escuchando lo que podría ser una palabrota simpática a modo de saludo—. ¿Qué decís, negrito? —retomó la

charla Gustavo—. Sí, como te contó Anita. Soñé con vos, no sabés los nervios que me agarré—. Gustavo hizo un silencio para escuchar. Al final, continuó: —Ah, ¿tengo yo la culpa? ¿Quién te manda meterte en mis sueños?—. Gustavo escuchó de nuevo, con una sonrisa en los labios, mientras miraba a Laura que seguía la charla con cierta seriedad. —Bueno, che, te dejo porque tu mujer me mira mal. Debe estar contabilizando lo que sale esta llamada. Te doy con ella. Cuidate, negro.

Laura tomó el tubo.

—Hola, mi amor, ¿cuándo volvés? ¿El martes? Bueno, un besito. Chau.

Se despidieron en la puerta. Anita trató de disculparse ante Laura.

—Chau, Laura, me llevo a este loco. Hoy le doy un sedante para dormir a un caballo y no se me despierta hasta el mediodía de mañana —dijo Anita mientras le daba un beso de despedida.

El placer y la tranquilidad con que hicieron el viaje de regreso a la casa se prolongaron durante todo ese domingo. Gustavo sentía que caminaba entre nubes, que gozaba de lo que se llama felicidad total. De la angustia de la mañana había pasado a la placidez más absoluta.

Al caer la noche, al acostarse, sintió que las sábanas eran más cálidas y mullidas que nunca. Un poco antes de que el sueño lo venciera tuvo la sensación de hundirse en un vaporoso blancor que aumentó aún más su placer. Luego se durmió profundo. Mientras se abandonaba a ese no-ser, intuyó que su esposa, pastilla de por medio, había colaborado en esa tranquilidad.

Recién abrió los ojos cuando el sol estaba muy arriba. Lo primero que distinguió fue el cuerpo de Anita parada al lado de la cama. Pestañeó varias veces para aclarar su visión. La vio vestida como para salir. Levantó la mirada y se encontró que su mujer tenía el rostro duro y serio.

—No quise despertarte antes porque anoche te di un calmante —dijo. Y agregó—: Pero ya es muy tarde y tenemos que ir al velorio de Raúl.

Anita salió del dormitorio y volvió con ropa.

—Acá tenés la ropa preparada. Vestite. En la cocina hay café.

Gustavo se sentó al borde de la cama. Sus movimientos eran lentos y tristes. Tomó una media y comenzó a ponérsela.

—¿Sabés? —. Gustavo comenzó a hablar con voz pastosa—. Anoche soñé que Raúl estaba vivo.



Convenciones editoriales para los autores de *Vetas*

Generales

Los textos deben ser inéditos y contener tesis o propuestas de autor argumentadas.

Las traducciones también deberán ser de textos inéditos en el idioma original, salvo en los casos en que el consejo determine razonadamente lo contrario.

Los textos para las secciones de *Bonanzas* y *Brechas* no podrán exceder de veinte cuartillas. No se publicarán textos en partes.

Cada uno de los textos será revisado para comprobar que se apegue a estas convenciones. Si es así, será enviado a un jurado dictaminador para su publicación. El autor desconocerá los nombres de los miembros del jurado, así como éstos el del (los) autor(es). En función del fallo, el texto podrá ser rechazado o se requerirá que el autor haga modificaciones. Una vez aceptado el texto, se programará su publicación y será sometido a corrección de estilo.

El contenido de cada uno de los textos es responsabilidad exclusiva del (los) autor(es) del mismo.

Una vez publicados en *Vetas*, los textos no podrán aparecer, total o parcialmente, en otro medio impreso o electrónico durante un lapso mínimo de cuatro meses. Cualquier forma de publicación posterior deberá referir la primera edición en *Vetas*.

Vetas entregará al autor dos ejemplares del número en el que se publicó su texto.

Formato

Los textos deben entregarse por triplicado —en cuartillas foliadas—, procesados (Word o RTF) en disco (3.5 pulgadas, zip, jaz o CD), cuya etiqueta indique el nombre del archivo, el programa utilizado, el título del trabajo y el nombre del autor. La impresión debe coincidir con la versión contenida en el disco. Sin notas o marcas al margen.

La portada del texto debe incluir: título del trabajo, nombre del autor y centro de adscripción; dirección particular, número de teléfono, fax y dirección electrónica; currículum vitae sintetizado. La segunda cuartilla debe contener: resumen en español e inglés en no más de 250 palabras, con exposición del tema, objetivos y metodología; al final de éste deberán señalarse las palabras clave del trabajo en español e inglés, con el fin de integrar el banco de datos. En la tercera cuartilla debe iniciar el texto, en ésta sólo se repetirá el título.

Los textos deben ser escritos con letra de doce puntos, a doble espacio, justificados, sin cortes de palabras al final del renglón y sin uso innecesario de tabuladores; en mayúsculas y minúsculas. Las cursivas (itálicas) se usarán para destacar palabras, por lo que éstas no deberán subrayarse ni poner en negritas (bold).

Las referencias bibliográficas deberán apegarse a las normas de la Modern Language Association (MLA). Se aceptarán los procedimientos metodológicos tradicionales para otro tipo de referencias y notas, regidos por un criterio uniforme.

Deberán presentarse por separado los cuadros, tablas, gráficos, fotografías e ilustraciones; en blanco y negro, y con calidad de resolución. Los archivos electrónicos deberán contar con una resolución mínima de 300 dpi, en formato TIFF o EPS.

Revista de El Colegio de San Luis, Vetas, núm. 16,
enero-abril, 2004, se terminó de imprimir
en septiembre de 2005, en los talleres de
Formación Gráfica, S.A. de C.V. La composición
tipográfica estuvo a cargo de Alógrafo/Ángela Trujano
y se utilizaron tipos Guardi, 9:14, 7:11
y Footlight 10:14 y 18:18. El tiraje consta de
500 ejemplares más sobrantes para reposición.

H E R M E S **L** E Ó N **N** A V A

F O T O G R A F Í A



P O R T A F O L I O G R Á F I C O



HERMES LEÓN NAVA

Fabián

Santiago, Querétaro. 2004
Digital, cámara Canon D 10



HERMES LEÓN NAVA

Despedida

Santiago, Querétaro. 2004

Digital, cámara Canon D 10



H E R M E S L E Ó N N A V A

Ana

Museo Dolores Olmedo, Ciudad de México. 2003

Digital, cámara Canon D 10



H E R M E S L E Ó N N A V A

Ignacio

Santiago, Querétaro. 2004

Digital, cámara Canon D 10



HERMES LEÓN NAVA

Casi listo

Santiago, Querétaro. 2004

Digital, cámara Canon D 10



H E R M E S L E Ó N N A V A

Ricardo

Santiago, Querétaro. 2004

Digital, cámara Canon D 10



HERMES LEÓN NAVA

La mejor sonrisa

Acapulco, Guerrero. 1999

Proceso E-6, impresión R 3, cámara Pentax K1000

Adiós

Pátzcuaro, Michoacán. 2002

Proceso E-6, impresión R 3, cámara Nikon f3



H E R M E S L E Ó N N A V A

La visita

Juchitán, Oaxaca. 2001

Proceso E-6, impresión R 3, cámara Nikon f3



H E R M E S L E Ó N N A V A

Tiempo libre

La Habana, Cuba. 2002

Plata sobre gelatina, cámara Nikon f3



En espera

Veracruz Texolo. 2003

Proceso E-6, impresión R 3, cámara Nikon f3



H E R M E S L E Ó N N A V A

Jicarazos

Juchitán, Oaxaca. 2001,

Proceso E-6, impresión R 3, cámara Nikon f3



H E R M E S L E Ó N N A V A

Lázaro

Santiago, Querétaro. 2004

Digital, cámara Canon D 10



HERMES LEÓN NAVA

Chapuzón

Santiago, Querétaro. 2004

Digital, cámara Canon D 10



HERMES LEÓN NAVA

Malecón

La Habana, Cuba. 2002

Plata sobre gelatina, cámara Nikon f3



H E R M E S L E Ó N N A V A

Joyas

Santiago, Querétaro. 2004
Digital, cámara Canon D 10



HERMES LEÓN NAVA

De todo un poco

La Habana, Cuba. 2002

Plata sobre gelatina, cámara Nikon f3